

Las funciones del lenguaje: Lenguaje y supervivencia. Los símbolos. Informes, deducciones, juicios. Los contextos. El lenguaje de la comunicación social. Doble misión del lenguaje. El lenguaje del control social, de la comunicación afectiva. Arte y tensión. Lenguaje y pensamiento: Cómo conocemos y qué conocemos. El hombre inexistente. La clasificación. La orientación dilemática. La orientación multilateral. La poesía y la publicidad. Sinfonías humanas. Ratas y hombres. Hacia el orden interno y externo. Epílogo.

Título original: *Language in Thought and Action*
Samuel Ichiye Hayakawa, 1949
Traducción: Andrés M. Mateo, 1967
Diseño/Retoque de cubierta: JeSsE

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

NOTA DEL TRADUCTOR

La traducción de un libro de esta naturaleza tiene que ser forzosamente algo más que una mera versión literaria e ideológica de su contenido: debe tener mucho de interpretación y, en algunas partes, no pocas, de adaptación para el lector de habla española.

EL LENGUAJE EN EL PENSAMIENTO Y EN LA ACCIÓN está escrito para un público de habla inglesa y sobre la perspectiva de la cultura, literatura y sociología británica y norteamericana, con un sentido del humor y un enfoque de los temas completamente distinto en muchos casos del que adoptaría un pensador o un escritor de habla española. Esto se traduce principalmente en las “Aplicaciones” de cada capítulo, llenas de citas, fragmentos, poemas, discursos y dichos, chistes y hasta expresiones paremiológicas que, conservadas y traducidas tal como están, no dirían gran cosa al lector y estudiante español o hispanoamericano.

Pues bien, como el libro es de índole evidentemente didáctica, y así lo manifiesta explícitamente el doctor Hayakawa en una porción de pasajes, como cuando dice, en las “Aplicaciones” al Capítulo 1, que “uno de sus objetos es ayudar al lector a entender más claramente cómo funciona el lenguaje y a aplicar este entendimiento a las situaciones prácticas de la vida”, me he permitido modificar, en aras de la utilidad para el lector, algunos matices expresivos de las ideas del libro, *adaptándolas* al fondo y al contexto cultural en que se mueve y está formado el público al cual va dirigida la obra. He sustituido las citas literarias, sobre todo los poemas, por otros fragmentos de obras españolas e hispanoamericanas, procurando conservar una equivalencia, más o menos lograda, en cuanto a tema, estilo y autor de cada una de estas citas literarias. Digo “más o menos lograda”, puesto que no puedo pretender que la equivalencia sea perfecta, primero, porque, objetivamente, no existen en muchos casos autores o fragmentos homólogos, y segundo, porque buscarlos en el océano inmenso de la literatura hispánica, y dar con réplicas o contrapartes exactas de los autores de habla inglesa, requeriría una selección crítica, a la que ya no podría llamarse interpretación ni adaptación, sino verdadera *colaboración* con el autor, cosa que no es el objeto de esta presentación sin pretensiones en castellano de la obra original del pensador Hayakawa.

El lector comprenderá que hay un capítulo, sobre todo el titulado “Poesía y publicidad”, en que se han hecho particularmente necesarias esta adaptación y estas sustituciones: ni el estilo de los anuncios, ni su sentido del humor, ni el objeto o artículo anunciado pueden ser iguales en las culturas norteamericana o británica y latinoamericana. En algunos casos, he respetado el criterio del autor con anuncios reales de mercancías o específicos reales. Pero, en general, me ha parecido más ético y menos comprometido inventar los anuncios, que he llamado “imaginarios”.

En todo caso, he procurado ser fiel al que considero primer mandamiento deontológico del traductor: respetar completamente la idea del autor (aunque no se

coincida con ella, como ocurre en algún pasaje de este libro) y procurar expresarla con la energía, el colorido y la intención con que la expresaría él, de conocer el castellano y escribir en la lengua de Cervantes^[*].

A esto añado que en un libro sobre el lenguaje y la palabra, este respeto debe ser particularmente esmerado, por lo trascendental del tema. En el mundo caótico de hoy, la paz y la serenidad tienen que venir de la Palabra, que es el Verbo, que es el Logos, que es Dios.

A. M. M.

PRÓLOGO

Pensar con mayor claridad, hablar y escribir con mayor exactitud, escuchar y leer con mayor penetración: he aquí los objetivos del estudio del lenguaje desde los tiempos del *trivium* medieval hasta la secundaria, el bachillerato y los centros universitarios de nuestros días. En este libro se intentan realizar estos objetivos tradicionales según los métodos de la semántica moderna, es decir, por medio de la comprensión biológica y funcional de la misión que cumple el lenguaje en la vida humana, y del entendimiento de los distintos usos del mismo: el lenguaje para persuadir y para dirigir la conducta, el lenguaje propio para transmitir informaciones y noticias, para crear y expresar la cohesión social, y el lenguaje de la poesía y de la imaginación. Palabras que no proporcionan noticia alguna pueden poner en movimiento vagones de crema de afeitar o de pasteles, como vemos en los anuncios comerciales por televisión. Las palabras pueden poner en marcha a una multitud por las calles, y sublevar a otra para apedrear a los manifestantes. Palabras que no significan nada en prosa pueden tener mucha profundidad en poesía. Palabras sencillas y claras para unos pueden ser ambiguas y oscuras para otros. Con palabras disimulamos nuestros motivos más inconfesables y nuestra peor conducta, pero también con palabras expresamos nuestros ideales y aspiraciones más sublimes. Comprender cómo funciona el lenguaje, qué defectos oculta, cuáles son sus posibilidades, es entender la complicada esencia del negocio de vivir la vida de un ser humano. Ocuparse de la relación entre lenguaje y realidad, entre las palabras y lo que representan en los pensamientos y emociones de quien las pronuncia o las escucha, es enfocar el estudio del lenguaje, como disciplina intelectual y moral al mismo tiempo.

Acaso con un ejemplo expresemos mejor lo que queremos decir. ¿Qué debe hacer el maestro cuando oye decir a uno de sus alumnos en la clase: “Las cenorias no van a darse bien este año”? Tradicionalmente, los profesores de castellano y del arte de hablar han creído que su deber era corregir la gramática, pronunciación o dicción defectuosa del niño para educarlo lingüística y literariamente. Pero el maestro que entienda de semántica preferirá hacer otra cosa. Hará al pequeño preguntas como ésta: “¿A qué zanahorias te refieres? ¿A las zanahorias de la finca de tu padre, o en general a todas las del pueblo? ¿Cómo lo sabes? ¿Es observación personal tuya? ¿Se lo has oído a gente que entiende de esto?”. En una palabra: el maestro de semántica inculcará a sus estudiantes un positivo interés, ante todo, por la verdad, la exactitud y la objetividad de cualquier cosa que diga. Ocurre muchas veces que, cuando los alumnos que están ya aburridos de estudiar gramática y componer frases, se interesan por el contenido y los fines de la comunicación entre los hombres, se acaba su animosidad contra la instrucción lingüística, y se resuelven sus problemas de corrección gramatical y sintáctica.

Hoy la gente se hace cargo, quizá como nunca, del papel que desempeña la comunicación en los asuntos humanos. Esto se debe en gran parte a las tensiones

apremiantes que existen por todas partes entre nación y nación, clase y clase, individuo e individuo, en este mundo en proceso de rápido cambio de reorganización. También se debe a los enormes poderes que laten en los grandes medios de difusión o comunicación —la prensa, el cine, la radio y la televisión— para bien y para mal, como hasta el hombre más superficial es capaz de comprender.

El tubo de vacío especialmente ha producido en el siglo xx una revolución en la comunicación, más profunda probablemente y de efectos más vastos que la imprenta, inventada en el Renacimiento. Las aspiraciones cada día mayores de los habitantes de la América Latina, de Asia y de Africa se deben a los adelantos de los transportes y comunicaciones: el avión, el *jeep* y el helicóptero, portadores de periódicos, revistas y películas, y especialmente la radio. Discípulos míos africanos me dicen que, en millares de aldeas remotas, la gente que antes no tenía más contactos culturales que el villorrio vecino, hoy anda por todas partes con sus radios de bolsillo, operadas por baterías, captando noticias de Londres, Nueva York, Tokio y Moscú, y empiezan a sentir deseos de convertirse en ciudadanos de un mundo mayor que el que han conocido hasta ahora.

La televisión está también contribuyendo a cambiar el mundo. Así, por ejemplo, la televisión comercial norteamericana invita a todo el mundo a gozar de los beneficios de una cultura industrial y democrática, comprando dentífricos, detergentes y automóviles, interesándose por los asuntos nacionales e internacionales, y compartiendo las emociones, ilusiones, aspiraciones y valores descritos en sus entretenidos programas. Lo que la televisión dice a los blancos, va dirigido igualmente, acaso sin caer en la cuenta, a los negros, que constituyen una décima parte de la nación. No es extraño, por tanto, que los negros busquen cada día con más interés, no sólo mejores oportunidades de trabajo, sino la plenitud de sus derechos como consumidores de alimentos, bebidas y artículos de vestir, gozando de todo esto como cualquier otro norteamericano. Una revolución en los tipos y técnicas de comunicación siempre produce más consecuencias de lo que uno se imagina cuando se introducen las primeras innovaciones. La densidad creciente de los medios de comunicación en la nación y en el mundo entero, consecuencia de los progresos tecnológicos, representa un ritmo acelerado de cambio social, y por tanto, una necesidad mayor de preparación semántica para todos los hombres.

El contenido original de este libro, publicado en 1941 con el título de *Language in Action* (El lenguaje en acción), constituyó en muchos aspectos una reacción contra los peligros de la propaganda, evidenciados en el éxito que tuvo Adolfo Hitler para arrastrar a millones de seres humanos a sus ideas maniáticas y destructivas. Su autor estaba entonces convencido, y así sigue, de que todo el mundo debe adoptar una actitud habitualmente crítica respecto al lenguaje suyo y al de los demás, por su propio bien personal y para cumplir adecuadamente sus funciones de ciudadano. Ya Hitler desapareció; pero, si bien la mayoría de nuestros conciudadanos son más susceptibles a los lemas del miedo y del odio racial que a los de la convivencia

pacífica y el respeto mutuo entre los seres humanos, nuestras libertades políticas están a merced de cualquier demagogo elocuente y sin escrúpulos.

La semántica es el estudio de la interacción humana a través de la comunicación. Esta lleva a veces a la cooperación, pero también al conflicto. El postulado ético de la semántica, análogo al médico de que la salud es mejor que la enfermedad, es que la cooperación es preferible al conflicto. Este postulado, implícito en *Language in Action*, quedó explícitamente propuesto como tema central y unificador en *El lenguaje en el pensamiento y en la acción*, ampliación de la obra anterior, publicada en 1949. Sigue siendo el tema central de la presente edición revisada.

Los cambios principales que se le han introducido son de dos clases. En primer lugar, se le ha añadido mucho original nuevo, con el título de “Aplicaciones”, al fin de cada capítulo. Un libro de semántica no es algo que se lee y luego se olvida. Sus principios deben ensayarse en el propio pensar, hablar, escribir y proceder, para que produzcan frutos; hay que comprobarlos con la propia experiencia y observación. Por eso, las “Aplicaciones” tienen un doble fin: ofrecen al lector un procedimiento para asimilar el punto de vista del semántico, emprendiendo investigaciones y ejercicios de semántica por su cuenta además de leer la teoría respectiva. Constituyen también un medio para que el lector no se atenga a la simple palabra del autor respecto a la verdad de cuanto se contiene en este libro. (Es de esperar además que las “Aplicaciones” resulten amenas para el lector. Tenemos la suerte de que el mundo esté lleno de individuos que dicen y escriben absurdos maravillosos para el cuaderno de apuntes del semántico).

En segundo lugar, esta edición se ha revisado a fondo para aprovechar las últimas obras y progresos en el campo de la semántica. El estudio de la “orientación dilemática” se ha aumentado y detallado de conformidad con las ideas actuales sobre el tema, especialmente en el campo de la psicología social. La exposición de “la orientación intencional” se ha vuelto a escribir en aras de una mayor claridad. La publicidad ha sido característica saliente del medio semántico norteamericano, pero ha cobrado aún mayor importancia con el desarrollo de la televisión, por lo cual cala más hondo que nunca en nuestra vida. Se ha añadido un nuevo capítulo sobre “Poesía y publicidad” para estimular el estudio, literario y psicológico, de la influencia exacta que ejerce sobre nosotros el anuncio publicitario.

Merece mi reconocimiento más profundo Alfred Korzybski, por su *Semántica General* (“sistema no aristotélico”). También he utilizado mucho las obras de otros autores y elaboradores del pensamiento semántico, especialmente C. K. Ogden y I. A. Richards, Thorstein Veblen, Edward Sapir, Leonard Bloomfield, Karl R. Popper, Thurman Arnold, Jerome Frank, Jean Piaget, Charles Morris, Wendell Johnson, Irving J. Lee, Ernst Cassirer, Anatol Rapoport, Stuart Chase. También estoy profundamente agradecido a numerosos psicólogos y psiquiatras, que en uno u otro punto de vista importante se inspiraron en Sigmund Freud, entre los cuales cito a los siguientes: Karl Menninger, Trigant Burrow, Carl Rogers, Kurt Lewin, N. R. F.

Maier, Jurgen Ruesch, Gregory Bateson, Rudolph Dreikurs, Milton Rokeach. También me han valido mucho las obras de antropólogos culturales como Benjamín Lee Whorf, Ruth Benedict, Clyde Kluckhohn, Leslie A. White, Margaret Mead, Weston La Barre.

La penetración en la conducta simbólica humana y en la interacción humana a través de mecanismos simbólicos, procede de diversas disciplinas: no sólo de la lingüística, filosofía, sicología y antropología cultural, sino de las investigaciones sobre las actitudes y la opinión pública, de las nuevas técnicas sicoterápicas, de la fisiología y neurología, de la biología matemática y de la cibernética. ¿Cómo se combinan y sintetizan todos estos puntos de vista heterogéneos? Esta es una tarea que no presumo haber realizado aquí, pero he estudiado el problema con el suficiente detenimiento para llegar a la conclusión de que no puede hacerse sin algún conjunto de principios amplios e informadores, como los de la Semántica General de Korzybski.

Como una relación, aun incompleta, de las fuentes haría interminables estas páginas, en lugar de una documentación detallada inserto al final de la obra una lista de libros que me han parecido particularmente útiles. Pero ninguno de los autores que he consultado es responsable de los errores o defectos de este libro ni de las libertades que me he tomado en la nueva explicación, aplicación y modificación de las teorías existentes.

Los profesores Leo Hamalian y Geoffrey Wagner, del Departamento de Inglés del City College de Nueva York, amigos y colaboradores míos en esta edición, han leído la preparación de cada una de estas páginas y aportado la mayor parte de las nuevas "Aplicaciones". Sus sugerencias e ideas, basadas en muchos años de enseñanza académica de la semántica y en su vasta lectura y erudición, han enriquecido todo este volumen. Expreso también mi gratitud al fallecido profesor Basil H. Pillará, del Colegio de Antioquia, que me asesoró en la edición de 1949, de *El lenguaje en el pensamiento y en la acción*; muchas indicaciones y adiciones suyas forman todavía parte del contenido y la estructura de la edición presente. También mi reconocimiento a muchos estudiosos; a numerosos colegas de mi profesión docente; a jefes de empresas, directores de adiestramiento y publicistas; a amigos del campo de la medicina, del derecho, de las relaciones laborales y del Gobierno (especialmente del servicio diplomático) cuyas críticas y observaciones me han ayudado a esclarecer y ampliar mis puntos de vista.

S. I. H.

San Francisco State College

LIBRO PRIMERO

Las funciones del lenguaje

Se ha dedicado gran atención... a los lenguajes técnicos en que los hombres de ciencia expresan su saber especializado... Pero la terminología coloquial del habla cotidiana, los estilos literario y filosófico en que los hombres expresan sus ideas sobre los problemas de la moral, de la política, de la religión y de la sicología, han estado en extraño abandono. Decimos, “esas son meras cuestiones de palabras”, en tono de desdén, como si creyésemos que las palabras son cosas sin interés para una persona seria y sensata.

Esta es una actitud de lo más lamentable. Porque las palabras desempeñan un enorme papel en nuestra vida y merecen, por tanto, nuestro más profundo estudio. La antigua idea de que las palabras tienen poderes mágicos es falsa; pero su falsedad consiste en la deformación de una verdad muy importante. Las palabras producen, es cierto, un efecto mágico, pero no de la índole que suponían los magos, ni sobre los objetos en que trataban de influir. Las palabras son mágicas porque afectan a la mente de quienes las emplean. Hablamos despectivamente de “una mera cuestión de palabras”, olvidando que tienen poder para forjar el pensamiento de los hombres, para encauzar sus sentimientos, para dirigir su voluntad y su acción. La conducta y el carácter están en gran parte determinados por la naturaleza de las palabras que solemos usar para expresarnos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea.

—ALDOUS HUXLEY, *Words and Their Meanings*

PRÓLOGO

“Ojo-Rojo” y el problema de la mujer: Anécdota semántica

Cuando se llega a un acuerdo o convenio en los asuntos humanos —SE
LOGRA MERCED A PROCESOS LINGÜÍSTICOS, O NO SE LOGRA EN ABSOLUTO.

—BENJAMIN LEE WHORF

Una vez, hace mucho tiempo, decenas de milenios antes de que empezara la historia, la gente se preocupaba por la condición caótica de su vida, como ha venido ocurriendo tantas veces desde entonces. Porque, en aquellos tiempos, los hombres se apoderaban por la fuerza de las mujeres que deseaban. No había modo de detenerlos.

El que quería a una mujer, pero se enteraba de que ya era compañera de otro hombre, no tenía más que matarlo y llevársela a rastras a su casa. Naturalmente, otro podría matarlo después a garrotazos para arrebatársela, pero había que jugarse ese albur si se quería a una mujer.

Por tanto, no había gran cosa de lo que pudiera llamarse vida de familia. Los hombres estaban constantemente acechándose a hurtadillas.

Y el tiempo que pudiera emplearse en pescar, cazar o elevar de cualquiera otra manera el nivel general de vida, se gastaba en incesantes e inquietas medidas para defender a la propia mujer.

Mucha gente comprendía que aquella no era forma de vida propia de seres humanos. Por eso, se decían unos a otros:

—La verdad es que somos criaturas extrañas. En algunos aspectos, estamos altamente civilizados. Ya no comemos carne cruda como nuestros salvajes antepasados. Nuestros técnicos han perfeccionado las cabezas de flecha de pedernal e inventado poderosos arcos, de forma que podemos matar al ciervo más rápido. Nuestros brujos predicen qué peces van a llenar los ríos, y nuestros curanderos acaban con las enfermedades. En el Instituto de Estudios Avanzados de Notecnirp, dicen que un grupo de jóvenes de talento están organizando una danza para hacer que llueva. Poco a poco vamos dominando los secretos de la Naturaleza, y estamos en condiciones de vivir como hombres civilizados y no como animales.

“Sin embargo —continuaban diciendo—, no hemos logrado dominarnos a nosotros mismos. Hay quienes siguen arrebatando por la fuerza a las mujeres, por lo cual todos los hombres viven en constante temor de sus semejantes. La gente comprende, claro está, que hay que acabar con toda esta matanza, pero nadie lo hace. El problema fundamental de los problemas humanos, el de tener una pareja y criar a sus hijos según un sistema decente y de orden, sigue sin resolver. Mientras no arbitremos una manera para que la relación entre hombre y mujer se asiente en una base decorosa y humana, carecen de sentido nuestras aspiraciones a la civilización”.

Durante muchas generaciones los hombres sensatos de la tribu estuvieron dando vueltas al problema. ¿Cómo podrían los hombres y las mujeres vivir juntos en paz con sus hijos, protegidos de los atropellos de unos cuantos, que mataban a troche y moche para poseer a sus mujeres?

Paulatinamente, tras siglos de discusiones tentativas, dieron con una solución. Propusieron que los hombres y las mujeres decididos a vivir juntos con carácter permanente se uniesen en virtud de un “contrato”, palabra que para ellos significaba la pronunciación de solemnes promesas ante los sacerdotes de la tribu, respecto a su conducta futura. Este contrato se llamó “matrimonio”. El hombre que lo contraía se denominaría “marido”, y la mujer, “esposa”.

Propusieron, además, que este contrato fuese observado y respetado por todos los individuos de la tribu. O sea, si, por ejemplo la mujer Cañahejas era la “esposa” de Cejas Negras, todos los miembros de la tribu tenían que estar de acuerdo en que no se les podía molestar en sus relaciones domésticas. Propusieron también que si alguno desdeñaba este contrato y mataba a otro hombre para llevarse a su esposa, debería ser castigado por la fuerza colectiva de la autoridad tribeña.

Para poner por obra estas propuestas, se convocó a una gran asamblea de delegados de todas las ramas de la tribu. Unos se presentaron muy alegres, con la esperanza de que la humanidad iba a entrar en una nueva era. Otros llegaron alicaídos, pesimistas, con pocas ilusiones sobre los resultados de la conferencia, aunque convencidos de que por lo menos valía la pena hacer algo. Otros concurrieron sencillamente porque habían sido designados delegados con todos los gastos pagados, y estaban dispuestos a apoyar a la mayoría.

Pero, durante toda la conferencia, un corpulento e inculto salvaje, apodado “Ojo Rojo, el Atavismo”, tan descarado que siempre tenía seguidores a pesar de su roma personalidad, estuvo barbotando comentarios despectivos desde los extremos del gentío. Llamaba a los delegados “visionarios”, “chalados”, “teorizantes imprácticos”, “soñadores despiertos”, “mentecatos” y “poco hombres”. Entre risotadas, zumbaba que muchos delegados habían sido antaño ladrones de mujeres. (Desgraciadamente, en esto tenía razón).

Gritaba a Manos Velludas, uno de los delegados:

—No creerás que Patas Pardas va a dejar en paz a tu mujer porque haga una promesa, ¿verdad?

Y gritó también a Patas Pardas:

—No creerás que Manos Velludas va a dejar en paz a tu mujer porque lo prometa, ¿verdad?

Y se mofaba de todos los delegados, diciendo que aquella discusión eran “paparruchas pedantes, porque ¿quién había oído hablar nunca de marido, mujer y matrimonio, y todas aquellas majaderías elegantes en ‘choctaw’, dialecto de la tribu?”

Luego “Ojo Rojo, el Atavismo” se volvió a sus seguidores, la turba de gente timorata y pusilánime, que siempre se daba ánimos con el tono destemplado de su

voz, y berreó:

—Miren a estos delegados imbéciles, mírenlos. ¡Creen que van a poder cambiar la naturaleza humana!

Al oír esto, la turba de secuaces suyos estalló en carcajadas y se puso a repetir:

—¡Ah, ah! ¡Se creen que pueden cambiar la naturaleza humana!

Con aquello se acabó la conferencia. Pasaron otros dos mil años antes de que el matrimonio quedase establecido definitivamente en la tribu, dos mil años durante los cuales murieron innumerables hombres defendiendo a sus mujeres, y los que no codiciaban las hembras de su prójimo se mataban unos a otros para evitar ser muertos, dos mil años durante los cuales languidecieron las artes de la paz, dos mil años que la gente pasó desesperando del soñado y remoto futuro en que el hombre pudiera vivir con la mujer a quien quería, sin tener que armarse hasta los dientes y montar guardia día y noche.

* * *

Quizá al lector le parezca deprimente esta anécdota inventada. Depende de la consecuencia que deduzca de ella. Es verdad que “Ojo Rojo, el Atavismo” se apuntó un triunfo entonces, pero también es verdad que el matrimonio llegó a establecerse por fin, con sus imperfecciones y todo.

Pero nosotros no tenemos, en cambio, para llegar a los convenios sociales que impidan la violencia internacional de nuestros días, dos mil años, ni siquiera doscientos. Ni veinte. Acaso, ni dos.

Y ahí está nuestro problema.

1. LENGUAJE Y SUPERVIVENCIA

No puede uno menos de extrañarse de la expresión, “lograr algo de balde”, repelida a todas horas, como si fuese la ambición peculiar y perversa de los perturbadores de la sociedad. Excepto nuestro equipo animal, todo lo que tenemos prácticamente se nos da gratis. ¿Puede el reaccionario más satisfecho blasonar de haber inventado el arte de la escritura o de la prensa, o de haber descubierto sus convicciones religiosas, económicas y morales, o cualquiera de los procedimientos que le proporcionan alimento y vestido, o cualquiera de las fuentes de regalo, como los que le brindan la literatura y las bellas artes? En una palabra: la civilización apenas es algo más que recibir buenas cosas de balde.

—JAMES HARVEY ROBINSON

Cuando se llega a un acuerdo o convenio en los asuntos humanos... se logra merced a procesos lingüísticos, o no se logra en absoluto.

—BENJAMIN LEE WHORF

¿A qué animales debemos imitar?

La gente que se tiene por aferrada a las realidades, como los poderosos líderes políticos y los hombres de negocios, así como los vividores y ganapanes de pequeño calibre, tiende a suponer que la naturaleza humana es egoísta y que la vida constituye una lucha en que sólo sobreviven los más aptos. Según esta filosofía, la ley fundamental que debe regir la vida del hombre es, a pesar de su barniz de civilización, la de la selva. Los más “aptos” son quienes pueden desplegar en la lucha más fuerza, más astucia y menos escrúpulos.

Lo extendido de esta filosofía de la supervivencia de los mejores permite a quienes proceden con dureza y egoísmo, ya sea en rivalidades personales, ya en la competencia de los negocios o en las relaciones internacionales, acallar el grito de su conciencia, diciéndose que no hacen sino obedecer la ley de la Naturaleza. Pero el observador imparcial tiene derecho a preguntar si la crueldad del tigre, la astucia del mono y la obediencia a la ley de la selva en sus aplicaciones humanas prueban verdaderamente la aptitud del hombre para sobrevivir. Si los seres humanos se

empeñan en buscar sus modelos entre los animales, ¿no pueden darle lecciones de supervivencia sino las fieras rapaces?

No estaría mal, por ejemplo, parar mientes en el conejo o en el corzo y cifrar la aptitud de supervivencia en la rapidez de escapar de los enemigos. Podríamos fijarnos en la lombriz de tierra o en el topo, y cifrarla en la capacidad de esconderse y escabullirse. O estudiar a la ostra y a la mosca casera, cuya capacidad de supervivencia consiste en que se propagan con más rapidez que la de sus enemigos en devorarlas. De buscar a los animales por modelo, ahí está el cerdo, al que muchos seres humanos han querido emular desde el principio de los tiempos. (Recuérdese que Circe alentó en la *Odisea* ingeniosa y prácticamente a quienes tenían esas tendencias). Vemos, en el *Brave New World* de Aldous Huxley, un mundo obra de quienes quieren modelar a los seres humanos como hormigas sociales. El mundo, dirigido por un grupo de supercerebros, podría funcionar tan concorde y ordenadamente y con la misma eficiencia que un hormiguero, y también tan sin ton ni son, como indica Huxley. Basta con echar un vistazo al mundo de los animales, si en ellos buscamos la “capacidad de supervivencia”, para ver que no hay límite a los sistemas infrahumanos de conducta que pudieran imaginarse: podríamos emular a las langostas, a los perros, a los papagayos, a los gorriones, a las jirafas, a los zorrillos, y hasta a las lombrices parásitas, porque no cabe duda que han sabido sobrevivir de una u otra manera. Pero todavía cabe preguntar si la supervivencia humana no girará en torno a una capacidad específicamente distinta de la de los animales.

Como en general la gente cree que el perro devora al perro, la supervivencia de los mejores en nuestro mundo es una filosofía que debe estudiarse a la luz de la ciencia presente, aunque la bomba de hidrógeno ha abierto los ojos a algunos para comprender la necesidad de un cambio de filosofía. Los biólogos distinguen dos tipos de lucha por la vida. Primero, la lucha *interespecífica*, o sea, entre las distintas especies animales, como zorras y venados, hombres y bacterias. Segundo, la *intraespecífica*, entre los miembros de una misma especie, hombres contra hombres, o ratas contra ratas. Hay muchos indicios en la biología moderna de que las especies que han desarrollado medios complicados de competencia intraespecífica, frecuentemente no son aptos para la lucha interespecífica, por lo cual o ya han perecido esas especies o están en vías de extinción. Aunque la cola le valga al pavo real para la competencia sexual con otros pavos reales, constituye un engorro para abrirse camino en el medio ambiente o luchar con otras especies. Por eso, el pavo real podría quedar eliminado de la noche a la mañana merced a un cambio súbito en el equilibrio ecológico. Hay pruebas también de que el vigor y la fiereza para atacar y matar a otros animales, lo mismo en la lucha interespecífica que en la intraespecífica, nunca ha bastado por sí solo para garantizar la supervivencia de la especie. Muchos gigantescos reptiles, dotados de magníficas armas ofensivas y defensivas, dejaron de arrastrarse por la tierra hace millones de años^[1].

Para hablar de la supervivencia humana, una de las primeras cosas que hay que

hacer, aun suponiendo que los hombres tengan que luchar para vivir, es distinguir entre las cualidades que les valen para defenderse del medio y de otras especies (inundaciones, tormentas, al mismo tiempo que animales salvajes, insectos o bacterias) y las que necesitan para luchar con otros hombres (como la agresividad).

El principio de que si no peleamos juntos seremos ahorcados por separado, fue descubierto por la Naturaleza mucho antes que por los hombres. La cooperación dentro de la especie (y a veces, con otras especies) es esencial para la supervivencia de la mayor parte de los seres vivos. Además, el hombre es el animal que habla; y la teoría de su supervivencia que no tome en cuenta este hecho no es más científica que la de la supervivencia del castor, haciendo caso omiso de cómo usa este animal sus dientes y su cola aplastada. Veamos lo que significa el habla, la comunicación humana.

Cooperación

Cuando alguien nos grita, “¡Cuidado!”, y uno da un salto para evitar a duras penas ser arrollado por un automóvil, debemos nuestra salvación al acto cooperativo fundamental, merced al cual sobreviven los animales superiores, o sea, la comunicación por el sonido. No vimos venir al vehículo, pero alguien lo vio y emitió ciertos sonidos para ponernos en guardia. En otras palabras: aunque nuestro sistema nervioso no percibió el peligro, salimos indemnes porque otro sistema nervioso lo captó. Nos beneficiamos de este otro sistema además del nuestro.

De hecho, casi siempre que oímos los ruidos que hace la gente, o vemos sobre el papel las marcas negras que representan estos ruidos, estamos aprovechando las experiencias de los demás para compensar lo que a nosotros se nos escapó. Evidentemente, cuanto más pueda utilizar uno los sistemas nerviosos de los demás para suplementar el propio, más fácil le será sobrevivir, y desde luego, cuantos más individuos haya en un grupo cooperativo de ruidos de uno a otro, mejor para todos, dentro de los límites, naturalmente, de los talentos organizadores del grupo en el campo social. Las aves y los demás animales se unen con los de su especie y emiten sus ruidos cuando encuentran alimento o se asustan por algo. En realidad, lo mismo los animales que los hombres tienen que aliarse para sobrevivir y defenderse, uniendo sus sistemas nerviosos más todavía que su fuerza física. Las sociedades animales y humanas pudieran considerarse casi como enormes cooperativas de sistemas nerviosos.

Sin embargo, mientras los animales no utilizan más que unos cuantos gritos, los seres humanos emplean sistemas extraordinariamente complicados de farfullar, silbar, gorgotear, cloquear y arrullar, que reciben el nombre común de *lenguaje*, con el cual expresan y comunican lo que pasa por sus sistemas nerviosos. Además de complicado, el lenguaje es extraordinariamente más flexible que los gritos animales de que deriva, hasta el punto de que no sólo puede usarse para comunicar la inmensa variedad de fenómenos que pasan por el sistema nervioso humano, sino para *comunicar estas comunicaciones*. Es decir, cuando gañe un animal, quizá haga gañir a otro, por imitación o por susto; pero el segundo no gañe sobre el gañido del primero. En cambio, cuando un hombre dice, “Veo un río”, y otro replica, “Este dice que ve un río”, tenemos una afirmación sobre otra afirmación. Respecto a ésta pueden hacerse otras, y otras más. En una palabra, *el lenguaje puede versar sobre el lenguaje*. En esto difieren fundamentalmente los sistemas humanos de sonido, de los ritos animales.

El depósito común del saber

Además del lenguaje, el hombre ha desarrollado marcas y rayas más o menos permanentes, expresivas del lenguaje, que pueden grabarse en tabletas de arcilla, en pedazos de madera o de piedra, en pieles de animales y en papel. Estas marcas le permiten comunicarse con hombres a quienes no llega el eco de su voz, ni en el espacio ni en el tiempo. Es largo el proceso de evolución desde los árboles marcados por los indios, que les indicaban sus sendas, hasta los diarios metropolitanos; pero tienen en común que comunican a los demás lo que un individuo ha visto para su bien o, en un sentido más amplio, para su instrucción. Todavía pueden seguirse muchos de los senderos trazados en las selvas canadienses a base de tocones y ramas marcadas por indios que murieron hace mucho. Arquímedes murió, pero conservamos lo que escribió sobre sus experimentos en física. Keats murió, pero todavía puede decirnos sus impresiones cuando leyó por primera vez el Homero de Chapman. Por nuestros periódicos y radios nos enteramos con gran rapidez de lo que ocurre en el mundo en que vivimos. En los libros y revistas aprendemos lo que pensaron y sintieron multitud de personas a quienes jamás podremos ver. Toda esta información nos es útil tarde o temprano para proyectar luz sobre nuestros propios problemas.

Así, pues, el ser humano nunca está sólo a expensas de su experiencia para informarse. Hasta en una cultura primitiva puede utilizar la experiencia de sus

vecinos, amigos y parientes, que se la comunican por medio del lenguaje. Por tanto, en lugar de padecer las limitaciones de su experiencia y saber, en lugar de tener que descubrir lo que ya han descubierto otros y de explorar las sendas falsas que ellos exploraron, repitiendo sus errores, *puede arrancar de lo que dejaron los demás*, y continuar su trayectoria. Es decir, el lenguaje hace posible el progreso.

En realidad, la mayor parte de las características humanas, como las llamamos, de nuestra especie se expresan y desarrollan gracias a nuestra capacidad de cooperar con nuestros sistemas de ruidos significativos y de trazos expresivos sobre el papel. Aun los miembros de culturas atrasadas, en las que no se había inventado la escritura, pueden intercambiar información y transmitir de generación en generación considerables contingentes de saber tradicional. Pero, sin embargo, parece haber un límite tanto para el volumen como para lo exacto del saber que puede transmitirse oralmente^[2]. Pero cuando se inventa la escritura, se da un tremendo paso adelante. Puede comprobarse una y otra vez, por las generaciones sucesivas de observadores, la exactitud de los informes. Cesa de estar limitado el caudal del saber acumulado, porque la gente puede recordar lo que se le ha dicho. La consecuencia es que, en cualquier cultura de unos cuantos siglos, los seres humanos que sepan leer y escribir acumulan vastos depósitos de saber, muy superiores a lo que un solo individuo de dicha cultura es capaz de leer, cuanto más de recordar, en toda su vida. Estos caudales de saber, en constante aumento, quedan a disposición de cuantos los deseen, a través de procedimientos mecánicos como la imprenta y de organismos distribuidores como el mercado de libros, el periódico, la revista y los sistemas de bibliotecas. Así, todos los que podemos leer los principales idiomas europeos o asiáticos estamos potencialmente en contacto con los recursos intelectuales de siglos de actividad humana en todo el mundo civilizado.

Un médico, por ejemplo, que no sepa cómo curar a un paciente de alguna enfermedad rara, puede consultar la dolencia en el *Index Medicus*, el cual a su vez lo mandará a los diarios médicos de todas las partes del mundo. En ellos encontrará casos parecidos descritos por algún médico de Rotterdam, Holanda, en 1913, o por otro de Bangkok, Siam, en 1935, y varios de Kansas City en 1954. Una vez en posesión de esos datos, puede bandearse mejor con su caso. Igualmente, si alguien tiene un problema ético, no tiene por qué limitarse al consejo del pastor de la iglesia baptista próxima; puede acudir a Confucio, Aristóteles, Jesús, Spinoza y tantos otros, cuyas reflexiones sobre cuestiones éticas están publicadas. Si le preocupa un caso sentimental de amor, no sólo puede consultárselo a su madre o a su amigo, sino a Safo, Ovidio, Propertio, Shakespeare, Havelock Ellis, o a cualquiera de los millares que supieron algo de eso y lo consignaron por escrito.

Es decir, el lenguaje es el mecanismo indispensable de la vida humana, de una vida como la nuestra, formada, orientada, enriquecida y hecha posible gracias a las experiencias pasadas de los miembros de nuestra especie. Que sepamos, los perros, los gatos y los chimpancés no aumentan su sabiduría, su información ni el control de

su medio, de generación en generación. Pero los seres humanos, sí. Los triunfos culturales de las edades, el invento del cocinar, de las armas, de la escritura, de la imprenta, de los métodos de construcción, juegos, diversiones, medios de transporte y los descubrimientos de las artes y de las ciencias, nos llegan como *dádivas gratuitas de los muertos*. Aunque no hemos hecho nada por merecerlas, nos brindan no sólo la oportunidad de una vida superior a la de nuestros antepasados, sino la de aumentar la suma de las realizaciones humanas con nuestras propias aportaciones, por modestas que sean.

Por eso, saber leer y escribir es aprovechar y participar del logro mayor de la humanidad, que hace posibles todos los demás, el depósito de nuestras experiencias en los grandes archivos cooperativos del saber, a disposición de todos, a excepción de los posibles privilegios, censuras o supresiones especiales que se opongan a ello. Desde el grito de aviso del hombre primitivo hasta el último documental fílmico o la última monografía científica, el lenguaje es social. La cooperación cultural o intelectual es el gran principio de la vida humana.

No es principio fácil de aceptar o comprender, ni mucho menos, pero nos gustaría creerlo como verdad piadosa, porque somos gente de buenas intenciones. Vivimos en una sociedad caracterizada por un alto grado de competencia; cada cual trata de superar a los demás en dinero, popularidad o prestigio social, vestido, grados académicos o resultados de golf. Al leer nuestros diarios, siempre nos llegan noticias de conflictos, más bien que de cooperación: conflictos entre obreros y patronos, entre corporaciones o estrellas de cine rivales, entre partidos políticos y naciones antagonistas. Sobre todos nosotros se cierne el pavor perpetuo de otra guerra más inconcebiblemente horrible que la última. Muchas veces se siente uno tentado a afirmar que el conflicto, no la cooperación, es el gran principio que regula la vida humana.

Pero lo que pasa por alto esa filosofía, pese a toda la competencia superficial, es que hay un enorme substrato de cooperación que no se advierte siquiera, pero mantiene en marcha al mundo. La coordinación de las actividades de los ingenieros, actores, músicos, camarógrafos, compañías de valores, mecanógrafas, directores de programas, empresas publicitarias, escritores y mil más, es necesaria para organizar un solo programa de televisión. Centenares de millares de personas cooperan en la producción automovilística, entre ellos, los abastecedores y proveedores de materias primas de todas las partes del mundo. Cualquier actividad industrial organizada es un acto de cooperación complicada, en que cada trabajador aporta su granito de arena. El paro y la huelga constituyen un *retiro de la cooperación*: se dice que se vuelve a lo normal cuando se restablece esa cooperación. Quizá compitamos individualmente por un empleo, pero en cuanto lo tenemos, nuestra función es contribuir a su tiempo y lugar a la serie innumerable de actos cooperativos que con el tiempo se traducirán en automóviles manufacturados, en pasteles expuestos en los escaparates de las confiterías, en tiendas de departamentos al servicio de sus clientes, en la salida a sus

horas de trenes y aeroplanos. Pero lo que a nosotros nos importa aquí es que toda esta coordinación de esfuerzos necesaria para que funcione la sociedad, *se logra a base del lenguaje, o no se logra en absoluto.*

El Niágara de las palabras

Y ¿de qué manera afecta todo esto al señor T. C. Mits^[3]? Desde que abre la radio para escuchar las primeras noticias matutinas hasta que cae dormido por la noche sobre una novela o una revista, nada en un mar de palabras, como cuantos viven en las condiciones civilizadas modernas. Directores de periódicos, políticos, agentes de ventas, locutores de radio, columnistas, oradores de almuerzos de clubes, clérigos, colegas suyos, amigos, parientes, su mujer y sus hijos, los informes del mercado, los anuncios por correo, los libros y las carteleras, lo asaltan con sus palabras el día entero. Y él, por su parte, contribuye también a ese Niágara verbal cada vez que desencadena una campaña publicitaria, pronuncia un discurso, escribe una carta o charla con su familia.

Cuando las cosas no marchan bien en su vida —cuando está preocupado, perplejo o nervioso; cuando los asuntos familiares, industriales o nacionales no van como él quisiera; cuando le sale mal uno y otro negocio personal o financiero— echa la culpa de sus dificultades a una porción de cosas. A veces, se mete con el tiempo; otras lo achaca a su salud o al estado de sus nervios, o bien a sus glándulas; si el problema es grave, quizá se lo reproche al medio, al sistema económico en que vive, a alguna nación extranjera o a los valores culturales de su sociedad. Cuando piensa en las dificultades de los demás, acaso las atribuya también a causas análogas, y hasta añade otra: la “naturaleza humana”. (No echa la culpa a su propia “naturaleza humana”, como no sea que ande muy mal la cosa). Rara vez se le ocurre, si es que se le ocurre, investigar, por ejemplo, la naturaleza y los elementos de ese Niágara diario de palabras, como fuente posible de sus problemas.

De hecho, en muy pocas ocasiones piensa el señor Mits en el lenguaje. Se detiene de cuando en cuando a cavilar sobre un punto gramatical. A veces, no queda satisfecho con su expresión verbal y se pone a planear el mejoramiento de su vocabulario. De cuando en cuando lee anuncios sobre “la manera de mejorar su poder de expresión”, y cree que debería tomar medidas para adquirir más capacidad persuasiva, y hasta quizá compre un libro o tome un cursillo que lo tranquilizará por una temporada. Ante el Niágara torrencial de palabras —las revistas que no tiene

tiempo de leer y los libros que le consta debería consultar— se pone a cavilar si no le convendría matricularse en un curso de lectura rápida.

No es raro el caso de que le extrañe que algunas personas (entre las cuales nunca se incluye, claro) tergiversen el significado de las palabras, especialmente durante alguna discusión, con lo cual la terminología se embrolla. De cuando en cuando advierte, casi siempre exasperado, que las palabras significan cosas distintas para las distintas personas. Esto, piensa, podría enmendarse con sólo que la gente consultase más a menudo su diccionario y aprendiese la “acepción verdadera” de las palabras. Pero le consta que no lo van a hacer —por lo menos, más a menudo que él, quien por cierto no maneja el diccionario muy frecuentemente—, así que da carpetazo al asunto, atribuyéndolo también a la debilidad de la naturaleza humana.

Desgraciadamente, éste es más o menos el límite de las especulaciones lingüísticas del señor Mits; de ahí no pasa. Y conste que está representando en esto no sólo al público en general, sino a muchos trabajadores científicos, publicistas y escritores. Como la mayor parte de la gente, se preocupa tanto por las palabras como por el aire que respira, y las acepta y emplea sin más ni más. (Después de todo, viene hablando desde lo que alcanza a recordar). Su cuerpo se acomoda automáticamente, con sus limitaciones, claro, a los cambios climáticos y atmosféricos, del frío al calor, de la sequía a la humedad, del aire fresco al viciado; no necesita un esfuerzo consciente para amoldarse. Sin embargo, no tiene inconveniente en reconocer el efecto que el clima y el aire ejercen en su bienestar físico, y toma las medidas necesarias para protegerse del aire insano, retirándose a otra parte o creando sistemas de aire acondicionado para purificarlo. Pero el señor Mits, como cualquiera de nosotros, se ajusta también automáticamente a los cambios en el clima verbal, de un estilo a otro, de una terminología a otra, alterando sus hábitos de escuchar según las distintas situaciones sociales, sin esfuerzo consciente. No obstante, tiene que reconocer el efecto de su clima verbal para su salud y bienestar mental.

A pesar de todo, el señor Mits se arma un lío con las palabras que absorbe y emplea cada día. Las que lee en el periódico le hacen descargar el puño contra la mesa del desayuno. Las palabras que le hablan sus superiores lo llenan de orgullo, o le hacen trabajar más duro. Las que ha oído a espaldas suyas sobre su misma persona lo asquean. Las que pronunciara hace unos años ante un ministro eclesiástico lo han atado a una mujer para toda la vida. Palabras que escribiera en unas hojas de papel lo aherrojan a su empleo, o bien son la causa de que le lleguen cada mes cuentas por correo, que le obligan a pagar y pagar constantemente. Las escritas por otros individuos, en cambio, los obliga a ellos a pagarle mes tras mes. Desempeñando un papel tan importante las palabras en casi todos los detalles de su vida, parece extraño que el señor Mits piense tan poco en el tema del lenguaje.

Ha observado, además, que cuando los gobiernos totalitarios, por ejemplo, permiten a grandes masas de la población oír y leer únicamente palabras cuidadosamente cribadas y seleccionadas, su conducta se hace tan extraña, que le

parecen locos. Pero también he notado que algunos individuos de la misma cultura y con la misma oportunidad para manejar las distintas fuentes de información de que él dispone, están igualmente locos. Escucha lo que dicen algunos vecinos suyos y no puede menos de extrañarse: “¿Cómo podrán pensar tales cosas? Pero ¿no ven con sus ojos las mismas cosas que yo? ¡Tienen que estar locos! ¿Se deberá esta insensatez también a la ‘fragilidad inevitable de la naturaleza humana’?” El señor Mits se hace estas preguntas y, como buen norteamericano a quien no gusta lo imposible, no se queda satisfecho con la conclusión de que “no puede hacerse nada por remediarlo”, pero muchas veces no ve salida a esa situación. En alguna ocasión se acerca tímidamente a otra posibilidad: “A lo mejor, también estoy loco. ¡A lo mejor, todos estamos chalados!” Pero esto le da tantos quebraderos de cabeza, que pronto deja de pensar en ello.

Uno de los motivos por los cuales el señor Mits no se ocupa más del lenguaje, es que cree, como tanta gente, que las palabras no tienen importancia; lo que interesan son las “ideas” que expresan. Pero ¿qué es una idea, sino la *verbalización* de una vibración cerebral? Pero esto apenas se la ha ocurrido jamás al señor Mits. Que un conjunto de palabras pueda conducir inevitablemente a callejones sin salida, y otros no; que las asociaciones históricas o sentimentales de ciertas palabras hagan imposible una discusión tranquila; que el lenguaje tenga una multitud de usos distintos y se produzca una gran confusión al emplear una palabra por otra; que un individuo hable un idioma de estructura totalmente distinta del inglés, como el japonés, el chino o el turco, quienes quizá ni piensen siquiera las mismas ideas que un individuo de habla inglesa, son conceptos extraños para el señor Mits, quien siempre ha dado por supuesto que lo interesante es pensar claro, con lo cual las palabras saldrán espontáneamente, sin preocuparse de ellas.

Pero, caiga en la cuenta o no, el señor Mits depende cada hora de su vida, no sólo de las palabras que oye y emplea, *sino también de sus ideas inconscientes sobre el lenguaje*. Si, por ejemplo, le gusta el nombre Alberto y quisiera ponérselo a su hijo, pero supersticiosamente lo rechaza porque conoció a un Alberto que se suicidó, está obrando, consciente o inconscientemente, de acuerdo con ciertas suposiciones sobre la relación del lenguaje con la realidad^[4]. Estas suposiciones inconscientes determinan el efecto que en él ejercen las palabras, el cual, a su vez, determina su forma de proceder, sensata o atolondrada. Las palabras, tal como las emplea y como las interpreta cuando las emplean los demás, contribuyen considerablemente a sus convicciones, prejuicios, ideales y aspiraciones. Constituyen la atmósfera moral e intelectual en que vive; en una palabra: su *ambiente semántico*.

Por eso este libro trata de las relaciones entre lenguaje, pensamiento y conducta. Estudiaremos el lenguaje y los hábitos lingüísticos de la gente, tal como se revelan en su manera de pensar (y noventa por ciento, por lo menos, de ese pensar se manifiesta en hablar consigo mismo), de conversar, escuchar, leer y escribir. *Este libro se basa en la idea fundamental de que la cooperación intraespecífica general por medio del*

lenguaje es el mecanismo esencial para la supervivencia humana. Otra idea análoga será la de que, cuando el uso del lenguaje cristaliza, como ocurre tantas veces, en la creación o exacerbación de las disensiones y los conflictos, es que se ha cometido alguna equivocación lingüística por parte del que habla, del que escucha o de los dos. La “capacidad de supervivencia humana” supone saber hablar, escribir, escuchar y leer, de manera que se amplíen las posibilidades de vivir del hombre y de sobrevivir con los miembros de su especie.

APLICACIONES

Como uno de los objetos de este libro es ayudar al lector a entender más claramente cómo funciona el lenguaje y a aplicar este entendimiento a las situaciones prácticas de la vida, insertamos al final de cada capítulo una sección titulada “Aplicaciones”. Algunas tienen por fin probar hasta qué punto ha entendido claramente el lector lo que se expone en el capítulo; otras proponen ciertas actividades u operaciones con las cuales el mismo lector puede comprobar experimentalmente las ideas expuestas.

En las Aplicaciones en que se invita al lector a analizar ejemplos del lenguaje en acción, debemos advertir que rara vez hay una sola respuesta acertada. Más bien se pretende que el lector comprenda lo que se está explicando: qué suposiciones tácitas por parte del que habla o escribe, y por parte del que escucha o lee, parecen encerrarse en un ejemplo determinado.

Si el lector discute sus análisis o experimentos con otros lectores de este libro, debe procurar evitar los bizantinismos verbales y las disputas sobre palabras. Está bien explicar claramente las razones por las que se llega a determinado resultado, pero se puede aprender mucho escuchando lo que hicieron los demás y qué razones tuvieron para llegar a sus conclusiones.

Las ideas de este libro serán útiles al lector en tanto que las compruebe con su experiencia real y decida por sí mismo en qué grado le ayudan a pensar y a vivir. Las Aplicaciones no son sino puntos de partida para lograr ese fin, pero es importante que lo leído aquí sea sometido a la prueba de la experiencia.

I

Todos tendemos a suponer que sin gran dificultad hemos entendido lo que hemos leído. Pero no siempre ocurre así. Quizá interese al lector examinar y comprobar sus procesos interpretativos (y quizá también la claridad con que se expresa el autor) recorriendo la siguiente lista y notando con qué afirmaciones está de acuerdo, con cuáles no y qué afirmaciones no tienen relación con lo que se ha dicho en el capítulo:

1. Los seres humanos deben estudiar todo el reino animal para averiguar qué animales son más dignos de ser imitados.
2. Los gentiles creen en la ley de la selva; los cristianos, no.
3. La llamada “Batalla de la Saliente”, decisiva en la segunda Guerra Mundial, es ejemplo de lucha *intraespecífica*.
4. Los polvos contra las cucarachas y el DDT son armas de la lucha *interespecífica*.
5. La lucha interespecífica debe ser sustituida por la cooperación, si se quiere que la especie humana sobreviva.
6. Por lo que podemos observar, los animales no incrementan su acervo de conocimientos de una generación a otra.
7. Si se enamora usted, lea un buen libro.
8. Por medio del lenguaje, el hombre puede aprovecharse de las experiencias de los muertos y no sólo de los vivos de su especie.
9. Debería haber leyes que prohibieran las huelgas y los paros.
10. La cooperación cultural e intelectual es el gran principio de la vida humana.
11. Sin embargo, pocas son las perspectivas de que la naturaleza humana cambie hasta el punto de hacer posible la cooperación en gran escala.
12. Como estamos bajo una inundación torrencial de palabras, lo que debería hacer todo el mundo es callar.
13. El hombre no puede controlar su medio ambiente semántico, o tiene escasos medios para ello.
14. Siendo el lenguaje tan importante, la gente tiene que aprender a pensar más lógicamente para resolver sus problemas.
15. Dada la importancia del lenguaje, es básico para la supervivencia humana aprender las definiciones exactas de las palabras.
16. Lenguaje, pensamiento y conducta están relacionados íntimamente entre sí.
17. Cuando en una discusión crece el desacuerdo, es que algo va mal con los hábitos lingüísticos de una o más de las personas que intervienen en ella.

II

Pueden analizarse las siguientes anécdotas o situaciones a la luz del contenido de este capítulo.

1. Presentan a dos muchachas recíprocamente en una reunión social. La anfitriona da sus nombres: Carolina y Patricia. Carolina contesta inmediatamente: “Oh, no parece en nada una Patricia; parece una María”.
2. Nellie Dewey, en *The Psychology of Your Name* (1924), dice que la letra A indica energía y organización, por estar hecha de líneas rectas y ángulos.
3. Noah Jonathan Jacobs hace una lista, en *Naming-Day in Eden* (1959), de los puntos de partida que tenía Adán a su disposición para poner nombre a las cosas: lugar de origen (el gran danés o dogo); tamaño (el tábano); medios de mantenimiento (el oso hormiguero); emisión de un ruido característico (la rana); forma (la culebrilla); método de locomoción (el saltamontes); color (el petirrojo); olor (la rata almizclera).

(Pónganse más ejemplos de cada una de estas categorías. ¿Se le ocurren a usted otros puntos de referencia o criterios para poner nombres? ¿A los insectos, a las aves, a los mamíferos? ¿Las carreras de caballos? ¿La gente?) Hay copiosa información sobre nombres y su imposición en la obra de H. L. Mencken, *The American Language, Supplement II* (1948), Capítulo 10, “Los Nombres Propios en Estados Unidos”.

4. A los guerreros se les ponían antaño nombres protectores al entrar en combate. Las estrellas de cine y los actores se ponen nombres como Rock (Roca), Tempest Storm (Tempestad Tormenta, nombre de una cabaretera), Nat “King” Cole (King significa Rey), y así en todos los idiomas y naciones. En el campo de los deportes, están los “Tigres”, los “Pumas”, los “Sultanes”, etc. A los huracanes, se les ponen nombres de mujer. Hay una tradición judía según la cual se cambia de nombre al enfermo para desorientar al Ángel de la muerte.

Existió antiguamente el hábito de caracterizar a la gente por medio de apodos: Malatesta, Cicerón, Ovidio Nasón, Cabeza de Vaca, los Infantes de la Cerda... Lo mismo ocurre con los personajes literarios, como Malvolio, Hotspur, Blunt, etc., de Shakespeare. El Halcón Negro, Batman... Pumblechook y Scrooge, de Dickens; Mrs. Bold, de Trollope. (El capítulo 16 de *Theory of Literature*, 1956, de René Wellek y Austin Warren, hace algunos comentarios interesantes sobre el tema. Hay un curioso estudio de la relación entre los nombres y su poseedores, en *Destiny and Motivation in Language*, 1954, de A. A. Roback).

5. Ha habido muchas contiendas porque la gente no hablaba el mismo idioma. Las palabras que no se entendían se tomaban como insultos y se contestaban a

golpes. Una francesa se dirigió a un ruso en francés. Él contestó, como ocurre casi siempre, en ruso, diciendo “*Nie ponimayu*” (que significa “No entiendo”). Entonces ésta se abalanza hecha una fiera contra el ruso, gritándole furiosamente: “Animal, *ni-pou-ni-maille* tú”. Afortunadamente, como yo conozco el polaco y unos cuantos idiomas eslavos, pude evitar muchas trifulcas. Pero sigue en pie el hecho de que el tono natural de algunos rusos y ucranianos suena con ecos ásperos y desagradables en los oídos franceses.

—MICHELINE MAUREL, *An Ordinary Camp*

III

Puede hacerse el lector esta pregunta: “¿Cuál es mi Niágara diario de palabras?” ¿A quién oye usted hablar todos los días? ¿En casa? ¿En el trabajo? ¿En la iglesia? ¿En el casino? ¿Quiénes de estos influyen en sus opiniones personales? ¿Qué periódicos y revistas lee usted? ¿Qué programas de radio y televisión escucha? ¿Cuáles son los que absorben su atención, y cuáles pone usted sin pensar, sólo para pasar el rato?

¿Qué mensajes o comunicaciones le trae a usted el pasado? ¿La Biblia? ¿La literatura clásica? ¿La historia, la ciencia, la ópera? ¿En qué anuncios se fija usted especialmente? ¿En los de los periódicos y revistas, carteleras, comerciales de radio y televisión? ¿En los que le llegan por correo? ¿Cómo escoge usted lo que debe escuchar o leer cuidadosamente, entre los centenares de miles de palabras que le llegan al día por todos los medios de difusión? ¿Qué le revelan sobre su persona los que usted prefiere?

IV

Quizá le interesen estas sugerencias y referencias como base de estudio, discusión y ejercicios escritos:

1. La cuestión del origen del lenguaje ha interesado vivamente a la gente desde hace mucho tiempo, y sigue interesándola. Nada puede probarse respecto a su origen, porque el habla no deja huellas físicas a la exploración e interpretación del arqueólogo. Si nos imaginamos que los primitivos anteriores al alfabeto, hablaban o hablan una germanía elemental e infrahumana de gruñidos guturales, estamos muy equivocados, porque los idiomas de todos los pueblos primitivos estudiados hasta ahora muestran grandes complejidades gramaticales de declinación, conjugación y sintaxis. No existen idiomas primitivos, si entendemos por “primitivos” algo intermedio entre los aullidos animales y el habla humana. De aquí que todavía no se haya resuelto, y quizá no pueda resolverse, el problema de cómo se desarrolló el lenguaje desde sus orígenes supuestamente simples hasta su complejidad actual.

He aquí algunas obras que tratan de esto: Margaret Schlauch, *The Gift of Tongues* (1942), obra interesante sobre la relación entre los idiomas y los orígenes del lenguaje; Noah Jonathan Jacobs, *Naming-Day in Eden* (1959); Joseph Vendryes, *Language: A Linguistic Introduction to History*, trad. de Paul Radin (1951); C. F. Hockett, *A Course in Modern Linguistic* (1958), especialmente págs. 580-585; Weston La Barre, *The Human Animal* (1954), especialmente Capítulos 10, 11, 12.

2. Las relaciones entre lenguaje y pensamiento se estudian en Stuart Chace, *Power of Words* (1954), especialmente el Capítulo 10; fuentes importantes del tema son: Alfred Korzybski, *Science and Sanity: An Introduction to Non-Aristotelian Systems and General Semantics*, 4ª ed. (1958), y John B. Carroll, rec., *Language, Thought, and Reality: Selected Writings of Benjamin Lee Whorf* (1956).
3. ¿Es el hombre pugnaz por naturaleza, o amistoso? ¿Cuál es la ley básica de su vida, el conflicto o la cooperación? En la idea de este libro han influido profundamente obras como las de Petr Kropotkin, *Mutual Aid: A Factor of Evolution*, con prólogo de Ashley Montagu (1955), y W. C. Allee, *Co-operation Among Animals, with Human Implications* (1938).

2. LOS SÍMBOLOS

Esta necesidad básica, que sólo se observa en el hombre, es la necesidad de simbolizar. La función simbólica es una de sus actividades primarias, como comer, mirar o moverse. Es el proceso fundamental de la mente, que se prolonga perpetuamente.

—SUSANNE K. LANGER

Las realizaciones del hombre se deben al uso de símbolos

—ALFRED KORZYBSKI

El proceso simbólico

Los animales luchan entre sí por el alimento y el mando, pero no por otras cosas que representen estos fines, como los seres humanos: como nuestros símbolos del dinero en papel (billetes, acciones, títulos), las condecoraciones o insignias que se prenden en la ropa, o las placas de licencia de bajo número, que suponen categoría social en algunas personas. Para los animales, no parece existir la relación de representación de una cosa por otra, como no sea en forma muy rudimentaria^[1].

Puede llamarse *proceso simbólico* el que siguen los seres humanos para hacer que unas cosas representen caprichosamente a otras. Siempre que dos o más personas hablan, pueden, de mutuo acuerdo, hacer que una cosa represente a otra. Aquí tenemos, por ejemplo, dos símbolos:

X
Y

Podemos convenir en que X represente botones, y Y arcos; después podemos modificar nuestro convenio, para que X designe a los Medias Blancas de Chicago, y Y a los Rojos de Cincinnati; o X a Chaucer, y Y a Shakespeare, o bien X a Corea del Norte, y Y a Corea del Sur. *En nuestra calidad de seres humanos, tenemos libertad única para crear, manejar y adjudicar valores a nuestros símbolos, según nos plazca.* Y podemos ir más lejos; podemos crear símbolos que representen a otros símbolos;

por ejemplo: hacer que el símbolo *M* signifique todas las *X* del ejemplo anterior (botones, Medias Blancas, Chaucar, Corea del Norte) y *N* todas las *Y* (arcos, Rojos de Cincinnati, Shakespeare, Corea del Sur). Luego podemos formar otro símbolo, *T*, que indique al *M* y al *N*, en cuyo caso tendríamos un símbolo de símbolos de símbolos. Esta libertad de crear símbolos de cualquier valor y símbolos de símbolos es esencial en el proceso que llamamos simbólico.

Adondequiera que volvamos los ojos, observamos procesos simbólicos. Las plumas en la cabeza o los galones en la manga pueden simbolizar la categoría militar; las conchas de moluscos, o los anillos de bronce, o ciertos pedazos de papel impreso, pueden simbolizar la riqueza; dos bastones cruzados pueden representar un sistema de creencias religiosas; los bolones, los dientes de alce, las cintas, los estilos especiales de peinado ornamental o tatuaje, pueden designar artificialmente afiliaciones sociales. El proceso simbólico invade a la vida humana, lo mismo en los niveles más primitivos que en los más civilizados. Guerreros, brujos, policías, porteros, enfermeras, cardenales y reyes llevan vestiduras que simbolizan sus ocupaciones y rangos. Los indios norteamericanos coleccionaban cabelleras; los estudiantes universitarios coleccionan llaves de sociedades honoríficas a que pertenecen, para simbolizar triunfos logrados en los distintos campos. Pocas son las cosas que hagan o quieran hacer los hombres, que posean o deseen poseer, que no tengan un valor simbólico además del biológico o mecánico.

Todos los vestidos de moda, como ha observado Thorstein Veblen en su *Theory of the Leisure Class* (1899), son altamente simbólicos: sus materiales, corte y adornos sólo en mínimo grado obedecen a consideraciones de calor, comodidad o carácter práctico. Cuanto más finas sean nuestras prendas de vestir, más restringimos nuestra libertad de acción. Pero, con los finos bordados, los tejidos que se manchan con cualquier mota, las camisas almidonadas, el tacón alto, las uñas largas y puntiagudas, y otros sacrificios de la comodidad por el estilo, las clases acaudaladas logran simbolizar, entre otras cosas, el hecho de que no tienen que trabajar para vivir. Por su parte, los que no están en tan buena posición simbolizan, al imitar estos símbolos de fortuna, su convicción de que son tan buenos como cualquiera, aunque tengan que trabajar para vivir.

Con los cambios que han ocurrido en la vida norteamericana desde los tiempos de Veblen, se ha modificado de muchas maneras nuestra forma de simbolizar la categoría social. A excepción de cuando hay que vestirse de etiqueta para una reunión social, hoy suelen llevarse ropas cómodas e informales en la calle, y sobre todo, se prescinde de los convencionalismos de la vida de los negocios, por lo cual se usan camisolas deportivas de colores llamativos para los hombres, y pantalones capri para las mujeres.

En los tiempos de Veblen, la piel atezada indicaba que se vivía y se trabajaba en el campo, y las mujeres tenían por aquellos días mucho cuidado en protegerse del sol con sombrillas, sombreros de alas anchas y mangas largas. En cambio, hoy la palidez

de la tez indica que está uno confinado en oficinas y fábricas, y el bronceado del cutis indica una vida deportiva, viajes a Florida, a Sun Valley y a Hawaii. De aquí que una piel quemada por el sol, que antes se consideraba algo feo porque simbolizaba el trabajo, hoy es hermosa porque simboliza descanso. “De lo que se trata es de cobrar un color —dijo Slanton Delaplane en el *Chronicle* de San Francisco—, que, de nacer con él, le dificultaría extraordinariamente a uno la entrada en los hoteles principales”. Y los individuos pálidos de Nueva York, Chicago y Toronto, que no pueden hacer viajes en pleno invierno a las Indias Occidentales, se consuelan bronceándose con tintes de farmacia.

También el alimento es altamente simbólico. Los católicos, judíos y musulmanes observan sus reglamentos dietéticos para simbolizar su adhesión al propio credo. En casi todos los países hay alimentos específicos que simbolizan determinados festivales y solemnidades; por ejemplo: el pastel de cerezas se consume para conmemorar el nacimiento de Washington, y el pavo, el Día de Acción de Gracias. El acto de comer juntos ha sido altamente simbólico a lo largo de toda la historia de la humanidad: “compañero” significa una persona con quien se comparte el pan.

La actitud, a todas luces ilógica, del sureño blanco respecto a los negros puede atribuirse también a motivos simbólicos. A quienes no pertenecen a esa región, les resulta a veces difícil comprender que los sureños blancos acepten un contacto físico inmediato con sus criados negros, mientras les repugna la idea de sentarse junto a individuos de color en los restaurantes y en los autobuses. Es que los sureños tienen la idea de que los servicios de un criado negro —aun los de carácter personal, como los de cuidar a un enfermo— suponen simbólicamente desigualdad social, en tanto que la admisión de los negros en los autobuses, restaurantes y escuelas integradas presupone igualdad social.

Escogemos nuestro mobiliario para que simbolice visiblemente nuestro gusto, fortuna y posición social. Frecuentemente nos decidimos por una residencia, porque “es de buen tono tener una casa bonita”. Sustituimos nuestros autos en perfecto estado por modelos más modernos, no siempre con objeto de tener un medio de transporte mejor, sino para que la comunidad se entere de que podemos hacerlo^[2].

Esta conducta complicada y evidentemente innecesaria hace que los filósofos, lo mismo los aficionados que los profesionales, se pregunten una y otra vez: ¿por qué no podrán los seres humanos vivir con sencillez y naturalidad? La complejidad de la vida humana nos impulsa a envidiar casi la existencia sin complicaciones de los perros y de los gatos. Pero el proceso simbólico que hace posible los absurdos de la conducta humana también hace posible el lenguaje y, por tanto, todas las realizaciones humanas que de él dependen. Que haya más complicaciones en el manejo de los automóviles que en el de las carretas no es motivo para volver a éstas. De la misma manera, las complicadas extravagancias del proceso simbólico no justifican la vuelta a la vida canina o gatuna. Mejor será comprender el proceso simbólico para, en lugar de ser sus víctimas, convertirnos más o menos en sus

árbitros.

El lenguaje como simbolismo

El lenguaje es la forma más desarrollada, sutil y complicada de simbolismo. Se ha explicado ya que todos los seres humanos pueden convenir en que una cosa represente a otra. Pues bien, a lo largo de siglos de dependencia mutua, los hombres han convenido en que los múltiples ruidos que pueden producir con los pulmones, garganta, lengua, dientes y labios, signifiquen sistemáticamente determinados hechos de nuestro aparato nervioso. Por ejemplo: se nos ha adiestrado a emitir estos sonidos, “Hay un gato”, cuando nuestro sistema nervioso registra la presencia de este animal. El que nos lo oye decir, espera encontrarse, al mirar en la dirección que le indicamos, con una reacción parecida en su sistema nervioso, la cual le impulsará a emitir casi los mismos sonidos. También se nos ha inculcado que, cuando sintamos necesidad de comer, emitamos este sonido: “Tengo hambre”.

Como se ha dicho, *no hay relación necesaria entre el símbolo y lo simbolizado*. De la misma manera que se puede llevar atuendo de pesca sin haberse acercado siquiera al agua, puede decirse “tengo hambre” sin que sea verdad. Igualmente, de la misma manera que la categoría social puede estar simbolizada con las plumas que se llevan en el pelo, los tatuajes del pecho, los áureos ornamentos o la cadena de oro del reloj, o de mil maneras distintas según la cultura en que se vive, el hecho de sentir hambre puede simbolizarse con diferentes sonidos, según la cultura en que vivamos: “*J'ai faim*”, o “*Es hungert mich*” o “*Ho appetito*”, o “*Hara ga hetta*”, etc.

Por naturales que parezcan a primera vista estos hechos, no lo son si nos ponemos a recapacitar sobre ello. Símbolos y cosas simbolizadas son independientes, lo cual no es obstáculo para parecernos que hay relaciones necesarias entre unos y otras, y a veces obremos en consecuencia. Por ejemplo: se nos antoja vagamente que los idiomas extranjeros son absurdos: ¿Por qué pondrán nombres tan chistosos a las cosas? ¿Por qué no las llamarán por su nombre? De esta manera piensan principalmente los turistas que creen hacerse entender mejor que los habitantes de los países que visitan, hablándoles más fuerte. Recuerdan a aquel rapaz que decía: “Se llama cerdos a los cerdos porque son tan sucios”, y se imaginan que el símbolo está intrínsecamente relacionado de alguna manera con lo simbolizado. Y hay gente para la que, como le parece que las culebras son criaturas repugnantes y viscosas (aunque, dicho sea de paso, no son viscosas), la palabra “culebra” es igualmente repugnante y

viscosa.

Inconvenientes del drama

La ingenuidad del proceso simbólico se extiende también, claro está, a otros símbolos que no son verbales. Por lo visto, hay en todos los espectáculos teatrales, de cine o de televisión, espectadores que no llegan a comprender del todo el carácter ficticio y simbólico de las representaciones. El actor es un individuo que simboliza a otros personajes reales o imaginarios. Fredric March hizo con gran acierto el papel de borracho en cierta película, hace unos años. Su esposa, Florence Eldridge, dice que durante algún tiempo estuvo recibiendo cartas de conmiseración y simpatía por parte de mujeres casadas con alcohólicos. También hace unos años se dijo que cuando Edward G. Robinson, quien encarnaba frecuentemente con extraordinario talento el papel de bandido, visitó Chicago, los hampones de la localidad le telefonearon a su hotel, ofreciéndole sus respetos profesionales.

Sabido es el caso del actor que, haciendo de villano en una gira teatral, fue tiroteado en un momento particularmente tenso de la obra por un vaquero indignado del auditorio. Y no se crea que este tipo de confusión se limita al público sencillo del teatro. Hace poco tiempo, Paul Muni, después de personificar a Clarence Darrow en la película *Inherit the Wind*, fue invitado a pronunciar un discurso en la American Bar Association; Ralph Bellamy, después de representar el papel de Franklin D. Roosevelt en *Sunrise at Campobello*, recibió la invitación de diversos centros universitarios para hablar sobre Roosevelt. Recuérdense aquellos patriotas dignos de mejor causa que se lanzaron en avalancha a las oficinas de reclutamiento militar para ayudar a defender la nación, cuando el 30 de octubre de 1938, los Estados Unidos fueron “invadidos por un ejército marciano” en cierta dramatización por radio^[3].

La palabra no es el objeto

Pero los ejemplos presentados no son sino manifestaciones notables de actitudes confusas hacia las palabras y los símbolos. Para nada valdría mencionarlos, si siempre y uniformemente comprendiésemos la independencia de los símbolos respecto a las cosas simbolizadas, como pueden y deben hacerlo todos los seres humanos, según cree el autor de estas líneas. Pero no la comprendemos. La mayor parte tenemos hábitos inexactos de valoración de uno u otro campo de nuestro pensamiento. Frecuentemente se echa la culpa de esto a la sociedad: muchas sociedades fomentan sistemáticamente la confusión habitual de símbolos y cosas simbolizadas en relación con ciertos temas. Por ejemplo: cuando se incendiaba una escuela japonesa, era obligatorio, en los tiempos en que se adoraba al emperador, hacer lo posible por salvar su retrato aun a riesgo de la propia vida (porque en todas las escuelas había un retrato suyo). Si se moría abrasado por las llamas, se le concedían a uno honores póstumos. En nuestra sociedad, no importa incurrir en deudas con tal de poder alardear de un nuevo y flamante automóvil, como símbolo de prosperidad. Y lo extraño es que, de hecho, la posesión de un automóvil flamante hace sentirse próspero y rico a su dueño. En toda sociedad civilizada (y probablemente en muchas primitivas también), los símbolos de piedad, virtud cívica o patriotismo suelen tenerse en mayor estima que estas mismas virtudes. Sea de ello lo que fuere, todos somos como el alumno brillante que hace trampa en los exámenes para conseguir su grado académico: damos mucha más importancia al símbolo que a lo simbolizado.

La confusión habitual entre ambas cosas, lo mismo por parte de los individuos como de las sociedades, es lo bastante grave en todos los niveles de la cultura para crear un problema humano perpetuo^[4]. Empero, la expansión de los sistemas modernos de comunicación da al problema una peculiar y apremiante urgencia. Nos están hablando constantemente maestros, predicadores, agentes de ventas, agentes de relaciones públicas, organismos gubernamentales y películas. Nos persiguen hasta la paz de nuestro hogar, por radio y por televisión, los mercachifles de refrescos, detergentes y laxantes, y conste que hay casas en que no se apagan los receptores de la mañana a la noche. El cartero nos trae anuncios por correo. Las carteleras nos asedian desde los lados de la autopista, y por si esto fuera poco, nos llevamos a la playa nuestras radios portátiles.

Vivimos en un medio formado y creado en gran parte por influencias semánticas desconocidas hasta ahora: periódicos y revistas de enorme circulación, que reflejan los prejuicios y obsesiones extrañas de sus redactores y dueños en numerosísimos casos; programas de radio, locales y nacionales, casi completamente inspirados en motivos comerciales; agentes de relaciones públicas que no son sino artesanos pingüemente pagados del arte de manipular y alterar nuestro medio semántico con tal de atraer clientes. Es un medio interesantísimo, pero lleno de peligros: apenas puede considerarse exagerada la afirmación de que Hitler conquistó Austria con la radio. Hoy, los recursos de las agencias de anuncios y de relaciones públicas, la radio, la

televisión, las películas comerciales y los noticiarios se ponen en juego para influir nuestras decisiones en las campañas electorales, sobre todo en los años de elecciones a la Presidencia.

Por tanto, los ciudadanos de la sociedad moderna necesitan más que aquel “sentido común” ordinario que a uno le impulsaba a afirmar que la Tierra era plana, según dijo Stuart Chase. Necesitan comprender a fondo los poderes y limitaciones de los símbolos, especialmente de las palabras, para evitar aturdirse totalmente con la complejidad del medio semántico. El primer principio relativo a los símbolos es: El símbolo no es lo simbolizado; la palabra no es la cosa representada por ella; el mapa no es el territorio que describe.

Mapas y territorios

En cierto sentido, vivimos en dos mundos. Primero, en el de los hechos que conocemos directamente. Este es un mundo extraordinariamente pequeño, consistente únicamente en el conjunto de cosas que hemos visto, sentido u oído, en el fluir de los hechos que pasan constantemente ante nuestros sentidos. Este mundo de experiencia personal no incluiría a Africa, Hispanoamérica, Asia, Washington, Nueva York o Los Angeles si no hubiéramos estado allí. Si nos preguntamos qué es lo que directamente conocemos, veremos que es muy poco.

La mayor parte de lo que sabemos, a través de los padres, amigos, escuelas, periódicos, libros, conversaciones, discursos y televisión, lo hemos adquirido verbalmente. Todo nuestro conocimiento de la historia, por ejemplo, nos llega principalmente por palabras. La prueba fundamental que tenemos de la Batalla de Waterloo son los informes recibidos acerca de ella. Estos no siempre son de quienes vieron el hecho, sino que se basan en otros testimonios: testimonios de testimonios de testimonios, que se remontan al de quienes vieron directamente lo que pasó. Por tanto, la mayor parte de nuestro saber se debe a informes o testimonios, y a informes de informes: informes sobre el Gobierno, sobre lo que pasa en Corea, sobre la película que se exhibe en tal o cual cine, y en realidad, sobre cuanto no conocemos merced a una experiencia directa.

Llamaremos a este mundo que nos llega a través de las palabras, *mundo verbal*, para distinguirlo del que conocemos o somos capaces de conocer por propia experiencia, al que denominaremos *mundo extensional*. (Más tarde se comprenderá por qué lo llamamos “extensional”). El ser humano comienza a conocer el mundo

extensional como cualquiera otra criatura, desde la infancia. Pero, a diferencia de las demás criaturas, en cuanto aprende a entender, recibe informes de informes de informes y testimonios de testimonios de testimonios. Recibe además deducciones de ellos, deducciones de esas deducciones, etc. A los pocos años, al conocer amigos en la escuela, y en el centro de enseñanza dominical, ha ido acumulando un caudal considerable de información de segunda y tercera mano sobre ética, geografía, historia, la Naturaleza, la gente y los juegos, que constituye su mundo verbal.

Pues bien; siguiendo la famosa metáfora de Alfred Korzybski en *Science and Sanity* (1933), este mundo verbal tiene que estar en relación con el extensional, de la misma manera que un mapa se relaciona con el territorio que representa. Si el niño llega a la edad adulta con un mundo verbal en la cabeza que corresponde al extensional que encuentra en torno suyo a través de su experiencia cada día mayor, está en más o menos peligro de sentirse sorprendido o herido por lo que ve, porque su mundo verbal le ha indicado aproximadamente lo que iba a venir. Está preparado para la vida. Pero si va creciendo con un mapa falso en la cabeza —es decir, lleno de errores y supersticiones— se topará con obstáculos constantes, derrochará sus esfuerzos y se conducirá como un insensato. No estará ajustado al mundo tal como es, y hasta podría terminar en un manicomio, si el desajuste fuese grave.

Algunas de las tonterías en que incurrimos por los falsos mapas que llevamos en la cabeza son tan corrientes, que apenas paramos mientes en ellas. Hay quienes se protegen contra los accidentes con una pata de conejo en el bolso. Otros no quieren ocupar el piso 13 de un hotel, lo cual ha sido causa de que hasta los hoteles más suntuosos de capitales populosas de nuestra cultura científica no tengan piso “13”. Algunos hacen planes para su vida a base de las predicciones astrológicas. Otros se dejan guiar por sus sueños. Hay quienes esperan blanquear sus dientes cambiando de pasta dentífrica. Todos estos individuos viven en mundos verbales que apenas tienen alguna relación con el mundo extensional.

Ahora bien; por hermoso que sea un mapa, de nada le vale al viajero si no indica con exactitud la relación de los lugares entre sí, la estructura del territorio. Si, por ejemplo, dibujamos una gran hondonada en forma y con los contornos de un lago, por razones artísticas nada más, para nada vale el mapa. Si pintamos mapas por capricho, sin fijarnos en absoluto en la estructura de la región, podremos dibujar cuantos relejes, curvas y sinuosidades se nos antojen en caminos, lagos y ríos. A nadie hará daño, *mientras no planee un viaje a base de ese mapa*.

De la misma manera, siguiendo los caprichos de nuestra imaginación, o basándonos en deducciones falsas de informes buenos, o informes falsos, o por mor de dar suelta a la fantasía o de realizar ejercicios retóricos, podemos manufacturar con el lenguaje “mapas” sin relación alguna con el mundo extensional. Tampoco habría perjuicio para nadie, siempre que no se le ocurriera a alguien considerar esos mapas como descripciones de territorios reales.

Todos heredamos un gran volumen de saber inútil, de equivocaciones y errores

(mapas que al principio se creyeron exactos), por lo cual siempre hay que descartar muchas cosas que nos enseñaron. Pero el patrimonio cultural que se nos ha transmitido —el depósito social común de nuestros conocimientos científicos y humanos— se ha valorado principalmente a base de los que nos han parecido mapas exactos de experiencia. La analogía de los mundos verbales con los mapas es importante, y a ella aludiremos frecuentemente en este libro. Pero debe observarse que hay dos maneras de meternos en la cabeza mapas falsos del mundo: una, recibéndolos; otra, creándolos nosotros mismos cuando no leemos bien los mapas exactos que recibimos.

APLICACIONES

El lector que quiera llevar a la práctica las ideas expuestas en esta obra, debería adquirir un gran álbum para pegar recortes, o una carpeta archivadora, o un fichero de cartulinas grandes. Luego sería conveniente que fuese coleccionando citas, recortes de periódicos, editoriales, anécdotas, etc., que le sirviesen para observar de una u otra manera la confusión reinante entre símbolos y cosas simbolizadas. En capítulos posteriores de este libro se indicarán otros confusionismos distintos. Búsquense ejemplos en que la gente crea que hay relación necesaria entre el símbolo y lo simbolizado, entre las palabras y lo que significan.

Cuando lleve coleccionados y estudiados unos cuantos ejemplos así, el lector podrá reconocer que hay algo parecido en la manera de pensar de la gente que le rodea, y hasta en sí mismo.

I

Los siguientes ejemplos del lenguaje en acción, tomados de distintas procedencias, lo ponen a uno en guardia contra errores parecidos. El lector deberá analizar y explicar

los supuestos tácitos e inconscientes que el protagonista de cada caso tuvo presentes sobre la relación de las palabras (mapas) con los objetos (territorios).

1. Las puertas de la exposición celebrada en Chicago el año 1933, del Siglo del Progreso, se abrieron utilizando la célula fotoeléctrica, por la luz de la estrella Arturo. Dícese que una mujer comentó al enterarse: “Qué maravilla; estos sabios conocen los nombres de todas las estrellas”.

EJEMPLO DE ANÁLISIS: Por lo visto, la tal mujer, siguiendo el supuesto inconsciente de que hay relaciones necesarias entre los nombres y los objetos, creía que los científicos descubren el nombre de una estrella, observándola con gran cuidado y asiduidad. Y ya que sale a colación, ¿cómo reciben sus nombres las estrellas? Porque, evidentemente, alguien se los puso. Sin duda, los antiguos les ponían los nombres de sus dioses y diosas, y a las constelaciones las denominaban por su parecido con ciertos objetos, como la Osa Mayor (o Cazo, como se la llama en los Estados Unidos) y la Silla o la Libra. Se pregunta: ¿Tienen hoy los sabios normas más sistemáticas para poner nombre a los astros? Sin duda. Búsquelo y dará con ello. Le ayudará una buena enciclopedia, como la Británica (en lengua inglesa) o la Espasa en lengua española.

2. (Diálogo con un niño). “¿No podría haberse llamado Sol a la Luna, y Luna al Sol? —No. —¿Por qué? —Porque el Sol es más brillante que la Luna... —Pero, si todo el mundo hubiera llamado Sol a la Luna, y viceversa, ¿sabríamos que estaba mal? —Sí, porque el Sol es siempre más grande, y siempre está así, lo mismo que la Luna. —Sí, pero el Sol no ha cambiado; sólo ha cambiado su nombre. ¿No se le podría llamar... etc.? —No... Porque la Luna sale por la noche, y el Sol de día”.

—JEAN PIAGET, *The Child's Conception of the World*

3. El Ayuntamiento de Cambridge, Massachusetts, aprobó por unanimidad, en diciembre de 1939, una resolución declarando ilegal “poseer, guardar, secuestrar, introducir o transportar dentro de los límites de la ciudad, cualquier libro, mapa, revista, periódico, folleto, octavilla o circular, en que figurasen las palabras Lenin o Leningrado”.
4. John McNaboe, senador por Nueva York, en mayo de 1937 se opuso enérgicamente a un proyecto de ley para controlar la sífilis porque “podría mancillarse la inocencia de los niños si se extendiese el uso de esta palabra... que produce escalofríos a toda mujer y a todo hombre decente”.

—STUART CHASE, *The Tyranny of Words*

5. La revista *Life* publicó una foto de un marinero, en el dorso de cuyas manos estaban tatuadas las palabras “AGÁRRATE FUERTE”. Al pie se lee esta explicación: “Así los marineros no se caerían de los penoles de las vergas.”

6. El delegado de Ucrania acusó a Grecia de motivos “antidemocráticos” al tratar de desmilitarizar la frontera con Bulgaria. A lo que Philip Dragoumis, subsecretario griego de Asuntos Exteriores, replicó en tono adusto: “Democracia es palabra griega, y Grecia sabe interpretarla mejor que nadie”.

—Recorte de periódico no identificado

7. Leído al revés, dice “Naturaleza”.

—Anuncio de una patente médica

8. Era muy grande para pensar en todo y en todas partes. Sólo Dios era capaz de hacerlo. Trató de imaginarse lo grande de aquel pensamiento, pero sólo pudo imaginarse a Dios. Dios era el nombre de Dios, como el suyo era Esteban. *Dieu* era el nombre francés de Dios, quien también se llamaba así; y cuando uno rezaba a Dios y decía *Dieu*, Dios conocía en seguida que era una persona francesa la que rezaba. Pero, aunque los distintos idiomas del mundo tenían nombres diferentes para Dios, y Dios sabía lo que decían cuantos le rezaban en sus distintas lenguas, seguía siendo el mismo Dios, y el nombre verdadero de Dios era Dios.

JAMES JOYCE, *A Portrait of the Artist as a Young Man*

9. Freud dijo en una conferencia que los hombres eran tan susceptibles a los síntomas de la histeria como las mujeres. Al oírlo, un célebre profesor vienés se salió airado de la sala.

“¡Qué disparate! —murmuró—. ¡Susceptibles de histeria los hombres!

¡Pero si la palabra ‘histeria’ se deriva de la que en *griego* quiere decir *útero!*”

—Anatole Rapoport, *Science and the Goals of Man*

10. “—A ver si me entiendes, Jim; ¿habla el gato como nosotros?

—No.

—¿Y la vaca?

—No; tampoco la vaca.

—¿Habla el gato como la vaca o la vaca como el gato?

—Claro que no.

—Es natural y está puesto en razón que hablen de manera distinta, ¿no?

—Claro.

—¿Y no es natural y está puesto en razón que el gato y la vaca hablen distinto de nosotros?

—Pos claro que sí.

—Entonces, ¿por qué no va a ser natural que un francés hable distinto de nosotros? A ver si me lo explicas.

—¿ El gato es hombre, Huck?
—No.
—Pos entonces, no hay po qué hable el gato como hombre. Y la vaca ¿es hombre?... ¿O es gato?
—No, no es nada de eso.
—Pos entonces, no tié po qué hablar como nenguno de ellos. ¿El francés es hombre?
—Si.
—¡Pos entonces! ¡ Mardita sea, po qué no habla como hombre! ¡A ve si me lo explicas tú!”

Mark Twain, *Huckleberry Finn*

11. Los ingleses adoptaron el color caqui para sus uniformes militares después de la guerra de los bóers, y los alemanes se disponían a cambiar el azul prusiano por un gris de campaña. Pero en 1912, los soldados franceses seguían llevando las casacas azules y el quepis y los pantalones rojos que usaban desde 1830, cuando el fuego de fusil no alcanzaba más de doscientos pasos, y los ejércitos no necesitaban esconderse, porque combatían muy de cerca. Al visitar el frente de los Balcanes en 1912, Messimy vio las ventajas del color desvaído del uniforme búlgaro y volvió a su tierra, decidido a que el francés fuese menos visible. Su plan de vestir a los soldados de un gris azulado o verdoso provocó vivas protestas... El *Echo de París* escribió que retirar “cuanto da colorido y aspecto animado al militar es llevar la contraria no sólo al gusto francés, sino a la función del Ejército”. Messizny replicó que eran cosas muy distintas, pero sus adversarios no cejaron. Un exministro de la Guerra, M. Etienne, habló en nombre de Francia en una sesión parlamentaria.

“¡Eliminar los pantalones rojos! —prorrumpió—. ¡Jamás! *Le pantalon rouge c'est la France!*”

“Aquel apego tozudo e imbécil a los colores más visibles iba a acarrear crueles consecuencias”, escribió después Messimy.

BARBARA W. TIICHMAN, *The Guns of August*

II

Selecciónese una palabra cargada de fuerte contenido emocional (negativo o positivo), como “araña”, “pistola”, “matemática”, “rubia” o “mexicano”, y explíquense los sentimientos asociados con ella. ¿De dónde proceden? ¿Hasta qué punto se basan en reacciones al “mapa”, o al “territorio” real?

III

Escoja una naranja o una manzana que no tenga peculiaridades especiales y descríbalas con unas doscientas palabras. Luego colóquela entre otras frutas de la misma clase, dé su descripción a un amigo y vea si la puede distinguir fácilmente de las demás. Después, que él escoja otra y la describa, y trate usted de identificarla a su vez.

IV

¿En qué consiste un mapa bueno y un mapa malo? Si se tratase de un mapa de los Estados Unidos y se situasen las siguientes ciudades de esta manera, a la izquierda San Luis, en el centro Washington y a la derecha San Francisco, el mapa estaría mal. ¿Qué ocurriría si quisiese uno orientarse por ese mapa? ¿Qué habría que hacer para que el mapa estuviese bien? ¿Se reduce todo a colocar los nombres en su sitio? ¿Cómo sabemos cuál es “su sitio”? El mapa no es el territorio, claro está, pero ¿no hay ciertas semejanzas entre un buen mapa y el territorio que representa? Describa por escrito algunas de estas semejanzas y vea si pueden aplicarse a las palabras y a los objetos que significan.

Puede estudiarse este tema en Alfred Korzybski, *Science and Sanity* (1933), pág. 750, o Wendell Johnson, *People in Quandries* (1946), páginas 131-133.

V

No es fácil distinguir lo aprendido por experiencia directa de lo aprendido en lecturas. Un reflexivo comentarista del periodismo contemporáneo escribe:

El periódico produce la impresión al lector de expresar mejor la vida que un libro, y éste propende a confundir lo que ha leído en él con experiencias que no ha tenido.

—¡Si hubiera usted visto a Charlie White! —me repitió un individuo aburrido, ya maduro, en un bar—. Tenía un “gancho” izquierdo...

Yo ya lo sabía, porque lo había leído muchas veces, pero creo que él había visto tanto a White como yo a Ty Cobb, sobre cuyo estilo para correr las bases podía yo hablar como si lo hubiese visto mil veces. No creo que conociese personalmente a Cobb, pero había visto a Hans Wagner y a Christy Mathewson en un partido entre los Piratas y los Gigantes, cuando era pequeño, y no recuerdo el aspecto que tenían aquel día, ni lo que hicieron. Lo que sé de ellos, como lo que sé de Cobb, no es sino lo que he aprendido acerca de ellos en los reportazgos y fotografías periodísticos, y así sé tanto de Cobb como de los otros dos.

De la misma manera, el primer Presidente a quien vi con mis propios ojos, fue Warren Gamaliel Harding, pero lo recuerdo más vagamente que al primer Roosevelt, a Taft o a Wilson. Y aun hoy me parece increíble que no viese jamás a Franklin D. Roosevelt, del que tuve una experiencia casi tan personal como de mi propio padre.

—A. J. LIEBLING, *The Wayward Pressman*

¿Qué es lo que sabe el señor Liebling a través del “mapa” y qué conoce directamente del “territorio”? Recuerde algunas experiencias parecidas de sus lecturas y pasado.

VI

Comprobar la relación entre “mapas” y “territorios” es una empresa que no tiene fin, porque constantemente vemos en torno a nosotros los mapas ficticios que sustituyen a la realidad. ¿Qué pasaría, por ejemplo, si tratase usted de tener su casa como la presentan por televisión, al hacer los anuncios comerciales, con la aspiradora en su

funda, los cacharros de la cocina blancos y resplandecientes, sin una sola mota de comida o de dulce, porque la limpieza se hacía en dos minutos escasos y sin esfuerzo alguno? Piense también en las aspiraciones atléticas de un colegio universitario, con sus lecciones de espíritu deportivo, de formación de carácter, etc., y en lo que pasa en realidad en muchos colegios que aspiran a victorias olímpicas.

Las discrepancias entre los mapas y los territorios han sido objeto de sátiras, comedias y explosiones de indignación moral a lo largo de la historia humana. He aquí unos cuantos ejemplos de diversos libros, que lo demuestran:

Vilhjalmur Stefansson, *The Standardization of Error* (1927). Es una obra ingeniosa y desconcertante, en que se explica cómo la gente parece preferir lo absurdo a lo real.

Bergen Evans, *The Natural History of Nonsense* (1946). Divertido catálogo de errores, supersticiones y patrañas que cree la gente.

Martha Wolfenstein y Nathan Leites, *Movies: A Psychological study* (1950). Estudio clásico sobre cómo las películas crean mapas falsos de la realidad en nuestra cabeza.

Robert Lindner, *The Fifty-Minute Hour* (1955). Estudio de individuos que tienen mapas de la realidad extraordinariamente deformados. Hay muchas otras obras siquiátricas y psicológicas que presentan ejemplos de confección patológica del mapa.

Albert D. Biderman, *March to Calumny: The Story of American POW's in the Korean War* (1963). Se nos ha metido en la cabeza que fue vergonzosa la conducta de los soldados norteamericanos hechos prisioneros en la guerra de Corea. Se nos ha dicho que colaboraron completamente con sus aprehensores, que fueron demasiado cobardes para resistir o escapar y demasiado indisciplinados para organizarse y preparar su supervivencia. En este libro se refutan estas afirmaciones comúnmente aceptadas sobre los soldados norteamericanos en Corea.

3. INFORMES, DEDUCCIONES, JUICIOS

En suma: los distintos sonidos del habla humana tienen significados diferentes. Estudiar esta coordinación de determinados sonidos con determinado significado es estudiar el lenguaje. Dicha coordinación permite al hombre “interaccionar” con gran precisión. Así, cuando, por ejemplo, decimos a alguien la dirección de una casa que no ha visto, estamos haciendo algo que ningún animal puede hacer.

LEONARD BLOOMFIELD

Las formas vagas e insignificantes de hablar y el mal uso del lenguaje han pasado desde hace tanto tiempo por misterios de la ciencia, y las palabras duras o mal aplicadas, sin apenas sentido alguno, tienen, por prescripción, tal derecho a que se las tome por saber profundo y talento especulativo, que no va a ser fácil convencer ni a los que las pronuncian ni a quienes las escuchan, de que sólo son tapaderas de la ignorancia y estorbos para el verdadero saber.

JOHN LOCKE

El acto simbólico fundamental del intercambio de información, es la relación de lo que hemos visto, oído o sentido: “Hay una cuneta a cada lado de la carretera”. “No puede conseguirse esa herramienta en la ferretería de fulano por \$8.75”. “No hay pesca por ese lado de la laguna, pero sí por éste”. También existen informes de informes: “Las cataratas más largas del mundo son las de Victoria, en Rhodesia”. “La Batalla de Hastings se libró el año 1066”. “Según los periódicos, hubo un choque en la carretera de tal o cual localidad”. Los informes deben atenerse a las siguientes reglas: primera, deben ser comprobables; segunda, deben excluir, en lo posible, las deducciones y los juicios. (Explicaremos más tarde estas dos palabras).

Posibilidad de comprobación

Los informes deben ser comprobables. Quizá no siempre podamos comprobarlos personalmente, porque no podemos estudiar las pruebas de cada detalle referido ni podemos ir a la carretera en cuestión antes de que levanten los vehículos que han chocado. Pero, si convenimos más o menos en el significado de las palabras, en qué

es un metro, un kilo o una fanega, etc., y en la medida del tiempo, es poco el peligro de que no nos entendamos. Aun en el mundo de nuestros días, en que todos discuten con todos, nos fiamos considerablemente de los informes recíprocos. Preguntamos por dónde se va a tal sitio a gente totalmente desconocida. Seguimos las direcciones y señales de la carretera sin sospechar quiénes las pusieron allí. Leemos libros de ciencias, matemáticas, automovilismo, viajes, geografía, la historia del vestido y temas por el estilo, y siempre suponemos que el autor se ha tomado la molestia de informarnos lo mejor que pueda. Y la mayor parte de las veces, no nos equivocamos. Dado el interés que ponemos en discutir la intención partidista de periódicos, propagandistas y, en general, de tantas comunicaciones como recibimos, tendemos a olvidar que todavía nos queda una enorme cantidad de información fidedigna, y que las noticias deliberadamente falsas son, menos en tiempo de guerra, más bien excepción que regla. El deseo de defenderse, que impulsó a los hombres a establecer un intercambio de información, también los lleva a considerar merecedora de reproche la información falsa.

En su nivel más alto, el lenguaje de los informes es el de la ciencia. Queremos significar con “el nivel más alto” la mayor utilidad general. Presbiterianos y católicos, obreros y capitalistas, alemanes del Este y del Oeste están de acuerdo en el significado de símbolos como $2 \times 2 = 4$, 100° C. , H_2O , 3:35 A. M., 1940 a. de J. C., 1000 kilowatts, *quercus agrifolia*, etc. Pero se preguntará: ¿cómo puede haber acuerdo entre individuos de ideas distintas, sobre filosofía política, creencias religiosas, ética y la supervivencia de mi negocio *versus* la supervivencia del suyo? Es que las circunstancias obligan a los hombres a ponerse de acuerdo, les guste o no les guste. Si, por ejemplo, hubiese en los Estados Unidos doce sectas religiosas, cada una de las cuales se empeñase en marcar de manera diferente la hora del día y los días del año, se haría imposible la vida al tener que elaborar doce calendarios distintos, doce tipos de relojes y doce horarios para los negocios, los trenes y los programas de televisión, eso sin referirnos al esfuerzo que se necesitaría para explicar las diversas nomenclaturas^[1].

Por tanto, el lenguaje de los informes, incluso el más exacto de los informes científicos, es un lenguaje de “mapa”, el cual, al presentarnos descripciones bastante precisas del “territorio”, nos proporciona un buen conocimiento. Quizá sea un lenguaje soso y sin interés a veces: no suelen leerse las tablas de logaritmos y los directorios telefónicos por diversión, pero nos son imprescindibles. Muchas veces tenemos que decir las cosas en nuestra conversación y nuestros escritos corrientes, de manera que todos lo entiendan bien y estén de acuerdo con lo que decimos.

Deducciones

El lector comprenderá que escribiendo informes puede aumentar rápidamente su saber lingüístico. Es un ejercicio que le proporcionará ejemplos, los suyos propios, de los principios del lenguaje y de la interpretación que estamos estudiando. Esos informes deben versar sobre experiencias directas, escenas que el lector ha visto con sus propios ojos, reuniones y sucesos sociales en que ha tomado parte, personas a las que conoce bien. Tienen que poder ser comprobados y aceptados. No podrán entrar en el ejercicio las deducciones y los comentarios.

No es que no sean importantes (porque no sólo en la vida diaria, sino en la ciencia, tomamos como informes las deducciones así); en algunos campos del pensamiento y la investigación, como la geología, la paleontología y la física nuclear, los informes son la base, pero las deducciones (y las deducciones de las deducciones) constituyen el cuerpo principal de la ciencia. Deducción, en el sentido en que utilizamos nosotros la palabra, *es una afirmación sobre lo desconocido a base de lo conocido* (que más bien debería llamarse inducción, según la nomenclatura dialéctica). Podemos deducir cuál es la fortuna o posición social de una mujer a juzgar por el género y el corte de su vestido; de la forma de las ruinas y su estado, podemos deducir el origen del fuego que destruyó el edificio; de las manos callosas de un hombre, el tipo de su ocupación o actividad; de la votación de un senador a favor o en contra de un proyecto de ley sobre armamentos, su actitud hacia Rusia; de la estructura geológica de la Tierra, el paso de un glaciar prehistórico; del halo de una placa fotográfica sin exponer, que ha estado junto a materiales radiactivos; del ruido que hace una máquina, el estado de sus bielas. Las deducciones pueden ser burdas o certeras. Pueden hacerse a base de una copiosa experiencia anterior, o sin la menor experiencia previa. Así, las deducciones de un buen mecánico sobre el estado interior de un motor pueden fundarse en que ha escuchado atentamente sus ruidos, en tanto que las de un aficionado obedecerán a detalles fútiles. Pero la característica común a las deducciones es que se refieren a cosas no conocidas directamente y a base de lo que se ha observado.

La eliminación de deducciones en el ejercicio que indicamos de redacción de informes significa que no deben hacerse conjeturas sobre lo que piensan otras personas. Cuando decimos: “Estaba enfadado”, no informamos, sino que hacemos una deducción de hechos observables como el puñetazo que dio en la mesa, la interjección que soltó y el directorio telefónico que tiró a la mecanógrafa. En este caso concreto, la deducción parece certera; pero debe tenerse presente, especialmente a efectos de irse acostumbrando y adiestrando, qué es una deducción. Expresiones como “pensaba mucho en sí mismo”, “tenía miedo a las mujeres”, “era víctima de un complejo de inferioridad”, formuladas a base de observación social, son tan considerablemente deductivas como las basadas en la lectura de los periódicos, por ejemplo, “lo que verdaderamente quiere Rusia es implantar una dictadura comunista

mundial”. Debemos pensar en su carácter deductivo o inferencial, y substituir esas frases en los ejercicios que estamos indicando, por otras como: “rara vez hablaba con los subordinados de su fábrica”, “lo vi en una reunión social, y sólo bailó cuando se lo pidió una muchacha”. “Nunca solicitó una beca, aunque la habría conseguido fácilmente”, y “la delegación rusa en la ONU ha solicitado A, B y C. El año pasado votaron contra M y N, y a favor de X y Y. Ante hechos como éstos, el periódico que suelo leer deduce que lo que Rusia quiere realmente es implantar una dictadura comunista en el mundo entero. Estoy de acuerdo”.

A pesar de ejercitarnos en evitar las deducciones para sólo declarar lo que hemos visto y experimentado, todos propendemos a equivocarnos, porque el proceso de sacar consecuencias es rápido y casi automático. Cuando vemos un coche que va en zigzag por una carretera, decimos sin querer: “Mira ese conductor borracho”, aunque lo que vemos son únicamente los movimientos extraños del coche. El que esto escribe vio una vez a un hombre dejar una propina de un dólar en el mostrador de una cafetería y marcharse inmediatamente. Mientras pensaba en lo raro de una propina tan generosa en establecimiento tan modesto, llegó la camarera, cogió el dólar, registró en la caja noventa centavos y se metió los otros diez en el bolso. Resultaba que me había equivocado; no se trataba de la propina, sino de la cuenta entera.

Esto no quiere decir que nunca debemos hacer deducciones. La incapacidad de hacerlas constituye un indicio de trastorno mental, Así, escribe Laura L. Lee, especialista en curar los trastornos del habla: “La adulta afásica a la que estaba tratando tenía gran dificultad, debido a su lesión cerebral, para hacer deducciones sobre la foto que le mostré. Me explicaba perfectamente lo que ocurría en la escena, pero no era capaz de decirme lo que podría haber ocurrido inmediatamente antes o después de tomarse la foto^[2]. Por eso, no se trata de que no hagamos deducciones, sino de que comprendamos que son deducciones.

Juicios

También deben excluirse los juicios del ejercicio que recomendamos. Entendemos por juicios, *todas las expresiones de aprobación o desaprobación de los hechos, personas u objetos que describimos*. Por ejemplo: en el informe escrito no podríamos decir: “era un coche estupendo”, sino algo por el estilo de esto: “lleva rodando 80.000 kilómetros y no ha necesitado una sola reparación”. Igualmente, las afirmaciones como “Pedro nos engañó” deben eliminarse y substituirse por algo que pueda

comprobarse: “Pedro nos dijo que no tenía las llaves de su coche, pero, al sacar el pañuelo unos minutos después, se le cayeron unas cuantas”. Tampoco podría decirse en un informe: “El senador era testarudo, cerrado y sin ganas de cooperar”, o “fue valerosamente fiel a sus principios”; sino que debe declararse: “El voto del senador fue el único contrario al proyecto de ley”.

Mucha gente considera como afirmaciones de hecho las siguientes: “Pedro nos engañó”, “Juan es un ladrón”, “Gonzalo es inteligente”. Sin embargo, en el sentido corriente, eso de “nos engañó” supone, primero, una deducción (que deliberadamente nos expuso hechos falsos), y segundo, un juicio (que quien lo dice reprueba lo que hizo Pedro, según sus deducciones). En los otros dos ejemplos, podríamos cambiar las expresiones por éstas: “Juan fue condenado por robo a dos años de cárcel”, y “Gonzalo toca el violín, es el primero de su clase, y capitán del equipo de debates”. Repárese en que decir que alguien es un ladrón es declarar una realidad: “Ha robado y volverá a robar”, lo cual tiene más de predicción que de informe. Hasta “ha robado” constituye una deducción (y al mismo tiempo, un juicio) sobre algo discutible, inclusive para quienes estudiaron las pruebas del cargo. En cambio, decir que “fue condenado por robo” es formular una declaración comprobable en los archivos del tribunal y de la cárcel.

La posibilidad científica de comprobar algo estriba en la observación externa de los hechos, no en la emisión de juicio. Si alguien dice: “Mario es un gandul”, y otro replica: “Así lo creo yo también”, la afirmación no ha sido comprobada. En los tribunales suele haber enormes confusiones creadas por los testigos que no distinguen sus juicios personales de los hechos objetivos en que se basan. Hay repreguntas por el estilo de:

TESTIGO: Ese cochino sinvergüenza me engañó.

ABOGADO DE LA DEFENSA: ¡Protesto, Señoría!

JUEZ: Se admite la protesta. (La frase del testigo se elimina del acta). Ahora, cuente al tribunal exactamente lo que ocurrió.

TESTIGO: ¡Me engañó ese cochino embustero!

ABOGADO DE LA DEFENSA: ¡Protesto, Señoría!

JUEZ: Se admite la protesta. (De nuevo se elimina el comentario del testigo del acta). Aténgase el testigo a los hechos escuetos.

TESTIGO: Pero si le estoy diciendo los hechos, Señoría. Ese me engañó.

Y sería el cuento de nunca acabar si el abogado que le repregunta no se diese maña para hacerle atenerse a los hechos, omitiendo opiniones personales. Para el testigo es un hecho que lo engañaron. A veces se necesita un interrogatorio paciente para llegar a los motivos objeto de sus opiniones.

Muchas palabras encierran al mismo tiempo un informe y un juicio sobre lo que

se dice, naturalmente, pero de ello hablaremos detenidamente en otro capítulo. En el informe escrito de que nos ocupamos, deben evitarse estas palabras. En lugar de “se coló”, deberá decirse “entró sin hacer ruido”; “diputados” o “candidatos”, por “políticos”; “cesante”, en lugar de “vago”; “autoridad centralizada”, en lugar de “régimen dictatorial”; “disidente”, en lugar de “picapleitos”. Un reportero no podría decir: “Un tropel de páñfilos fue a escuchar ayer al candidato en ese rincón cursi que desfigura el barrio sur de la ciudad”. Sino que debería decir: “Unas setenta y cinco u ochenta personas escucharon su discurso en los jardines nuevos del barrio sur”.

Palabras-gruñidos y palabras-arrullos

Debemos tener muy presente que en este libro no estudiamos el lenguaje como fenómeno aislado, sino en acción, en el contexto de hechos no lingüísticos en que se desarrolla. Los ruidos hechos con los órganos bucales constituyen una actividad muscular, muchas veces involuntaria, como las demás actividades musculares. Nuestras reacciones a los estímulos poderosos, como a las cosas que nos irritan, son hechos musculares y fisiológicos: la contracción de los músculos para luchar, el aumento de la presión sanguínea, la alteración en la química del cuerpo, el mesarse los cabellos y la emisión de sonidos, como gruñidos o bufidos. Quizá no lleguemos a gruñir como perros, pero sí mascullamos palabrotas y barbotamos: “¡Cochino tramposo!”, “¡Marrano sinvergüenza!”, etc., entre ternos y maldiciones. Pero también cuando algo nos produce placer, exclamamos: “¡Es la nena más bonita del mundo entero!”, aunque no ronroneemos como un gafo ni meneemos la cola.

Estas expresiones de aprobación o reprobación directa son juicios en su forma más rudimentaria, y podrían considerarse como equivalentes humanos de los rugidos y arrullos. Que la nena es la más bonita del mundo no constituye una afirmación, sino un arrullo o un ronroneo. Esto parece de clavo pasado, pero, por extraño que parezca, tanto el que lo emite como el que lo escucha creen que algo se ha dicho sobre la muchacha en cuestión. Así ocurre principalmente con los gorgoritos de oradores y editorialistas, cuando se despachan contra los rojos, contra los insaciables monopolistas, Wall Street, los radicales, las ideologías extranjeras, etc., o se deshacen en repugnantes ditirambos acerca de “nuestro modo de vida”. A todas horas creemos haber oído un juicio sobre algo, arrastrados por la catarata impresionante de la verborrea, por lo sonoro de las frases y por los trucos retóricos y eruditos. Pero si nos detenemos un poco, veremos que lo único que encierran estas exclamaciones son

ideas poco más o menos así: “Lo que yo odio —sean los rojos, Wall Street o lo que le dé a usted la gana— lo aborrezco a fondo”, y “cuando algo me gusta —nuestro modo de vida— me arrebató de contento”. Llamaremos a estas explosiones verbales, “palabras-gruñidos” y “palabras-arrullos”. No tienen nada de informes sobre lo que pasa en el mundo extensional.

El llamarlos así no quiere decir que no podamos formular este juicio en absoluto, sino darle su valor preciso. Por ejemplo: al decir “es la niña más bonita del mundo”, debemos dar a la frase el valor de que es un estado mental de quien la pronuncia, no una descripción real de la muchacha. Si las palabras “rojos” o “insaciables monopolistas” van acompañadas de informes comprobables (lo cual supondrá además que ya sabemos a quiénes se refieren concretamente), estaría justificada nuestra indignación, lo mismo que la de quien habla así. Si las “palabras-arrullos” sobre la muchacha más bonita del mundo van acompañadas de datos comprobables sobre su aspecto, maneras y carácter, acaso también la admiremos nosotros. Pero, de no ser así, la única pregunta que provocarían esos “gruñidos” y esos “arrullos”, sería: “¿En qué se basa usted para afirmarlo?”

Generalmente no conduce a nada discutir si el Presidente tal o cual es un gran estadista o sólo un político mañoso. Lo mismo ocurre con cuestiones como éstas: “¿Es la música de Wagner la mejor de todos los tiempos, o se reduce a estridencias histéricas?”, “¿Qué deporte es mejor, el tenis o el béisbol?”, “¿Podría Joe Louis haber derrotado a Bob Fitzsimmons en sus mejores tiempos?” Pronunciarse por la afirmativa o la negativa de estos juicios es descender al nivel apasionado de los fanáticos. Pero preguntar a alguien por qué le gusta la política presidencial o Wagner, o el tenis o Joe Louis, vale para enterarse de los puntos de vista de los demás. Cuando ellos se hayan explicado, sabremos algo más y podremos opinar sobre ello mucho mejor que antes.

Los juicios estorban el pensamiento

Al afirmar que alguien es una buena persona, o que el servicio religioso fue solemne, o que la caza es un deporte sano, o que fulanita es muy aburrida, estamos asentando una conclusión a base de numerosos hechos observados. Quizá sepa el lector que los estudiantes suelen tener dificultad para dar a los temas escritos la longitud necesaria, porque se les acaban las ideas a los dos o tres párrafos. Es que van en ellos tantos juicios, que apenas les queda nada que decir después. Pero cuando se excluyen las

conclusiones y se exponen objetivamente los hechos observados, los trabajos tendrán la longitud requerida y hasta tenderán a ser demasiado largos; porque, cuando se dice a un individuo sin experiencia que consigne por escrito los hechos, suele aportar más de los que se precisan, porque no distingue entre lo importante y lo secundario.

Otra consecuencia de los juicios emitidos al comenzar el ejercicio escrito, es que se cierra uno el camino para la exposición ulterior, lo cual ocurre también con los juicios precipitados que formulamos interiormente a cada momento. Si, por ejemplo, empezamos diciendo que fulano fue todo un ejecutivo de negocios, o que fulanita era una perfecta compañera, lo que escribamos después irá condicionado por estos juicios y no describirá ya al ejecutivo o a la amiga en cuestión, sino que, prescindiendo de los hechos observados, se ajustará sin querer a la idea que tenemos de un buen ejecutivo o de una magnífica compañera, a base de las historias que hayamos leído, las películas o fotos que hayamos visto, etc. Es decir: el juicio prematuro nos impide ver lo que tenemos delante, y nuestra descripción se llena de estereotipos. Por eso, aunque el escritor esté seguro al comenzar su informe de que el hombre, el escenario o la mujer a quien describe son de tal o cual manera, deberá descartar conscientemente esas opiniones, para no mermar objetividad a su exposición ni cerrarse a sí mismo los ojos. No debe calificar a nadie de “beatnik”, palabra que hoy está adquiriendo carta internacional de naturaleza y que, habiéndose aplicado originalmente a los bohemios literarios y artísticos, ha sido bastardeada por el periodismo sensacional y las películas, hasta crear un tipo casi completamente fantasmagórico y desconcertante. Si un escritor aplica esta u otras palabras por el estilo a cualquier ser viviente, tendrá que derrochar raudales de energía para explicar después lo que *no quiso* decir con eso, por lo que le recomendamos que no la emplee en absoluto.

Selección deliberada

Al escribir las experiencias personales, se nos escapan algunos juicios, a pesar de todo el empeño que pongamos en eliminarlos. Así, por ejemplo, al describir a alguien, quizá quede así el texto: “Estaba claro que no se había afeitado desde hacía unos días, y tenía sucias las manos y la cara. Su calzado estaba destrozado, y tenía la chaqueta, demasiado pequeña para él, salpicada de cazcarrias resacas”. Pues bien; aunque no se ha formulado explícitamente ningún juicio, hay uno que se deja caer por su propio peso. Comparemos esta descripción con otra del mismo sujeto: “Aunque

tenía la barba crecida y su apariencia era desaliñada, había claridad en sus ojos y miraba fijamente a lo lejos mientras descendía a paso rápido por el camino. Parecía muy alto; esta impresión acaso se debiese a que la chaqueta era demasiado pequeña para él. Llevaba un libro bajo el brazo izquierdo, y un gozquecillo corría pegado a sus talones”. En este ejemplo se da una descripción considerablemente distinta del mismo individuo, con sólo incluir nuevos detalles y pasar a un segundo plano los desfavorables. No hay juicios explícitos en el texto, pero sí implícitos.

¿Cómo podremos, entonces, redactar un informe imparcial? No conseguiremos imparcialidad completa empleando el lenguaje cotidiano. La tarea es a veces difícil, inclusive en el estilo altamente impersonal de la ciencia. Pero sí podemos, siempre que caigamos en la cuenta de la impresión favorable o desfavorable que algunas palabras y hechos pueden producir, lograr suficiente imparcialidad a efectos prácticos. El caer en la cuenta de esa impresión favorable o desfavorable nos hará equilibrar las palabras y expresiones. Para aprender a hacerlo, sería bueno que escribiésemos dos informes sobre el mismo tema, uno al lado del otro, ambos en un plan de estricta objetividad: el primero consignaría los hechos y detalles que probablemente producirían impresión favorable al lector, y el segundo los que pudieran producirle una impresión desfavorable. Por ejemplo:

A FAVOR

Tenía los dientes blancos.
Tenía ojos azules, pelo rubio y abundante.
Llevaba una camisa blanca limpia.
Hablabla con finura.
Su jefe hablaba con encomio de él.
Le gustaban los perros.

EN CONTRA

Sus dientes eran desiguales.
Rara vez miraba a uno directamente a los ojos.
Su camisa estaba tazada por los puños.
Tenía voz chillona.
Su casero decía que se atrasaban el pago del alquiler.
Le molestaban los niños.

La selección de detalles favorables o desfavorables al tema que se describe es deliberada e intencionada. No se formulan juicios explícitos, pero se da una impresión concreta y se provocan determinadas opiniones. Supongamos que alguien publica este suelto en la prensa: “Cuando N estuvo en Nueva York en noviembre, se le vio cenar con una estrella de cine...” Las deducciones a que pudiera dar lugar la noticia cambian considerablemente con las siguientes palabras: “... y con su marido y sus dos hijos”. Los enemigos de N podrían perjudicarlo gravemente, si fuese casado, con la noticia a medias. Esta forma de expresarse, intencionada y maliciosa, tan a la orden del día en la chismorrería social, y también en los “reportazgos interpretativos” de los periódicos y revistas, bien podría llamarse mentira, aunque en realidad no haya ninguna en su texto.

Dominando los prejuicios

Pero hay que andar con mucho cuidado en esto. Cuando, por ejemplo, un periódico publica cierta noticia en forma que nos desagrade, porque omita detalles importantes y deforme y altere otros, tendemos a exclamar: “¡Qué manera de cambiar las cosas!” Al decir esto, estamos haciendo una deducción, claro está, sobre el redactor de la noticia. Suponemos que lo que juzgamos nosotros importante lo es igualmente para él, por lo cual inferimos que dio un sesgo deliberadamente torcido al reportazgo. Pero ¿ocurre así siempre? ¿Puede el lector desde fuera asegurar que el redactor deformó deliberadamente la noticia, o vio éste los hechos así?

El caso es que, en virtud del proceso de selección y abstracción que nos imponen nuestras preferencias y nuestra situación, la experiencia siempre nos llega a todos, incluso a los reporteros, “con un prejuicio”. Si es usted obrerista, o católico ferviente, o fanático de las carreras, su idea de lo que es importante o no lo es variará forzosamente respecto a la de una persona indiferente a su causa. Por tanto, cuando algunos periódicos parecen ponerse del lado de la gran industria en cuanto a problemas de interés público, no se trata tanto de deformación deliberada como de algo natural por parte de la prensa, que, muchas veces, pertenece también a grandes empresas y suele estar asociada con otras industrias de envergadura en sus actividades y en su vida social. No obstante, los mejores periódicos, aunque sean propiedad de grandes hombres de empresa, tratan de informarnos lo mejor posible de lo que pasa en el mundo, porque están dirigidos por periodistas que cumplen con su deber profesional de presentar objetivamente los puntos de vista contrarios en cuestiones discutibles. Estos periodistas son verdaderos *informadores*.

Quien no tenga prejuicios evitará el estilo intencionado, salvo cuando trate de lograr efectos literarios especiales. Pero es algo más que mera imparcialidad y objetividad: se trata de algo más importante, de levantar buenos mapas del territorio de la experiencia. El individuo lleno de prejuicios no puede dibujar buenos mapas, porque sólo ve al enemigo como enemigo, o al amigo como amigo, y no de otra manera. En cambio, el escritor auténtico, el hombre de imaginación e intuición, puede enfocar el mismo asunto desde muchos puntos de vista. He aquí unos cuantos ejemplos de descripciones sólidas y logradas de este tipo:

Adán se volvió hacia él. Era casi como si lo viese por primera vez. Tenía ante sus ojos los fuertes y negros hombros bajo el calicó de cuadros rojos, los largos brazos colgando sobre las rodillas, las manos fuertes, nervudas y callosas, empuñando las riendas. Le miró a la cara. Su mandíbula se proyectaba poderosamente hacia adelante, pero sus labios eran gruesos y caídos, y en su comisura había una paja, sujeta a los dientes. Tenía los párpados péndulos, ligeramente abultados, y los ojos sanguinolentos. Adán sabía que aquellos ojos podían clavarse penetrantes y

dominadores. Pero ahora, al contemplar aquella faz soñolienta y flácida, apenas podía creerlo.

—ROBERT PENN WARREN, *Wilderness*

Este que veis aquí de rostro aguileno, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva aunque bien proporcionada, las barbas de plata que no ha veinte años fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espalda y no muy ligero de pies; éste digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha* y del que hizo el *Viaje del Parnaso*, llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra; fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades; perdió en la batalla naval de Lepanto, la mano izquierda de un arcabuzazo; herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra Carlos V, de felice memoria.

—MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, *Autorretrato*

APLICACIONES

I

A continuación publicamos una serie de frases y descripciones, que el lector deberá clasificar como juicios, deducciones o informes. Como no siempre se distinguen

claramente, con una sola palabra no bastará, y en algunos casos habrá informe y deducción o juicio a la vez. Recuérdese que no nos interesa su verdad o falsedad, sino la índole de las afirmaciones; así, por ejemplo, la proposición, “el agua se congela a los 10° centígrados”, aunque errónea, es un informe.

1. Sólo va a la iglesia para lucir sus vestidos.

EJEMPLO DE ANÁLISIS: En circunstancias corrientes, esto probablemente sería una deducción, porque la gente no suele admitir que vaya a la iglesia por ese motivo. También se acusa positivamente un juicio implícito, porque se da a entender que se debería ir a la iglesia por motivos mejores.

2. Hay algo esencialmente sucio en comer carne y pescado.
3. Gary Grant tiene gran personalidad.
4. Licuadora de lujo. Base cromada. Vaso refractario graduado en tazas y en litros, con capacidad de uno y medio litros. Con asa de diseño anatómico incorporada. Nuevo diseño exclusivo de tapa. Dos velocidades. Precio: \$ 795.

—Catálogo Philips

5. Hay en el campanario cuatro ventanas
y de ellas suspendidas cuatro campanas;
con voz alegre a veces y a veces suave,
cosas dicen que el labio decir no sabe.

—FEDERICO BALART, “Las Campanas”

6. El asesinato es un delito en todos los casos.
7. El pueblo ruso no quiere la guerra.
8. Fulano es un burócrata típico.
9. El hombre inteligente crea sus propias oportunidades.
10. El diputado aprobó el proyecto de ley para atraerse a los obreros.

11. Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata,
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azur.
Y están tristes las flores por la flor de la corte;
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

—RUBÉN DARÍO, *Sonatina*

12. Tenía Adán ciento treinta años cuando engendró un hijo a su imagen y

semejanza, y le llamó Seth. Y fueron los días de Adán después de engendrar a Seth, ochocientos años, y engendró hijos e hijas. Fueron todos los días de la vida de Adán novecientos treinta años, y murió.

—Génesis 5:3-5

13. “Los chocolates de esta casa no necesitan anunciarse. Se derriten en los labios de puro sabrosos, y el mejor anuncio serán los herretes de su bebé, que se relamerá de gusto”.

—Anuncio imaginario

14. William Jameson es un hombrecillo flacucho, contrahecho y tuberculoso, que no pesa 60 kilos y tiene poco más de metro y medio de estatura. Pero, hasta el último gramo y el último centímetro, es un criminal redomado, incorregible, peligroso.

—*World-Telegram & Sun*, Nueva York

15. Los investigadores han demostrado que, lavándose los dientes con el nuevo Ipana después de cada comida, se reducen las bacterias de la boca, incluso las de la caries y del mal aliento, *en un 84%*.

—Anuncio de dentífrico

16. *C'est Magnifique! Une maison Ranch très originale avec 8 habitaciones, 2 baños y medio... garaje para 2 Cadillacs... 21.990 dólares. Los “veteranos” no tienen que pagar al contado.*

—Anuncio de un fraccionamiento en Long Island

17. Nuestro vergonzoso sistema de jueces de paz permite a muchos ignorantes en cuestiones legales, más interesados en vaciarnos los bolsillos que en defender nuestros derechos, administrar justicia en los distritos rurales.

—*Reader's Digest*

18. Pero los delegados no sabían a qué carta quedarse. “El Presidente pronunció un buen discurso”, dijo uno de ellos después, “pero los hechos son más elocuentes que las palabras. Nada de lo que dijo aquí esta mañana fue suficiente para que se olvidase lo que hizo contra la industria siderúrgica”. El mundo de los negocios tenía motivos para estar preocupado. El Presidente no se opone teóricamente a la industria del acero; probablemente crea que la está protegiendo. Pero el caso es que, como hijo de un millonario sin experiencia en otra cosa que la política, Kennedy ha estado protegido en su vida económica y no parece comprender muy bien a la industria ni a sus hombres de empresa.

—*Time*

II

Además de los ejercicios indicados en este capítulo, excluyendo sus juicios y deducciones, el lector puede escribir: *a)* informes fuertemente intencionados contra personas u organizaciones de su preferencia, y *b)* a favor de personas u organizaciones que no le gusten. Por ejemplo: imagínese que su club es una organización subversiva, y relate sus actividades o hable de sus miembros en sentido que pudiera tomarse como desfavorable; o bien imagine que uno de sus vecinos más antipáticos ha recibido la oferta de un cargo a tres mil kilómetros, y escriba una carta objetiva de recomendación para que se lo den.

También resulta divertido e instructivo escribir parodias de artículos llenos de prejuicios, forzando tanto la nota que los ponga en ridículo. Un artículo lleno de prejuicios es el que está hecho a base de noticias deformadas y juicios sin fundamento. He aquí una cita de la revista *Mad*, en que se describe a los Boy Scouts tal como supuestamente los ve el diario comunista *Pravda*:

Después de tres años de servidumbre en los Cub Scouts, los muchachos, ahora adolescentes rufianes, son obligados a incorporarse al grado superior y más corrupto de los Boy Scouts. Son arrebatados a sus familias y llevados a selvas primitivas, donde tienen que vivir en tiendas sin calefacción.

El ritual más embustero es la vergonzosa “Corte de Honor”, en que se condecora a los jóvenes guerreros con las llamadas “medallas de mérito”. Aquí es donde reciben los premios por su comportamiento en deportes tan odiosos como “natación” (demolición y sabotaje bajo el agua), “química” (guerra de gérmenes y gases venenosos), “seguir rastros” (contraespionaje) y “actividades precursoras” (explotación de las naciones subdesarrolladas).

III

“A primeras horas de la mañana murieron un niño y un hombre maduro, y salieron gravemente heridos tres adolescentes, en dos accidentes automovilísticos”. Redáctese:

1. Un informe de los accidentes, con nombres y lugares supuestos.

2. Un informe intencionado para un periódico que desencadena una campaña contra la delincuencia juvenil. (No se citen más que casos concretos, para que el lector saque consecuencias y formule sus juicios.)
3. Otro informe intencionado para un periódico que está atacando enérgicamente a la administración local. (Aténgase también a los hechos únicamente.)

IV

Analice cómo utiliza la deducción Sherlock Holmes en el siguiente párrafo de Conan Doyle. ¿Se parecen a las explicadas en este capítulo? Comente el valor y el carácter comprobable de las consecuencias a que llega Holmes:

Con aire resignado y sonrisa ligeramente fatigada, Holmes rogó a la bella visitante que tomase asiento y nos explicase qué le pasaba.

—Por lo menos, no se trata de su salud —le dijo el detective, clavándole los ojos—. Una ciclista tan entusiasta tiene que estar llena de energía.

Ella se miró sorprendida a los pies, y yo observé en la parte inferior de su calzado las ligeras raspaduras del pedal.

—Sí, monto mucho en bicicleta, señor Holmes...

Mi amigo levantó la mano sin guante de la joven y la examinó con la atención y objetividad de un científico.

—Perdóneme; estoy seguro de que me perdonará. Es mi profesión —le dijo, soltándole la mano—. Casi cometí la equivocación de creer que era usted mecanógrafa. Ahora veo claro que se dedica a la música. Watson, ¿ve usted estos dedos en forma de espátula, tan comunes en ambas profesiones? Sin embargo, hay en su cara una espiritualidad —añadió, volviéndosela ligeramente hacia la luz— que no es corriente en una mecanógrafa. Esta señorita es música.

—Sí, señor Holmes, soy profesora de música.

—En alguna localidad campesina, supongo, a juzgar por su color atezado.

—Sí, señor; cerca de Farnham, en las proximidades de Surrey.

V

“Harry Thompson visitó a Rusia en 1958”; “Rex Davis es millonario”; “Betty Armstrong no cree en Dios”; “el doctor Baxter no está de acuerdo con la política de la American Medical Association”. Dando por ciertos estos hechos, escriba un par de hojas de deducciones infundadas, y de deducciones de otras deducciones sobre ellos. Claro que no sabe usted quiénes son estos personajes, pero eso no importa; formule sus deducciones.

Este ejercicio es divertido e instructivo además para grupos de discusión, al turnarse los grupos para sacar consecuencias.

VI

Elija un tema sobre el cual tenga poca información pero muchos prejuicios; por ejemplo: “La Integración Latinoamericana”, “Beneficios de la Alianza para el Progreso”, “Sistema Multilateral de pagos en el comercio de Hispanoamérica”, “Sindicalismo y cultura”, o “Industrialización y alfabetismo”, y escriba un ensayo de unas mil palabras, a base de grandes generalizaciones, juicios valoradores y deducciones sin fundamento. Emplee muchas palabras rimbombantes. Marque con cinco puntos (de un total posible de 100) cada hecho comprobable utilizado. Si llega a una puntuación de 95 en todos estos temas u otros por el estilo, y su gramática y ortografía son impecables, deje su empleo actual. O abandone la escuela. Porque tiene usted en la mano fama y fortuna.

4. LOS CONTEXTOS

[Contestación de un individuo a quien pidieron que definiese el jazz de Nueva Orleans]: Hombre, si tiene usted que preguntar qué es, no lo va a saber nunca.

—LOUIS ARMSTRONG

Las definiciones de diccionario frecuentemente dan substitutos verbales de una palabra desconocida, que no son sino maneras de disimular la ignorancia. Así, quien busque en el diccionario [inglés-castellano] la traducción de la palabra “bullfinch”, se quedará tan satisfecho [al leer “pinzón real”] sin tener idea de cómo es esta ave. La comprensión no se logra con el manejo de las palabras nada más, sino penetrando su significado. Las definiciones del diccionario nos permiten ocultarnos a nosotros mismos y a los demás nuestra ignorancia.

—H. R. HUSE (*The Illiteracy of the Literate*, 1933).

Cómo se hacen los diccionarios

La gente cree que todas las palabras tienen un significado exacto, el cual conocemos principalmente a través de los maestros y gramáticos (aunque casi siempre nos sale por una friolera, y nos contentamos con un castellano ramplón), y que los diccionarios y las gramáticas son la autoridad suprema en cuestiones de significado y empleo de los vocablos. Pocos se preguntan en qué se basan quienes redactan diccionarios y gramáticas. El autor de estas líneas discutió una vez con una inglesa sobre la pronunciación de cierta palabra y le propuso consultar al diccionario. A lo que ella contestó: “¿Por qué? Yo soy inglesa, nací y me crié en Inglaterra. Lo que hablo es inglés”. Esta seguridad autoritaria no es rara entre los ingleses. En cambio, el norteamericano que lleva la contraria al diccionario es tenido por loco o por un bicho raro.

Veamos cómo se hacen los diccionarios y sus definiciones. Lo que decimos sólo se aplica, claro está, a las oficinas donde se elaboran, a base de investigación directa, los diccionarios originales, no a los copiados de ellos. En primer lugar, hay que leer enorme cantidad de literatura sobre el período o tema a que se refiere el diccionario. Al mismo tiempo, se van haciendo fichas de cada palabra extraña o interesante, del

empleo peculiar de un vocablo común, de sus numerosos empleos corrientes y de frases en que aparece. O sea, se toma nota del contexto de cada palabra, no sólo de la palabra aislada. Para redactar un diccionario verdaderamente detallado, como el de la Academia Española (o un buen Diccionario Enciclopédico, debidamente documentado), se necesitan millones de fichas, y la tarea de componerlo dura decenios (y está en constante actividad). Las fichas se clasifican por orden, alfabético. Terminada la clasificación, para cada palabra podrá haber dos, tres o varios centenares de ejemplos y citas, cada uno en ficha aparte.

Así, pues, para definir una palabra se estudia el conjunto de fichas sobre ella; cada una representa el empleo de la palabra en cuestión por un autor de algún prestigio en el campo de la literatura o de la historia. Se leen las fichas cuidadosamente, se descartan algunas de ellas, vuelven a leerse las que quedan y se clasifican según las diversas acepciones de la palabra. Finalmente, se redacta la definición a base de la regla rigurosa de respetar el significado que se deduce de las citas diversas. No puede el autor del diccionario, ni sus diversos colaboradores, dejarse influir por lo que él cree que deberían significar las palabras. Tiene que atenerse a las fichas o abandonar la tarea.

Por tanto, la preparación de un diccionario no consiste en formular declaraciones autorizadas sobre “el verdadero significado” de las palabras, sino en tomar nota de lo que han significado para los escritores antiguos y modernos. *El autor de un diccionario es un historiador, no un legislador.* Si, por ejemplo, escribiésemos un diccionario en 1890, y hasta 1919, podríamos decir que la palabra “radiar” significaba “despedir o arrojar rayos de luz o calor”, no estaríamos en condiciones de decretar que, a partir del año 1921, ese verbo iba a significar la transmisión de mensajes o música por radio. Así, pues, la autoridad del diccionario no consiste en imposibles carismas proféticos. Al elegir las palabras que hablamos o escribimos, nos orienta históricamente el diccionario, pero no estamos esclavizados a él, porque las nuevas situaciones, experiencias, inventos e ideas nos obligan a dar nuevos sentidos a las antiguas y a crear constantemente nuevas palabras^[1].

Contextos verbales y físicos

El proceso de redacción de un diccionario viene a ser el mismo que seguimos al aprender los significados de las palabras desde niños, y que continúa durante toda la vida. Supongamos, por ejemplo, que no hemos oído nunca la palabra *oboe*, y que

escuchamos la siguiente conversación:

Era el mejor tocador de oboe de la ciudad... Cuando llegaba al solo de oboe del tercer movimiento, solía ponerse muy nervioso... Un día lo vi comprando, una lengüeta nueva para su oboe en una tienda de música... No le gustaba el clarinete desde que empezó a tocar el oboe... porque, según decía, le resultaba demasiado fácil.

Aunque uno no conozca la palabra, va entendiendo lo que significa al oírla en una conversación. A la primera frase, sabemos que el oboe es algo que se toca, por lo que deducimos que se trata de un instrumento musical. A cada frase va limitándose el margen de probabilidades, hasta llegar a una idea más o menos clara de lo que quiere decir la palabra oboe. Así es como aprendemos merced al *contexto verbal*.

Pero también aprendemos a través del contexto físico y social. El que vaya a los toros por primera vez, se encontrará con una nomenclatura extraña de “revoleras”, “molinetes”, “gaoneras”, “verónicas”, “manoletinas”, “mogón del derecho”, “berrendo en negro”, etc. Pero cuando ve al público aplaudir frenéticamente una faena, mientras uno o varios espectadores gritan “olé por esa manoletina” o así “se pasa de pecho”, o “es una faenaza de poder a poder”, al segundo toro tendrá ya alguna idea, al tercero podrá juzgar por su propia cuenta, y quizá, cuando se lidie el sexto toro, estará en condiciones de discutir (cosa muy taurina, por cierto), alguna supuesta hazaña del torero.

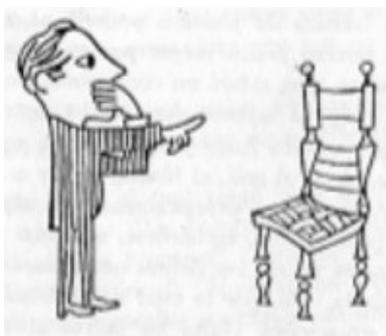
Este ejemplo de *contexto físico y social* puede aplicarse a cualquier actividad deportiva, como el golf, el fútbol, etc., y a muchos otros terrenos de la vida. Aprendemos prácticamente los significados de todas nuestras palabras (que no son, recuérdese, más que sonidos complejos), no en los diccionarios ni en las definiciones, sino en su asociación a situaciones reales de la vida, por lo cual nos habituamos a relacionarlos con determinadas situaciones. Hasta los perros aprenden el significado de las palabras, al asociarlas con determinadas golosinas o castigos; lo mismo hacemos los hombres: interpretamos el lenguaje, al caer en la cuenta de lo que ocurre cuando la gente emite determinados sonidos verbales; en una palabra: aprendemos por los contextos.

Las definiciones que los niños dan en la escuela muestran claramente cómo asocian las palabras a las situaciones; casi siempre sus definiciones son a base de contextos físicos y sociales: “Castigo... castigo es *cuando* uno ha sido malo y lo encierran en un *closet* sin cenar”. “Los periódicos son los que trae el ‘voceador’ por la mañana, que luego sirven para envolver la basura”. He aquí dos buenas definiciones. No pueden ponerse en los diccionarios principalmente porque son demasiado concretas; sería imposible hacer una lista de las innumerables situaciones en que se emplea cada palabra. Por eso, las definiciones de los diccionarios son muy abstractas; es decir: se descartan, en aras a la confusión, detalles concretos. (En el

Capítulo 10 se explica detalladamente lo que es un alto nivel de abstracción). Por eso, es otra gran equivocación creer que el diccionario nos dice en una definición cuanto hay sobre determinada palabra.

Significado extensional e intencional

Los diccionarios versan sobre el mundo de significados intencionales, pero hay otro mundo que ignoran por su misma naturaleza: el de los significados extensionales. *Significado extensional de una palabra es el que señala en el mundo extensional (o físico), del que hablamos en el Capítulo 2. Es decir: no puede expresarse con palabras, porque es lo que éstas representan. Se comprenderá fácilmente, poniéndose la mano en la boca y señalando con el dedo cuando se le pida a uno algún significado extensional.*



Claro está, no siempre podemos indicar los significados extensionales de las palabras que usamos. Por tanto, al hablar de significados, llamaremos *denotación* de un vocablo a aquello que se habla. Por ejemplo: la denotación de la palabra “Winnipeg” es la ciudad rodeada de prados del sur de Manitoba que lleva ese nombre; la denotación de la palabra “perro” es una especie animal, en la que entra el perro₁ (Nig), perro₂ (Dumbo), perro₃ (Mora)... perro_n.

El *significado intencional* de una palabra o expresión es, en cambio, lo que indica (o connota) en la idea de quien la pronuncia. Hablando en términos generales, cuando expresamos el significado de las palabras pronunciando otras, estamos dándoles sentidos intencionales, o sea, connotaciones. Para entenderlo, tápese los ojos y deje que las palabras le den vueltas en la cabeza.



Los vocablos y expresiones pueden tener, naturalmente, significado extensional e intencional. Si no tienen este último, es decir, si no inspiran ideas aunque les demos vueltas en la cabeza, son sonidos sin sentido, como las palabras de un idioma desconocido. Al contrario, puede haber expresiones que no tengan significado extensional, aunque puedan despertarnos ideas. La frase, “los ángeles velan mi sueño por la noche”, tiene sentido intencional, pero no extensional. Eso no quiere decir que no me velen. Con esto significamos que no los podemos ver, tocar, retratar ni descubrir científicamente su presencia. Por eso, si surge la discusión de si los ángeles me velan o no, es imposible dejar satisfechos a quienes la entablan, cristianos y no cristianos, creyentes y agnósticos, místicos y científicos. Así, pues, creamos o no creamos en los ángeles, lo mejor será que no nos enzarcemos en una polémica sobre el tema.

En cambio, cuando se trata de afirmaciones extensionales, por ejemplo, “esta habitación tiene cinco metros de largo”, las discusiones pueden terminar convincentemente, porque, sean cuales fueren las conjeturas sobre sus dimensiones, el asunto se termina en cuanto uno saca un metro. Esta es, pues, la diferencia principal entre significado extensional e intencional: las discusiones sobre algo extensional pueden terminarse a satisfacción; pero si versan sobre algo intencional exclusivamente, la diferencia de opiniones puede durar eternidades y acabar en conflicto: quizá lleguen a romperse las amistades y, en sociedad, provocan la ruptura de las organizaciones en grupos enconados. En el campo internacional, pueden agravar hasta tal punto las tensiones, que constituyan verdaderos obstáculos para el arreglo pacífico de las disputas.

Este tipo de discusiones carece de sentido, porque de sus palabras no puede deducirse sentido alguno. Que ponga el lector algunos ejemplos de pleitos así. Hasta el ejemplo de los ángeles puede ofender a alguien, aunque ni se niega ni se afirma su existencia. Pueden imaginarse las protestas a que daría lugar la serie de ejemplos que pudieran exponerse de teología, política, derecho, economía, crítica literaria y otros ramos del saber, en que no suele distinguirse entre lo absurdo y lo que hace sentido.

El error de un solo significado para cada palabra

Quienquiera que se haya puesto a pensar sobre el significado de las palabras habrá notado que están cambiando constantemente de sentido. La gente suele creer que esto es una desgracia, porque le vuelve a uno “tarumba”, y se presta a “confusiones mentales”. Para poner remedio a esto, acaso pretendan que todos nos pongamos de acuerdo sobre el significado único que debe tener cada palabra, y emplearla sólo en esa acepción. Luego verán que no es posible hacer coincidir a la gente, aunque nombrásemos a un dictador de mano de hierro, rodeado de una legión de lexicógrafos, que designasen censores en todas las redacciones periodísticas y en todos los micrófonos domésticos. Por tanto, hay que desistir de la empresa.

Pero todo esto puede evitarse, partiendo de un principio totalmente nuevo, en el que se basan las modernas ideas lingüísticas a saber: que no hay palabra que tenga dos veces el mismo significado exacto. Podemos demostrarlo de distintas maneras. Primero, si aceptamos que el contexto de una expresión determina su significado, como no hay dos contextos exactamente iguales, tampoco podrá haber dos significados exactamente iguales. Ni siquiera podemos “fijar el significado” de la expresión “creer en” cuando la utilizamos en frases como esta:

Creo en ti (tengo confianza en ti).

Creo en la democracia (estoy convencido de sus principios).

Creo en Santa Claus (me inclino a pensar que existe).

Segundo, pongamos por ejemplo una palabra de significado sencillo: la palabra “vaso”. Al oírla, Juan piensa en las características comunes a todos los vasos que recuerda, y Pedro lo mismo. Ahora bien; por pequeñas y hasta insignificantes que sean las diferencias de connotación para uno y para otro, siempre piensan en algo distinto cuando oyen o pronuncian la palabra “vaso”.

Finalmente, analicemos algunas expresiones de sentido extensional. Cuando Juan, Pedro, Gonzalo y Paco dicen “mi máquina de escribir”, tendremos que fijarnos en cuatro instrumentos distintos, cada uno de los cuales tiene su sentido extensional: para Juan, una Olivetti; para Pedro, una Remington; para Gonzalo, una Smith-Corona portátil, y para Paco, una que todavía no puede describirse, porque está pensando en comprarla: “La máquina que voy a comprar es eléctrica”. También ocurre que la máquina a que se refiere Juan hoy no será la misma de mañana; la palabra tendrá un significado extensional distinto en cada caso, porque al día siguiente (y hasta al minuto siguiente) ya habrá cambiado en virtud de procesos lentos de desgaste constante y deterioro. Por eso, aunque las diferencias sean mínimas, no podemos decir que la máquina sea exactamente la misma entre este minuto y el siguiente.

Insistir apodícticamente en que una palabra significa determinada cosa antes de

ser pronunciada, es un disparate. Sólo podemos saberlo aproximadamente. Después de pronunciada, interpretamos lo dicho en función de sus contextos verbales y físicos, y obramos de conformidad. El estudio del contexto verbal y de la misma expresión nos lleva a sus significados intencionales; el del contexto físico nos indica sus sentidos extensionales. Cuando Juan dice a Pedro: “¿Quieres darme ese libro?”, Pedro mira en dirección adonde apunta Juan (contexto físico), recuerda lo que hablaron anteriormente (contexto verbal) y deduce a qué libro se refiere.

Por tanto, la interpretación debe basarse en la totalidad de contextos. De otra manera, no podríamos contar con que la gente nos entendiese si dejamos de utilizar la palabra precisa en algunas ocasiones. Por ejemplo:

A: ¡Caray, mira cómo corre ese liebre!

B: (mirando hacia allá): Querrás decir ese galgo.

A: Hombre, claro, eso es lo que quiero decir.

A: ¡Qué mal pinta este lápiz!

B: ¿Te refieres a la estilográfica que tienes en la mano?

A: Es verdad... ¿dije “lápiz”?

Los contextos indican muchas veces qué es lo que queremos decir, que no hagan falta explicaciones para entendernos.

La ignorancia de los contextos

Por tanto, es evidente que prescindir de los contextos en un acto interpretativo constituye, por lo menos, una estupidez, y puede llegar a ser una costumbre fatal. Ejemplo corriente de esto es el texto breve que se cita del discurso de un personaje público, separándolo de su contexto, con lo cual se le da una interpretación completamente falsa. Un profesor universitario norteamericano declaró el “Día de los Veteranos”, en una junta de profesores, que la célebre Alocución de Gettysburg fue “una poderosa pieza de propaganda”. Estaba bien claro que empleaba la palabra propaganda no en su significado popular, sino, como explicó él mismo, en el sentido de servir a “las finalidades morales de la guerra”. Luego se vio igualmente que era un

gran admirador de Lincoln. Sin embargo, el periódico local, prescindiendo del contexto, expuso las cosas de tal manera que parecía como si el orador hubiera llamado embustero a Lincoln, y desencadenó una campaña contra el pobre maestro. A sus disculpas, replicó el director del periódico: “No me importa qué fue lo que dijo usted además. Usted afirmó que la alocución de Gettysburg era propaganda, ¿no?” Y esto significaba para él que Lincoln había sido denigrado y que el conferenciante debía ser destituido de su cargo universitario. Algo parecido ocurre en los anuncios. En las solapas de un libro puede decirse que “le falta poco para ser una obra extraordinaria”, pero alguien puede citarlo fragmentariamente y decir sólo “una obra extraordinaria”. Y no faltará quien salga en defensa de lo que pasó, diciendo: “Pero allí se emplean las palabras ‘una obra extraordinaria’, ¿no es verdad?”

En el decurso de una polémica suelen quejarse ambas partes de que las mismas palabras significan cosas distintas para diversas personas. En lugar de lamentarse, lo que deben hacer es aceptar esas diferencias. Si la palabra “justicia”, por ejemplo, significase lo mismo para todos los magistrados de la Suprema Corte, las sentencias serían siempre por unanimidad. Más extraño sería todavía que la palabra “justicia” significase lo mismo para Kennedy que para Krhushchev. Si nos metemos bien metido en la cabeza el principio de que una palabra no significa dos veces lo mismo, nos formaremos el hábito de estudiar automáticamente los contextos, con lo cual entenderemos mejor lo que dicen los demás. Sin embargo, propendemos a creer que entendemos algo, siempre que conozcamos las palabras; pero no lo entendemos. Estamos atribuyendo a alguien cosas que nunca quiso decir. Luego viene el derroche inútil de energías de acusar airadamente a la gente de “falta de honradez intelectual” o “abuso de palabras”, cuando lo único que han hecho es darles una acepción distinta de la que nosotros les reconocemos, cosa que es natural, sobre todo si su cultura y pasado son distintos de los nuestros. Claro que hay casos de falta de honradez intelectual y de abuso del lenguaje, pero no siempre ocurren donde la gente cree.

Los contextos tienen particular importancia para el estudio de la historia de las culturas. Que no hubiese agua corriente o electricidad en una casa inglesa del siglo XVI no tiene importancia alguna, pero sería una falta imperdonable en una vivienda de Chicago en 1963. Igualmente, para comprender la Constitución de los Estados Unidos no basta, como nos dicen nuestros historiadores, consultar las palabras en el diccionario y leer las interpretaciones escritas por los magistrados de la Suprema Corte. Hay que considerarla en su contexto histórico: en las condiciones de vida, el estado artístico, industrial y de las comunicaciones de aquel tiempo, las ideas imperantes entonces, etc., todo lo cual contribuirá a fijar el significado de las palabras de la Constitución. Después de todo, la misma expresión “Estados Unidos de América” era el nombre de una nación completamente distinta en volumen y cultura por el año 1790, de lo que es hoy. Cuando se trata de asuntos de grandes proporciones, el contexto que hay que examinar —verbal, social e histórico— puede ser también muy vasto.

Además, los que prescinden del contexto psicológico en las relaciones personales cometen frecuentemente el error de interpretar como insultos lo que no pretendía ser más que bromas.

La interacción de las palabras

Pero no queremos decir con todo esto que el lector pueda prescindir del diccionario porque tengan tanta importancia los contextos. Cualquier palabra de una frase, cualquier sentencia de un párrafo, cualquier párrafo de un capítulo, cuyo significado se capta por el contexto, constituye parte del contexto general. Por tanto, no siempre que se consulta el diccionario se aprecia sólo el significado de una palabra, sino el resto de la frase, párrafo, conversación o ensayo. Todas las palabras de un contexto determinado ejercen relación recíproca entre sí.

Teniendo en cuenta que el diccionario es una obra histórica, deberíamos entenderlo así: “La palabra *madre* ha sido principalmente empleada por el pueblo de habla inglesa para indicar el partícipe femenino de la procreación”. De ahí podemos deducir que, “si así se usó, probablemente es lo que significa en la frase que estoy leyendo”. Y así lo hacemos normalmente, claro; pero si al volver a leer el texto nos encontramos con la frase, “empezó a cuajar la madre del vinagre”, habrá que mirar un poco más detenidamente el diccionario.

Así, pues, la definición del diccionario es una guía de valor incalculable para la interpretación. Las palabras no tienen sólo una significación, sino que se aplican a grupos de situaciones análogas, que pudieran llamarse áreas de significado. Para determinar estas áreas es para lo que es útil el diccionario. Cada vez que se emplea una palabra, examinamos su contexto y las circunstancias extensionales, si es posible, para descubrir la verdadera acepción dentro del área de sus significados.

APLICACIONES

I

Suponga usted que está preparando un diccionario y que sólo tiene las siguientes citas en que figura la palabra “shrdlu”. ¿Qué definición redactaría de ella? No se contente con indicar un sinónimo, sino escriba una definición de diez a veinte palabras.

1. Tenía extraordinaria habilidad con el shrdlu.
2. Dice que necesita un shrdlu para alisar las vigas.
3. Ayer compró Pedro un nuevo mango para su shrdlu.
4. La cabeza del shrdlu de Pedro estaba muy mellada.
5. No te hace falta una sierra ni una hacha; con un shrdlu harás el trabajo mejor y más aprisa.

Formule una definición del adjetivo “norteado”, que no figura en el diccionario de la Academia Española, en menos de veinte palabras, a base de las siguientes frases:

1. Parece que está norteado a todas horas.
2. Unos se sienten norteados a primeras horas de la mañana, pero yo sólo antes de cenar.
3. Si quieres dejar de estar norteado, toma estas pastillas.
4. Todos se sienten más o menos norteados en un día bochornoso.
5. No estoy de mal humor, sino norteado.

II

Hemos introducido en este capítulo un neologismo, “extensional”, y hemos empleado un adjetivo, “intencional”, en un sentido que difiere un tanto del corriente, pero que se basa en la palabra “intención”, como de “extensión” hemos derivado el neologismo “extensional”. Preferimos hacerlo así a utilizar el adjetivo “extensivo”, que, según el diccionario, significa algo “que puede extenderse”.

III

Hay palabras que unas veces significan determinada acción, y otras, los resultados de la misma. Así ocurre con la palabra “construcción” en los siguientes ejemplos:

1. La construcción del estadio duró tres años.
2. Esta construcción del siglo XVI sigue en pie todavía.

En el primer caso, se trata de la acción de construir; en el segundo, de su efecto. Ahora, a base de las siguientes palabras, componga sentencias paralelas, en que el contexto indique significaciones distintas.

vela creación

cabo destrucción

pintura educación

IV

Explique en qué contextos pueden surgir las cuestiones siguientes, y cuáles de ellas carecen de sentido. Explique por qué.

1. ¿Ha fracasado la democracia?

EJEMPLO DE ANÁLISIS: Si no se determina primero el sentido extensional de las palabras “democracia” y “fracasar”, la discusión probablemente no conduzca a nada. Podría subdividirse en otras cuestiones más pequeñas. Por ejemplo: “Suponiendo que la democracia triunfa si vota por lo menos 60% de los electores, ¿qué proporción de ellos votó en las elecciones presidenciales de 1956, 1960 y 1964?”. “Si se supone que ha triunfado la democracia cuando a los niños inteligentes, pero sin medios económicos, se les da oportunidad para terminar su instrucción, ¿qué porcentaje de alumnos de cuarto grado con C.I. de más de 125 terminaron la secundaria?”. Pero si hablamos en términos intencionales de las palabras “democracia” y “fracasar”, lo más probable es que la discusión cobre tonos molestos. En muchos contextos en que se planteó la discusión, resultó carente de sentido.

2. ¿Escribió Lincoln la Alocución de Gettysburg?

3. Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
qué delito cometí
contra vosotros, naciendo.

—CALDERÓN DE LA BARCA, *La Vida es Sueño*

4. ¿Fue Eisenhower mejor general que Napoleón?
5. ¿Gana más dinero Shirley MacLaine que Kim Novak?
6. ¿Deben trabajar las mujeres después de casarse?
7. ¿Por qué tuvo que ocurrirme esto?
8. ¿Son los negros más inteligentes que los blancos?
9. ¿Dónde se meten las moscas en invierno?
10. ¿Soy yo la primera muchacha que besas?
11. ¿Me son favorables las configuraciones estelares para iniciar un viaje el 29 de marzo, habiendo nacido el 6 de noviembre?
12. ¿Se expande el universo?

13. QUERIDA DOROTHY DIX: ¿Cómo puede saber una mujer si la quiere su marido? Llevo casada diez años y mi marido y yo discutimos a todas horas. Me pega y me llena de improperios, y luego viene a decirme que me ama, y se arrepiente de todo entre lágrimas. Quisiera dejarlo y volver con mi familia, pero no me deja. Dice que no puede vivir separado de mí. Por favor, aconséjeme qué debo hacer. ¿Cree usted que me quiere de verdad?

—UNA ESPOSA DESVENTURADA, *Surt-Times*, de Chicago

14. ¿Qué pasa a la juventud de hoy?
15. ¿Es usted honrado?

V

Tome nota de alguna discusión que haya presenciado usted en las últimas veinticuatro horas, siguiendo estas preguntas:

- ¿De qué se discute?
- ¿Es una cuestión sin sentido? ¿O podría solucionarse analizando los hechos discutidos?
- ¿Se pusieron de acuerdo los discutidores? ¿Totalmente? Si no llegaron a un acuerdo, ¿se le ocurre algo que pudiera haber contribuido a la conciliación de sus puntos de vista?

VI

En cualquier buen diccionario se definen las palabras en función de sus áreas de significado, y la mayor parte de las palabras tienen áreas de significado distintas. Trate de buscar áreas distintas de significado en las siguientes palabras:

marco abierto orden
golpe rojo consejo
corte punto interés

EJEMPLO: *corte*.

El leñador hizo un corte en el tronco.

El corte superior del libro está por pulir.

La Suprema Corte dictó su fallo.

El orador es elocuente; no creo que se corte.

Es un traje de buen corte.

Son cortesanos, nobles de la corte real.

Corte usted por donde quiera.

VII

Siéntese en una silla y diga “mi silla”, apuntando a ella. Trasládese a otra silla, y repita las mismas palabras, apuntando a ella igualmente. ¿Es igual todavía el significado extensional de las palabras? ¿Sigue siendo el mismo su significado intencional?

Escriba en una hoja de papel su nombre media docena de veces. Ante usted tiene seis ejemplos del significado extensional de las palabras “mi firma”. Compárelos con cuidado. ¿Hay algún grupo de dos que sean exactamente iguales? ¿Son iguales sus significados extensionales? ¿Serían lo mismo si estuviesen impresas las firmas?

Saque de su funda de papel un pedazo de goma de mascar y examínelo con cuidado. Mastíquelo un poco y examínelo de nuevo. ¿Ha cambiado el significado intencional de “esta goma de mascar”? ¿Y su significado extensional?

VIII

A continuación van unas cuantas frases sencillas, cuyos contextos colocamos debajo de cada una, entre corchetes y cursiva. Antes de leer el contexto, escriba su reacción inmediata a la frase. Por ejemplo:

FRASE: *Ni siquiera sabe cuántos son uno y uno.*

REACCIÓN: ¡Se necesita ser tonto!

1. No se ha lavado en un mes.

[Durante la segunda Guerra Mundial, las tropas que peleaban en el desierto tenían que conservar y almacenar el agua para beber y para los vehículos]

2. Me mira sin expresión cuando le hablo.

[De lo cual deduzco que sigue todavía inconsciente por el golpe recibido]

3. Cómo no, hijo; te compraré un flamante coche deportivo por Navidad.

[Sí, y además, compraré a tu hermana dos abrigos de mink, a tu madre un castillo en Francia y a tu abuela una de las pirámides de Egipto]

5. EL LENGUAJE DE LA COMUNICACIÓN SOCIAL

*¿Qué es poesía?, dices mientras clavas en mi pupila tu pupila azul...
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
¡Poesía eres tú!*

—GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *Rimas*

¿El objeto principal de las palabras, en la Comunicación Fática [“tipo de lenguaje en que se crean vínculos de unión con el mero intercambio de palabras”], es significar lo que es simbólicamente suyo? Nada de eso. Cumplen una función social, y éste es su objeto fundamental, pero ni son producto de la reflexión intelectual ni provocan necesariamente alguna reflexión en el que escucha.

—BRONISLAW MALINOWSKI

Los sonidos como expresión

Lo que complica, más que nada, los problemas de la interpretación, es que las funciones informativas del lenguaje están íntimamente vinculadas a otras más antiguas y profundas, de tal manera que sólo una pequeña proporción de nuestras expresiones corrientes pueden considerarse exclusivamente informativas. Tenemos motivos sobrados para creer que la capacidad informativa de nuestro lenguaje se desarrolló relativamente tarde en el proceso de la evolución lingüística. Mucho antes del estado actual de nuestro lenguaje, probablemente nos limitábamos, como los animales irracionales, a emitir gritos diversos, que expresaban nuestros estados internos de hambre, miedo, soledad, deseo sexual y triunfo. Nuestros animales domésticos siguen emitiendo estos ruidos. Poco a poco fueron diferenciándose más y más, según parece; la conciencia aumentó. Los gruñidos y los gemidos se convirtieron en lenguaje. Por tanto, aunque ahora podemos transmitir informes por medio de él, casi universalmente tendemos a expresar ante todo nuestros estados internos, y luego a decir algo, si hace falta: “¡Ay! (expresión). Me duelen las muelas (informe)”. Como hemos visto al hablar de “palabras-gruñidos” y “palabras-arrullos”, muchas expresiones nuestras son equivalentes vocales de gestos, como enseñar los dientes de cólera, gritar cuando nos duele algo, hacer mimos cariñosos, bailar de

alegría, etc. En estos casos, el lenguaje se emplea de manera *presimbólica*. Estos usos presimbólicos del lenguaje coexisten con los simbólicos, de forma que nuestra conversación corriente es simbólica y presimbólica a la vez.

En realidad, los factores presimbólicos de nuestro lenguaje corriente abundan en las expresiones de profundo sentimiento. Cuando viene un coche por la curva que estamos tomando, lo mismo da que alguien grite: “¡Cuidado!” o “Kiwotsuke!” o “Hey!” o “Prends garde!”, o bien que se limite a vocear, para llamarnos la atención. El temor que va en el grito y en su tono, es el que provoca las sensaciones necesarias, no las palabras. Igualmente, las órdenes dadas en tono brusco e iracundo suelen producir resultados más rápidos que si se dan en tono más mesurado. Es decir, la cualidad misma de la voz puede expresar sentimiento, independientemente de los símbolos que se empleen. Podemos decir: “Esperamos volverlo a ver”, en una entonación que indica claramente nuestro deseo de que no vuelva el visitante. O también, cuando la joven con quien paseamos exclama: “¡Qué hermosa está la Luna esta noche!”, distinguimos por su tono si hace una observación meteorológica o desea que la besemos.

Los nenes entienden desde muy pequeños, y antes de distinguir el valor de las palabras, el amor, el mimo o la irritación que hay en la voz de su madre. La mayor parte de los niños conservan esta sensibilidad a los elementos presimbólicos del lenguaje, y hasta algunos adultos, a quienes se atribuye “intuición” o “delicadeza extraordinaria”. Su talento consiste en que saben interpretar los tonos de voz, los gestos, expresiones y otros síntomas del estado interno del que habla: no sólo escuchan lo que se dice, sino cómo se dice. En cambio, quienes han dedicado la mayor parte de su vida a estudiar los símbolos escritos (científicos, intelectuales, investigadores) tienden a ser relativamente insensibles a cuanto no sea sentido exterior de las palabras. Una mujer de este tipo, tendrá que decir con todas las palabras a su novio que la bese, si tal es su deseo.

Sonidos sin contenido

A veces, hablamos sólo para oírnos, como podríamos jugar al golf o bailar. La actividad nos proporciona la grata sensación de estar vivos. Los pequeños que balbucean, lo mismo que los adultos que cantan mientras se afeitan, están recreándose en el eco de su voz. Otras veces, son grupos quienes emiten sonidos colectivos, cantando, recitando, tarareando, por los mismos motivos presimbólicos.

En estos casos, nada importa el significado de las palabras. Podemos expresar, por ejemplo, con las palabras más lúgubres nuestra tristeza por un amor perdido, cuando en realidad no hemos estado jamás enamorados.

Lo que llamamos conversación social tiene también carácter presimbólico en gran parte. En un té o en una cena, hablamos de cuanto hay: del tiempo, de la última película de Natalie Wood, de la moda próxima o de la última novela de Menganito. Rara vez, como no sea entre amigos íntimos, estas conversaciones tienen valor informativo. Sin embargo, es de poca educación no hablar. Y hasta constituye un error social no saludar o despedirse con frases como “buenos días”, “mucho gusto en haberlo conocido”, “¿qué tal está su familia?”, “ha sido una fiesta deliciosa”... etc. En numerosas situaciones de cada día hablamos simplemente porque sería descortesía no hacerlo. En cada grupo social hay su estilo peculiar y arte de conversación, o sus bromitas y chacotas^[1]. Por eso, puede afirmarse en general que ya es de por sí función importante del lenguaje evitar los silencios, y que es completamente imposible en nuestra sociedad hablar sólo cuando hay algo que decir.

Esta charla presimbólica por charlar es una forma de actividad parecida a los gritos de los animales. Sin hablar de nada en concreto, trabamos amistades. El objeto de hablar no es llevar una noticia, como parecen indicar los símbolos empleados (“¡Qué día más bonito!”), sino establecer comunicación con los demás. Hay muchas formas de establecerla entre los seres humanos: comer juntos, jugar juntos, trabajar juntos. Pero la *más* fácil de todas es hablar. Por eso, el factor más importante del trato social es la conversación; sobre qué versa tiene un valor secundario.

Así, pues, la selección del tema obedece a ciertos motivos. Como el objeto es establecer comunicación, procuramos hablar de algo en que estemos de acuerdo de momento. Obsérvese, por ejemplo, lo que ocurre cuando dos desconocidos sienten la necesidad o el deseo de hablar:

—Hermoso día, ¿verdad?

—Ya lo creo. (Hay acuerdo en este punto. Se puede seguir hablando).

—En general, ha sido un verano delicioso.

—Sin duda. También hemos tenido una bonita primavera. (De acuerdo en dos puntos, el interpelado busca la coincidencia en otro más).

—Sí, fue una bonita primavera.

Por tanto, aquí ya no hay sólo comunicación en el hablar, sino en las opiniones expresadas. Tras el acuerdo sobre el tiempo, se puede tratar de coincidir en otros puntos: “Qué bello paisaje”, “qué manera tan escandalosa de subir los precios”, “la ciudad es interesante cuando se está de visita, pero se vive mucho mejor aquí, en el campo”, etc... A cada nueva coincidencia, por tonta que parezca, va rompiéndose el hielo y aumentando la posibilidad de trabar amistad. Esta surge cuando, en el decurso de la conversación, nos enteramos de que tenemos amigos, ideas políticas, gustos

artísticos o aficiones comunes. Comienza la comunicación y cooperación auténtica.

He aquí un ejemplo de intercambio conversacional entre gente joven:

ÉL: ¿Querría bailar conmigo?

ELLA: Con mucho gusto.

ÉL: Me llamo Carlos.

ELLA: Yo, Juanita. Bonita fiesta, ¿verdad?

ÉL: Ya lo creo; una de las mejores a que he asistido desde que estoy en la universidad.

ELLA: ¡Oh!, ¿es usted alumno de esta universidad?

ÉL: Sí. ¿Y usted?

ELLA: No... bueno, pero vine con un universitario. ¿Cuántos años lleva usted aquí?

ÉL: Dos. ¿Quieres un refresco?

ELLA: Bueno.

ÉL: Espérame un momento, vuelvo en seguida.

Valor de los comentarios sin originalidad

Un incidente de la experiencia de quien esto escribe muestra lo necesario que es a veces dar a la gente oportunidad de expresar su coincidencia. En los primeros meses de 1942, pocas semanas después de haber empezado la guerra, y cuando todavía corrían muchos rumores sobre los espías japoneses, tuve que esperar dos o tres horas en una estación ferroviaria de Oshkosh, Wisconsin, localidad donde no me conocía nadie. Pasaron los minutos y caí en la cuenta de que la gente me miraba con recelo e intranquilidad. Había sobre todo un matrimonio con un niño pequeño, que me observaban con particular sospecha y cuchicheaban por lo bajo. Aproveché la primera ocasión que se me presentó para decir al marido lo lamentable que era el retraso del tren a aquellas horas altas de la noche y con tanto frío. Él me dio la razón. Entonces yo seguí diciendo que tenía que ser particularmente molesto viajar en invierno con una criatura, y más siendo tan inseguro el horario de los trenes. A lo cual asintió también. Le pregunté qué edad tenía el nene y le dije, que parecía muy fuerte y grande, para sus meses. Nuevo asentimiento, esta vez acompañado de una leve sonrisa. La tensión iba suavizándose.

Tras otros dos o tres comentarios por mi parte, me preguntó:

—No quisiera que se molestara usted, pero es japonés, ¿verdad? ¿Cree usted que los japoneses tienen probabilidades de ganar la guerra?

—Pues verá —respondí—; no tengo motivo especial para opinar. Sólo sé lo que leo en los periódicos. (Y era verdad). Pero, tal como, veo las cosas, no creo que los japoneses, con su penuria de carbón, acero y gasolina, y con su limitada capacidad industrial, puedan derrotar a una nación tan poderosamente industrializada como los Estados Unidos.

Reconozco que mi observación ni era original ni obedecía a una buena información. Centenares de locutores de radio y editorialistas venían diciendo exactamente lo mismo durante varias semanas. Pero, precisamente por eso, mi comentario sonaba a algo familiar y puesto en razón, por lo cual era fácil coincidir con él, cosa que hizo el hombre, visiblemente como si se le quitase un peso de encima. Hasta qué punto se había derretido el hielo de la sospecha fue algo que indicó su pregunta siguiente:

—Bueno, supongo que su familia no estará por allá mientras dura la guerra, ¿eh?

—Pues sí, allí están... mi padre, mi madre y dos hermanitas.

—¿Tiene usted noticias de ellos?

—¿Cómo me pueden llegar?

—¿Quiere usted decir que ni va a poderlos ver ni a saber de ellos hasta que termine la guerra?

Tanto él como su esposa parecieron entonces positivamente preocupados e interesados por mí.

La conversación continuó, pero con sólo aquellos diez minutos ya habían invitado al autor de estas líneas a visitarlos en su ciudad y a cenar con ellos en su casa. Y las demás personas que estaban en la estación, al verlo en conversación animada con gente que no parecía sospechosa, dejaron de mirarlo y volvieron a sus periódicos y a clavar los ojos aburridos en el techo^[2].

Manteniendo líneas de comunicación

Estos usos presimbólicos del lenguaje no sólo establecen nuevas líneas de comunicación, sino que mantienen las antiguas. Los viejos amigos gustan de charlar aunque no tengan nada especial que decirse. Las operadoras telefónicas de larga distancia, los técnicos de radio de los barcos y los encargados de las comunicaciones

militares en el frente charlan de cualquier cosa aunque no haya mensajes oficiales que transmitir. Lo mismo pasa con los vecinos de una casa o un barrio o los compañeros de una oficina. El objeto es, en parte, matar el aburrimiento, pero también mantener abiertas las líneas de comunicación, lo cual es más importante.

He aquí una situación corriente entre marido y mujer:

ELLA: Mario, ¿por qué no me hablas?

ÉL: (interrumpiendo la lectura de Schopenhauer o de la revista de carreras):
¿Cómo decías?

ELLA: Que por qué no me hablas.

ÉL: Pero si no hay nada de qué hablar...

ELLA: Es que no me quieres.

ÉL: (dejando el libro y la revista, y un poco molesto): Vaya, no digas tonterías. Tú sabes que te quiero. (Picado de pronto con un súbito deseo de lógica). ¿Estoy entendido con otras mujeres? ¿No te entrego mi paga íntegra? ¿No me parto la cabeza trabajando para ti y para los niños?

ELLA (convencida lógicamente, pero no satisfecha del todo): Sin embargo, yo quisiera que me hablaras de algo.

ÉL: ¿Por qué?

ELLA: Pues, porque...

Claro está que el marido tiene razón por su parte. Con hechos está demostrando extensionalmente que la quiere. Los hechos son más elocuentes que las palabras. Pero también ella tiene razón por otros motivos. ¿Cómo saber que están abiertas las líneas de comunicación si no se ejercitan? Cuando un ingeniero de sonido dice por el micrófono: “Uno... dos... tres... cuatro... probando... ”, no dice gran cosa, pero es muy importante que cuente.

El lenguaje presimbólico ceremonial

Los sermones, las reuniones políticas, las convenciones y otras asambleas de tipo ceremonial, demuestran que todos los grupos —religiosos, políticos, patrióticos, científicos y profesionales— gustan de reunirse alguna vez para cambiar impresiones, ponerse indumentarias especiales (los uniformes de organizaciones religiosas,

insignias masónicas, condecoraciones de sociedades patrióticas, etc.), celebrar banquetes, sacar de las vitrinas las banderas, gallardetes o emblemas del grupo y desfilar solemnemente. Parte de estas actividades rituales es siempre una serie de discursos, de tipo general o particularmente pergeñados para la ocasión, cuya función principal no es comunicar alguna nueva al auditorio ni provocar en él nuevos sentimientos, sino algo totalmente distinto.

En el Capítulo 7, “El lenguaje del control social”, analizaremos detenidamente qué es “este algo”. Pero ahora podemos estudiar un aspecto del lenguaje de esas alocuciones rituales. Veamos lo que ocurre, más o menos, antes de un partido de fútbol entre dos equipos universitarios rivales. Cada uno de ellos es presentado a sus partidarios, quienes ya los conocen de sobra. Se invita a algún jugador a que “diga algo”. El farfulla unas cuantas frases incoherentes, muchas veces sin gramática, que son recibidas con frenéticos aplausos. Los directivos hacen entonces promesas fantásticas de convertir en picadillo a los adversarios. La turba de fanáticos prorrumpe en vítores, que casi nunca son más que berridos animales, emitidos en ritmos extraordinariamente primitivos. Nadie se ha enterado de nada nuevo.

Las ceremonias religiosas son hasta cierto punto igualmente desconcertantes a primera vista. El ministro o sacerdote pronuncia su alocución, generalmente en un estilo no comprensible para la congregación (en hebreo, si se trata de sinagogas judías ortodoxas; en sánscrito, si la solemnidad se celebra en templos chinos o japoneses), con lo cual casi nunca llega al auditorio idea o información nueva alguna.

Considerando estos hechos lingüísticos desde un ángulo imparcial, y estudiando nuestras propias reacciones cuando nos dejamos llevar por el espíritu de estas celebraciones, es indudable que, sea cual fuere el significado de las palabras utilizadas en ellas, pocas veces pensamos en su contenido durante la solemnidad ritual. Casi todos hemos repetido, por ejemplo, el Padre Nuestro o las estrofas del himno nacional sin parar mientes en lo que decimos. De niños, se nos meten en la cabeza estas palabras sin entender lo que significan, y seguimos repitiéndolas rutinariamente toda la vida, sin pensar en su sentido. Sólo el hombre superficial se limitará a decir que esto no es sino una prueba más de lo atolondrados que somos los seres humanos. Pero no podemos considerar sin sentido esas palabras, porque ejercen un efecto positivo sobre nosotros. Salimos de la iglesia sin acordarnos quizá del tema del sermón, pero con la sensación imponderable de que el servicio religioso “nos ha hecho bien”.

¿Cuál es ese “bien”? La reafirmación de la cohesión social: el cristiano se siente más prójimo de sus prójimos, y el norteamericano y el francés salen más norteamericanos y más franceses de la función o reunión. Las sociedades se coadunan y aprietan más con estas reacciones comunes a los estímulos lingüísticos.

Por eso, los textos rituales, ya estén expresados en palabras de significado simbólico corriente, ya en idiomas extranjeros o antiguos, o en antífonas ininteligibles, utilizan en gran parte un lenguaje presimbólico; es decir: de conjuntos

rutinarios de sonidos sin particular carácter informativo, pero sí emocional (frecuentemente cargados de emocionalismo de grupo). Rara vez dicen nada gramaticalmente a los miembros de la congregación. El galimatías de una tenida masónica puede parecer absurdo a quien no esté iniciado. Es decir: cuando el lenguaje se hace ritual, su efecto se independiza considerablemente del significado gramatical de las palabras.

Un consejo a los apegados a la letra

Las funciones presimbólicas del lenguaje tienen la característica de que su eficacia no depende del empleo de palabras: pueden desarrollarse sin hablar en absoluto. Así, por ejemplo, los ladridos o gañidos colectivos pueden crear un sentimiento de grupo entre los animales, y los vítores de la multitud entre los seres humanos, o bien los cantos a coro y otros ruidos en masa. La amistad o el afecto pueden representarse por sonrisas y gestos, sin necesidad de dar los buenos días; y los animales lo expresan oliéndose o acariciando hocico con hocico. El ceño, la risa, los brincos, la sonrisa, pueden encerrar muchas expresiones, sin apelar al empleo de palabras. Pero éste es el más corriente entre los seres humanos, y así, por ejemplo, exteriorizamos nuestra ira con una andanada verbal, sin necesidad de derribar a uno de un puñetazo. En lugar de formar grupos sociales, apretujándonos como gozquecillos, escribimos constituciones y cláusulas o inventamos rituales para expresar verbalmente nuestra cohesión.

Entender los elementos presimbólicos del lenguaje cotidiano es extraordinariamente importante. Nuestra conversación no puede ceñirse a dar o pedir información, no podemos limitarnos a declaraciones propiamente dichas, porque entonces no podríamos siquiera decir “mucho gusto en conocerlo” cuando llegase el caso. Los Aristarcos intelectuales quieren que sólo hablemos cuando tenemos algo que decir y que nos ciñamos a eso. Pero, naturalmente, esto es imposible.

La ignorancia de los usos presimbólicos del lenguaje no es tan común entre los hombres incultos (quienes perciben muchas veces estas cosas intuitivamente) como entre los cultos. Estos, después de escuchar las conversaciones que se desarrollan en los tés y en las recepciones, llegan a la conclusión de que todos (menos ellos) son un hatajo de imbéciles, a juzgar por lo trivial de los temas. Al enterarse de que la gente sale de la función religiosa sin recordar bien el sermón que escucharon, toman a todos los devotos por hipócritas o tontos. Cuando escuchan una soflama política, quizá se extrañen de que haya quien crea “tanta superchería”, por lo cual se hacen a la idea de

que la democracia es una utopía, puesto que la gente tiene tan poca cabeza. Casi ninguna de estas pesimistas conclusiones es justificable por esos motivos, porque se han aplicado las normas del lenguaje simbólico a hechos lingüísticos que, parcial o totalmente, son de carácter presimbólico.

Con otro ejemplo se entenderá esto mejor. Supongamos que estamos al lado de la carretera, afanados en cambiar un neumático reventado. Un fulano de tosca apariencia se acerca y nos pregunta en tono amistoso e inocente: “¿Se les ha bajado una llanta?”. Si tomamos las palabras al pie de la letra, veremos que ha sido una necesidad, y nos vienen ganas de contestarle: “Pero ¿no ve usted, zoquete, lo que pasa?”. Pero si en lugar de atender a la letra de las palabras nos fijamos en su intención, responderemos a su tono amistoso con una observación de buen humor, y quizá hasta nos ayude el hombre a cambiar la rueda^[3]. Así hay muchas situaciones en la vida, en que no debemos prestar atención a las palabras, porque su intención es muchas veces más inteligente e inteligible que ellas. Nuestro pesimismo sobre el mundo, la humanidad, la democracia, etc., se debe quizá en gran parte a que inconscientemente aplicamos las normas del lenguaje simbólico a expresiones presimbólicas.

APLICACIONES

I

Pruebe este juego con sus amigos. En una reunión o fiesta social, proponga que durante un rato no se pronuncie más que esta palabra absurda e inexistente: “Urglu”. Puede pronunciarse en cuantos tonos y tesituras sean necesarios para expresar distintas situaciones. Pero, eso sí, no se permitirá en absoluto, so pena de una multa, emplear el lenguaje ordinario. Observe todo lo que puede expresarse con sólo este voquible, acompañado de cuantos gestos, muecas o expresiones faciales hagan falta.

(Y a propósito: ¿a qué se debe que cualquiera de estos juegos sociales resulte tan insípido y tonto al ser descrito, aunque sea divertido en acción?)

II

En la reunión siguiente de su club o de su comité, tome nota de: las veces en que se utilice el lenguaje presimbólico. ¿En qué momentos de la reunión parece ser útil al grupo? ¿Hay otras ocasiones en que estorbe la discusión?

O bien, observe cómo se conduce el presidente de un banquete, el animador de una merienda al aire libre o el “maestro de ceremonias” de un club nocturno. No sea demasiado “objetivo” en la práctica de este ejercicio, no se sienta como una estatua o como un etnólogo de una civilización distinta, que se pone a tomar notas sobre las costumbres nativas. Entre más bien en el espíritu de la fiesta, observe sus reacciones personales y las de los demás a las expresiones sin sentido que caracterizan estas reuniones; Al día siguiente podrá adoptar una actitud objetiva y distante, al escribir sus observaciones, las peroratas, las reacciones del público y las suyas propias.

III

Fíjese un día en la cantidad de veces que los miembros de una reunión hacen comentarios sobre el tiempo al llegar a ella. ¿A qué se deberá que el tiempo es un tópico tan manido y tan fácil para entablar conversación? Claro que a las mujeres les gusta más empezar a charlar con algún elogio al aspecto o vestido de la recién llegada: “¡Qué sombrero tan bonito!”. “¿Dónde compraste esa preciosidad de vestido?”. Se pregunta: ¿Tendrán los hombres temas peculiares de su preferencia para trabar conversación con otros hombres?

Tengo para mí que los niños no suelen desarrollar lenguaje alguno presimbólico para iniciar su trato con los demás. Observe con particular atención cómo entran en

conversación un niño y un adulto que no se conocen.

¿Qué significa en realidad “cómo está usted”? Sería de ver la sorpresa de quien se lo pregunta por la mañana, si usted le contestase: “pues tengo una temperatura de 36.7°”. ¿Está en realidad tan encantado como dice, el francés que empieza su conversación con la exclamación de “*Enchanté*”? Reflexione un poco sobre la fórmula cortés y caballeresca española de “beso a usted los pies”, o “... que besa sus pies”, al terminar una carta, y el sufijo japonés “—*kun*” con que un japonés llama a otro (“Hayakawa-kun, Yamada-kun”), que antiguamente significó “príncipe”.

IV

Advierta las diferencias de las expresiones presimbólicas características de las distintas clases sociales, grupos étnicos y países. El lector que conozca más de una clase social o más de una nación puede establecer comparaciones y contrastes en cuanto a esto entre ellos. El autor de estas líneas estima que hay acusadas diferencias de estilo y expresiones presimbólicas entre la cultura general de la clase media norteamericana y las de los grupos de inmigrantes que conservan sus costumbres del mundo antiguo: Los labradores escandinavos del “Medio Oeste”, los holandeses de Pensilvania, los judíos neoyorquinos del distrito de las modas y vestidos, los italianos, los poloneses, los alemanes del noroeste de Chicago, etc. También hay diferencias de clase y ocupación: costumbres sociales entre la gente de teatro, camioneros, clubes de mujeres, artistas y escritores de los barrios bohemios urbanos y los oficiales navales. Hay un estilo particularmente gracioso y ceremonioso en las reuniones de los negros norteamericanos de la clase media inferior.

Describa las diferencias presimbólicas entre dos o más grupos sociales, en un ensayo de 1000 a 1500 palabras.

V

En los Estados Unidos se publican muchos libros sobre cómo “perfeccionar” el silencio. Así, en los libros de educación social, se aconseja a las jóvenes a hacer preguntas banales a sus parejas para que hablen. Hay cursos completos de “conversación” y exposiciones sobre el “poder de las palabras” para los adultos:

LECCIÓN NÚM. 2. Forma de trabar conversación. ¿No sabe qué decir cuando se encuentra con gente desconocida? El tema de esta lección es cómo sentirse a gusto con cualquiera y en cualquier parte: establecer conversación en un grupo heterogéneo...

—Anuncio de estudio de conversación

Hay también libros interesantísimos, como los de Norman Vincent Peale y el rabino Joshua Liebman, que enseñan a abrirse camino en la vida con la palabra. Como todos saben, el libro más famoso de este tipo es *How to Win Friends and Influence People*, en que Dale Carnegie recomienda: “Arranque un ‘sí, sí’ a la otra persona inmediatamente”.

Geoffrey Wagner, profesor del City College de Nueva York, hombre educado en Inglaterra, observa que los ingleses no tienen tanto interés en evitar el silencio como los norteamericanos. “Un tío mío —escribe— estuvo yendo a Nueva York veinte años con el mismo grupo de individuos, en el mismo carruaje, y jamás se hablaron. Visite un club del West End. Entre en los ascensores de Londres. Los ingleses generalmente no tienen ganas de hablar”.

Recomendamos al lector que reflexione sobre sus experiencias personales respecto a costumbres, conversación y etiqueta de su grupo social, que examine cuidadosamente cosas que para él son naturales y que escriba un ensayo de 1000 palabras describiendo el ceremonial de la bienvenida que se dispensa a los que acaban de llegar de un país distante; por ejemplo: en Hispanoamérica.

6. DOBLE MISIÓN DEL LENGUAJE

Han pasado decenas de milenios desde que nos cortamos la cola, pero seguimos hablando gracias a un medio que arbitraron los aborígenes para satisfacer sus necesidades... Quizá nos sonriamos de las ilusiones lingüísticas del hombre primitivo; pero ¿podremos olvidar que la maquinaria verbal de la cual hacemos tanto uso, y con la cual nuestros metafísicos siguen todavía sondeando la naturaleza de la existencia, fue creada por él, y acaso sean responsables de otras fantasmagorías no menos absurdas ni más fácilmente desarraigables?

—C. K. OGDEN Y I. A. RICHARDS

Las connotaciones

Como hemos visto, el lenguaje informativo es de índole instrumental en cuanto que contribuye a hacer algo; pero también hemos visto que se emplea además para expresar directamente los sentimientos del que habla. Estudiando el lenguaje desde el punto de vista de quien escucha, podemos decir que el informativo nos transmite algo, pero que el expresivo (los juicios y las que hemos llamado funciones presimbólicas) nos *afecta*; es decir: afecta a nuestros sentimientos. Cuando el lenguaje es afectivo tiene algo de fuerza^[1]. Un insulto, por ejemplo, provoca otro en contestación, lo mismo que una bofetada provoca otra; una orden en voz alta y el tono autoritario empuja, como si en efecto fuese un empujón; hablando y gritando se gasta energía, como golpeándose el pecho.

Y el primer elemento afectivo del habla es, como hemos visto, el tono de voz, su reciedumbre o suavidad, su agrado o desagrado, sus cambios de volumen y entonación mientras se emiten las palabras.

Otro elemento afectivo del lenguaje es el *ritmo*. Entendemos por ritmo el efecto producido por la repetición de los estímulos acústicos (o anestésicos) a intervalos más o menos regulares. Desde el bumbum de un tamboril de niño hasta las sutiles armonías de la poesía y de la música, hay un desarrollo y refinamiento ininterrumpido de la reactividad humana al ritmo y a la cadencia. Producirlos es atraerse la atención y el interés; tan afectivo es el ritmo, que se apodera de nuestra atención aunque no queremos distraernos. El *ritmo* y la *aliteración* son, como se sabe, modos de acrecentar la cadencia del lenguaje, repitiendo sonidos parecidos a

intervalos regulares. Los pasquines políticos y los anuncios buscan, por eso, ritmos y aliteraciones especiales: “Mejor mejora Mejoral”, “Bueno, Bonito y Barato, recuerde las tres BBB”, “Máscaras, más caro el pan, más caro lo mascarán”, “Si no prueba, no aprueba”... Muchas de estas frases son absurdas desde el punto de vista informativo, pero se meten en la cabeza a base de su ritmo, y es difícil quitárselas de encima.

Además de la voz y el ritmo, otro factor afectivo del lenguaje, extraordinariamente importante, es el aura de sentimientos agradables o desagradables que rodea a casi todas las palabras. Recuérdese la distinción que hicimos en el Capítulo 4 entre denotaciones (o significado extensional) de las cosas, y connotaciones (o significado intencional), que constan de ideas, nociones, conceptos y sentimientos sugeridos en la mente. Estas connotaciones pueden ser *informativas* y *afectivas*.

Connotaciones informativas

Las connotaciones informativas de una palabra son los significados impersonales que socialmente se le han adjudicado, en tanto puedan explicarse con otras palabras. Por ejemplo: podemos hablar de un “cerdo”, pero no podemos expresar el significado extensional de este vocablo si no hay un cerdo real que indicar. Pero podemos dar sus connotaciones informativas: “Cerdo es un cuadrúpedo mamífero doméstico, como los que crían en los ranchos para sacar de él jamón, tocino, manteca...”

Las connotaciones informativas pueden ser la definición de una palabra (“el cerdo es un mamífero doméstico...”) y su denotación (este, ese o aquel cerdo). Pero hay palabras con definición y sin denotación: así ocurre con “sirena”, que se define: “una criatura mitad mujer y mitad pez”, pero que no tiene denotación, porque no hay sirenas extensionales. Lo mismo cabe decir de los términos matemáticos, que tienen “existencia lógica” sin referencia extensional y connotaciones informativas, pero no denotación.

Quizá se crea que las denotaciones presentan pocos problemas de interpretación, porque aquí tratamos de palabras destacadas de los sentimientos personales que puedan producir. Pero no es así, porque la misma palabra puede denotar cosas distintas para individuos de ocupaciones diferentes o en distintas partes del mundo que hablan el mismo idioma. Ejemplo interesante de la confusión en las denotaciones son los nombres de las aves y demás animales y plantas. La víbora es un animal sumamente venenoso; sin embargo, en muchas partes suele llamarse víbora a

cualquier culebra o reptil inofensivo. Entre distintos idiomas, las palabras procedentes del mismo origen pueden tener significados totalmente distintos: el gato es un animal doméstico, pequeño y normalmente de hábitos apacibles; pero “cat” en inglés puede denotar un felino tan peligroso, voluminoso y fiero como el tigre o la pantera. Y ambas palabras proceden del latín *cattus*. Puede formarse una lista larguísima de palabras inglesas mal interpretadas del latín, que tienen acepciones equívocas y pueden desorientar al traductor o al lector de habla castellana: “actual”, “apparently”, “versatile”, “temperamental”, etc., están en este caso.

A estas diferencias de la terminología popular y regional se debe, entre otros motivos, que se establezca una nomenclatura científica para plantas y animales, que es aceptada y empleada en toda la comunidad internacional de las ciencias.

Connotaciones afectivas

En cambio, las connotaciones afectivas de las palabras son el conjunto de sentimientos personales que provocan, como la palabra “cerdo”: “¡Uf!, qué animales tan inmundos y apestosos”, etc. Aunque no todos estén de acuerdo con las mismas reacciones —hay gente a quien gustan los cerdos—, la existencia de estos sentimientos nos permite emplear las palabras, en determinadas circunstancias, sólo por sus connotaciones afectivas, sin dar importancia a las informativas. Es decir: cuando estamos considerablemente emocionados, expresamos nuestros sentimientos por medio de connotaciones afectivas nada más. Así, en un momento de ira, llamamos a la gente “zorras”, “mulas”, “ratas”, o bien, “angelito”, “bomboncito”, “mi sol”, etc. En todas las expresiones verbales de sentimientos hay más o menos connotaciones afectivas.

Todas las palabras tienen carácter afectivo, según como se empleen, y algunas tienen menos valor informativo que afectivo; por ejemplo: podemos decir: “ese hombre”, “ese caballero”, “ese sujeto”, “ese individuo”, “ese pajarraco” o “ese bribón”, refiriéndonos a la misma persona, pero con diversas intenciones y sentimientos. Se llama a algunos restaurantes u hoteles, “mesón”, “hostería”, u “Hostal del Rey Noble”, para darles cierto regosto de antigüedad. Lo mismo ocurre con los nombres de las calles y de los jardines: “Calle del Hombre de Palo” (Toledo), “Paseo de los Enamorados” (Coimbra) o de los “Filósofos” (México). Los productores de perfumes buscan frenéticamente el romanticismo, en esencias como “Mon Désir”, “Ramillete de Novia”, “Flor de Blasón”, etc. Obsérvense las

diferencias entre las siguientes expresiones:

Tengo el honor de informar a Su Excelencia...

Quisiera advertirle que...

Debo hacerle notar, señor...

Le digo que...

Para que se le meta en la cabeza, tenga presente que...

He aquí dos columnas paralelas en que se dice extensionalmente lo mismo, pero con distintas connotaciones afectivas:

Sabrosísimo filete de primera.

Carne de vaca superior.

El Poli aplasta al Universidad.

Politécnico 5, Universidad 2.

¡Los ejércitos franceses retroceden precipitadamente!

La retirada estratégica de las fuerzas francesas a posiciones previamente preparadas fue rápida y eficiente.

Se desvive por su marido.

Lo tiene mareado y hartado.

Es una monada de niño.

No hay quien lo aguante.

Durante la guerra de los Bóers, la prensa inglesa los describía como “tramposos y cobardes, que se escondían tras las rocas y arbustos”. Cuando los ingleses aprendieron sus tácticas astutas, decían que “se estaban aprovechando hábilmente de las irregularidades del terreno”.

Algo sobre las palabras tabú

En todos los idiomas parece haber palabras que no pueden mencionarse por sus exageradas connotaciones afectivas, no del gusto de todos. Las primeras que a uno se le ocurren de este tipo en inglés, son las que se refieren a las excreciones y al sexo.

Más o menos, pasa lo mismo en todos los idiomas. De aquí que se busquen eufemismos para los lugares, acciones y chistes sobre estos temas: “lavabos”, “tocadores”, “¿quiere usted lavarse las manos?”, “hacer el amor”, etc. El lector puede hacer la lista a su gusto.

El dinero es otro tema de que no puede hablarse sin ciertas limitaciones: puede aludirse a sumas de dinero, a diez mil dólares, o dos pesos cincuenta centavos; pero se considera de mal gusto inquirir directamente el estado financiero de los demás, aunque es verdaderamente necesario en la vida de los negocios. Cuando los acreedores mandan sus facturas, no suelen mencionar la palabra dinero, aunque ese es el único motivo de su correspondencia. Emplean circunloquios como: “Quisiéramos que repare en su involuntario descuido”, o “le rogamos preste atención a este punto”, o “¿podemos esperar su amable envío?”

En vista de la lamentable y general confusión de los símbolos con las cosas simbolizadas, mucha gente huye de la palabra “muerte” y de cuanto tenga que ver con ella. Prefieren decir “funesto desenlace”, “se nos fue”, o “se extinguió”, de gusto muy discutible en el periodismo, aunque no tan reprochable como la desgraciada frase, tan a la orden del día en muchos periódicos, “dejó de existir”. Para los creyentes, eso es un error filosófico y religioso imperdonable.

Las palabras relativas a anatomía y sexo, aunque sólo vagamente hagan referencia a ello, son tabús en la cultura norteamericana por sus notables connotaciones afectivas. Las damas del siglo pasado, y hoy persiste en muchos medios sociales, no podían pronunciar las palabras “pecho” o “pierna” ni aun refiriéndose a estas partes del pollo, por lo cual inventaron los febles eufemismos de “carne blanca” y “carne negra”. También era de mal tono hablar de “ir a la cama”, y se substituía por “retirarse”. La palabra “toro” se substituye en los medios rurales norteamericanos por derivados de “vaca”; es decir: dando rodeos en torno a esta palabra, como “vaca macho”, y hasta “vaca caballero” (*male cow, gentleman cow, he cow*). D. H. Lawrence fue criticado vehementemente en casi todos los medios por haber empleado (en un contexto sin intención) la palabra “garañón”, en su primera novela, *The White Peacock* (1911). Hubo que cambiar la frase “nuestros corazones están alegres, y nuestros vientres llenos”, por “nuestros corazones están alegres, y nosotros llenos”, en la representación de la obra musical de Rodgers y Hammerstein, *Carousel*, en 1962, ante la familia real inglesa. Como se ve, no son solo los norteamericanos quienes gustan de estas delicadezas.

Estos tabús verbales, aunque a veces divertidos, crean problemas serios, porque estorban la libre discusión de los asuntos sexuales. Los trabajadores sociales con quienes habló de este punto el autor de las presentes líneas, dicen que las jóvenes de las secundarias que contraen enfermedades venéreas, o salen embarazadas antes de casarse, pasando por tremendos problemas de este tipo, casi siempre ignoran los hechos más rudimentarios sobre el sexo y la procreación. Por lo visto, su ignorancia se debe a que ni ellos ni sus padres tienen un vocabulario sobre estas cosas: las

palabras corrientes relativas al sexo les resultan demasiado toscas y repelentes, y el vocabulario técnico y médico les es totalmente desconocido. Por eso, los trabajadores sociales creen que el primer paso que debe darse para ayudar a la gente joven suele ser lingüístico: hay que enseñarles una nomenclatura con que expliquen sus problemas, para poder ayudarlos.

Pero los tabús verbales más fuertes tienen un positivo valor social. Cuando montamos en cólera y se nos va la lengua, la liberación de estas palabras prohibidas nos proporciona una válvula de escape verbal para no tirar los platos al suelo ni hacer cisco los muebles.

No es fácil explicar a qué se debe el que algunas palabras tengan connotaciones afectivas tan fuertes, mientras que otras con las mismas connotaciones informativas carecen de ellas. Algunas de nuestras reticencias o retruécanos verbales, especialmente si tienen carácter religioso, van sancionados con la autoridad de la Biblia: “No tomes en vano el nombre de Yahveh, tu Dios; porque Yahveh no juzgará inocente a quien tome en vano su nombre” (Exodo 20:7). “Rediez”, “estoy como don Diego”, “diantre”, “Pedro Botero”, etc., son retruécanos castellanos para evitar la palabra “Dios”, “diablo”, ‘Satanás’, etc. En inglés hay numerosas e ingenuas interjecciones para evitar la palabra “Jesús”. En todas las culturas, lo mismo en las modernas que en las primitivas, hay cierto respeto a los nombres de los dioses y de los espíritus malignos, que no es bueno mencionar a la ligera.

La confusión primitiva de la palabra con el objeto, del símbolo con lo simbolizado, hace que, en algunas partes del mundo, el nombre de la persona se tome como parte de la misma. Por eso, conocer el nombre de alguien equivale a tener poder sobre él. A eso se debe el que, en algunos pueblos, se ponga a los recién nacidos un “nombre auténtico”, que sólo conocen los padres y nunca se menciona, al mismo tiempo que un apodo o nombre público. Así, el niño no caerá bajo el poder de nadie. El cuento alemán de Rumpelstiltskin es un buen ejemplo de la creencia en el poder de los nombres.

Thomas Mann explica dramáticamente el poder de los nombres, según la antigua creencia judía, en *José y sus Hermanos*:

[José, hablando de un león]. “Pero, si hubiera venido agitando la cola y rugiendo tras su presa, como la voz de serafines cantores, tu hijo no se habría asustado ante su furia... Porque ¿no sabe mi padre que las fieras temen y huyen del hombre, porque Dios le dio el espíritu del entendimiento y le enseñó los órdenes a que pertenecen las cosas? ¿No sabe que Shemmael lanzó un alarido cuando el hombre de la tierra aprendió a poner nombre a la creación como si fuese su dueño y su hacedor...? Y los animales se avergüenzan y meten rabo entre piernas, porque los conocemos y tenemos poder sobre sus nombres, gracias a lo cual podemos acallar el poderoso rugido de cualquiera, llamándolo por su nombre. Pues bien, si hubiera venido con largo paso amenazante, aullando y soltando espumarajos por sus abominables fauces,

el terror no me habría privado del sentido ni me habría hecho palidecer ante su confusión. ‘¿Te llamas Sanguinario?’, le hubiera preguntado, riéndome de él. ‘¿O Asesino Saltarín?’ Pero me sentaría erguido frente a él y le gritaría: ‘¡León! Sí, tú eres el León, por tu naturaleza y por su especie, y tu enigma se descubre ante mí, lo conozco, y pronuncio tu nombre y me río de él, cara a cara.’ Y él se habría puesto a parpadear al oír su nombre, y huiría mansamente ante aquella palabra, sin poder para contestarme. Porque es muy torpe y no sabe nada de instrumentos de escritura”.

Palabras que encierran juicios

Las connotaciones informativas y afectivas a la vez de algunas palabras complican de manera particular las discusiones entre los grupos religiosos, raciales, nacionales y políticos. Para mucha gente, la palabra “comunista” significa al mismo tiempo “uno que cree en el comunismo” (connotaciones informativas) y “uno cuyos ideales y fines son totalmente repugnantes” (connotaciones afectivas). Igualmente, las palabras con que se designan actividades que reprobamos (“ratero”, “timador”, “prostituta”), y las que sirven para denominar a los partidarios de filosofías que no son las nuestras (“ateo”, “hereje”, “materialista”), encierran también muchas veces un hecho y el juicio sobre ese hecho.

En algunas comarcas del sudoeste de los Estados Unidos hay fuertes prejuicios contra los mexicanos, inmigrantes y nacidos en los Estados Unidos. Este prejuicio se manifiesta en que los periódicos y la gente fina han dejado de utilizar la palabra “mexicano” para sustituirla por la expresión “individuo de habla española”. Ha estado utilizándose durante tanto tiempo la palabra “mexicano” con connotaciones despectivas, que muchos individuos de la región mencionada creen que debe eliminarse de toda conversación educada. En algunos sectores sólo se menciona con ella a los mexicanos de clase baja; a los de clase alta se les aplica otra palabra: “politer”.

Hay temas que sólo pueden abordarse a base de rodeos, por no zaherir susceptibilidades; por eso se habla del “mal de Lázaro”, para evitar la palabra “lepra”, y “bebedores empedernidos”, para no llamarlos “borrachines”.

Estas tretas verbales hacen falta para huir de las connotaciones afectivas y de las consecuencias desorientadoras de otras expresiones; no se trata sólo de poner nombres raros a las cosas para engañar a la gente, como creen los ingenuos. Como los nombres antiguos tienen connotaciones intencionadas, imponen determinada

conducta tradicional a las personas a quienes se aplican. Cuando la gente se enteró de lo que tenían que hacer con los “gamberros” o “golfos” o “pillastres juveniles”, se los metió a la cárcel y se les “zurraba la badana”. Pero, en la cárcel, aquellos pillastres mostraron una tendencia positiva a hacerse delincuentes redomados y hampones de verdad. Entonces, la gente reflexionó sobre el problema y decidió emplear una terminología distinta. ¿Cómo calificar a estos jovencitos inquietos y peligrosos? ¿Los llamaremos “tarados” o “personalidades sicopáticas”? ¿O bien, “inadaptados” o “neuróticos”? ¿“Desheredados”, “frustrados”, o “socialmente desplazados”? “¿Aquejados por problemas de identidad?” ¿Hay que “internarlos”, “castigarlos”, “tratarlos”, “educarlos” o “rehabilitarlos”? Gracias al estudio de numerosos términos y expresiones como éstas, se han logrado descubrir y arbitrar nuevos modos de enfocar mejor el problema.

Como hemos observado, el significado de las palabras cambia según quien las pronuncie y según el contexto. “Jap”, “nigger” y “Yankee” son palabras que suelen tener acepción malintencionada e insultante en inglés, algo así como las palabras “indio” o “desgraciado” en algunos países de habla española, particularmente en América Latina. En sí, no tienen significado alguno vejatorio, pero la significación no está en la palabra, sino en la intención. Etimológicamente, “desgraciado” significa “sin gracia”. “Indio” no tiene por qué ser insultante sino en la connotación afectiva que se le dé y el contexto en que se emplee, así como la persona que la pronuncie o a quien vaya dirigida. “Nigger” se toma como un insulto en inglés, y en cambio “negro” es palabra exenta de posibles torcidas interpretaciones.

Debemos observar otro hecho curioso respecto a las palabras empleadas en los enconados debates sobre raza, religión y política. Todos conocemos a alguien que se ufana de “llamar al pan pan y al vino vino” y “cantarle las cuarenta a cualquiera”, o “no tener pelos en la lengua”. En general, esto quiere decir que son capaces de llamar a las cosas, y aun a las personas, con los nombres que tienen connotaciones afectivas más desagradables y más fuertes. El autor de estas líneas nunca se ha explicado esta jactancia de supuesta “franqueza”, cuando en realidad es descarado. A veces es necesario violar los tabús verbales para darse a entender mejor y para pensar más claro; pero llamar “al pan pan y al vino vino” es un hábito que propende a rebajar frecuentemente nuestro pensamiento y nuestro vocabulario, traduciéndose en manifestaciones reprobables de valoración y conducta.

Usos corrientes del lenguaje

Como se ve, el lenguaje diario difiere de los “informes” estudiados en el Capítulo 3. Lo mismo que en ellos, tenemos que poner mucho cuidado para elegir las palabras que lleven las connotaciones informativas que deseemos; de otra manera, el lector o quien nos escuche no sabrá de qué estamos hablando. Pero, además, debemos darles las connotaciones afectivas precisas para que se interese o emocione con lo que estamos diciendo y sienta respecto a las cosas igual que nosotros. Tenemos que procurar ambas cosas lo mismo en la conversación ordinaria que en un discurso, en un escrito persuasivo o en la literatura. Pero esto se logra en gran parte intuitivamente; sin caer en la cuenta, adoptamos el tono de voz, el ritmo y las connotaciones afectivas condicentes con lo que hablamos. Sobre las connotaciones informativas ejercemos un control algo más consciente. Nuestros progresos para entender el lenguaje y para usarlo dependen, por tanto, no sólo de afinar nuestro sentido de las connotaciones informativas verbales, sino de aquilatar nuestra comprensión de los elementos afectivos del lenguaje por medio de la experiencia social, del contacto con individuos y situaciones de toda índole, y del estudio de la literatura.

Vamos a explicar unos cuantos casos de lo que puede ocurrir en cualquier conversación a cualquiera:

1. Las connotaciones informativas pueden ser insuficientes o des-orientadoras, pero las afectivas quizá estén lo suficientemente expresadas para poderlas interpretar acertadamente. Un individuo nos dice: “¡A que no sabes a quién he visto hoy!; a ese fulano, cómo se llama... bueno, tú ya sabes a quién me refiero... al zanganote ese que vive en... vaya, cómo se llama la calle...” El hombre no nos da grandes datos, pero por sus gestos y tono podremos quizá entender a quién se refiere.
2. Las connotaciones informativas acaso sean perfectas y los significados extensionales claros, pero las connotaciones afectivas pueden ser inadecuadas, confusas o ridículas. Esto ocurre cuando la gente adopta un tono pedante: “Se comió tantos *arachis hypogaea*, vulgo cacahuates, que no pudo ingerir más que unas partículas alimenticias en la cena de la autora de sus días”. El interlocutor pudo perfectamente haberle contestado, según la anécdota famosa: “*Amice*, elegante hablaste mente”.
3. Las connotaciones informativas y afectivas acaso estén bien y suenen muy bonito, pero sin “territorio” correspondiente al “mapa”. Por ejemplo: “Vivió felizmente muchos años en la paradisiaca región montañosa del sur de Chicago”. Lo que pasa es que no hay tal comarca montañosa al sur de Chicago.
4. Tanto las connotaciones informativas como las afectivas pueden tener por fin crear conscientemente mapas de territorios que no existen. Entre las diversas razones posibles de ello, vamos a mencionar sólo dos. La primera puede ser para

recrear el espíritu del lector:

Era un jardín sonriente;
era una tranquila fuente
de cristal;

era, a su borde asomada,
una rosa inmaculada
de un rosal.

Era un viejo jardinero
que cuidaba con esmero
del vergel,

y era la rosa un tesoro
de más quilates que el oro
para él.

A la orilla de la fuente
un caballero pasó
y la rosa dulcemente
de su tallo separó...

—SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Otra razón puede ser planear algo para lo futuro: “Supongamos que hay un puente al otro extremo de esta calle; la congestionada circulación podría tener una salida por él, y se despejaría el movimiento excesivo de las tiendas”. Con esta perspectiva, podemos recomendar ese proyecto a nuestro interlocutor, o disuadirlo de él. En el capítulo siguiente trataremos de la relación de las palabras con acontecimientos futuros.

APLICACIONES

I

Lea cuidadosamente el siguiente suelto periodístico y redacte un ensayo (bastaría con 1000 palabras) sobre el problema o problemas a que hace referencia, y repita el ejercicio con otros casos de su experiencia personal:

CHICAGO, 31 de agosto. Los “chefs” o maestros de cocina norteamericanos ven con pesimismo el futuro del arte culinario en el país. El problema consiste, según lo han estudiado en tres días de sesión en esta ciudad, en que son pocos los jóvenes que quieren ser cocineros, y éste es el primer paso en la carrera de un “chef”. La entidad reunida fue la Asociación Culinaria Norteamericana...

Una de las cosas más molestas, según los delegados, y más peligrosas también para el futuro de la profesión, es la insistencia del Departamento de Trabajo en clasificar a los “chefs” entre los “domésticos”. La misma palabra “cocinero” es desagradable, declaró Seymour Weiss, presidente del Hotel Roosevelt de Nueva Orleans, añadiendo que “era una desgracia que el aspirante tuviese que hacerse primero cocinero para llegar a ser chef”.

Comentó que, debido al concepto que la palabra “cocinero” lleva a la mente de los jóvenes, se está haciendo cada día más difícil interesar a la juventud norteamericana en el estudio del arte culinario. En prueba de la gran importancia que daba a este punto, el señor Weiss prometió un cheque personal por valor de 1000 dólares a nombre de la federación si lograba substituir esa palabra por otra que expresase la dignidad de esta profesión.

—*New York Times*

II

En un programa de radio de la British Broadcasting Company (BBC), titulado “Brains Trust”, Bertrand Russell conjugó de la siguiente manera el verbo “ser”, como paradigma de un verbo irregular:

Yo soy firme.

Tú eres terco.

Él es imbécil.

A base de este modelo, el *New Statesman and Nation* ofreció diversos premios a los lectores que presentasen los mejores “verbos irregulares” por el estilo. He aquí unos cuantos de los presentados:

Yo soy ocurrente. Tú eres un charlatán. Él es un borracho.

Yo soy exquisito. Tú eres un latoso. Él es una vieja.

Yo soy un escritor creador. Tú *tienes* olfato periodístico. Él es un escritorzuelo cualquiera.

Yo soy hermosa. Tú *tienes* bastante buenas facciones. Ella no *está* mal, para quien le guste ese tipo.

Yo *sueño* despierto. Tú eres un “escapista”. El *debe ver* a un siquiatra. Yo *exhalo* algo de la fragancia sutil, embriagadora y misteriosa del Oriente. Tú *estás exagerando*, querida. Ella *apesta*.

“Conjúguense” de la misma manera las siguientes frases:

1. Yo soy esbelto.
2. Tengo unos cuantos kilos de más.
3. No bailo muy bien.
4. Naturalmente, me maquillo un poco.
5. Colecciono objetos raros y antiguos de arte.
6. No me gusta jugar al *bridge* con gente que lo toma muy en serio.
7. No pretendo saberlo todo.
8. Creo en el liberalismo a la antigua del *laissez-faire*.
9. Necesito dormir mucho.
10. Soy una mujer chapada a la antigua.
11. No me importan gran cosa las teorías: soy hombre práctico.
12. Creo en la sinceridad de la gente.
13. Tengo poco tiempo para leer libros.

III

Es importante saber extraer de la información dada, la carga afectiva que le haya puesto el informador. Para educar nuestra percepción en este sentido, es útil volver a escribir los artículos que uno lee, con la misma información o fondo, pero cambiando los juicios. Por ejemplo: a continuación publicamos la crítica que hizo Rolfe Humphries en *Nation*, del libro, *The Frieda Lawrence Collection of D. H. Lawrence Manuscripts: A Descriptive Bibliography*, de E. W. Tedlock, (1948):

He aquí una bibliografía notable. No sólo examina con el trabajo concienzudo y objetivo del investigador los 193 manuscritos de la colección de la señora Lawrence —y otros nueve para completarla—, sino que trata el tema con interés, amenidad creciente, admiración y comprensión, sin olvidar que el tema era un hombre, sin intentar convertirlo en propiedad literaria, como tantas veces ocurre cuando los estudiosos se imaginan haber recogido más datos sobre alguien que ningún otro autor. Hay material sobrado en el libro del profesor Tedlock para fascinar a los aficionados a detalles tan minuciosos como el número exacto de centímetros que tienen los documentos de largo y de ancho y lo perfecto de la paginación; también hay material para quienes quieran estudiar cómo un artista mejoró, corrigió y amplió sus balbuceos iniciales; pero, sobre todo, el libro interesa a quien desee saber algo sobre Lawrence, de forma que, como dice Frieda Lawrence en un breve prólogo, el amor y la verdad que había en él puedan hacer brotar en otros amor y verdad también. El estudio del profesor Tedlock es de gran valor y amenidad.

Ahora supongamos que el lector tiene un punto de vista totalmente distinto del crítico, que le desagradan las obras de Lawrence y quienes las admiran, y no comprende el mérito de la investigación literaria. Basándose en los mismos datos, podría escribir una crítica contraria por el estilo de la que va a continuación:

La bibliografía pasa revista, con la pesantez abrumadora del pedante profesional, a los 193 manuscritos de la colección de la señora Lawrence, y a otros nueve más, para echar el resto. El profesor Tedlock saca las cosas de quicio completamente. Al igual que otros adoradores del santuario Lawrence, se preocupa tanto por éste personalmente como por sus obras. Tanto es así, que no se sabe por qué no considera a Lawrence como una propiedad literaria, cosa que tantas veces ocurre cuando los investigadores creen saber más de alguien que ninguna otra persona. Hay material sobrado en el libro del profesor Tedlock para fascinar a los aficionados a detalles tan minuciosos como el número exacto de centímetros que tienen de largo y ancho los documentos y apreciar si la paginación está bien; también hay material para

quienes, no contentos con el estudio de las obras perfectas, quieren hurgar en los procesos de perfeccionamiento, corrección y ampliación de los balbuceos del artista. Pero, sobre todo, el libro es interesante para quienes, en los tiempos que corremos, siguen preocupándose por Lawrence, de forma que el “amor” y la “verdad” que lo caracterizó, como dice Frieda Lawrence en un breve prólogo, despierten un “amor” y una “verdad” semejante en los demás. Para los devotos del culto a Lawrence, el estudio del profesor Tedlock es de positivo valor. Su estilo puede leerse.

Esta crítica no tiene por objeto echar por tierra la de Humphries, claro está, ni entra en los méritos del profesor Tedlock o de D. H. Lawrence. Lo único que se propone es cumplir con la doble misión de un crítico de libros: aportar datos sobre él y expresar su opinión personal. En la crítica y en la contracrítica hay algo de ambas funciones, más de la primera que de la segunda, en la reseña de Humphries.

Quien lea ambas deducirá indudablemente la información básica común a las dos: que el libro del profesor Tedlock es concienzudamente detallista en su revisión de los manuscritos de Lawrence, que tanto el hombre como sus obras le inspiran simpatía, que el libro puede ser útil a sus admiradores, etc. Para desarrollar la capacidad de extraer esta información básica, prescindiendo de los colores con que la adorne el autor, recomendamos a nuestros lectores intentar contracríticas de este tipo. Las reseñas de libros se prestan especialmente para ello. Se verá cómo algunos críticos dicen muy poco del libro y mucho de sus gustos personales. Otros se limitan a dar la noticia, describiendo más o menos el libro, sin expresar sus gustos y preferencias. También sirven para esto las páginas deportivas de los diarios, en que no sólo se dice lo que ocurrió, sino que se expresa una actitud personal hacia los hechos y los individuos. Imagine el lector que encuentra en el periódico un artículo por el estilo de éste:

En la pelea estelar de la función boxística que esta noche va a celebrarse en el Coliseo Olímpico, se enfrentarán dos boxeadores de características similares, aunque de edades distintas: “El Ciclón” y “Gladiador Hernández”. El choque promete ser de poder a poder. Los dos poseen el mismo estilo: estudio en los tres primeros asaltos, y después, ataques cuerpo a cuerpo. Por tanto, la confrontación será tremenda en virtud del “pegue” de ambos y el pronóstico se presenta problemático.

Pero el brío y juventud indiscutible del Ciclón, su nobleza de juego que pone de pie al público, cada vez que se emplea a fondo, la simpatía que lo caracteriza, su espíritu deportivo, la velocidad de sus manos y su capacidad de improvisación le merecerán el triunfo rotundo en el encuentro. Pocas probabilidades concedemos personalmente al Gladiador.

El ejercicio podrá consistir en llevar totalmente la contraria al crítico deportivo, tanto en la primera parte de su reportazgo, sobre la dificultad de predecir el resultado de la pelea, como en la segunda, en que se proclama contradictoria y decididamente a favor de uno de los boxeadores.

IV

Reflexione sobre los dos siguientes pasajes y, si se siente emocionado, escriba una página en que llame a las cosas por su nombre, sin que le importe un comino lo que haya dicho el autor o el periodista al respecto:

1. Cerdo... marrana... verraco... pocilga... etc., son palabras casi prohibidas en el lenguaje corriente norteamericano... Consúltense sus definiciones en cualquier diccionario. Resulta que el cerdo ha sido ciudadano de lo que hoy son los Estados Unidos desde hace 417 años. Desembarcó en Florida el 25 de mayo de 1539, casi un siglo antes que los Peregrinos. Ha desempeñado un papel magnífico en nuestra historia desde entonces. Hoy sigue constituyendo la segunda industria agrícola desde el punto de vista de los ingresos que produce. Ha sido un precursor. Ha ayudado a ganar las guerras. Nos ha sacado a flote durante épocas enteras de penuria y hambre. Va marcando el paso plácidamente hacia los mataderos para convertirse en 20 tipos distintos de carne, 50 de medicinas y doscientos productos industriales. En pago de todo esto, su nombre se ha convertido en símbolo casero de la glotonería y de la suciedad, y él y sus descendientes son esclavos del precio del maíz...

Por eso creo que deberían ustedes sentarse a ponderar con calma los derechos de ciudadanía del cerdo. ¿No les inspira curiosidad el lugar que ocupa en nuestra historia, su contribución a nuestro nivel de vida, y el papel que debería representar en nuestra economía diaria?...

Después, pásense una tarde por la escuela local y vean qué actitudes se tienen allí respecto a los cerdos. Vayan directamente a entrevistarse con el director o superintendente y pregúntenle qué se enseña a los niños sobre El Cerdo en las clases de historia... en las de inglés... en las de geografía y economía... Tiene que amanecer el día del gordo y sucio cochino norteamericano, como se le llama vulgarmente. Y puede y debe llegar la

alborada del cerdo americano... limpio, listo y adaptable, para convertirse en la fuente mejor de carne sabrosa y magra para nosotros. El día de mañana, el porquerizo deberá tener el mismo prestigio social que el vaquero.

—ROBERT WEST HOWARD, alocución a la Equity Co-operative Livestock Sales Association

2. Forest Lawn es un cementerio en que nadie llama al pan pan y al vino vino, Aquí, morir se dice “abandonarnos”, al cadáver se le denomina “el amado” o “la arcilla querida”, los muertos son gente que se “pierde de vista”. Millón y medio de visitantes anuales pueden pasear por sus sendas, seguros de que no van a ver una sola tumba; los sepulcros, señalados únicamente con lápidas de bronce, están a ras de tierra, escondidos en parajes tan amenos como la Loma del Amanecer, el Bosque del Ensueño, el Puerto del Reposo, las Dulces Memorias, el Amor Inmarcesible. A los niños se los sepulta en Nenilandia, jardín “en forma de un corazón de madre”, y en Nenilandia; sobre sus sepulturas se colocan juguetes y árboles de Navidad. Durante todo el día brota una leda música sinfónica de los megáfonos ocultos entre los arbustos; el novelista Vaughn llegó a decir que había oído gorjeos de pájaros, y la Llamada India de Amor, en cinta magnetofónica.

—*Time*

V

La organización que antes se llamara Artificial Limb Manufacturers Association lleva ahora el título de American Orthotics and Prosthetics Association. La Sociedad Internacional para el Bienestar de los Imposibilitados cambió su nombre por el de Sociedad Internacional para la Rehabilitación de los Impedidos, en 1960. El Hospital de la Sociedad para el alivio de los imposibilitados y lesionados, de Nueva York, se denomina ahora Hospital de Cirugía especial. El hospital de Lincoln, Nebraska, para “imposibilitados y deformados” como antes se llamara, es el actual Hospital Ortopédico de Nebraska.

La Sociedad Nacional de Niños y Adultos imposibilitados tiene gran interés en dar con la palabra debida para designar a los que pueden ser objeto de programas de rehabilitación. Por lo visto, el vocablo “imposibilitado” desanima a veces aun a

quienes esperan poder rehabilitarse. ¿No habrá una palabra mejor? “¿Impedido?” “¿Lesionado?” “¿Accidentado?” ¿Alguna otra?

Si conoce usted el inglés, escriba a la Sociedad (2023 W. Ogden Avenue, Chicago 12, Illinois), presentándole las sugerencias terminológicas que se le ocurran. ¿Debe continuarse con la actual denominación de “incapacitados”? ¿Qué otro adjetivo le parecería a usted mejor? Explique sus razones.

7. EL LENGUAJE DEL CONTROL SOCIAL

Nunca se ha estudiado como es debido el efecto que produce una serie de frases sonoras en la conducta humana

—THURMAN W. ARNOLD

Sin embargo, se equivoca el profano al creer que su falta de precisión y decisión se debe a los abogados. La verdad es que la idea popular de las posibilidades de la exactitud legal se basa en un concepto erróneo. La ley siempre ha sido, es y será vaga y variable en grado sumo. ¿Cómo puede ser de otra manera? La ley se refiere a las relaciones humanas en sus aspectos más complicados. Todo el cambiante vértigo confuso de la vida desfila ante ella, y en nuestra edad caleidoscópica, más confuso que nunca.

—JEROME FRANK

Haciendo que sucedan las cosas

La relación más interesante, y acaso la menos comprendida, entre nuestras palabras y el mundo exterior, es la que existe entre ellas y los hechos futuros. Cuando decimos, por ejemplo: “¡Ven acá!”, no estamos describiendo el mundo extensional que nos rodea ni expresando sólo sentimientos: estamos tratando de hacer que suceda algo. Las “órdenes”, “súplicas”, “ruegos” y “mandatos”, como los llamamos, son las formas más sencillas con que podemos hacer que ocurran las cosas por medio de palabras.

Pero hay otras formas más perifrásticas. Cuando decimos, por ejemplo, “nuestro candidato es un gran patriota”, estamos haciendo un elogio entusiasta de él, pero también influyendo en los demás para que voten a su favor. Y cuando afirmamos: “la guerra que libramos contra el enemigo es una guerra de Dios. Dios quiere que triunfemos”, decimos algo que, aunque no puede comprobarse, arenga a los demás a seguir peleando. Aun limitándonos simplemente a decir, “la leche contiene vitaminas”, podemos inducir a los demás a que la tomen.

Fijémonos en esta frase: “Mañana me veré contigo a las dos frente al Teatro de la Opera”. Obsérvese que esta declaración sobre hechos futuros sólo puede caber en un

sistema en que los símbolos son independientes de las cosas simbolizadas. El futuro es una dimensión específicamente humana, lo mismo que el pasado recordado. A un perro no le dice nada la expresión de “una hamburguesa *mañana*”; nos mirará con ojos esperanzados, interpretando el significado extensional de la palabra “hamburguesa” para ahora. Las ardillas, es cierto, almacenan alimentos para el próximo invierno, pero el hecho de que lo hagan sin saber si tienen sus necesidades ya cubiertas demuestra que su proceder (llamado casi siempre “instintivo”) no obedece a símbolos ni a otros estímulos interpretados. Los seres humanos son los únicos que pueden reaccionar cuerdamente a expresiones como “el sábado que viene”, “el primer aniversario de nuestra boda”, “veinte años después”, “algún día, acaso dentro de quinientos años”, etc. Es decir: pueden crearse mapas, aunque los territorios representados por ellos no sean todavía entidades reales. Orientándonos por estos mapas del futuro, podemos imponer cierto carácter previsible a hechos por venir.

Por tanto, podemos influir considerablemente en el control de los hechos futuros con nuestras palabras. Por eso escriben los escritores, predicán los predicadores, reprenden los maestros, los padres y los patronos; publican noticias los propagandistas y pronuncian discursos los políticos. Todos tratan de influir de maneras diversas en nuestra conducta, a veces para nuestro bien, a veces para el suyo. Estos intentos de controlar, dirigir o influir en las acciones futuras de los seres humanos por medio de las palabras pueden llamarse *usos directivos del lenguaje*.

Ahora bien; si el lenguaje directivo va a dirigir de verdad, no puede ser aburrido ni cansado. Para influir en nuestra conducta deberá echar mano de todos los elementos afectivos del estilo: entonaciones dramáticas distintas, cadencia y ritmo, halago y reprensión, fuertes connotaciones afectivas, repeticiones machaconas. Si el auditorio reacciona a sonidos o fonemas sin contenido, hay que emitirlos; si a los hechos, habrá que darle hechos; si a los ideales nobles, tendremos que presentarle propuestas nobles; si sólo responden al miedo, tendremos que amedrentar a nuestros oyentes.

Como se comprenderá, el tipo de medios afectivos que debemos utilizar en el lenguaje directivo está condicionado por la índole de nuestros fines. Si tratamos de que la gente sea mejor entre sí, no podremos provocar sentimientos de crueldad o de odio. Si queremos que piense y obre más inteligentemente, no deberemos tocar fibras animales. Si nuestro fin es que el pueblo viva mejor, deberemos excitar sus emociones más nobles. Por eso, muchas de las obras literarias más gloriosas del mundo se basan en enseñanzas y consejos, como las escrituras cristianas y budistas, las obras de Confucio, la *Aeropagítica* de Milton, las pláticas de Don Quijote con Sancho y el discurso de Lincoln en Gettysburg.

Pero hay ocasiones en que no se cree que baste el lenguaje afectivo para producir los resultados que se desean, y lo suplementamos con gestos y ademanes no verbales. Al decir “¡Ven!”, hacemos una señal con la mano. Los anunciadores no se contentan

con decir verbalmente maravillas de sus productos, sino que se sirven además de colores y dibujos. Los periódicos no se contentan con afirmar que el comunismo es un peligro, sino que publican chistes políticos, en los cuales se describe a los comunistas como orates criminales que dinamitan magníficos edificios representativos del “modo norteamericano de vida”. Al valor afectivo de los sermones y arengas religiosas, se añaden los ornamentos litúrgicos, el incienso, las procesiones, los coros musicales y las campanas. Un candidato político no se fía sólo de su verborrea electoral, sino que apela a charangas, banderolas, desfiles, merendolas y puros a diestro y siniestro^[1]. Hasta la aparición en público de su esposa puede influir considerablemente en el elector.

Pero, aunque queramos que la gente haga algo por el motivo que sea, no hay por qué excluir los factores afectivos. Algunos candidatos políticos quieren que votemos por ellos, cualesquiera que sean nuestros motivos. Por eso, si aborrecemos a los ricos, arremeterán contra ellos; si no nos gustan los huelguistas, tronarán contra ellos; si ven que lo que nos gusta es la música, pasarán por alto los problemas del Gobierno y nos recrearán los oídos con bandas sonoras. Lo mismo pasa con muchas firmas industriales, que lo único que quieren es que les compremos sus productos, sin importarles en absoluto nuestros motivos: nos prometerán el oro y el moro si ven que eso nos convence; nos dirán que con su producto atraeremos al otro sexo; nos presentarán beldades en bikini, para que las asociemos con lo maravilloso de sus productos, lo mismo si se trata de una crema de afeitar que de un automóvil, de un seguro de vida, de una marca de pintura o de una herramienta de trabajo. Si no fuera porque se lo prohíbe la ley, exhibirían sin bikini a sus beldades anunciadoras. A juzgar por lo que vemos en muchas revistas, los anunciadores no pararían mientes en vendernos lo que fuera.

Las promesas del lenguaje directivo

Casi todas las expresiones de carácter “directivo” dicen algo del futuro: son mapas, explícitos o implícitos, de territorios por venir. Nos meten por los ojos determinadas cosas, con la promesa explícita o implícita de que, si las hacemos, lograremos determinados resultados: “Si vota usted por mí, yo haré que le reduzcan los impuestos”; “Vive de acuerdo con estos principios religiosos y tendrás paz de espíritu”; “Lea esta revista y estará al tanto de lo que ocurre en el mundo”; “Tome estas píldoras milagrosas y sabrá lo que es salud y alegría”. Claro está, algunas de

estas promesas se cumplen, pero otras son completamente imposibles de garantizar.

No hay por qué meterse con los anuncios y la propaganda política, porque se basan en “motivos emocionales”. Si el lenguaje directivo no tiene virtualidad afectiva, no vale para nada. No nos oponemos a las campañas, contra la pobreza, en que se nos diga: “Contribuya con su óbolo a remediar la miseria de los niños de pauperados”. Y, sin embargo, es una campaña emocional. Ni nos parece mal que se nos recuerde el amor al hogar, a nuestros amigos y a la patria en una soflama patriótica. Lo que debe uno preguntarse cuando escucha cualquier manifestación directiva, es: “¿Se cumplirán esas promesas si hago lo que me dicen? ¿Lograré la paz de espíritu aceptando su filosofía? ¿Se reducirán los impuestos si voto por él?”

Nos molestan, y con razón, los anuncios que prometen maravillas sin cumplir luego la promesa, y los políticos que se olvidan de las que hicieron, aunque, en este caso, dicho sea en honor de la verdad, a veces no pueden cumplirlas por circunstancias ajenas a su voluntad. La incertidumbre que caracteriza nuestra vida no nos permite asegurar nada para lo futuro, así que debemos estar preparados. Se nos indica cómo podemos lograr determinados objetivos y evitar consecuencias indeseables. Si podemos fiarnos de la perspectiva que nos presentan para lo futuro, se reducen las incertidumbres de la vida. Pero nos abate el desaliento cuando las cosas no ocurren tal como nos anunciaron, no se llena de paz nuestro espíritu ni bajan los impuestos. Este desaliento puede ser superficial o profundo; pero son tan frecuentes las frustraciones y desencantos de este tipo, que ya ni siquiera hacemos caso de muchos de ellos. Sin embargo, todos tienen consecuencias de importancia, todos contribuyen más o menos a minar la confianza mutua que hace posible la cooperación y coaduna a la gente en una sociedad.

Por eso, cuantos tengan que utilizar un lenguaje directivo, acompañado de promesas explícitas o implícitas, tienen la obligación moral de cerciorarse moralmente —no hay certidumbre absoluta— de que no están creando falsas ilusiones. Los políticos prometen acabar de raíz con la pobreza, los anunciantes de determinado jabón nos aseguran que la felicidad volverá a nuestro matrimonio gracias al lavado inmaculado de las prendas familiares, los periódicos nos atemorizan con el desplome de la nación entera si no votamos por su candidato político... Todos estos disparates son, por las razones dichas, algo más que eso: constituyen verdaderas amenazas para el orden social. Tanto da que se hable así por ignorancia o por error, o con el propósito malévolo de engañar conscientemente: la desilusión que produce no deja de ser destructiva de la confianza recíproca entre los seres humanos.

Los fundamentos de la sociedad

Pero la propaganda, por persuasiva que sea, no es la que forja la sociedad. Podemos desdeñar sus recomendaciones. Ahora vamos a ocuparnos del *lenguaje directivo que no podemos despreciar si queremos continuar organizados en grupos sociales*.

Lo que llamamos sociedad es una vasta red de convenios mutuos. Nos comprometemos a no asesinar a nuestros conciudadanos, y ellos hacen otro tanto; a llevar la derecha en la carretera, a entregar determinados artículos, que los otros se comprometen a pagar u observar los reglamentos de una organización, que, a su vez, se compromete a dispensarnos sus privilegios. Esta red de pactos, en que entra hasta el último detalle de nuestra vida y en que basamos nuestras expectativas, consiste esencialmente en afirmaciones sobre hechos futuros que debemos realizar con nuestros propios esfuerzos. Sin estos convenios no habría sociedad; nos guareceríamos en cavernas miserables y solitarias, sin atrevemos a fiarnos de nadie. En virtud de estos convenios, y contando con el propósito de cumplirlos por parte de la inmensa mayoría del pueblo, la conducta empieza a clasificarse en tipos relativamente previsibles y seguros; es posible la cooperación; se consolida la paz y la libertad.

Por eso, para poder seguir viviendo como seres humanos, tenemos que imponernos recíprocamente determinadas normas de conducta. Los ciudadanos tienen que aceptar las costumbres sociales y cívicas, los maridos tienen que ser fieles a sus esposas, los soldados valientes, los jueces justos, los sacerdotes piadosos y los maestros celosos del bienestar de sus alumnos. En las etapas primitivas de la cultura, los medios principales para imponer las normas a seguir de la conducta se reducían, claro está, a la coerción física, pero también podían imponerse por medio de palabras, es decir, del lenguaje directivo, como sin duda descubrieron los seres humanos en los orígenes mismos de la historia. Por tanto, las directrices relativas a asuntos que la sociedad considera esenciales para su seguridad se presentan con caracteres particularmente poderosos, con objeto de que nadie deje de experimentar la conciencia de sus obligaciones. Para cerciorarse, la sociedad apoya además esas directrices con la seguridad del castigo, el cual puede llegar al encarcelamiento y a la ejecución de quienes no las acaten.

Directrices con sanción colectiva

Este lenguaje directivo, refrendado por la sanción colectiva cuyo objeto es imponer determinadas normas de conducta al individuo en beneficio del grupo entero, está entre los hechos lingüísticos más interesantes. No sólo suele ir acompañado de determinado ritual, sino que suele constituir el objeto principal del mismo. Quizá no haya directriz que tomemos más en serio, que afecte más profundamente a nuestra vida, que celemos más apasionadamente. De esta índole son las constituciones nacionales, los reglamentos de las organizaciones, los contratos legales y los juramentos de fidelidad a nuestro cargo; los votos matrimoniales, los ejercicios de confirmación, las ceremonias de admisión y las iniciaciones son su factor esencial. Esas intrincadas y aterradoras selvas verbales, llamadas leyes, no son sino directrices acumuladas, codificadas y sistematizadas a lo largo de los siglos. La sociedad desarrolla con sus leyes el esfuerzo colectivo más poderoso por imponer normas de conducta a los ciudadanos.

Las expresiones de carácter directivo, apoyadas por la sanción colectiva, pueden manifestar alguno de los elementos siguientes, o todos ellos:

1. Casi siempre ese lenguaje está redactado con palabras que tienen connotaciones afectivas, para que el pueblo quede respetuosamente impresionado. Se emplea un vocabulario arcaico y anticuado o bien un estilo solemne, que se sale del corriente. Por ejemplo: “¿Acepta usted, Juan, por palabras de presente a esta mujer como legítima esposa?” “A dieciséis del mes de julio del año del Señor de mil novecientos tres, los firmantes de este contrato, Fulano de Tal y Mengano de Cual, que en el texto de este instrumento legal se denominarán de aquí en adelante respectivamente VENDEDOR y COMPRADOR, de acuerdo con las cláusulas y convenios infrascritos, y en virtud de cuantas leyes, disposiciones, documentos y escrituras legales... se comprometen a...”
2. Estas expresiones directivas van frecuentemente acompañadas de invocaciones de derechos sobrenaturales, en virtud de los cuales quedamos obligados a cumplir nuestras promesas, so pena de castigos superiores y ultraterrenos. Por ejemplo: los juramentos solían terminar antiguamente con expresiones parecidas a esta: “Si cumplís, que Dios os lo premie, y si no, que os lo demande”. En casi todas las culturas, desde las más primitivas a las más civilizadas, hay plegarias o invocaciones que acompañan a la profesión de votos o a la formulación de promesas importantes. Contribuyen a grabar esos votos en lo más hondo de nuestra mente.
3. También se invoca el temor del castigo directo. Si Dios no nos castiga por incumplir nuestros convenios, se estipula clara o implícitamente que lo harán los hombres. Todos sabemos que podemos ser privados de la libertad por abandono de familia o por bigamia; procesados por incumplimiento de contrato; degradados por conducta contraria a los deberes militares o eclesiásticos;

sometidos a juicio de responsabilidades públicas; ejecutados por traición.

4. La profesión formal y pública de los votos puede ir precedida de disciplinas preliminares de índole diversa: cursos de preparación, ayunos y sacrificios corporales antes de recibir el hábito monacal, ceremonias de iniciación hasta con tormentos físicos, como las de los pueblos primitivos para recibir la categoría de “guerrero”, o para ser admitido a ciertas fraternidades estudiantiles actuales.
5. Al lenguaje directivo pueden acompañar determinadas actividades o gestos para impresionar a los presentes. Por ejemplo: hay que levantarse cuando se presenta el juez para abrir la sesión; grandes y gayos desfiles acompañan a las ceremonias de coronación; en las aperturas de curso, los profesores llevan sus togas académicas, etc.
6. A la profesión de votos pueden seguir inmediatamente banquetes, bailes y otras manifestaciones de alegría, para subrayar la solemnidad. Así, hay banquetes y fiestas de boda, bailes de graduación, festivales, para la recepción de nuevos oficiales, y hasta en los círculos sociales más modestos se organiza una celebración cuando algún miembro de la familia entra a formar parte de la sociedad propiamente dicha; ejemplo: las fiestas en honor de las “quinceañeras”. En las culturas primitivas, las ceremonias de iniciación de los jefes tribeños iban seguidas de festines y danzas que duraban varios días o semanas.
7. Cuando no hay solemnidad especial en la profesión de votos, la repetición frecuente de los mismos suele ser la forma de que se graben bien en la memoria. En la mayor parte de las escuelas hay un ritual diario de la bandera (“Prometo lealtad a la bandera de los Estados Unidos...”). Se repiten frecuentemente los lemas, que no son sino concisas directrices generales; unas veces se graban en los platos, otras en la espada del guerrero, otras en lugares bien visibles, como las puertas de la ciudad, las murallas y en los dinteles, para que los vea la gente y recuerde sus deberes.

Todas estas actividades que acompañan al lenguaje directivo, así como sus elementos afectivos, producen un efecto profundo en la memoria. Se emplea cuanto pueda impresionar a los sentidos, desde la tortura de los ritos de la iniciación hasta los placeres de la mesa, de la música, de las vistosas indumentarias y ornamentos suntuosos; se provoca cuanta emoción se puede, desde el miedo al castigo divino hasta el orgullo de ser blanco de la atención pública. Así, el que entra a formar parte de la sociedad —o sea, el que elabora el mapa de un territorio todavía no existente— jamás olvidará que ese territorio cobrará vida algún día.

Por eso tiene caracteres indelebles el recuerdo del día en que el cadete jura la bandera, el adolescente judío recibe su *barmitzvah*, el sacerdote es ordenado, el policía condecorado, un extranjero admitido a la ciudadanía de otro país, o un Presidente aceptado en su alta magistratura, previo juramento. Aun cuando después el

interesado no cumpla sus promesas, lo perseguirá la conciencia de que no debería haberlo hecho. Todos utilizamos estas directrices rituales y reaccionamos a ellas. Las frases y discursos que escuchamos revelan nuestras más profundas convicciones religiosas, patrióticas, sociales, profesionales y políticas, más que los documentos o credenciales que llevamos en el bolsillo, o las condecoraciones que prendemos en nuestras solapas. Quien abandona su religión después de llegar a la edad adulta suele sentir el deseo de volver a ella al escuchar los ritos que oyera en su niñez. Por tanto, esto quiere decir que los seres humanos influyen en el porvenir con sus palabras y controlan con ellas la conducta de los demás.

Debe advertirse que muchas de nuestras directrices sociales y el ceremonial que las acompañan son anticuadas y hasta insultantes para las mentes adultas. Los rituales de los tiempos del terror ya no son necesarios para estimular a la buena conducta a quienes tienen sentido de responsabilidad social. Así, por ejemplo, una ceremonia matrimonial de cinco minutos en un juzgado puede decir más a una pareja madura y responsable que la pompa eclesiástica a otra pareja juvenil. A pesar de que la virtualidad de las directrices sociales depende naturalmente de la buena voluntad, madurez e inteligencia de aquellos a quienes van dirigidas, hay todavía gran tendencia a atenerse a las ceremonias como eficaces de por sí. Es que la gente sigue creyendo en la magia de las palabras, en que repitiéndolas en forma ritual puede conjurarse el porvenir y obligar a las cosas a que respondan a nuestros deseos. Ejemplo interesante de esta actitud supersticiosa hacia las palabras y los ritos es educar a los niños en la democracia a base de saludos ceremoniales a banderas cada vez más grandes y vistosas, y a multiplicar las ocasiones para cantar a voz en cuello “God Bless America”.

¿Qué son los “derechos”?

¿Cuál es el significado extensional del adjetivo “mío” en expresiones como “el libro mío”, “mi finca”, “mi automóvil”? No describe las características del objeto. Primero era tuyo, ahora pasa a ser mío, sin que cambie en ninguna otra cosa. ¿Qué es lo que se ha alterado? Nuestros convenios sociales respecto a la conducta que tenemos que observar con el automóvil. Cuando era tuyo, podías hacer de él lo que te diese la gana, pero yo no. Ahora es mío, y las cosas se han vuelto del revés. El significado de “tuyo” y “mío” no radica en el mundo exterior, sino en cómo pensamos proceder. Y cuando la sociedad reconoce mi “derecho de propiedad” (al extenderme, por ejemplo,

un certificado o una escritura), se compromete a protegerme en mis planes de usar el automóvil y a oponerse a quienes quieran usarlo sin mi permiso, si es preciso, mediante la policía. La sociedad conviene esto conmigo a cambio de que obedezca sus leyes y contribuya con mis impuestos a los gastos gubernamentales.

¿No son, pues, todos los títulos y declaraciones de propiedad, y de derechos, directrices? ¿No podría decirse en lugar de “esto es mío”, “voy a usar este objeto, no lo toque”? ¿No podría expresarse la frase, “todo niño tiene derecho a recibir una educación”, en esta otra manera: “proporcionése educación a todos los niños”? Y ¿no es la diferencia entre “derechos morales” y “derechos legales”, la misma que entre los acuerdos que la gente cree que deberían realizarse, y los que se han realizado con una sanción colectiva y legislativa?

Directrices y desencanto

Debemos hacer unas cuantas advertencias antes de abandonar el tema del lenguaje directivo. En primer lugar, hay que tener presente que como las palabras no pueden decirlo todo, las promesas implícitas en el lenguaje directivo nunca son más que “mapas generales” de “territorios no existentes todavía”. El porvenir irá cubriendo esos mapas, muchas veces de forma inesperada. Quizá no tenga el futuro relación alguna con nuestros mapas, pese a todos los esfuerzos por provocar los hechos esperados. Siempre juramos ser buenos ciudadanos, cumplir con nuestro deber, etc., pero ni lo somos ni lo cumplimos en todos los momentos de nuestra vida. Comprendiendo que las directrices no pueden imponer absolutamente el futuro, nos evitamos ilusiones imposibles y, por tanto, desengaños innecesarios.

En segundo lugar, debe distinguirse entre lenguaje directivo e informativo, que frecuentemente se parecen. Afirmar que un deportista es caballeroso y valiente, o que los policías son defensores de los débiles, es establecer metas, no siempre describir la situación presente. Esto es sumamente importante, porque la gente suele tomar estas declaraciones como descriptivas, y se desencantan cuando ven a un deportista brutal o a un policía prevaricador. Entonces deciden no tener nunca que ver con deportistas ni policías, lo cual es un disparate. Lo que ha pasado es que han tomado por declaración informativa lo que no es sino una directriz muy genérica.

Otro motivo de desencanto por no entender debidamente el lenguaje directivo, es encontrar en él promesas que no hay. En este error suelen incurrir quienes, al leer anuncios médicos de antisépticos, creen que prometen la cura radical o que evitan los

catarros. Quienes pergeñan esos anuncios soslayan cuidadosamente toda afirmación de que sus medicinas evitan o curan nada, por lo menos en los Estados Unidos, porque lo prohíbe la Comisión Federal de Comercio. Se contentan con afirmar que “alivia la gravedad de una infección”, “remedian los síntomas del catarro” o “contribuyen a suprimir los estornudos y otras molestias”. Si, al leer estos anuncios, los toma usted por promesas seguras de cura o prevención total, está cometiendo la equivocación que ellos intentaban. Otra cosa es cuando compra usted el producto distinguiendo perfectamente lo que le prometieron y lo que no le prometieron.

Análogo error es el dar a las promesas un valor más concreto y específico que el que encierran. Si vota usted a favor de un candidato político que promete “ayudar al campesino”, y luego ve que, en efecto, ayuda al cultivador de algodón, pero no al de patatas, no puede acusarlo de haber quebrantado su promesa. O si ha prometido “proteger a los sindicatos” y luego se declara a favor de medidas que ponen furioso a los líderes del suyo (porque trata de proteger a los miembros sindicales de la política logrera de sus directivos), no puede acusarlo de quebrantamiento de promesa, sino al contrario. Todo el mundo conoce las ambigüedades de una campaña electoral.

Frecuentemente se echa en cara a los políticos que no cumplen sus promesas. Y así ocurre con muchos, sin duda alguna. Pero téngase presente que no suelen prometer tanto como interpretan sus electores. Los programas partidistas son casi siempre vagos y abstractos, aunque los votantes les dan sentido concreto y específico. Como dijo el cínico, “parecen prometer todo a todos”. El desencanto producido por las soflamas políticas hay que achacárselo algunas veces al político, pero otras, tiene la culpa el mismo votante, porque *ha entendido el programa en un nivel distinto de abstracción*. En capítulos posteriores explicaremos detenidamente lo que esto quiere decir.

APLICACIONES

I

Las siguientes frases constituyen directrices en el contexto en que suelen encontrarse. ¿Cuáles de ellas tienen sanción colectiva? ¿Qué recompensas se prometen a quienes las siguen, y qué castigos a quienes las desacatan? ¿O no se prometen premios ni castigos? ¿Qué probabilidades hay de que se cumplan esas promesas?

1. “Y recuerden, señoras y caballeros —suenan la voz del locutor por la radio—, que cada vez que pidan a su abastecedor “Café Odalisca”, nos están dando las gracias”.

EJEMPLO DE ANÁLISIS: Este es lenguaje directivo, porque intenta influir en la conducta del oyente. Afortunadamente, podemos no hacerle caso, porque es en beneficio de una marca comercial y, por tanto, no tiene sanción colectiva. Hay la promesa implícita de que si el oyente expresa su agradecimiento comprando Café Odalisca, el productor seguirá mandándole programas como el que precede al anuncio. Si hay un número regular de gente que siga la directriz, lo probable es que se cumpla fielmente la promesa.

2. Las efímeras pueden desarrollarse aunque no se las atiende, pero dedicándoles un poco más de cuidado —plantándolas donde puedan recibir por lo menos cuatro horas diarias de sol, aplicándoles algún abono bien dosificado y regándolas más frecuentemente cuando empiezan a florecer—, se obtendrán efectos extraordinarios.

—*Flower Grower: The Home Garden Magazine*

3. Profesamos como verdades evidentes, que todos los hombres son criados iguales, que están dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre los cuales están el de la vida, el de la libertad y el de la búsqueda de la felicidad.

—De la Declaración de Independencia

4. Se prohíbe el paso.

5. *A unas rosas*

Estas que fueron pompa y alegría
despertando al albor de la mañana,
a la tarde serán lástima vana
durmiendo en brazos de la noche fría.
Este matiz que al cielo desafía,
iris listado de oro, nieve y grana,
será escarmiento de la vida humana:
¡tanto se emprende en término de un día!
A florecer las rosas madrugaron,
y para envejecerse florecieron:
cuna y sepulcro en un botón hallaron.

Tales los hombres sus fortunas vieron:
en un día nacieron y espiraron;
que pasados los siglos, horas fueron.

—PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

6. La Casa Francesa, bajo la dirección y el control del Departamento, brinda a quien quiera una buena oportunidad para adquirir facilidad de palabra. Los profesores franceses y bilingües viven en la Casa y ayudan a dirigir la conversación. Se permite en ella residir a las mujeres, y hombres y mujeres pueden ir allí a comer. Como no se explota con fines financieros ni de ganancia, los precios son lo más bajos posible.

El Departamento encarece con todo interés a los estudiantes de francés que tomen una habitación en la casa para aprovechar plenamente la extraordinaria oportunidad de hablar ese idioma en todos los momentos del día y oírlo en un ritmo normal de conversación.

Deben reservarse en seguida las habitaciones.

—Anuncio de la Universidad de Wisconsin

7. *Aprended, flores, de mí*
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui
y hoy sombra mía no soy.

La Aurora ayer me dio cuna,
la noche ataúd me dio;
sin luz muriera, sí no
me la prestara la Luna.
Pues de vosotras ninguna
deja de acabar así.

Aprended, flores, de mí... etc.
Consuelo dulce el clavel
es a la breve edad mía,
pues quien me concedió un día,
dos apenas le dio a él;
Efímeras del vergel,
yo cárdena, el carmesí.

Aprended, flores, de mí... etc.
Flor es el jazmín, si bella,
no de las más vividoras,
pues dura pocas más horas

que rayos tiene de estrella;
si el ámbar florece, es ella
la flor que retiene en sí.

*Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui
y hoy sombra mía no soy.*

—LUIS DE GÓNGORA Y ARCÓTE

Letrilla sobre la brevedad de las cosas humanas

8. “Nobles, discretos varones
que gobernáis a Toledo:
en aquestos escalones,
desechad las aficiones,
codicias, amor y miedo.

Por los comunes provechos
dexad los particulares:
pues vos hizo Dios pilares
de tan altísimos techos,
estad firmes y derechos”.

—GÓMEZ MANRIQUE

Inscripción en las Casas Consistoriales de Toledo

9. Confiera a su hijo mejores grados por Navidad. Que empiece este año escolar con una máquina portátil de escribir, marca X. Porque la mecanografía mejora los grados, como lo prueban las fichas de los alumnos. En cuanto empiezan a tomar a máquina sus apuntes y a escribir a máquina sus tareas, sube casi inmediatamente su calificación escolar. Los pedagogos lo saben y los exámenes de fin de curso lo han demostrado. No hay como una portátil marca X. ¡ Hace verdaderos milagros, es fácil de manejar y se aprende en seguida su funcionamiento!

—Anuncio periodístico

II

Estudie los siguientes párrafos, sentencias y versos según el contexto que describen. ¿Cuáles son las directrices que contienen? ¿Hay algunas en que apenas puede encontrarse lenguaje directivo?

1. Ese es un antinorteamericano.

EJEMPLO DE ANÁLISIS: Ordinariamente esta afirmación supone un juicio muy severo —una “palabra-gruñido”— que expresa reprobación de las ideas de una persona. Este juicio suele tener consecuencias graves directivas: “¡Que lo expulsen!” o “¡No voten por él!” En contextos especiales, en que el que habla y el que escucha han decidido dar un significado concreto y comprobable al adjetivo “antinorteamericano”, la afirmación puede ser un informe nada más. Pero estos contextos son raros.

2. El marqués y su mujer
contentos quedan los dos:
ella se fue a ver a Dios
y a él lo vino Dios a ver.

—Epigrama anónimo

3. El hombre nació libre, y por todas partes está encadenado.

—ROUSSEAU

4. El domingo de amor te hechiza;
mas mira cómo
llega el Miércoles de Ceniza;
memento, homo...

Por eso hacia el florido monte
las damas van,
y se explican Anacreonte
y Omar Kayam...

Y, no obstante, la vida es bella,
por poseer
la perla, la rosa, la estrella
y la mujer...

—RUBÉN DARÍO, *Poema del Otoño*

5. El espectáculo empezará a las 8:30 en punto.

6. En cada puerto una mujer espera,
los marineros besan y se van.
Una noche se acuestan con la muerte
en el lecho del mar...

—PABLO NERUDA, *Farewell*

7. El que ha fumado cigarrillo tras cigarrillo de marcas diferentes, y ha comparado su frescura, su suavidad y su aroma, ya no quiere más que los ‘Céfiros’.

(Anuncio imaginario)

8. En el lenguaje humano, los distintos fonemas tienen distintos significados. Estudiar esta coordinación de sonidos y significados es estudiar el lenguaje. Gracias a esta coordinación, el hombre puede influir en los demás con gran precisión. Cuando, por ejemplo, decimos a alguien la dirección de una casa que no ha visto nunca, estamos haciendo algo que el animal no puede hacer.

—LEONARD BLOOMFIELD, *Language*

9. Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!

¡Oh, Kempis!, antes de leerte, amaba
la luz, las vegas, el mar océano;
mas tú dijiste que todo acaba,
¡que todo muere, que todo es vano!...

—AMADO NERVO, “A Kempis”

10. Hacemos tantas tonterías por los falsos mapas que llevamos en la cabeza, que ya ni les damos importancia. Hay quienes tratan de protegerse contra los accidentes, llevando una pata de conejo. Otros no quieren dormir en el piso 13 de los hoteles.

—S. I. HAYAKAWA, *Language in Thought and Action*

III

Redacte el borrador de una campaña local para recaudar fondos con destino, por ejemplo, a la Cruz Roja o a alguna otra organización benéfica, a base de banquetes, comités designados especialmente para ese fin, etc. Procure tocar fibras que alteren verdaderamente la conducta de la gente, persuadiéndola para que contribuya a la causa. ¿Se puede exagerar un poco la cosa aun para fines tan loables? Si es así, ¿cuáles son los límites de nuestro lenguaje afectivo y directivo?

IV

En este capítulo hemos definido la propiedad como un conjunto de convenios directivos, reconocidos por la sociedad, respecto al uso de ciertas cosas. Pero la libertad de usarlas y de gozar de lo que es “mío” depende del tipo de propiedad de que se trate; por ejemplo: sólo puedo conducir “mi” automóvil si está legalmente matriculado y tengo mi licencia. ¿Qué diferencias tienen los significados extensionales del adjetivo posesivo “mi” en las expresiones siguientes?

mi plancha eléctrica	mi casa
mi lote de terreno	mi Rembrandt auténtico
mis acciones de la Financiera mi cuarto de hotel	

V

En uno de los capítulos anteriores dijimos que el escritor o autor de un diccionario es un historiador, no un legislador. Después de leer los siete capítulos que van del libro, probablemente ponga usted en duda muchas cosas, inclusive esta afirmación. Por ejemplo: ¿hasta qué punto es el historiador un hombre que dirige además nuestro

pensamiento y acción futura con lo que relata? Porque puede no querer contarnos algunas cosas. Al seleccionar las que nos refiere, les concede una importancia particular. ¿No tendrá carácter directivo esta selección del material? Escriba quinientas palabras sobre el teína “La Historia como valor directivo”.

VI

A continuación va una pequeña lista de libros sobre el tema tratado en este capítulo. Redacte una crítica de uno o más de ellos, fijándose especialmente en sus directrices explícitas e implícitas:

The Informed Heart (1960), de Bruno Bettelheim. Este eminente sicólogo deduce las normas para sobrevivir de sus experiencias en Dachau y Buchcnwald. Después de pasar revista a los métodos nazis empleados en estos campos de concentración, explica las condiciones que hicieron posible la vida y aplica las técnicas de resistencia a la existencia en nuestras sociedades de masas.

Law and the Modern Mind (1930), de Jerome Frank. Estudio interesantísimo de la semántica del derecho, realizado por un precursor de la aplicación de las ideas psicológicas y sicoanalíticas al estudio de las reacciones de abogados y jueces.

Survival Through Design (1954), de Richard Neutra, famoso arquitecto que considera el diseño como factor coordinador de la arquitectura y como la única defensa del hombre contra el ambiente hostil que le espera.

The Folklore of Capitalism (1938), de Thurman Arnold. Este ameno y célebre libro, escrito por el fiscal general auxiliar, jefe de la División Antimonopolística del Gobierno de Roosevelt, es un estudio clásico de cómo ciertas directrices políticas y económicas muy arraigadas impiden a las sociedades comprender y solucionar sus problemas.

La búsqueda contemporánea de soluciones prácticas al dilema de guerra o rendición ha cristalizado en una porción de libros que presentan ideas constructivas para una nueva política exterior y la interrupción de la carrera de armamentos. Entre ellos están: *The Peace Race* (1962), de Seymour Melman; *In Place of Folly* (1961), de Norman Cousins; *May Man Prevail?* (1961), de Erich Fromm; *The Limits of Defense* (1962), de Arthur Waskow; *An Alternative to War or Surrender* (1963), de Charles Osgood.

La propaganda es una de las directrices más poderosas; hay muchos libros sobre el “control del pensamiento”. El de Leonard Doob, *Public Opinión and Propaganda*

(1949), es una exposición muy interesante de datos y hechos. Se estudian aspectos sociales del problema de la propaganda en *The Strategy of Terror* (1940), de Edmond Taylor; *German Psychological Warfare* (1942), rec. por Ladislav Farago; y más recientemente, *Truth Is Our Weapon*, de Edward Barrett (1953); *Battle for the Mind*, de William Sargeant (1957); *The Rape of the Mind*, de Joost Meerloo (1956); *Why Men Confess*, de C. John Rogge (1959); *Thought Reform*, de Robert J. Lifton (1961). Son excelentes estudios de los métodos anunciadores como propaganda, *The Hidden Persuaders*, de Vanee Packard (1957), y *Madison Avenue, U. S. A.*, de Martin Mayer (1958).

8. EL LENGUAJE DE LA COMUNICACIÓN AFECTIVA

Lo que llamo “imaginación auditiva” es el sentimiento de la sílaba y del ritmo, que penetra mucho más hondo que los niveles conscientes del pensamiento y de la sensación, dando vigor a cada palabra; que se hunde en lo más primitivo y olvidado, regresa al origen y devuelve algo, buscando el principio y el fin. Obra a través de los significados sin duda alguna, o por lo menos, no sin ellos en su acepción ordinaria, y funde lo viejo, lo esfumado y trillado, con lo actual, lo nuevo y lo sorprendente, la mentalidad más arcaica con la más civilizada.

—T. S. ELIOT

—¿Qué quiere decir todo ese lío de “un hombre, un voto”? —preguntó el minero de Nottingham.

—Anda, éste; pos que a voto por barba —respondió Bill.

—Vaya, hombre; ¿por qué no lo dirán así de claro?

—HUCH R. WALPOLE

Hay que saber y reconocer no sólo el poder directo, sino el poder secreto de la palabra.

—KNUT HAMSUN

El lenguaje de los informes sirve para realizar el trabajo necesario en la vida, pero no nos dice cómo es la sensación de vivir. Podemos comunicar datos científicos a los demás, sin preocuparnos por sus sentimientos; pero para que se establezcan el amor, la amistad y la comunidad entre los hombres, a fin de que deseemos cooperar y convertimos en sociedad, tiene que haber entre ellos, como hemos visto, simpatía recíproca. Esta surge gracias a los usos afectivos del lenguaje. En medio de todo, casi nunca nos gusta guardarnos los sentimientos, sino que tenemos deseos de expresarlos plenamente. Estudiemos, pues, otras formas afectivas del lenguaje.

El hipnotismo verbal

Ante todo, debemos indicar de nuevo que las frases sonoras, las palabras largas y el aire de decir algo importante, en general, tienen virtualidad afectiva independientemente de lo que se dice. Ocurre frecuentemente que al oír o leer sermones elocuentes, discursos, alocuciones políticas, ensayos o cualquiera buena obra literaria, suprimimos toda crítica y nos dejamos arrastrar por los sentimientos melancólicos, alegres o iracundos que expresa el autor. Como las serpientes bajo el hechizo de la flauta encantada, nos dejamos mecer por las frases musicales del hipnotizador verbal. Si éste es hombre de confianza, no hay motivo para no gozar estas delicias de cuando en cuando; pero escuchar o leer habitualmente este tipo de literatura es un hábito que debilita.

Sin embargo, hay un tipo de devoto que va a la iglesia a dejarse recrear habitualmente por estas cadencias. Le gustan todos los sermones, traten de lo que traten, estén bien o mal preparados, aun con desaliño retórico, siempre que se pronuncien en tono impresionante y con ritmos musicales y físicos. Pero estos oyentes no se encuentran sólo en las iglesias. El autor de estas líneas se ha irritado muchas veces cuando, después de hablar en algún club femenino sobre problemas que quería discutir a fondo, algunas oyentes le han dicho: “Qué conferencia tan bonita, profesor. Tiene usted una voz tan agradable...”

Es decir: hay quien nunca atiende a lo que se dice porque no le interesa lo que podría llamarse el mensaje encerrado en el rumor de las palabras. De la misma manera que les gusta a los gatos y a los perros que los acaricien, los seres humanos gustan de ser acariciados verbalmente de cuando en cuando; para ellos, es una forma de placer sensual rudimentario. Como estos oyentes abundan, las fallas intelectuales pocas veces constituyen una barrera para hacer carrera pública en la tribuna, en la escena, en los medios de difusión o en el ministerio eclesiástico.

Elementos más afectivos

Ya hemos aludido al poder afectivo de la repetición de palabras análogas, en forma de letanía o de títulos y lemas pegadizos. Pertenecen a una categoría ligeramente superior las estructuras gramaticales, como:

Primero en la guerra,
primero en la paz,

primero en el corazón de sus connacionales...

El gobierno del pueblo,
por el pueblo,
para el pueblo...

Estas frases resultan extrañas desde el ángulo del informe científico; pero sin su tono, la gente no las asimilaría. Lincoln pudo haberse limitado a decir informativamente, “gobierno del, por y para el pueblo”, o más sencillamente, “gobierno del pueblo o popular”. Pero no se proponía escribir una monografía científica. Nos machaca tres veces la palabra “pueblo”, y con esa repetición, al parecer innecesaria, añade más y más profundas connotaciones afectivas a la palabra. No es este lugar a propósito para entrar en detalles sobre las complejidades de las calidades afectivas que tiene de por sí el fonema, pero debemos tener presente que el ritmo, la aliteración, la asonancia, la cadencia interior y las sutilezas de la rima poseen excelencias literarias y oratorias, únicamente por su valor fonético. Todos estos efectos de sonido contribuyen a reforzar los otros valores afectivos.

El hablar directamente a un individuo o a un lector tiene también virtualidad afectiva considerable. Por ejemplo: “¡Salga del césped! ¡A usted se lo digo!” Otro ejemplo lamentable es la falsa intimidad con que el anunciador de los comerciales por televisión habla “personalmente” a millones de oyentes. Pero esta comunicación directa no es sola característica del anunciador por televisión ni del pasquín pegado a la pared. Humaniza un poco la impersonalidad de los discursos solemnes, por lo cual el orador o el escritor apela frecuentemente a este estilo, lo mismo en la retórica más preciosista que en la más sencilla. Placiendo uso de este lenguaje directo, que muchas veces se convierte en apostrofe, el profesor dice, por ejemplo, en la clase: “Ya recordarán ustedes lo que dice Kropotkin en su obra *Ayuda mutua: Factor de la evolución*”, aunque sabe muy bien que el señor Pérez, aquel alumno del fondo de la clase, arrellanado en su silla, no ha oído hablar jamás de Kropotkin.

Tan común como el trato de “tú”, “vosotros” o “ustedes”, es el lenguaje en primera persona de plural, “nosotros”. En este caso, el autor se identifica con el lector o el oyente: “Pongamos, por ejemplo...” “Ahora vamos a estudiar...” “Nuestra obligación es...” Así hablan casi siempre los predicadores y maestros en sus pláticas exhortativas, y así lo hacemos en el libro presente. También emplean este estilo las maestras de *kindergarten* y los profesores de enseñanza elemental para clorar sus reprensiones: “Bueno, Pepito, bueno; Paquito, no vamos a pelearnos ahora y a insultamos. ¿Verdad que lo que tenemos que hacer es volver a ser amigos?” (Los niños suelen creer que “cooperar” significa “obedecer”).

En el llamado “período retórico” se altera el hipérbaton por motivos afectivos. En él se retrasa la terminación del pensamiento y del párrafo para lograr el efecto dramático de tener en suspenso al lector o al oyente. Del mismo tipo es la *antítesis*,

en que se expresan ideas acusadamente contrarias por medio de un paralelismo fonético que impresiona al lector con su contraste: “Esclavo de nacimiento, murió siendo rey”. “Pobre, y orgulloso”.

“Inscripción sepulcral para cualquiera: ‘Fue lo que fue, sin ser lo que debiera’”. (Campoamor, *Humoradas*).

Metáforas y comparaciones

Como hemos repetido, las palabras tienen connotaciones afectivas aparte de su valor afirmativo, como se aprecia en frases como estas: “Llevo esperándote desde hace un siglo: ¡vienes una hora más tarde!” “¡Está fardado de dinero!”. “Estoy muerto de cansancio”; son expresiones que, aunque absurdas en su sentido literal, tienen un sentido positivo. Lo imperfecto o inexacto de nuestro lenguaje informativo muchas veces importa poco desde el punto de vista de la comunicación afectiva. Así, podemos llamar a la Luna “rebanada de queso”, “dama” o “hada”, “góndola de plata”, etc., para que estas palabras provoquen los sentimientos que queremos en quien nos escucha o nos lee. Por eso, dicho sea de paso, es tan difícil traducir literatura de un idioma a otro: la traducción de las connotaciones informativas falsificará frecuentemente las afectivas, y viceversa, de manera que los lectores que conozcan los dos idiomas quedarán descontentos casi siempre, porque “se ha sacrificado el espíritu del original”, o bien, porque la traducción está “llena de inexactitudes”.

Hay otro problema, además, en las traducciones: es que la metáfora corriente en una cultura puede tener significado totalmente distinto en otra o en otras. La ONU presentó en cierta ocasión una película corta, en que una lechuza significaba la sabiduría. Esto produjo efectos totalmente contrarios en algunos países asiáticos, y hubo que cambiar el texto. ¿Por qué? Porque, según se averiguó, en esos países la lechuza era dechado de estupidez y objeto de hilaridad.

Durante la larga época en que la metáfora y la comparación eran consideradas como “ornamentos del lenguaje” —algo así como bordados o galas que embellecen las telas sin aumentar en nada su utilidad— se desdeñó la psicología de estos modos de comunicación. Tendemos a creer —como explicaremos detenidamente en capítulos posteriores— que las cosas que nos producen las mismas reacciones son idénticas. Si, por ejemplo, nos repugna la forma de comer del vecino y sólo hemos experimentado esa sensación de asco al ver atragantarse a los cerdos en su comedero, nuestra

reacción inmediata e involuntaria será: “Ese es un cerdo”. Identificamos cerdo y hombre. Igualmente, la leda brisa primaveral nos produce grata sensación, lo mismo que las manos suaves de una mujer bonita; por eso decimos: “La primavera tiene manos suaves”. Este es el proceso básico por el cual llegamos a la metáfora. Las metáforas no son “ornamentos del estilo”, sino expresiones directas de valoraciones que surgen cuando tenemos sentimientos fuertes que expresar. Por eso figuran con especial abundancia en la conversación primitiva de la gente del pueblo, de los incultos, de los niños; y en el argot profesional de la gente de teatro, de los bandidos y de quienes tienen actividades peculiares y movidas.

Desde el punto de vista emotivo, no distinguimos entre objetos animados e inanimados. Nuestro miedo es igual, ya lo provoque un ser animado o un ser inanimado. Por eso decimos que el viento nos besa las mejillas, que las olas rugen iracundas al estrellarse contra los acantilados, que las montañas se miran en el mar, que las ametralladoras escupen proyectiles, que los volcanes vomitan fuego y que la locomotora engulle toneladas de carbón. He aquí una porción de metáforas *personificadoras*; o sea: que “tratan de animar las cosas inanimadas”, como dicen los textos de retórica. Pero nosotros preferimos describirlo como reacción que no distingue entre las cosas animadas y las inanimadas.

La comparación

Sin embargo, aun en las etapas rudimentarias de la valoración, se ve claramente que al llamar cerdo a un hombre no se toman en cuenta debidamente las diferencias que hay entre uno y otro. Pensándolo mejor, lo sustituiría uno por la frase: “es como un cerdo”. A esto se llama comparación, o indicación de las semejanzas que vemos entre la persona y el cerdo. Por tanto, es algo intermedio entre la expresión directa e irreflexiva y el informe, aunque, naturalmente, más cerca de la primera que del segundo.

No se ha pensado suficientemente en que los que llamamos vulgarismos se rigen por los mismos principios que la poesía. Así, empleamos constantemente la metáfora y la comparación en nuestro lenguaje corriente; por ejemplo: “aguzó el oído o estiró la oreja”, “es más largo que la Cuaresma”, “no le llegaba la camisa al cuerpo”, “el hálito de la primavera”, etc.

Ya en el último ejemplo puede verse cómo el proceso imaginativo es igual en la poesía, donde se ven las cosas desde un ángulo científicamente disparatado, pero

emocionalmente expresivo:

Albor. El horizonte
entreaire sus pestañas
y empieza a ver.

—JORGE GUILLEN, “Los nombres”

Aún los vales del cielo no habían desposado al jazmín y la nieve, ni los aires pensado en la posible música de tus cabellos, ni decretado el rey que la violeta se enterrara en un libro.

—RAFAEL ALBERTI, “Tres recuerdos del cielo”

En las galeras del viento
remaban los galeotes.
Vibraba el cordaje trágico
en sinfonía disorde:

—¡Lobos de mar, ea, ea...,
contra las olas de bronce!
Y el mar se hacia ilusorio
entre luces y entre voces.

(El pinar brinda sus copas
—llenas de viento hasta el borde—
en fracasados cristales
verdes contra cielos ocres.
La llanura, torva, empuña
un banderín de horizontes.
—¿Quién triunfará? —un fugitivo
gritar de herido se oye,
mientras Pan arrastra a Otoño
por las veredas del bosque).

Chiscaba espuma el espacio
en cárdenos nubarrones:
—¡Lobos de mar..., ea..., ea...,
contra las olas de bronce!
Y el mar —llanura infinita—,
firme, seco, gris, inmóvil.

¿Quién despertó de los pinos
el verde soñar de monjes?

En las galeras del viento
remaban los galeotes.

—LOPE MATEO, “Romance del viento en el pinar”

Capullito, capullito,
ya te vas volviendo rosa,
ya te va llegando el tiempo
de decirte alguna cosa.

“Cantar popular”

Echen las mañanas,
Después del rocío,
En espadas verdes

Guarnición de lirios,

—LOPE DE VEGA, “Peribáñez”

Las que llamamos frases hechas o dichos vulgares pueden considerarse, por tanto, como poesía popular, porque vienen a desempeñar la misma función que la poesía: expresan vividamente el pensar y sentir del pueblo sobre las cosas de la vida.

La metáfora muerta

La metáfora, la comparación y la personificación están entre nuestras figuras comunicativas de dicción más útiles, porque tienen un poder afectivo que hace innecesarias las palabras nuevas para expresar cosas o sentimientos nuevos. Tan comúnmente las empleamos, que casi ni caemos en la cuenta. Por ejemplo: hablamos de la “cabeza” de un alfiler, la “cola” de un piano, las “entrañas” del volcán, “un brazo de mar”, las “manecillas” del reloj, la “falda” de una montaña, etc. Todas ellas son metáforas. Se “agarra la ocasión por los pelos”, se “retuerce” un argumento, se “desangra” al pueblo con los impuestos. Hasta en el lenguaje prosaico de la banca y de las finanzas, hay metáforas: se “liquidan” los depósitos, se “inundan” los mercados, se “estrangula” la libre empresa, se “queman” los precios, se “paraliza” el mercado, hay reacciones mercantiles “en cadena” y tiendas “en cadena”, etc.

Tan útiles son las metáforas que llegan a incorporarse al vocabulario. La metáfora es quizá el medio más importante del desarrollo, cambio, crecimiento y adaptación del lenguaje a nuestras constantes necesidades, aunque a veces se pasan de rosca (¡otra metáfora!) y vienen a convertirse en “leña seca” (como dicen los norteamericanos con otra metáfora), o *clichés*^[1]. Es que cuando las metáforas hacen fortuna, “mueren”, o sea, dejan de serlo para incorporarse al idioma.

Pocas veces tienen razón los que se oponen a los argumentos basados en metáforas o en “pensar metafórico”. No importa que se empleen metáforas: lo que importa es que representen semejanzas certeras.

La alusión

Otro medio afectivo de expresión es la alusión. Si, acodados en la borda de nuestro trasatlántico en una noche de luna, recitamos:

La Luna en el mar ríela,
en la lona gime el viento
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul,
y ve el capitán pirata,
sentado alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa
y allá, a su frente, Estambul...

estamos evocando en la mente de quien conozca el poema de Espronceda, los sentimientos que dejó expresados en su “Canción del pirata”, y aplicándolos al momento presente. Por tanto, la alusión es un medio extraordinariamente rápido de expresar y provocar en nuestros oyentes determinados sentimientos. Con una alusión a la violenta metáfora de Jesús: “¡Engendros de víboras!, ¿cómo podréis decir nada bueno si estáis envenenados?”, podemos hacer estremecer o enmudecer a un auditorio; con una alusión histórica como “Nueva York, la Babilonia moderna”, podemos expresar emotivamente la suerte que merece una urbe corrupta por el pecado; con una alusión literaria podemos evocar los sentimientos de un poema y aplicarlos a un acontecimiento o situación análoga.

Pero las alusiones sólo son eficaces cuando el lector u oyente conoce el caso histórico, la cita literaria, la gente aludida o los hechos a que se hace referencia. Los chistes familiares, alusivos a hechos de la experiencia hogareña, deben ser explicados a los profanos, lo mismo que las alusiones clásicas a la gente que no conoce ese tipo de literatura. Pero cuando un pueblo entero, o los miembros de toda una civilización, tienen memorias y tradiciones comunes, es sumamente delicado y eficiente el empleo de la alusión.

Por eso, una de las razones por las que la juventud de cualquier cultura tiene que estudiar la literatura y la historia de su grupo nacional o lingüístico, es la de capacitarse para entender las alusiones del grupo y poder comunicarse con él. Los que no identifiquen las alusiones expresadas de paso a la historia europea o norteamericana, a versos de Chaucer, Shakespeare, Milton, Wordsworth, o a los personajes célebres de Dickens, Thackeray o Mark Twain, pueden considerarse extraños a las tradiciones del pueblo o pueblos de habla inglesa. Lo mismo ocurre con quienes no conozcan a los gigantes de la historia, del arte, de la literatura y del folklore español. Por eso, con el estudio de la historia, del arte y de la literatura, no sólo se adquiere una cultura social, como suelen decir hombres que se tienen por prácticos, sino un medio necesario para acrecentar la eficiencia de nuestro trato con los demás y nuestro entendimiento de lo que ellos quieren comunicarnos.

Ironía, “pathos” y humor

Más complicado y difícil es el empleo de una metáfora, comparación o alusión que no sólo no cuadran a la situación presente, sino que sugieren todo lo contrario, con lo cual se acrecienta el valor humorístico, patético e irónico de la frase. De ello resulta una sensación de conflicto entre nuestros sentimientos sobre lo que estamos diciendo y los que provoca la expresión. Y así, surge un tercer sentimiento nuevo. Volviendo a nuestro ejemplo anterior, supongamos que nuestro trasatlántico surca un mar fangoso y hediondo, sin luna ni brisa. Se producirá un conflicto mental entre las estrofas de Espronceda y la situación presente que arrancará al oyente risas o lágrimas, según el contexto. Hay muchos matices sentimentales que apenas pueden provocarse de otra manera.

En el Capítulo 1 del Evangelio de San Juan, versículos 44 a 48, se lee:

Era Felipe de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro.

Halla Felipe a Natanael, y le dice:

—Aquel de quien escribió Moisés en la ley, y los profetas igualmente, le hemos hallado: Jesús, hijo de José, el de Nazaret.

Y le dijo Natanael:

—¿De Nazaret puede salir algo bueno?

Dícele Felipe:

—Ven y lo verás.

Vio Jesús a Natanael venir hacia sí y dice de él:

—Ahí tenéis verdaderamente un israelita, en quien no hay dolo.

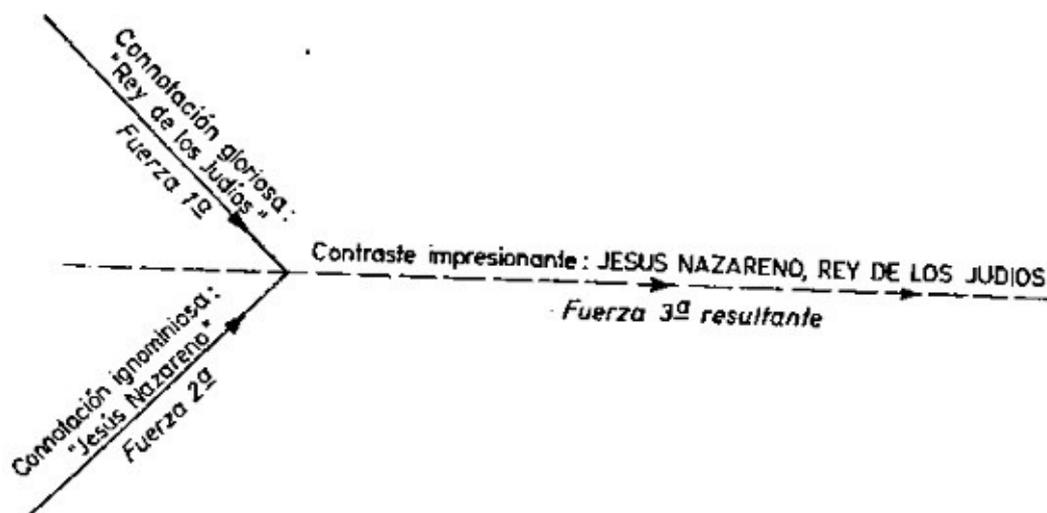
Dícele Natanael:

—¿De dónde me conoces?

Respondió Jesús y le dijo:

—Antes de que Felipe te llamase, cuando estabas debajo de la higuera, yo te vi.

De aquí se deduce que el gentilicio “Nazareno” tenía entre el pueblo una connotación derogatoria. Cuando sobre la cruz de Jesús se colocó la inscripción INRI, siglas de la expresión en latín de “Jesús Nazareno Rey de los Judíos”, se unieron, por tanto, dos que llamaremos “fuerzas” antagónicas y, al parecer, paradójicas: un elogio glorioso y un título ignominioso, que produjeron una tercera fuerza, de la manera que se expresa en el diagrama siguiente:



Tan poderosa fue esa fuerza 3ª, que ella produjo el CRISTIANISMO.

La afectividad de los hechos

Tomamos del *Sun-Times*, de Chicago, el siguiente reportazgo de un accidente automovilístico:

Alex Kuzma, de 63 años, con domicilio en North Maplewood Avenue, número 808, fue atropellado tan brutalmente por un automóvil, que le arrancó el antebrazo derecho y se lo llevó... Hubo testigos que vieron cómo disminuyó la marcha del vehículo, cómo se apagaron sus faros y por fin se perdió a toda velocidad. Después de buscar inútilmente el brazo del cadáver, la policía llegó a la conclusión de que debió de quedar en alguna parte del automóvil.

Pocos lectores dejarán de reaccionar afectivamente a esta historia, aunque sólo sea por una sensación de horror ante lo truculento del accidente, y con indignación hacia el proceder del conductor, que no se detuvo después de atropellar a un ser humano. Los hechos pueden ser afectivos de por sí, especialmente en niveles inferiores de abstracción, sin necesidad de trucos literarios para soliviantar los sentimientos.

Pero hay una diferencia importante entre la afectividad de los hechos y la de los demás elementos afectivos del lenguaje. En éstos, el escritor o el orador expresa sus sentimientos personales; en los primeros, los suprime; es decir: refiere los hechos de forma que puedan ser comprobados por los observadores, sean cuales fueren sus sentimientos personales.

Muchas veces, como en el ejemplo presentado, el informe escueto de los hechos concretos es más afectivo que los juicios explícitos. Descendiendo aún más en el nivel de abstracción —describiendo, por ejemplo, la cara ensangrentada y la ropa desgarrada de la víctima, los ligamentos destrozados que colgaban del muñón sanguinolento, etc.— puede intensificarse el carácter afectivo del informe. Ya no hará falta decir al lector: “¡ Fue un accidente truculento o macabro!” *Lograremos que él lo diga por su cuenta. Por decirlo así, el lector participa en el acto comunicativo, al dejarle que deduzca sus conclusiones.* El escritor capaz de seleccionar los hechos que van a hacer reaccionar a sus lectores como él quiere, es hombre de talento. Tendemos más a dejarnos llevar por ese estilo descriptivo que por una serie de juicios explícitos, porque el escritor no nos pide que le creamos que el accidente fue brutal. Esa conclusión es un descubrimiento del lector.

Categorías de escritos

La afectividad de los hechos —es decir, la de su presentación por el escritor para arrancar un juicio al lector— varía considerablemente según quien sea éste y según el tema.

Es interesante, en este sentido, establecer una comparación entre el contenido de las revistas folletinescas, destinadas al populacho, y el de las revistas de altura. De las primeras, los autores o escritores rara vez se fían de la capacidad del lector para llegar a sus conclusiones personales, y formulan los juicios por él. Cuanto mayor sea la categoría de la revista, más margen se dejará al lector para que formule sus propios juicios, o para que difiera de los que se le presentan, proporcionándole para ello datos suficientes.

Los siguientes pasajes de *True Confessions* constituyen ejemplo de juicios formulados para el lector:

Ya de por sí era una pesadilla decírselo a la Sra. Jenks y a la Sra. Peters, viendo la consternación que las abatía, pero lo peor era contárselo a Edie. Estaba cerrada en un silencio helado, con los ojos dilatados de horror y duda, y con la cara empalideciéndosele más y más.

—¡Hice lo posible por salvarlos! —exclamé—. Fue un accidente, un accidente inevitable.

Pero en los ojos de Edie había una llama acusadora cuando prorrumpió, ahogándose:

—¡Accidente!... ¡Si no se hubiese usted empeñado en llevárselos, ¡No habría habido accidente! —Las lágrimas rodaban por su rostro arrugado, mientras gritaba históricamente—: ¡No quiero volver a verlo en mi vida! ¡Asesino!

Me quedé mirándola unos momentos de horror, que me parecieron tan largos como una vida entera, y, dando la vuelta, me retiré, mientras un millón de demonios vociferaban desgarradamente en mi oído: “¡Tiene razón!”

¡Eres un asesino! ¡Asesino!”

El veredicto forense calificó de “trágico error de juicio” haber cargado excesivamente la barca... Pero nada era capaz de quitarme aquel peso de remordimiento del corazón ni de acallar el eco de la voz acusadora de Edie: “¡Asesino!” Repercutía en mis oídos día y noche, impidiéndome trabajar, y más todavía, dormir. Hasta que busqué refugio en el olvido de la única manera posible: emborrachándome...

* * *

Jim era fuerte y corpulento, de anchos hombros y con un gran penacho de pelo

rubio. Con sólo mirarlo se me excitaban los nervios y me quedaba sin aliento. Su carcajada me hacía también reír a mí. El toque de su mano me llenaba de un dulce deleite estremecido. El día que me invitó a la fiesta estudiantil creí morir de felicidad.

Se lo dije a mi madre. Todavía me parece ver su fino rostro de bellos rasgos contraerse como si hubiera recibido una ráfaga de nieve. A sus ojos asomó una fría desconfianza, y la torcida sonrisa de sus labios me hizo dar un vuelco al corazón...

El estilo de Ernest Hemingway es quizá el ejemplo clásico de la técnica contraria —muy elaborada, digamos de paso—, consistente en relatar los hechos escuetamente en forma de noticia, para que, sin más comentario, lleguen al corazón del lector. He aquí el fin célebre de *Adiós a las armas*:

Entré en la habitación y me quedé con Catherine hasta que murió. Estuvo inconsciente todo el tiempo y no tardó mucho en morir.

En el pasillo, hablé con el médico:

—¿Hay algo que pueda hacer yo esta noche?

—No. No hay nada que hacer. ¿Lo llevo a su hotel?

—No, gracias. Voy a quedarme aquí un rato.

—Sé que no hay nada que decir. No puedo expresarle...

—No —asentí—. No hay nada que decir.

—Buenas noches —dijo—. ¿No quiere que lo lleve al hotel?

—No, gracias.

—Era lo único que se podía hacer —dijo—. La operación resultó...

—No quiero hablar de ello.

—Quisiera llevarlo al hotel.

—No, gracias.

Se fue pasillo adelante. Yo me acerqué a la puerta de la habitación.

—No puede entrar ahora —me indicó una de las enfermeras.

—Ya lo creo que puedo.

—No puede entrar todavía.

—Salga usted —le dije—. Y la otra también.

Pero, después de hacerlas salir y cerrar la puerta, apagando la luz, no me sentí nada mejor. Fue como decir adiós a una estatua. Al cabo de un rato, salí del hospital y me volví al hotel bajo la lluvia.

Para qué es la literatura

La conclusión lógica y natural que deducimos de lo que llevamos dicho, es que, como la expresión de los sentimientos personales es fundamental en la literatura, también lo son sus elementos afectivos. Para valorar el mérito de una novela, de un poema, de una comedia o de un cuento, lo mismo que de los sermones, exhortaciones morales, alocuciones políticas y de cualquier expresión directiva, muchas veces tiene importancia secundaria el “mapa” que pueda describir de “territorios reales”. Si no fuese así, no tendrían razón de ser las grandes novelas fantásticas de la literatura universal.

En segundo lugar, cuando decimos que un escrito afectivo es verdadero, no queremos decir que lo sea “científicamente”, sino que estamos de acuerdo con su sentimiento; acaso también queramos indicar que se ha expresado perfectamente una actitud, o que las actitudes evocadas pueden inculcarnos una conducta social o personal mejor.

El adjetivo “verdadero” tiene muchos significados. Quienes creen que hay necesariamente conflicto entre la ciencia y la literatura o la ciencia y la religión, suelen pensar a rajatabla, como si las cosas sólo fuesen blancas o negras, verdaderas o falsas, buenas o malas. Para ellos, que la ciencia sea verdadera indica que la literatura o la religión son algo absurdo; si la literatura o la religión son verdaderas, la ciencia no es más que una ignorancia con pretensiones. Lo que debemos entender por afirmaciones “científicamente verdaderas”, es que son útiles y comprobables, que valen a efectos de una actividad organizada en cooperación. Cuando oímos decir que los dramas de Shakespeare o los poemas de Lope de Vega o de Dante son “eternamente verdaderos”, es que provocan en nosotros actitudes hacia nosotros semejantes, una comprensión de nosotros mismos o la conciencia del deber moral, que valen para la humanidad en cualesquiera circunstancias.

En tercer lugar, examinemos un defecto importante del lenguaje informativo y científico. Pedro Pérez, que quiere a María, no es Gonzalo González, que quiere a Juanita; y éste no es Enrique Sánchez, que quiere a Ana, ni Roberto García, enamorado de Isabel Martínez. Cada una de estas situaciones es única, no hay dos amores exactamente iguales; ni siquiera el amor de una pareja es el mismo hoy que mañana. La ciencia, que siempre busca leyes de aplicación universal y la mayor generalidad posible, extraería de estas situaciones sólo lo que tiene en común. Pero el que ama sólo es consciente de lo *único* de sus sentimientos; cada uno cree, como todos sabemos, que es el primero en el mundo en querer así. La literatura crea el sentimiento de lo que se experimenta viviendo.

¿Cómo se logra el sentido de la diferencia? Aquí es donde el lenguaje desempeña su parte más importante. Las diferencias infinitas de nuestros sentimientos en relación con todas las experiencias por que pasamos, son demasiado delicadas para narrarlas: hay que expresarlas, y así lo hacemos con los diversos tonos de voz, con los

ritmos, connotaciones, datos afectivos, metáforas, alusiones y cuantos medios afectivos del lenguaje podemos utilizar.

Con frecuencia, los sentimientos que hay que expresar son tan sutiles o complejos, que no basta con unas cuantas líneas de prosa o con unos versos. A veces, los autores tienen que escribir libros enteros, llenos de escenas, situaciones y aventuras, que arrastran las simpatías del lector aquí y allá, provocando en ellos sentimientos belicosos, tiernos, trágicos, hilarantes, supersticiosos, de codicia, de sensualidad, de piedad. Sólo de estas maneras puede el autor muchas veces producir en sus lectores los sentimientos que quiere. A esto se deben quizá las novelas, poemas, dramas, cuentos, alegorías o anécdotas: a arrancar comentarios como “La vida es trágica” o “Susana es hermosa”, no diciéndonoslo, sino haciéndonos pasar por una serie de experiencias que nos inspiren los mismos sentimientos hacia la vida y hacia Susana que alienta el autor. La literatura es la expresión más exacta de los sentimientos, y la ciencia el reportazgo o información más exacta. La poesía que condensa todos los recursos afectivos del lenguaje en tipos de infinita delicadeza rítmica, puede decirse que es el lenguaje de expresión de mayor eficacia.

La experiencia simbólica

Por tanto, puede decirse con toda verdad que los que han leído buena literatura han vivido más que quienes no saben o no quieren leer. Leyendo los *Viajes de Gulliver*, se asquea uno con Jonathan Swift del proceder de los humanos; leyendo *Huckleberry Finn* se siente uno navegando a la deriva, río Misisipí abajo, en una balsa; la inmortal novela de Cervantes nos hace sentir la gallardía de los ideales quiijotescos y el prosaísmo sensato de Sancho; Byron nos transporta en alas de su rebeldía neurótica contra una sociedad decadente... Este es el efecto principal de la comunicación afectiva: sentimos al unísono con los demás respecto a la vida, aunque vivan a miles de kilómetros y de años. No es cierto que sólo se viva una vida; sabiendo leer, vivimos cuantas existencias queramos.

El lector pudiera objetar a eso de “vivir” otras existencias distintas de la propia. Hasta cierto punto, tiene razón, porque la palabra “vida” significa dos cosas distintas al referirse a los libros y a la existencia personal. Pero se vive a más de un nivel: moramos en el mundo extensional y en el de las palabras (y otros símbolos). “Vivir las vidas de otros en los libros” es una *experiencia simbólica*, a veces llamada “vicaria”.

Nuestro deleite mayor al entregarnos a una obra literaria o dramática —novela, comedia o película— es observar que los protagonistas nos simbolizan en cierta manera. Jessie Jenkins suspira de contento en la película al ver cómo un hombre apuesto besa a Elizabeth Taylor, porque ella misma se considera besada... y simbólicamente lo es. Porque se identifica con la estrella y su papel en el filme. Cuando los espectadores ven a Kirk Douglas luchando a brazo partido con un canalla, aprietan los puños como si también ellos estuviesen tomando parte en la contienda... y lo están, simbólicamente. Al identificarnos con los personajes de su obra, el dramaturgo o el novelista nos hace pasar por series organizadas de experiencia simbólica.

Son grandes las diferencias que hay entre experiencias reales y simbólicas, porque no salimos ni con un rasguño cuando contemplamos una batalla en el cine, ni nos alimenta la cena suculenta de los personajes. Además, las experiencias reales nos ocurren de manera desorganizada: las comidas, las discusiones con la casera, la visita al ortopédico para que nos remedie los arcos caídos, interrumpen el maravilloso curso del romance. En cambio, el novelista sólo selecciona los hechos interesantes para su relato y los organiza a su gusto. Esta doble actividad es, por tanto, la que constituye el arte novelístico: seleccionar y organizar las situaciones. La elaboración del plan, el desarrollo de los personajes, la estructura de la narración, el clímax, el desenlace y todos los demás elementos técnicos de una obra literaria forman parte de las experiencias simbólicas, para que ejerzan en el lector el efecto deseado.

Todo el sabor literario y dramático de los cuentos de hadas infantiles, de las películas y de la “gran literatura”, depende indudablemente más o menos de la identificación imaginativa del lector con los personajes y las situaciones, y de su proyección en ellas^[2]. De la madurez de la obra y de la preparación del lector depende esta identificación. Si un lector maduro no logra identificarse con el héroe de una novela de vaqueros, es porque la sencillez del personaje no le sirve de símbolo, ni los villanos simbolizan tampoco a sus enemigos, o los hechos no tienen que ver con sus problemas.

Con todo, el mismo carácter elemental de los personajes y la inverosimilitud de las aventuras de las películas del Oeste contribuyen a su popularidad. Vivimos en una civilización compleja, en que la inmensa mayoría llevamos una existencia pacífica y sin ímpetu. Cuando nos vemos en problemas —porque declinan nuestras ventas y ganancias o peligran nuestros empleos o no llegan las mercancías a tiempo o se quejan los clientes— echamos la culpa a muchas cosas: a los productores, intermediarios, sindicatos o al mercado de valores, o bien a lo elevado de los impuestos y las rentas, a los ferrocarriles, al Gobierno o a los inevitables problemas de la comunicación en sociedades tan vastas y complejas. Generalmente, No es sólo un pillo ni un grupo de ellos, ni sólo un organismo, el que se convierte en blanco potencial de nuestra ira cuando las cosas van mal. Por eso, el mundo de las películas del Oeste, con sus hombres buenos (de sombrero blanco) y los villanos (de sombrero

negro) nos sirve de escape, porque, en medio de paisajes que refrescan el espíritu, todo termina felizmente, derrotando los buenos a los malos en una heroica refriega a tiro limpio. (Las películas en que los “buenos” llevan sombrero negro son para los “adultos”). Decimos que la gente no está madura, entre otros motivos, porque es incapaz de soportar la tragedia, el dolor o lo desagradable del tipo que sea. Estas personas no soportan por lo general un “final desventurado”, ni aun en una serie de experiencias simbólicas. De aquí el deseo tan común de que terminen bien las obras populares de la literatura, aunque traten de asuntos desventurados. Hay que asegurar constantemente a la gente no madura que todo va a salir perfectamente.

En cambio, los lectores que van madurando con la edad ensanchan constantemente el margen de profundidad y delicadeza de sus experiencias simbólicas. Bajo la guía de escritores hábiles, que han observado a fondo el mundo y saben organizar sus observaciones, el lector maduro es capaz de experimentar simbólicamente el asesinato, el crimen, la exaltación religiosa, la bancarrota, la pérdida de los amigos, el descubrimiento de minas de oro o de nuevos principios filosóficos, o bien la desolación de una invasión de langosta. Cada nueva experiencia simbólica enriquece su comprensión de la gente y de los hechos.

Al progresar en nuestras lecturas se ensancha nuestra conciencia. Paulatinamente van haciéndose más plenos y exactos los territorios reales de los seres humanos y su conducta, que describen los mapas de nuestras ideas, en condiciones y sazones sumamente heterogéneas. También aumenta nuestra simpatía hacia los seres humanos, al ampliarse nuestra visión y comprensión. El novelista, el poeta y el dramaturgo nos presentan lo mismo a los faraones de Egipto que al sacerdote tibetano cubierto por su máscara ceremonial, o al desterrado político y al “rebelde sin causa”, en descripciones vividas e íntimas, que nos permiten observar cómo vivieron, qué fue lo que les preocupó y qué sentimientos alentaban por dentro. Al examinar así las vidas de los demás, situadas en el tiempo y el lugar que se quiera, descubrimos con asombro que todos ellos son seres humanos. Y este descubrimiento es la base de todas las relaciones humanas civilizadas. Si seguimos sin civilizarnos —lo mismo en la comunidad que en las relaciones industriales, nacionales o internacionales— es principalmente porque no hemos llegado a hacer ese descubrimiento. La literatura es uno de los medios más valiosos para lograrlo.

La ciencia y la literatura

Gracias a la comunicación científica, con sus sistemas internacionales de pesas y medidas, con su nomenclatura universal y sus símbolos matemáticos, podemos intercambiar nuestra información, hacer un depósito común de observaciones y dominar nuestro medio colectivamente. Gracias a la comunicación afectiva —la conversación y el gesto cuando podemos vernos, y la literatura o las demás artes cuando no podemos— llegamos a comprendernos, dejamos de mirarnos con sospechas estúpidas y poco a poco vamos realizando la comunidad entre nosotros y los demás. En una palabra: la ciencia nos capacita para cooperar y las artes acrecientan nuestra simpatía para querer cooperar.

APLICACIONES

I

Para hacer la crítica literaria de lo que dice un autor y de lo que intenta decir, hace falta conocer los principios expuestos en este capítulo. Su aplicación sólo es posible en una lectura abundante y cuidadosa, y previo el desarrollo del gusto por medio de la conciencia de lo que pasa en cada pieza literaria que se lee, folletón de revista, cuento, novela o drama.

Es un buen ejercicio, aun para el lector experimentado, estudiar pasajes breves de prosa y de verso —sobre todo los que uno conoce bien desde hace tiempo— e investigar cuidadosamente: *a)* lo que el autor trata de decir; *b)* los elementos afectivos que lo ayudan a ello; *c)* los que oscurecen su exposición, si los hay; *d)* si el autor logra llevar sus ideas y sentimientos a la mente del lector y en qué grado, y *e)* lo adecuado de sus metáforas para el tema que trata. He aquí unos cuantos pasajes que pudieran servir para este tipo de análisis:

1. En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua,

rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda... Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza.

—CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*

2. Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado;
- El amor y la pena
despiertan en mi pecho una ansia ardiente;
despiden larga vena
los ojos hechos fuente;
la lengua dice al fin con voz doliente:
- Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
el alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?

—FRAY LUIS DE LEÓN, “Noche serena”

3. Nunca como ahora las telas transparentes han invadido el campo de la moda; vienen de *chiffon*, muselina, organzas y telas extraordinarias de nuevas mezclas sintéticas con hilos de oro y plata, tan resistentes que parece que por arte de magia sostienen el peso de los suntuosos bordados que adornan los trajes para las grandes ocasiones.

Los dibujos son también inusitados. Igual vemos enormes gotas de tamaño de un plato sopero sobre un fondo de color que destaque, como listas, flores de todos tamaños o dibujos abstractos que fascinan.

Las listas de todos anchos y con una variedad de colores increíble se trabajan por lo general horizontalmente; en muchos trajes, el dibujo se hace especialmente para el corte del traje y de un gran círculo van saliendo las ráfagas

o círculos que aumentan hasta llegar a dar al corte del traje precisamente el efecto que la fantasía del diseñador ha pensado.

—*Excélsior*, de México, Crónica de modas

4. Quizá haya un motivo, sólo uno, por el cual resulta beneficioso el empleo de la fuerza por el Gobierno: disminuir el volumen total de violencia que hay en el mundo. Es evidente, por ejemplo, que la prohibición legal del asesinato disminuye el volumen total de violencia que hay en el mundo. Y nadie será capaz de sostener que los padres deben tener libertad ilimitada para maltratar a sus hijos. Mientras haya hombres que desean ejercer violencia sobre los demás, no puede existir libertad completa, porque o hay que frenar el deseo de ejercer violencia, o debe abandonarse a las víctimas a su triste suerte. Por este motivo, aunque los individuos y las sociedades gocen de la máxima libertad en cuanto a sus asuntos personales, no deben tener libertad completa en su trato con los demás. Dar libertad al fuerte para que oprima al débil no es la forma de lograr la mayor cantidad posible de libertad en el mundo. Esta es la base de la sublevación socialista contra el tipo de libertad que defendían los economistas del “laissez-faire”.

—BERTRAND RUSSELL, *Political Ideals*

5. A aquellas antiguas espadas,
a aquellos ilustres aceros,
que encarnan las glorias pasadas...
Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas
y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros,
al que ama la insignia del suelo materno,
al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
los soles del rojo verano,
las nieves y vientos del gélido invierno,
la noche, la escarcha
y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,
saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha
triumfal...

—RUBÉN DARÍO, “Marcha triunfal”

6. Nadie puede entender el conservatismo si supone que “conservador” es el hombre que se pone de parte de las riquezas, del poder y del lujo. Porque conservador es más bien el realista, el que se pone de parte de cuanto es real, permanente, básico, fundamental; el que se pone de parte de las estrellas y de los

mares; de los espesos bosques que han adquirido fuerza y experiencia a lo largo de los siglos; de la tabla de multiplicar, que ni John Dewey es capaz de cambiar; del espectro inexorable del color y de las imprescindibles octavas de la escala musical, que fueron antes de comenzar el tiempo lo que serán exactamente después de que el tiempo termine; del Taj Mahal y del Partenón y de la catedral de Chartres; de Esquilo y Dante y Bach y Rembrandt; del espíritu elemental humano, en su abatimiento y en su gloria.

El conservador es un hombre que recela de la fluctuación del tiempo, porque tiene su confianza puesta en la Eternidad que invade el tiempo para hacerlo vivir. Y la muerte del mundo —en la primera Navidad y hoy— está en la temporalidad vacilante que rehuye la Eternidad, única vida del tiempo.

—E. MERRILL ROOT, “Flicker of Time”

7. El mar sus millares de olas
mece, divino.

Oyendo a los mares amantes,
mezo a mi niño.

El viento errabundo en la noche
mece los trigos.

Oyendo a los vientos amantes,
mezo a mi niño.

Dios Padre sus miles de mundos
mece sin ruido.

Sintiendo Su mano en la sombra,
mezo a mi niño.

—GABRIELA MISTRAL, “Meciendo”

8. Tenemos que aprender a despertarnos y a mantenernos despiertos, no por medios mecánicos, sino por una infinita espera de la aurora, que no se aparte de nosotros en nuestro sueño más profundo. No conozco nada más alentador que la indiscutible capacidad del hombre para elevar su vida por medio de una actividad consciente. Algo es ya poder pintar un cuadro o esculpir una estatua y hacer objetos bellos, pero es mucho más glorioso esculpir y pintar la atmósfera y el miedo misino a través del cual miramos, lo cual podemos hacer moralmente. Influir en la cualidad del día, he aquí la más sublime de las artes.

—HENRY DAVID THOREAU, *Walden*

II

El comienzo de una novela, poema, ensayo o libro tiene particular importancia para dejar asentado el punto de vista del autor y conquistarse la atención y el interés del lector, indicando su contenido y espíritu. ¿Qué puede deducirse de comienzos como éstos, respecto al objeto del autor?

1. Desocupado lector, sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir a la orden de naturaleza; que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío si no la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento.

—CERVANTES, Prólogo de *Don Quijote de la Mancha*

2. En tu alcoba techada de ensueños; haz derroche
de flores y de luces de espíritu; mi alma
calzada de silencio y vestida de calma,
irá a ti por la senda más negra de esta noche.

Apaga las bujías para ver cosas bellas:
cierra todas las puertas para entrar la ilusión;
arranca del Misterio un manojito de estrellas
y enflora como un vaso triunfal tu corazón.

—DELMIRA AGUSTINI, “La cita”

3. Ya soy un hombre entrado en años. La índole de mis actividades durante los *últimos* treinta años me ha puesto en frecuente contacto con una clase de hombres a quienes pudiera llamarse interesantes y un tanto singulares, de los cuales, que yo sepa, todavía no se ha escrito nada: me refiero a los pendolistas de bufete, escribientes o copistas. He conocido a muchos de ellos, en mi vida privada y profesional; si quieren, podría relatar historias diversas que quizá harían sonreír a los hombres de buenos sentimientos y llorar a las almas más tiernas. Pero haré a un lado las biografías de todos los escribientes y me contentaré con unos pasajes de la vida de Bartleby, el más raro de los escribientes que jamás se haya visto u oído.

—HERMAN MELVILLE, “Bartleby, el escribiente”.

4. El viejo y altivo castellano, arrodillado devotamente a las plantas del santo ermitaño, narraba con sincera y profunda emoción todo el trágico y llameante desastre de su vida, de aquella larga y tempestuosa existencia consagrada por completo a los más crueles y satánicos cultos del vicio y del crimen.

Sus manos feroces y acerbas de zarpa se cruzaban, ahora, sobre el pecho en un ademán suplicante de fervorosa imploración o se tendían desesperadas al cielo, trémulas y angustiosas en el supremo naufragio de sus últimas esperanzas.

—FRANCISCO VILLAESPESA, *El caballero del milagro*

5. ¿Quieres averiguar, lector paciente,
si tiene la niñez principios fijos?
Ven a escuchar el diálogo siguiente
que aquí sostienen con calor mis hijos.

Concha tiene seis años; Margarita
los cinco va a cumplir; Juan, tres apenas;
pero ninguno de ellos necesita
fuego en el pensamiento ni en las venas.

—JUAN DE DIOS PEZA, “Reyerta infantil”.

6. Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!...
¿Adónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero

a lo largo del sendero...
—La tarde cayendo está—.
En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día;
ya no siento el corazón.

—ANTONIO MACHADO, “Yo voy soñando caminos...”

7. Sutpen se quedó de pie junto a la yacija de paja en que estaban tendidos la madre y el bebé. Por entre las alabeadas tablas de la pared, caía el temprano sol matutino en largas pinceladas, listando sus piernas abiertas y la fusta de cabalgar que llevaba en la mano, y cruzando la silueta inmóvil de la madre, que lo miraba con sus quietos, inescrutables y tristes ojos. A su costado yacía envuelto el hijo en un retazo de tela deshilachada, pero limpia. Tras ellos, una vieja negra estaba sentada en cuclillas junto a la tosca chimenea donde se consumía una exigua fogata.

—Bueno, Milly —dijo Sutpen—. Lástima que no sea una yegua. Entonces podría darte un pesebre decente en el establo.

—WILLIAM FAULKNER, *Wash*

8. ¿A qué departamento pertenece la psicología? Propongo la palabra *curación*. Pero ¿qué clase de curación? Yo no quiero ser curado de mi hábito de elegir los colores naranja y negro, ni de fumar, ni de que me guste una botella de cerveza. Ningún maestro tiene derecho a curar a un niño de hacer ruido con un tambor. La única cura que debería practicarse es la de la infelicidad.

Es niño difícil el que es infeliz. Está en guerra consigo mismo y, en consecuencia, con el mundo.

Algo parecido ocurre con el adulto difícil. No ha habido hombre feliz que haya alborotado en una reunión, o predicado la guerra, o linchado a un negro. No ha habido mujer feliz que haya regañado con su marido o con sus hijos. Ni hombre feliz que haya cometido un asesinato o un robo. Ni patrono feliz que haya amedrentado a sus obreros.

Todos los crímenes, odios y guerras pueden reducirse a la infelicidad. En este libro me propongo demostrar cómo se produce la infelicidad, cómo arruina las vidas humanas y cómo puede educarse a los niños para que no se produzca gran parte de esta infelicidad.

Más aún; este libro es la historia de un lugar —Summerhill— en que se cura la infelicidad infantil y, lo que es más importante todavía, donde se cría a los niños en la felicidad.

—A. S. NEIL *Summerhill: A Radical Approach to Child Rearing*

III

De dos maneras puede identificarse el lector con los personajes de una novela. Primero, puede ver en el protagonista una representación más o menos realista de sí mismo. (Por ejemplo: si advierte en el personaje incomprendido por sus padres, sus experiencias personales, debido a lo dramático de la narración). Segundo, al identificarse con el protagonista puede ver realizados sus deseos (por ejemplo: si el lector es pobre, poco agraciado y nada preferido por las muchachas, puede identificarse con el personaje novelesco rico, apuesto y rifado por las mujeres bonitas). No es fácil marcar la división entre estos dos tipos de identificación, pero el primero (que podríamos llamar “identificación por el reconocimiento de sí mismo”) se basa esencialmente en la *semejanza* de sus experiencias con las del personaje novelesco, y el segundo (“identificación por realización de los propios deseos”) en la *diferencia* entre la vida anodina del lector y la interesante del personaje. Muchas novelas, quizá la mayor parte, tratan de lograr esta identificación por los dos medios.

Estúdiense a fondo una novela de amor o una aventura masculina en una película del Oeste, analizando la caracterización y la trama para ver cómo producen en el lector estos dos tipos de identificación. No comience el análisis de una obra por méritos literarios o de calidad, porque estos mecanismos se advierten más clara y sencillamente en una novela destinada al público sencillo.

IV

Este ejercicio supone que el lector no es aficionado a la literatura folletinesca y va a realizarlo desde fuera, sin que sienta la novela emotivamente. Luego procederá a analizar otra obra —cuento, novela o comedia— que le interese e intrigue de verdad. Deberá hacerse preguntas como ésta: “¿Qué fue lo que reaccionó en mí a los

elementos de la obra, y cuáles son éstos? ¿Qué significa mi entusiasmo por lo que hace a sus méritos y respecto a *mi* persona? ¿Seguirá gustándome y emocionándome dentro de diez años?”

V

Hay una colección de artículos recopilados por Bernard Rosenberg y David Manning White, bajo el título de *Mass Culture* (1957), que constituye un tesoro de estudios de la realización de los deseos en la cultura popular, terreno excelente, y el mejor, para estudiar este fenómeno. Vemos a nuestros tipos nacionales en películas, libros cómicos, historietas gráficas, operetas y canciones populares y anuncios. Tómese cualquier sección de este libro, léanse sus cuatro o cinco artículos y redáctese una crítica de 500 palabras, más o menos, a base de comentarios personales. Parecida es la obra, *Hollywood, the Dream Factory*, de Hortense Powdermaker. Puede consultarse también, *Movies: A Psychological Study* de Martha Wolfenstein y Nathan Leites (1950).

VI

Léase detenidamente la siguiente selección. Luego lea todos los textos de literatura de ficción que se contengan en una revista de amplia circulación, para mujeres o para lectores heterogéneos. Luego redacte un ensayo sobre todo ello, de conformidad con las directrices trazadas por Marya Mannes; debe tener unas 700 palabras:

Hablaba yo con una escritora de ficción que acababa de vender un cuento a una publicación canadiense, después de que el semanario norteamericano que solía comprarle sus originales lo rechazó de mala gana.

—Era un cuento feliz —me decía—, pero en él se mencionaba la muerte, y los

directores pretextaron que tenían por norma no hablar de la muerte en forma alguna a sus lectores...

Con eso, nos pusimos a charlar, como era natural, de los tabúes, o sea, de la “censura larvada” que ambas estábamos de acuerdo en que existía en proporciones fantásticas en los medios de difusión del país. Le hablé del cuento que casi vendí a una revista femenina. Los directores lo encomiaron mucho, pero querían que hiciese unos cuantos cambios. El hombre del cuento tenía treinta y cinco años y la mujer a quien quería, veintinueve. ¿Por qué no cambiaba sus edades, poniendo treinta para él y veinticuatro para ella, porque a los lectores no les interesaba el amor después de los treinta?

En segundo lugar, mi héroe era un refugiado checo, profesor de ciencias en una universidad del Oeste Medio, pero los editores querían que fuese un norteamericano del Oeste Medio; por ejemplo: un médico; preferían que el interés romántico no se centrara en un extranjero...

Había otros tabúes más explicables. No podía admitirse la desigualdad de edades entre una pareja enamorada. Para casar a un hombre de cuarenta con una muchacha de veinticinco, tenía que haber motivos muy poderosos. Pero, eso sí, nunca jamás podría escribirse acerca de una mujer de cuarenta años que tuviese una relación feliz con un hombre de treinta y cinco...

Otro escritor, hombre, nos advirtió que sólo presentando a una muchacha en la forma corriente y aceptable, podía ser atractiva en una revista de amplia circulación. Podría describirla de nariz corta, no larga; nada de dientes irregulares; ni podía ser metidita en carnes, por deliciosa que fuese en otros aspectos. No podría objetarse a ciertas artificialidades resultantes del maquillaje, ni, por otra parte, alabar a una muchacha que prescindiese de los recursos cosméticos...

Al intercambiar nuestras experiencias ficcionales, coincidimos en que jamás se podía hablar mal de un médico o de un banquero, aunque podía presentarse con caracteres antipáticos a un científico, a un escritor o a un músico. La mujer de carrera no podía ser feliz y tendría que terminar por sacrificarla en aras de una seguridad precaria. Una madre no podía estar contenta con sus hijos ausentes. Ningún personaje de ninguna novela podía discutir ideas abstractas o asuntos importantes corrientes, a excepción de inundaciones o huracanes...

—MARYA MANNES, “The Case of the Orange Orange”, en *Reporter*

9. ARTE Y TENSIÓN

Pero lo que yo sostengo es que si intentamos descubrir lo que el poema significa para el poeta, acaso nos enteraremos de una porción de generalizaciones sobre lo que los poemas representan para todo el mundo.

—KENNETH BURKE

Una antología poética bien seleccionada es un botiquín completo de remedios para los trastornos mentales mis comunes, y puede utilizarse su valor médico tanto para prevenir como para curar.

—ROUERT GRAVES

Tolerando lo intolerable

Los animales conocen su medio sólo gracias a la experiencia directa; el hombre cristaliza su saber y sus sentimientos en representaciones fonéticas simbólicas; con símbolos escritos toma nota de lo que va aprendiendo y transmite su saber a otras generaciones. Los animales comen donde encuentran alimento; pero el hombre, coordinando sus esfuerzos con los de los demás por medios lingüísticos, come abundantemente un alimento preparado por cien manos y traído desde muy lejos. Los animales sólo ejercen control limitado sobre los otros animales; pero el hombre, a base de símbolos también, establece leyes y sistemas étnicos, que son procedimientos lingüísticos para imponer el orden y las normas de la conducta humana. La adquisición del saber o del alimento y el establecimiento del orden social son actividades importantes para el biólogo, porque contribuyen a la supervivencia. Para los seres humanos tienen una dimensión simbólica, imposible de captar por los animales.

Trataremos de explicar las funciones de la literatura en términos científicamente comprobables, o sea, en términos de su valor biológico para la supervivencia. Aunque es una tarea difícil en la etapa actual de la ciencia psicológica, tenemos que intentarlo, porque la mayor parte de las explicaciones sobre la necesidad o el valor de la literatura (y de las demás artes) se limitan a “palabras-arrullo”, que ni son explicaciones ni son nada. Así, Wordsworth dice que la poesía es “el hálito y espíritu

sutil de todo saber”; Coleridge la describe como “las mejores palabras en el orden mejor”. Las explicaciones que dan de la literatura muchos maestros y críticos son también por el estilo, y podrían resumirse en algo así como, “debe leer usted la buena literatura, porque es muy buena, muy buena”. Si queremos enuclear científicamente las funciones de la literatura, hay que ahondar más.

Incluyendo en el contenido de la palabra “literatura” todos los usos afectivos del lenguaje, nos podemos valer de las recientes investigaciones psicológicas y siquiátricas, así como de las ideas de los críticos y estudiosos de la literatura. De todo ello deducimos que una de las funciones más importantes de la poesía es aliviar las tensiones de quien la escribe. Todos conocemos el desahogo de soltar una sarta de palabrotas cuando se está profundamente irritado. Este alivio de la tensión psicológica —que Aristóteles llama catarsis— se produce en todos los niveles del lenguaje afectivo, si hemos de creer lo que dicen los escritores mismos sobre el proceso creador. La novela, el drama o el poema brotan, como el juramento o la interjección, por lo menos en parte, de una necesidad interna, cuando el organismo experimenta una profunda tensión de alegría, dolor, confusión o desengaño. Y al desahogarla en lo que se escribe, se mitiga más o menos, a veces sólo momentáneamente.

El animal triste o desengañado poco puede hacer para remediar sus tensiones^[1]. En cambio, el ser humano, que dispone de una dimensión más para moverse (el mundo de los símbolos), no sólo pasa por su experiencia, sino que se la simboliza a sí mismo. Nuestras tensiones, sobre todo las dolorosas, se hacen tolerables cuando las podemos expresar con palabras a un amigo comprensivo, o consignarlas sobre el papel para un lector hipotético, o para nosotros mismos^[2]. Cuando nuestras simbolizaciones son adecuadas y lo bastante hábiles, nuestras tensiones quedan controladas simbólicamente. Para lograrlo, podemos desplegar las “tácticas simbólicas” de que habla Kenneth Burke, que consisten en la “reclasificación” de nuestras experiencias para “confinarlas” o aislarlas, y poderlas soportar mejor^[3]. Bien sea “desahogando el corazón”, bien por medio de las “tácticas simbólicas” o por otros procedimientos, podemos utilizar las simbolizaciones como mecanismos de alivio cuando se nos hacen intolerables las presiones de una situación.

Como todos sabemos, el lenguaje es social, y por uno que habla puede haber muchos que escuchen. La expresión que alivia la tensión de quien la profiere puede aliviar también otra parecida del oyente, si es que alguien la escucha. Y como la experiencia humana es bastante constante, esto puede ocurrir aunque el que habla y el que escucha estén separados por siglos o por culturas distintas. La manipulación simbólica con que John Donne “confinó” sus sentimientos de culpabilidad en uno de sus “sonetos santos” nos permite también confinar nuestros remordimientos por otro tipo de pecados acaso en otros tiempos y en otras circunstancias.

William Ernest Henley hizo frente a su invalidez crónica —estuvo enfermo desde niño y se pasó grandes períodos de su vida en hospitales— declarando en su célebre poema “Invictus”, su resistencia a ser derrotado:

Desde la noche que me cubre,
negra como socavón de polo a polo,
doy gracias a los dioses
porque nada mi alma abatir puede.

Los rudos golpes de la vida
ni un ¡ay! me han arrancado;
brotó la sangre de mi testa herida,
¡pero no la he doblado!

Más allá de esta furia y estas lágrimas
las tinieblas se espesan,
mas no siento pavor por la amenaza
de los años que vengan.

Angosta es esta cárcel en que vivo;
mi cadena es pesada.
¡ Pero yo soy el dueño de mí mismo,
el capitán de mi alma!

Estos versos puede recitarlos cualquiera en medio de sus tribulaciones, como lo demuestra el que constituyen uno de los poemas favoritos de los negros norteamericanos, y a veces es cantado a coro o recitado por sus organizaciones. El adjetivo “negra” del verso segundo, en un poema repetido por negros, aguza más la intención original del autor. En realidad, todo el poema tiene un sentido distinto, según sean los sufrimientos o zozobras del lector y la noche que se cierna sobre él^[4].

Se ha dicho muchas veces que la poesía es una medicina del alma. Kenneth Burke la llama “equipo para vivir”. Si tomásemos en serio estas afirmaciones podríamos hacer llegar sus derivaciones muy lejos. ¿Qué son, por ejemplo, algunos tipos de manipulación simbólica, con los que tratamos de equiparnos para hacer frente a la serie constante de dificultades y tensiones, grandes o pequeñas, que nos salen al paso cada día? No es necesario para la literatura, naturalmente, el estímulo de la tensión social, pero sí constituye muchas veces un eficaz acicate para la creación.

Algunas “tácticas simbólicas”

En primer lugar, debemos mencionar, claro está, lo que se llama “escape” literario, fuente abundante de literatura, poesía, drama, hilaridad y otras formas de comunicación afectiva. Edgar Rice Burroughs, condenado a su lecho de enfermo, se internó simbólicamente por la selva en la persona de Tarzán, con sus alucinantes y victoriosas aventuras; gracias a esta compensación simbólica, se le hizo tolerable su lecho de enfermo y, al mismo tiempo, alegró la vida de millones de individuos débiles, raquíticos o enclenques. Quizá no aprecie mucho algún lector las historias de Tarzán, pero subrayamos que para aliviar el dolor o el tedio es necesario el proceso simbólico para escribir y leer este tipo de libro; o sea: es preciso un sistema nervioso humano.

Pongamos otro ejemplo de estrategia simbólica. Cuando un empleado descontentadizo llama a su jefe “Hitler en miniatura”, ¿no está acaso desplegando una “táctica”, que al ponerlo a la altura de un gran tirano simbólicamente lo reduce a las proporciones razonables que dijera Kenneth Burke? ¿No hizo, por ventura, otro tanto Dante, cuando metió en los antros más terribles del infierno a los enemigos a quienes no podía castigar? Hay un mundo de diferencia entre lo de “Hitler en miniatura”, tan sencillo, y el destino que marcaba Dante a sus enemigos —y con su poema tiraba a otros muchos blancos, además del castigo simbólico de sus enemigos—, pero ¿no son ambas manipulaciones simbólicas con las que sus autores desahogaban sus tensiones psicológicas?

Pongamos otro ejemplo. A Upton Sinclair le disgustaba el estado de los mataderos, tal como estaban en 1906. Pudo haber hecho la vista gorda, pudo haberse dedicado a leer o escribir sobre otros temas, sobre tierras idílicas remotas en el tiempo y en el espacio o no existentes, como hacen quienes leen o escriben literatura “escapista”, perdóneseme el barbarismo. Pudo haber presentado el mal como parte de un gran “plan omnisciente de Dios”, que también sería manipulación simbólica. Esta estrategia ha sido característica de muchas religiones y de muchos autores. También podría haber emprendido la reforma de las condiciones de los mataderos, para luego contemplarlos con ecuanimidad: pero para eso tendría que haber sido un empleado importante de alguna compañía empacadora o del Gobierno. Pero ¿qué fue lo que hizo?: *socializar su descontento*; es decir: pasárselo a los demás, pensando certeramente que si eran muchos los descontentos, acaso cambiase la condición de los mataderos merced a una acción colectiva. La novela de Sinclair, *The Jungle* (La jungla), molestó a tanta gente, que provocó una investigación federal de la industria de la carne y una legislación regulando algunas de sus prácticas.

Como todo el mundo sabe, cuando se experimentan constantes tensiones, que van acumulándose, pueden desembocar en un trastorno psicológico más o menos grave. La psicología moderna no cree que el remedio de ese trastorno consista en desconocer o no preocuparse por lo malo que hay en el mundo. Es un proceso dinámico, de día a día, de momento a momento, que supone tanto el cambio del medio ambiente para amoldarlo a la propia personalidad como la adaptación de los sentimientos personales

a las condiciones existentes. Cuantos más recursos tengamos para realizar y sostener el ajuste, más eficaz será el proceso. La literatura parece ser uno de esos recursos.

Por tanto, la producción y el disfrute de la literatura, los medios simbólicos para equiparnos diariamente para vivir, parecen ser extensiones de nuestro mecanismo de ajuste más allá de las que nos proporciona la parte de nuestro equipo biológico que tenemos en común con los animales. Si un hombre consagrara años y años de su vida a analizar la constitución química del agua salada, sin consultar lo que ya se había dicho al efecto en cualquier libro elemental de química, estaría haciendo un uso muy imperfecto de los recursos que han puesto a nuestra disposición los sistemas simbólicos humanos. ¿No podría decirse igualmente que quienes se torturan con sus desengaños individuales y son víctimas de irritaciones e hipertensiones constantes, están haciendo un uso tremendamente imperfecto de nuestros recursos de ajuste, al no buscar calma y fortaleza en la literatura y en las demás artes?

De todo esto se deduce, por tanto, que la poesía (y las demás artes), buena o mala, tosca o refinada, tiene una función biológica que desempeñar en nuestra vida llena de símbolos: la de contribuir a nuestra salud y equilibrio psicológico.

“Equipo para vivir”

Los siquiátricos no fijan los límites precisos entre la cordura y la “insanidad mental”. La cordura es cuestión de grados, de modo que el cuerdo es capaz de mejorar o deteriorar su cordura, según sus experiencias y la fuerza y flexibilidad del equipo interno con que las afronta. La salud física tiene que sostenerse a base de alimento y ejercicio; de la misma manera podríamos decir que la salud psicológica debe alimentarse con símbolos afectivos: con la literatura que nos brinda nuevas fuentes de delicias, que remedia la soledad de nuestra miseria, nos muestra los problemas personales a una nueva luz, nos brinda posibilidades y áreas desconocidas de experiencia, y nos ofrece una variedad de tácticas simbólicas para “aislar” nuestras situaciones o casos.

Pero hay ciertas clases de literatura que, como algunos tipos de alimentos “procesados”, tienen el aspecto de valores nutritivos, pero no contienen los ingredientes vitamínicos esenciales, por lo cual deben consumirse en grandes cantidades para no padecer desnutrición espiritual^[5]. (Estas vitaminas son los mapas de territorios de experiencia humana, las directrices realistas y útiles, etc). Hay algunos géneros populares de ficción que blasonan de iluminar los problemas de la

vida, pero que, como las medicinas, remedian los síntomas sin curar la enfermedad. Otros prometen adormecer el dolor, como las drogas y el alcohol, sin calar hasta el fondo de su causa. La vida en el mundo de la fantasía —una de las características principales de la esquizofrenia— puede empeorarse con el consumo excesivo de esta literatura narcótica. Hay además otros tipos de ficción, como las películas, los programas de televisión, etc., que presentan panoramas falsos y rosados del mundo, al cual puede uno ajustarse sin esfuerzo. Lo que pasa es que quienes van acomodándose a este mundo irreal se despegan poco a poco del verdadero. Este “ajuste a lo irreal” tiene forzosamente que producir terribles desengaños y desilusiones a los jóvenes sencillos y sin malicia, cuando se enteran de que la vida no es como la pintan los cuentos; románticos.

Pero tampoco debe tomarse al pie de la letra el principio de que la literatura ayuda al equilibrio mental. Alguno dirá que si la literatura es un instrumento de la salud mental, habrá que hacer un auto de fe de las obras de muchos genios desequilibrados. Y al contrario, las tácticas simbólicas desarrolladas por autores tremendamente torturados, como Dostoyevski, Donne o Shelley, para aislar sus situaciones, tienen gran valor. Elaboraron recetas poderosas para sus dolencias, que no sólo nos valen para remediar males análogos, sino para prevenir padecimientos futuros.

Además, cuando se dice de una obra literaria que es grande o tiene valor eterno, ¿no significa eso, por ventura, que la táctica simbólica que devolvió el equilibrio al autor vale para otros individuos aquejados de trastornos distintos en tiempos y lugares diferentes? ¿No servirá, por ejemplo, la lectura de Sinclair sobre los mataderos de Chicago para tratar estratégicamente el descontento de otras personas por las molestias industriales de Manchester, Kobe, Montreal o Turín? Y si ya no existen condiciones y tensiones parecidas, por lo que las tácticas de liberación ya no valen, ¿no nos parecerá el autor anticuado y hasta muerto literariamente^[6]? En cambio, si su obra es capaz de suavizar las tensiones en cualquier tiempo y lugar, diremos que es inmortal o universal.

La relación entre la literatura y la vida es algo sobre lo cual se conoce científicamente poco, de momento. Sin embargo, todos creemos saber un poco, a nuestra manera, de esa relación, porque experimentamos los efectos de algún tipo de literatura a una u otra altura de nuestra vida. Todos hemos sentido los efectos dañinos de tantas películas, revistas populares y libros cómicos. Pero lo imperfecto de nuestros conocimientos científicos se pone en evidencia al discutir la prohibición de algunas de estas obras: ambas partes tienen que aportar sus razones; unos dicen que los libros de historietas cómicas exaltan indebidamente la imaginación infantil y hasta inducen a los niños al crimen, mientras otros afirman que eso sólo es propio de los niños con trastornos síquicos, que los hubieran perpetrado de todas maneras, y que, por lo contrario, las historietas cómicas o ilustradas los liberan de tendencias agresivas y calman sus nervios. Cada uno tiene su opinión.

Como nadie ha resuelto todavía estos problemas, parece sumamente conveniente

que colaboren los estudiosos de la literatura y de la psicología. Así, quizá llegue el día en que pueda asegurarse qué géneros literarios contribuyen a la madurez del lector y cuáles lo van a retener en una etapa eternamente infantil.

El arte como orden

Hay por lo menos otro elemento importante en el gusto que nos proporciona escribir y leer literatura, pero sobre él se conoce aún menos científicamente. Pertenece a los llamados valores artísticos o estéticos de una obra de la fantasía.

En el Capítulo 8 hablamos de las relaciones mutuas entre incidentes y personajes; por ejemplo, en la novela; es decir: de la exposición y selección de experiencias que distingue a la novela de una narración descabellada. Antes de hablar de la narración como novela, y por tanto, como obra de arte, debemos decir que, vivamos o no la historia merced a la identificación imaginativa con sus personajes, los episodios están más o menos ordenados. Aunque no nos guste la trama o el argumento, diremos que está bellamente expuesto, siempre que haya un orden más o menos interesante en sus incidentes. A veces, el orden interno y la relación entre las partes de una novela es tan excelente, que nos gusta aunque no tengamos simpatía por sus personajes ni nos satisfagan sus episodios. ¿Qué tiene el orden para que sea tan importante de por sí?

El autor de estas líneas opina que se debe a los procesos simbólicos humanos, y a que los símbolos de los símbolos, y los símbolos de los símbolos de los símbolos, y así sucesivamente, pueden ser manufacturados por el sistema nervioso humano. Esto, que ya explicamos en el Capítulo 2 y que se desarrollará más todavía en el 10, puede ayudarnos a comprender las funciones de la literatura.

Como hemos observado, los animales viven en un mundo extensional; no tienen un mundo simbólico. No hay en su existencia, según creemos, más orden que el de los hechos físicos que entran en su vida. En cambio, el hombre vive en el plano extensional y habla de su vida consigo mismo en el simbólico, bien con palabras, bien con símbolos carentes de valor verbal, como la pintura, la música y la danza. El ser humano no se contenta con un conocimiento extensional, sino que casi no puede prescindir de hablar consigo mismo sobre lo que ha visto, sentido y hecho.

Los datos de la experiencia aparecen llenos de contradicciones cuando se comentan. La señora González adora a sus niños, pero los está echando a perder con su amor mal dirigido; los campesinos analfabetos de una aldea china dan muestras de mayor sensatez social y personal que la gente culta de las grandes urbes; se dice que

del crimen no puede sacarse nada bueno, pero hay casos en que el criminal prospera; un joven que nació para el estudio y la poesía se siente impulsado a perpetrar un asesinato político; la esposa que fuera fiel a su marido durante veinte años, lo abandona sin motivo muy claro; un fulano anodino, que nunca ha valido para nada, se porta heroicamente en una situación de peligro... He aquí una serie de contradicciones que encontramos a la vuelta de la esquina. Nuestras afirmaciones, desordenadas y sin relación entre sí, sobre la experiencia, no sólo están descabaladas, sino que son difíciles de usar o aplicar.

Este desorden de nuestras afirmaciones, conscientemente contradictorias, constituye de por sí una fuente de tensiones. Debido a sus contradicciones no pueden proporcionarnos una guía fija de acción, y nos dejan a expensas de nuestra indecisión y perplejidad. Estas tensiones no se remedian hasta que armemos las piezas descabaladas, *hablando con nosotros mismos de nuestra conversación interna* (es decir, simbolizando nuestros símbolos), de modo que, como decimos, ya las cosas dejen de carecer de significado. Las religiones, las filosofías, la ciencia y el arte son también, por métodos diferentes, remedios de las tensiones producidas por los datos contradictorios de la experiencia, hablando sobre lo que hablamos, y hablando sobre lo que hablamos de lo que hablamos, y así sucesivamente, hasta crear un orden entre los datos.

Hablar de las cosas, hablar de que se habla, hablar de que se habla que se habla, etc., equivale a hablar en diferentes niveles de abstracción. La imposición del orden sobre nuestras representaciones del mundo es lo que significa “comprensión”. Cuando decimos que un científico comprende algo, quiere decir que ha ordenado sus observaciones en los niveles objetivos, descriptivos y altamente deductivos de abstracción, para formar un sistema en que todos los niveles se relacionan entre sí a base de unas cuantas generalizaciones poderosas. Cuando un gran líder religioso o un filósofo entiende la vida, significa que también ha ordenado sus observaciones en un conjunto de actitudes, que frecuentemente cristalizan en directrices extraordinariamente generales y poderosas. Lo mismo ocurre con el novelista que entiende la vida de un sector de la humanidad o de toda ella: ha ordenado sus observaciones en muchos niveles distintos de abstracción: el particular y el concreto, el general y el universal (en el Capítulo 10 estudiaremos más detenidamente los niveles de abstracción). Pero el novelista no presenta ese orden en un sistema científico, ético o filosófico de generalizaciones abstrusas, sino en un conjunto de experiencias simbólicas al nivel de los informes afectivos, arrastrando los sentimientos del lector merced al mecanismo de la identificación. Y estas experiencias simbólicas las entreteje un buen novelista para formar una urdimbre congruente de actitudes de desprecio, compasión, valor, afecto a los atropellados o futilidad, según el caso.

La organización literaria de un conjunto de experiencias es a veces puramente mecánica y externa, en virtud de las reglas para hacer una novela, una comedia, un

cuento, un soneto, o lo que sea. Pero son más importantes los modos de organización que indican los materiales de la obra literaria, las experiencias que el escritor quiere consignar. Cuando los materiales de un relato no se amoldan a la forma convencional de una novela, el autor puede crear una organización totalmente nueva, que se preste mejor a la descripción de sus experiencias; es la que los críticos llaman “creación de una nueva forma”. En este caso, también el orden puede parecer desorden al principio —como el *Ulysses* de James Joyce, o *Tristram Shandy*, de Laurence Sterne—, porque, como los principios orgánicos son nuevos, tienen que descubrirse durante el proceso de la lectura. El motivo de que un poema, novela o comedia adopte la forma que adopta por fin, es lo que debe estudiar el crítico técnico literario: las exigencias externas e internas que estructuran los materiales para formar una obra de arte.

Simbolizar las propias experiencias y ordenarlas en un todo coherente constituyen un acto de integración. El buen novelista, dramaturgo o poeta ha sintetizado y ha sabido dar cohesión a vastas áreas de experiencia humana. Por eso, para ser grande en literatura, hace falta un vasto conocimiento extensional de la gama de las experiencias humanas, junto con el talento ordenador de las mismas. El artista creador siempre está aprendiendo, tanto sobre las experiencias humanas (su material) como sobre la técnica de su arte (o sea, los medios ordenadores).

También es de importancia fundamental desde el ángulo del lector, que el lenguaje sea social. La serie ordenada de experiencias y actitudes presentada por el escritor produce en el lector cierto orden en sus propias actitudes y experiencias; o sea: queda un poco mejor organizado personalmente. He aquí la función del arte.

APLICACIONES

I

Establézcase la comparación o el contraste de las ideas expresadas en este capítulo

con las que se contienen en los siguientes fragmentos. Con ello podrá usted redactar un ensayo sobre “La función del arte”. También sería bueno que escribiese trabajos más breves para acusar las diferencias posibles entre cualquiera de los fragmentos y el punto de vista del autor.

1. Se escribe para instruir; el fin de la poesía es instruir deleitando.

—SAMUEL JOHNSON, *Prefacio a Shakespeare*

2. Enfermedad... En primer lugar, se pregunta quién está enfermo, quién está loco, quién está epiléptico o paralítico: un badulaque de tantos, cuya dolencia no tiene un solo aspecto intelectual y cultural, o un Nietzsche, un Dostoyevski. En estos dos últimos casos, la enfermedad produce frutos más importantes y beneficiosos para la vida y para su desarrollo que cualquier normalidad sancionada por la medicina. La verdad es que la vida nunca ha podido prescindir de lo doliente, y quizá no haya refrán más disparatado que el que dice que “del enfermo, no puede salir más que enfermedad”. La vida no se anda con contemplaciones y quizá prefiera mil veces una dolencia creadora que estimule al genio, que una salud prosaica; prefiere una enfermedad que salte arrogantemente por encima de los obstáculos a caballo brincando audazmente de pico en pico, a la salud de un papanatas vulgar. A la vida no le gustan los melindres ni piensa jamás en establecer distinciones morales entre la salud y la enfermedad. Arrebata el producto bruto de la enfermedad, lo consume y lo digiere; y en cuanto lo ha asimilado, se convierte en salud. Sobre la obra del genio enfermo, más genio todavía por la enfermedad, se precipita toda una horda, toda una generación de gente sana y sincera, que la admira y la encomia, la sublima hasta los cielos, la perpetúa, la transforma y hace merced de ella a la civilización, que no vive sólo del pan casero de la salud. Todos curan en nombre del gran inválido, gracias a cuya locura ya no necesitan enloquecer. Su salud se alimenta de su locura, y él recupera su salud en ellos.

—THOMAS MANN, “*Dostoyevsky in Moderation*”

3. Una gran obra de arte es como un sueño: pese a su aparente claridad, no se explica a sí misma ni es nunca equívoca. Un sueño nunca dice, “Tú deberías”, ni “ésta es la verdad”. Presenta una imagen de formas muy parecida a como la Naturaleza permite crecer a una planta, y somos nosotros quienes tenemos que sacar nuestras conclusiones. Cuando alguien tiene una pesadilla, es que o propende mucho al miedo o tiene muy poco miedo; y si sueña con el sabio de la antigüedad, quiere decir que o es demasiado pedagógico o está necesitando un maestro. En el fondo, ambos significados vienen a convertirse sutilmente en lo mismo, como lo percibimos cuando logramos que la obra de arte produzca en nosotros el mismo efecto que produjo en el artista. Para captar su significado,

debemos dejar que nos dé forma a nosotros, como dio forma a él. Entonces comprendemos la naturaleza de su experiencia. Vemos que ha bebido en las fuerzas curativas y redentoras de la síquis colectiva, que palpita debajo de la conciencia con su aislamiento y sus dolorosos errores; que ha penetrado en la matriz de la vida en la cual son gestados todos los hombres, e imprime un ritmo común a toda la existencia humana, permitiendo al individuo comunicar sus sentimientos y afanes a toda la humanidad.

El secreto de la creación artística y de la efectividad del arte consiste en el retorno al estado de *participation mystique*, al nivel de experiencia en que es el hombre el que vive, no el individuo, y en el que las cuitas y dolores del ser humano individual no cuentan, sino sólo la existencia humana. Por eso, toda gran obra de arte es objetiva e impersonal, pero no por eso deja de conmovernos profundamente a todos. Y por eso también la vida personal del poeta no puede considerarse esencial para su arte, sino, en todo caso, como una ayuda, o bien como un obstáculo, para su tarea creadora. Lo mismo da que sea un filisteo que un buen ciudadano, o un neurótico, un loco o un criminal. Su carrera personal puede ser fatal e interesante, pero no explica al poeta.

—CARL JUNO, *Modern Man in Search of a Soul*

4. Obra clásica es la que proporciona placer a la minoría intensa y permanentemente interesada en la literatura. Vive porque la minoría, impaciente por renovar su sensación de placer, es eternamente curiosa y, por tanto, se entrega al proceso eterno del redescubrimiento. La obra clásica no sobrevive por ninguna razón ética... porque se ajuste a determinados cánones, o porque el desprecio u olvido acabaría con ella. Permanece porque es fuente de placer y porque los escasos apasionados de ella no pueden desdeñarla, como la abeja no puede desdeñar a la flor. Los escasos apasionados de ella no leen “las cosas de mérito” porque sean de mérito. Esto equivale a poner el carro delante del caballo. Las cosas de mérito lo son únicamente porque les gusta leerlas a los escasos apasionados...

No hay en absoluto quien esté en condiciones de acertar en la selección de las obras modernas. Separar el trigo de la paja lleva muchísimo tiempo. Las obras modernas tienen que pasar por la piedra de toque de las generaciones venideras, casi cabalmente todo lo contrario de lo que ocurre con las clásicas, que ya pasaron victoriosas la prueba: *tu gusto es el que tiene que pasar por la piedra de toque de los clásicos*. Ahí está la cosa. Si difieres de un clásico, eres tú quien está equivocado, no el libro. Si difieres de una obra moderna, puedes tener razón o no, pero no hay juez con autoridad para decidirlo. Tu gusto está por formarse. Necesita una guía, una guía autorizada.

—ARNOLD BENNETT, *Literary Taste: How To Form It*

5. La idea de que la experiencia mental del lector es el poema mismo lleva a la conclusión absurda de que no existe el poema si no es experimentado y recreado en cada experiencia. Por tanto, no habría una sola *Divina Comedia*, sino tantas como lectores tuvo, tiene y tendrá. Terminamos en un completo escepticismo y anarquía, llegando al aforismo *de gustibus non est disputandum*. Tomando esto en serio, no podría explicarse cómo la experiencia que de un poema tiene determinado lector va a ser mejor que la de otro, ni cómo es posible corregir la interpretación de otro lector. Allí acabaría definitivamente la enseñanza de la literatura, cuyo fin es aquilatar la comprensión y apreciación de un texto...

Por interesante que sea de suyo la psicología del lector, o útil a efectos pedagógicos, siempre quedará fuera del objeto del estudio literario —la obra concreta de arte— y no vale para tratar de su estructura y valor.

—RENE WELLEK Y AUSTIN WARREN, *Theory of Literature*

6. La misión del arte es revelar la relación entre el hombre y el universo que lo rodea, en el momento de la vida. De la misma manera que la humanidad está siempre afanándose por relaciones antiguas, el arte va siempre delante de los tiempos, que quedan constantemente a la zaga del momento viviente. Cuando Van Gogh pinta girasoles, revela, o realiza, la relación vivida entre él mismo como hombre y el girasol como girasol, en ese momento fugaz de tiempo. Su pintura no representa al girasol mismo. Nunca sabremos lo que es el girasol. Y la cámara “visualizará” al girasol mucho más perfectamente que Van Gogh.

La visión expresada en el lienzo es otra cosa, una tercera cosa completamente intangible e inexplicable, descendencia del girasol y de Van Gogh. La visión expresada en el lienzo no tiene proporción ni comparabilidad o “conmensurabilidad” con el viento ni con la pintura ni con Van Gogh, como organismo humano, ni con el girasol como organismo vegetal. No se puede pesar ni medir ni describir siquiera la visión del lienzo...

Es una revelación de la relación perfeccionada en determinado momento entre un hombre y un girasol... Y esta relación perfeccionada entre el hombre y su universo ambiente es la vida misma... Tanto el hombre como el girasol se salen del momento al formar una relación nueva. La relación entre todas las cosas cambia de día a día, en un cambio sutil y fugaz. De aquí que el arte, que revela o logra otra relación perfecta, sea siempre nuevo.

Pensando en ello, vemos que nuestra vida consiste en lograr esta relación pura entre nosotros y el universo viviente que nos circunda. Así es como “salvo mi alma” al realizar una relación pura entre mí y otra persona, entre mí y los demás, entre mí y una nación, una raza de hombres, los animales, los árboles o las flores, la Tierra, el firmamento, el Sol, las estrellas y la Luna: una infinidad de relaciones puras, grandes y pequeñas... esta es, debemos saberlo, nuestra vida y nuestra eternidad: la relación sutil, perfecta, entre mí y todo mi universo

ambiente...

En esto es en lo que radica la belleza y el gran valor de la novela. Filosofía, religión y ciencia no hacen sino afanarse en clavar las cosas para lograr un equilibrio estable. La religión, con su Dios único clavado a machamartillo...; la filosofía, con sus ideas fijas; la ciencia con sus “leyes”: todas, todas ellas quieren clavarnos constantemente a uno u otro árbol.

Pero la novela, no. La novela es el ejemplo mejor de la interrelación sutil que el hombre ha descubierto...

—D. H. LAWRENCE, “Morality and the Novel”, *Phoenix*

II

Teniendo presentes los dos últimos párrafos de “Equipo para vivir”, haga un comentario sobre el siguiente artículo, bien sea en forma de ensayo breve de 200 palabras, bien verbalmente, leyéndoselo a algún grupo de amigos o en una clase, como tema de discusión y de intercambio de ideas:

NUEVA YORK, 29 de marzo. No importa que el drama televisado termine con una moraleja sana; o sea: que triunfe la virtud. El niño podrá ver y reconocer la moraleja, pero el daño está hecho con sólo seguir allí sentado, en un ambiente cómodo, viendo lo que traman los criminales o los maleantes.

Esta combinación del ambiente cómodo con la acción criminal acabará tarde o temprano con la conciencia del muchacho. Y eso es precisamente lo que los padres están tratando constantemente de imbuirle: una conciencia firme...

Así piensa el profesor inglés H. J. Eysenck, del Instituto de Siquiatría de la Universidad de Londres. Sostiene que al castigar los padres a los pequeños por ser malos y al premiarlos por ser buenos, crean las reacciones condicionadas que llamamos conciencia. De ser esto cierto, la violencia que presencian los niños en el televisor puede “descondicionar” esas conciencias que tanto tiempo ha llevado a sus padres crear...

Así, ocurre que el pequeño, calentito y a su gusto, quizá con una taza de chocolate en la mano, no encuentra desagradable una pelea a puñetazo limpio o un asesinato. Su conciencia va perdiendo paulatinamente la sensibilidad...

Y como la televisión llega a la niñez en masa... toda la de una nación puede

quedar despojada de eso tan sumamente necesario y tan altamente incómodo que se llama conciencia.

—Associated Press

III

A la luz de lo tratado en este capítulo, estúdiense los siguientes poemas, para ver:

- a) Qué tensiones personales parece tratar de aliviar el autor (no estará mal repasar la biografía del poeta)
- b) qué tácticas simbólicas emplea;
- c) si estas tácticas pueden valer para otros individuos y tras situaciones (ponga algunos ejemplos);
- d) hasta qué punto ha logrado el autor ordenar sus experiencias para formar un todo coherente y lógico;
- e) qué procedimientos afectivos ha utilizado el poeta para crear ese todo coherente y significado (véase el Capítulo 8).

1. Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

Aquesta divina unión,
del amor con que yo vivo,
hace a Dios ser mi cautivo
y libre mi corazón:
mas causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡ Ay, qué larga es esta vida,
qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!

Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero...

—SANTA TERESA DE JESÚS, “Letrilla”

2. Que te cante me mandas;
fuera preciso
que llegaran mis cantos
al paraíso;
donde el Profeta
colocó a las huríes
no osa el poeta.

Desde la baja tierra
donde yo moro,
te contemplo, te admiro
mudo y te adoro:
y al firmamento
de tu amor se enaltece
mi pensamiento.

Mi voz, que cuanto existe
con locos giros
canta, no halla al cantarte
más que suspiros:
yo la requiero,
y ella, indócil, suspira:
“Rosa, te quiero”...

—JOSÉ ZORRILLA, “Serenata”

3. Sólo ha quedado en la rama
un poco de paja mustia,
y en la arboleda la angustia
de un pájaro fiel que llama.

Cielo arriba y senda abajo,
no halla tregua a su dolor,
y se para en cada gajo

preguntando por su amor.

Ya remonta con su queja,
ya pía por el camino
donde deja en el espino
su blanda lana la oveja.

Pobre pájaro afligido
que sólo sabe cantar,
y cantando llora el nido
que ya nunca ha de encontrar.

—LEOPOLDO LUGONES, “El nido ausente”

4. Aquí, junto al mar latino,
digo la verdad:
siento en roca, aceite y vino
yo mi antigüedad.
¡ Oh, qué anciano soy, Dios santo!

¡Oh, qué anciano soy!...
¿De dónde viene mi canto?
Y yo, ¿adónde voy?

El conocerme a mí mismo
ya me va costando
muchos momentos de abismo
y el cómo y el cuándo...

* * *

Unas vagas confidencias
del ser y el no ser,
y fragmentos de conciencias
de ahora y ayer.

Como en medio de un desierto
me puse a clamar;
y miré al sol como muerto
y me eché a llorar.

—RUBÉN DARÍO, “¡ Eheu!”

5. Lo que no logres hoy, quizá mañana
lo lograrás; no es tiempo todavía;
nunca en el breve término de un día
madura el trigo ni la espiga grana.
- No son jamás en la labor humana
vano el afán ni inútil la porfía;
quien con fe y con ardor lucha y confía
los mayores obstáculos allana.
- Trabaja y persevera, que en el mundo
nada hay que sea rebelde o infecundo
para el poder de Dios o el de la idea...
- ¡Hasta la estéril y deforme roca
es manantial cuando Moisés la toca
y estatua cuando Fidias la golpea!

—MANUEL DE SANDOVAL, “¡Insiste!”

6. Pluma, cuando considero
los agravios y mercedes,
el mal y el bien que tú puedes
causar en el mundo entero;
que un rasgo tuyo severo
puede matar a un tirano
y que otro torpe o liviano
manchar pueda un alma pura,
me estremezco de pavora
al extenderte la mano.

—ADELARDO LÓPEZ DE AVALA

7. Sálvame. ¡Oh, Dios!, que el agua llega al cuello.
En pantano fangoso estoy sumido
y no hallo ya donde los pies afirme.
- He caído en el fondo de las aguas
y [siento que] me anega la corriente.

Ya fatigado de llamar me encuentro,
y mi garganta se ha quedado seca.
De esperar a mi Dios fallan los ojos.
Más que cabellos son de mi cabeza
los que me tienen odio sin motivo.

* * *

Del fango sálvame, por que no me hunda;
libérame de aquellos que me odiaron,
de las profundidades de las aguas...

Desfallecí; esperé que se apiadase
alguien de mí; ninguno aparecía;
y quien me consolara, mas no hállele.

Antes echaron hiel en mi comida,
y en mi sed me abrevaron con vinagre...

Ve que soy miserable y estoy triste.
¡Oh, Señor!, tu socorro me conserve.
De Dios el nombre alabaré con cánticos,
y con hipinos de gracias loaré...

—EL REY DAVID, “Salmo 68 [69]” (Trad. de Bover y Cantera.)

8. Una noche, una noche
toda llena de murmullos, de perfumes y de música de alas:
una noche en que ardían
en la sombra nupcial y húmeda, las luciérnagas fantásticas,
a mi lado, lentamente, contra mí ceñida toda, muda y pálida,
como si un presentimiento de amarguras infinitas,
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
por la senda florecida que atraviesa la llanura
caminabas;
y la luna llena
y la luna pálida,
por los cielos azulosos, infinitos y profundos
esparcía su luz blanca;
y tu sombra, esbelta y ágil,

fina y lánguida,
y mi sombra
por los rayos de la luna proyectadas,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban,
y eran una,
y eran una sola sombra
y eran una sola sombra larga...

—JOSÉ ASUNCIÓN SILVA, “Nocturno”

9. Silencio de cal y mirto.
Malvas en las hierbas finas.
La monja borda alhelíes
sobre una tela pajiza.
Vuelan en la araña gris
siete pájaros del prisma.
La iglesia gruñe a lo lejos
como un oso panza arriba.
¡Qué bien borda! ¡Con qué gracia!
sobre la tela pajiza
ella quisiera bordar
flores de su fantasía.
¡Qué girasol! ¡Qué magnolia
de lentejuelas y cintas!
¡Qué azafranes y qué lunas,
en el mantel de la misa!
Cinco toronjas se endulzan
en la cercana cocina.
Las cinco llagas de Cristo
cortadas en Almería.
Por los ojos de la monja
galopan dos caballistas.
Un rumor último y sordo
le despega la camisa,
y, al mirar nubes y montes
en las yertas lejanías,
se quiebra su corazón
de azúcar y yerbaluisa.
¡ Oh, qué llanura empinada

con veinte soles arriba!
¡ Qué ríos puestos de pie
vislumbra su fantasía!
Pero sigue con sus flores,
mientras que de pie, en la brisa,
la luz juega el ajedrez
alto de la celosía.

—FEDERICO GARCÍA LORCA, “LA MONJA GITANA”

10. ¡ Pobre barquilla mía,
entre peñascos rota,
sin velas desvelada,
y entre las olas sola!
- ¿Adónde vas perdida?
¿Adonde, di, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
con esperanzas locas.
- Como las altas naves,
te apartas animosa
de la vecina tierra,
y al fiero mar te arrojas.
- Igual en las fortunas,
mayor en las congojas,
pequeña en las defensas,
incitas a las ondas.
- Advierte que te llevan
a dar entre las rocas
de la soberbia envidia,
naufragio de las honras.
- Cuando por las riberas
andabas costa a costa,
nunca del mar temiste
las iras procelosas.
- Segura navegabas:
que por la tierra propia
nunca el peligro es mucho

adonde el agua es poca.

Verdad es que en la patria
no es la virtud dichosa,
ni se estima la perla
hasta dejar la concha.

Dirás que muchas barcas
con el favor en popa,
saliendo desdichadas,
volvieron venturosas.

No mires los ejemplos
de las que van y tornan,
que a muchas ha perdido
la dicha de las otras.

Para los altos mares
no llevas cautelosa,
ni velas de mentiras,
ni remos de lisonjas.

¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa;
que presumir de nave
fortunas ocasiona...

—LOPE DE VEGA, “La barquilla”

LIBRO SEGUNDO

Lenguaje y pensamiento

El estudiante de política debe tener cuidado también con las palabras antiguas, porque las palabras persisten cuando la realidad que representan ha cambiado. Es característico de nuestra actividad intelectual tratar de aprisionar la realidad en la descripción que hacemos de ella. No tardamos en ser nosotros los cautivos de la descripción antes de lo que nos imaginamos. Desde entonces, nuestras ideas empiezan a degenerar en una especie de folklore que nos transmitimos, creyendo que seguimos hablando de la realidad que nos rodea.

Así, hablamos de libre empresa, sociedad capitalista, derecho de asociación, o gobierno parlamentario, como si estas palabras significasen lo mismo que antes. Las instituciones sociales son lo que hacen, no siempre lo que nosotros decimos que hacen. El verbo es lo que importa, no el nombre.

Si esto no se comprende, nos convertimos en adoradores de símbolos. Las categorías que desarrollamos antaño y que fueron las herramientas de nuestra comunicación con la realidad, se embotan sin remedio. Entonces, las realidades sociales y políticas a que creíamos enfrentarnos cambian y se reforman independientemente del efecto colectivo de nuestras ideas. Nos convertimos en criaturas de las realidades sociales, dejando de ser sus socios. Al manipular categorías anticuadas, se desangra nuestra vitalidad política y vamos dando tumbos de situación en situación, sin mapa, sin brújula y con el timón apuntando a un derrotero que ya no seguimos.

Este es el verdadero momento de peligro para un partido político y para los líderes y pensadores que lo sostienen. Porque, si ellos se han despegado de la realidad, las masas no.

—ANEURIN BEVAN, *In Place of Fear*

PRÓLOGO

Historia de la ciudad A y de la villa B: Otra anécdota semántica

Hubo una vez, iba diciendo el maestro, dos pequeñas comunidades, distanciadas considerablemente en lo espiritual y en lo geográfico. Pero ambas tenían en común que eran víctimas de una recesión económica que había dejado sin trabajo a un centenar de familias en cada una de ellas.

Los padres de la ciudad A eran hombres de negocios sensatos y sólidos. Los desempleados trataron de encontrar trabajo por todos los medios, con el afán de todo desocupado; pero la situación no mejoraba. Les habían inculcado la creencia de que siempre hay trabajo, con tal de que se busque tesoneramente. Fiados de esto, los padres de la ciudad podían haberse encogido de hombros sin dar mayor importancia al problema; pero eran hombres de buen corazón. No podían soportar ver morir de hambre a los desempleados, a sus mujeres y a sus hijos, y pensaban en proporcionarles algunos medios de vida. Pero, según sus principios, dar algo por nada los iba a desmoralizar, y esto les producía más dolores de cabeza porque, o los dejaban morir de hambre o destruían su carácter moral.

Por fin, tras muchas discusiones y meditaciones, dieron con esta solución: pasar a las familias sin trabajo subsidios mensuales por valor de doscientos dólares; pero para que no los recibiesen como si tal cosa, decidieron acompañar al subsidio una lección moral; a saber: hacer tan difícil, humillante y desagradable la obtención del subsidio, que nadie sintiese tentaciones de percibirlo si no lo necesitaba imprescindiblemente; serían el blanco de toda la comunidad, y terminaría por prescindir de aquel beneficio para reconquistar su dignidad. Algunos llegaron a proponer que se les negase el derecho a votar, para que la lección moral se les grabase más profundamente. Otros optaban por publicar sus nombres periódicamente en los diarios. Los padres de la ciudad tenían bastante fe en la bondad de la naturaleza humana para suponer que los beneficiados lo agradeciesen, porque obtenían algo por nada, sin haber trabajado para ganarlo.

Pero ocurrió que, una vez puesto el plan en funcionamiento, los “subsidiados” resultaron ser desagradecidos y de mal corazón. Les molestaban los interrogatorios e inspecciones, porque los encargados de ellas fisgoneaban, según decían, hasta el último detalle de su vida privada. A pesar de los editoriales de *La Tribuna*, en que se los exhortaba a ser agradecidos, los recibientes no asimilaban la lección moral, y se jactaban de “ser tan buenos como cualquiera”. Iban, por ejemplo, al cine, permitiéndose ese raro lujo, y sus vecinos los miraban con ojos torvos como diciendo: “Yo estoy sudando la gota gorda y pagando mis impuestos para apoyar a gandules como tú, que se dan la gran vida,”. Esta actitud los enconaba más todavía, de modo que se mostraban cada día más ingratos y constantemente estaban esperando

insultos, reales o imaginarios, de quienes no creían que “fuesen tan buenos como cualquiera”. Algunos terminaron por caer en un estado eterno de abatimiento, y uno o dos llegaron a suicidarse. Otros, con la conciencia de su inutilidad, no se atrevían a mirar la cara a sus mujeres y a sus hijos. Los hijos de los “subsidiados” se sentían inferiores a sus condiscípulos y adquirieron verdaderos complejos de inferioridad, que no sólo se reflejaron en sus grados escolares, sino en su vida después de la graduación. Finalmente, hubo “subsidiados” que después de intentar por todos los medios obtener un trabajo honrado para salir de aquel estado intolerable de abyección, decidieron entregarse al robo para no depender de nadie. Así lo hicieron, pero fueron a parar a la cárcel.

Y la depresión se abatió sobre la ciudad A. El subsidio había acabado con el hambre, era verdad, pero a costa del suicidio, de las rencillas personales, de la infelicidad en los hogares, de la debilitación de las organizaciones sociales, la inadaptación de los hijos y, finalmente, el crimen. La comunidad quedó dividida en ricos y pobres, víctimas del odio de clases. La gente decía, cabizbaja, que tenía razón desde el principio, que desmoralizaba dar algo por nada. Y con el semblante triste, esperaba que volviese la prosperidad a la ciudad, aunque cada día con menos optimismo.

La historia de la otra comunidad, la villa B, fue totalmente distinta. Era una localidad relativamente aislada, a la que no llegaban las prédicas de los mercachifles de la sabiduría. Pero uno de sus concejales, que tenía algo de economista, explicó a sus compañeros de concejo que la enfermedad, el paro, los accidentes, el fuego, las catástrofes meteorológicas o la muerte no entienden de justos o pecadores cuando asuelan la sociedad moderna. Continuó diciendo que las casas, jardines, calles, industrias y demás de la villa, orgullo de todos, se debían al trabajo, en parte, de los mismos que estaban ahora desempleados, y propuso un principio de seguro: si el trabajo prestado por ellos podía considerarse como una “prima” pagada a la comunidad como un anticipo para los tiempos de infortunio, las cantidades que se les pasasen ahora para que no muriesen de hambre podían considerarse como “derechos de seguro”.

En consecuencia, propuso que cualquier hombre honrado que hubiese prestado a la comunidad servicios de la índole que fuesen, recibiesen un trato de “ciudadanos accionistas”; es decir: con derecho a una subvención de doscientos dólares al mes mientras no tuviesen trabajo. Naturalmente, tuvo que hablar muy lenta y pacientemente, porque la idea era totalmente nueva para sus compañeros de concejo. Pero la presentó como “una propuesta de negocio”, y por fin, fue aceptada. Estudiaron todos los detalles y condiciones para ser “accionistas” de aquel plan de seguro social, y decidieron pasar cheques de doscientos dólares al mes a los cabezas de familia desempleados.

Los encargados de las investigaciones y pesquisas no se encontraron con las dificultades de los de la ciudad A, ni fueron recibidos como fisgones, porque, sin

lección moral alguna que enseñar, sino portadores de una misión de negocios, trataban a sus clientes con una cortesía ciudadana, más eficaz para obtener la información que buscaban. Nadie se molestó. Además, dio la casualidad de que la idea de la villa B llegó al conocimiento del director de un periódico liberal de una gran ciudad situada en el otro extremo del estado, el cual organizó una campaña publicitaria que levantó gran polvareda.

Los concejales decidieron entonces propagar el prestigio de la villa B a todos los vientos, para lo cual, en lugar de mandar simplemente por correo los primeros cheques a los subvencionados, decidieron entregárselos públicamente en una ceremonia cívica monstruo. Invitaron al gobernador del estado, quien se alegró de tener un pretexto para fomentar su escasa popularidad en la villa; al rector de la universidad estatal, al senador del distrito y a otros altos dignatarios. Cada una de las familias favorecidas por el “cheque del seguro social” fue subiendo solemnemente a la plataforma, donde el gobernador y el alcalde estrechaban la mano de cada uno de sus miembros, ataviados todos ellos con sus mejores trajes. Se pronunciaron discursos sonoros, hubo vítores y aplausos a raudales, y se publicaron las fotos de la solemnidad, no sólo en los periódicos locales, sino en muchos otros órganos metropolitanos de carácter gráfico.

En consecuencia, cada beneficiado experimentó la sensación de haber recibido una condecoración personal, de vivir en una localidad pequeña, pero maravillosa, y de que ya no había por qué temer el desempleo, puesto que su comunidad velaba por él y su familia. Además, habían figurado entre los grandes personajes, habían estrechado la mano del gobernador, y todos los felicitaban entre bromas y veras por ello. Los muchachos se ufanaban en la escuela de las fotos que publicaban de ellos los periódicos. Total, que nadie se suicidó en la villa B, nadie se consideraba desventurado por no trabajar, no hubo crímenes ni rencillas personales ni odio de clases, por la subvención mensual de los doscientos dólares...

* * *

Cuando terminó el maestro su cuento, comenzó la discusión:

—Esto demuestra —dijo el publicista, que tenía fama de hombre realista— lo que es capaz de hacer un buen trabajo promocional. El concejo de la villa B tenía un buen sentido publicitario, y aquella ceremonia cívica fue una obra maestra: hizo a todo el mundo feliz, organizó las cosas a lo grande... Sobre todo, eso de llamar a esa pensión “seguro”: así se atrajo la simpatía de todos.

—¿Qué es eso de “pensión”? —preguntó el Trabajador Social—. El plan de la villa B no tenía nada de pensión. Era un verdadero seguro.

—¡Santos cielos! —exclamó el Publicista, estupefacto—. Pero ¿sabe usted lo que está diciendo? ¿Insinúa que aquella gente tenía derecho a su cheque? Repito que fue una buena idea llamarlo “seguro”, porque así los beneficiados se sentían más felices.

Pero sigue siendo un subsidio, una pensión, por muchas vueltas que le dé. Bien está engatusar al público para que se sienta a gusto, pero nosotros no tenemos por qué engañarnos.

—¡Pero, si es que tenían derecho a ese dinero!... No están percibiéndolo de balde. Es un seguro. Hicieron algo por la comunidad, y por ese algo, percib...

—Pero ¿está usted loco?

—¿Quién es el loco?

—Usted. El subsidio es subsidio, ¿o no? Lo que debería hacer, era llamar a las cosas por su nombre.

—¡Vamos, hombre! El seguro es seguro, ¿o no?

P. D. Los que crean que el Trabajador Social y el Publicista sólo estaban discutiendo una cuestión de nombre, que vuelvan a leer detenidamente cada palabra de su diálogo.

10. CÓMO CONOCEMOS Y QUÉ CONOCEMOS

El punto esencial en el estudio de la conducta del lenguaje es la relación entre éste y la realidad, entre palabras y no palabras. Si no comprendemos esta relación, corremos el grave peligro de sacar de quicio la delicada conexión que debe existir entre las palabras y los hechos, desorbitar el sentido de aquéllas y crearnos una serie de fantasmagorías y espejismos.

—WENDELL JOHNSON

La vaca Palmira

El universo está en perpetuo movimiento. Las estrellas crecen, se enfrían, explotan constantemente. La Tierra está sometida al mismo proceso: erosionánse las montañas, desvíase el cauce de los ríos, hácense más hondos los valles. Toda la vida cambia a través de sus fases de nacimiento, crecimiento, decadencia y muerte. Hasta lo que llamamos materia inerte —las sillas, las mesas, las piedras—, vista submicroscópicamente, es un vórtice de electrones. Si la mesa parece como era ayer, o como fue hace cien años, no es que no haya cambiado, sino que sus cambios son demasiado minúsculos para nuestra tosca percepción. La ciencia moderna no reconoce materia sólida. A nosotros nos lo parece, porque el movimiento de sus elementos es muy rápido y microscópico para ser percibido. Tiene tanto de solidez como de blancura un disco giratorio con todos los colores, o como de inmovilidad una peonza en rotación. Nuestros sentidos son sumamente limitados, por lo cual usamos constantemente microscopios, telescopios, velocímetros, estetoscopios y sismógrafos, entre otros muchos instrumentos, para captar lo que nuestros sentidos no son capaces de percibir directamente. La forma en que vemos y sentimos las cosas es resultado del funcionamiento peculiar de nuestro sistema nervioso. Hay objetos visibles que no podemos ver y sonidos que no podemos oír. Por tanto, es absurdo creer que percibimos algo tal como es.

Pero aunque nuestros sentidos son limitados, nos revelan muchas cosas con la ayuda de los instrumentos. Los microorganismos descubiertos por el microscopio nos han permitido dominar la invasión de las bacterias; ni vemos ni oímos ni sentimos las ondas electromagnéticas, pero podemos producirlas y transformarlas a nuestro albedrío. La mayor parte de la conquista del mundo exterior por la ingeniería, la

química y la medicina, se debe a los artefactos mecánicos que incrementan la capacidad de nuestro sistema nervioso. En la vida moderna, nuestros sentidos se quedarían a mitad de camino si no tuviesen alguna ayuda para abrirnos caminos en el mundo. Sin ayudas mecánicas no podríamos obedecer las leyes de la velocidad ni llevar la cuenta del gas o electricidad gastada en nuestro hogar.

Pero volvamos a la relación entre palabras y significados, y supongamos que tenemos delante a una vaca llamada Palmira: es un organismo vivo, en constante cambio e ingestión de aire y alimento, que transforma, para segregarlo después. Circula su sangre; sus nervios transmiten mensajes. Vista microscópicamente, es una masa ingente de corpúsculos heterogéneos, células y organismos bacteriales; desde el ángulo de la física moderna, es una danza perpetua de electrones. No podemos saber lo que es en su integridad; aunque podamos asegurar qué fue en un momento concreto, ha cambiado tanto en el siguiente que ya nuestra descripción no es exacta. Es imposible afirmar qué es Palmira, ni nada: además, la vaca no es un objeto estático, sino un proceso dinámico.

Pero la Palmira que experimentamos es otra cosa. Sólo nos llega la experiencia de una fracción muy pequeña de la vaca total: las luces y sombras de su figura exterior, sus movimientos, su forma general, los ruidos que hace, las sensaciones que nos produce al tocarla. Y, debido a esta experiencia, observamos después semejanzas entre Palmira y otros animales, a los que aplicamos la palabra “vaca”.

El proceso de abstracción

Por tanto, el objeto de nuestra experiencia no es la cosa en sí misma, sino la interacción entre nuestro sistema nervioso (con todas sus imperfecciones) y algo extrínseco a él. Palmira es algo único; no hay en el mundo nada exactamente igual a ella. Pero nosotros abstraemos o seleccionamos automáticamente de ella los elementos en que se parece a otros animales, como forma, funciones y hábitos, y la clasificamos como vaca.

LA ESCALA DE LA ABSTRACCION

(Léase de abajo arriba)

8. "riqueza"

8. La palabra "riqueza" representa un nivel extraordinariamente alto de abstracción, casi sin referencia alguna a las características de Palmira.

7. "propiedad"

7. Al llamar "propiedad" a Palmira, van eliminándose más características suyas.

6. "propiedad agrícola"

6. Al considerar a Palmira como "propiedad agrícola", sólo se alude a lo que tiene en común con los demás bienes materiales de la granja.

5. "ganado"

5. Al llamar a Palmira "ganado", sólo se toman en cuenta los elementos que tiene en común con las ovejas, cabras, cerdos, etc.

4. "vaca"

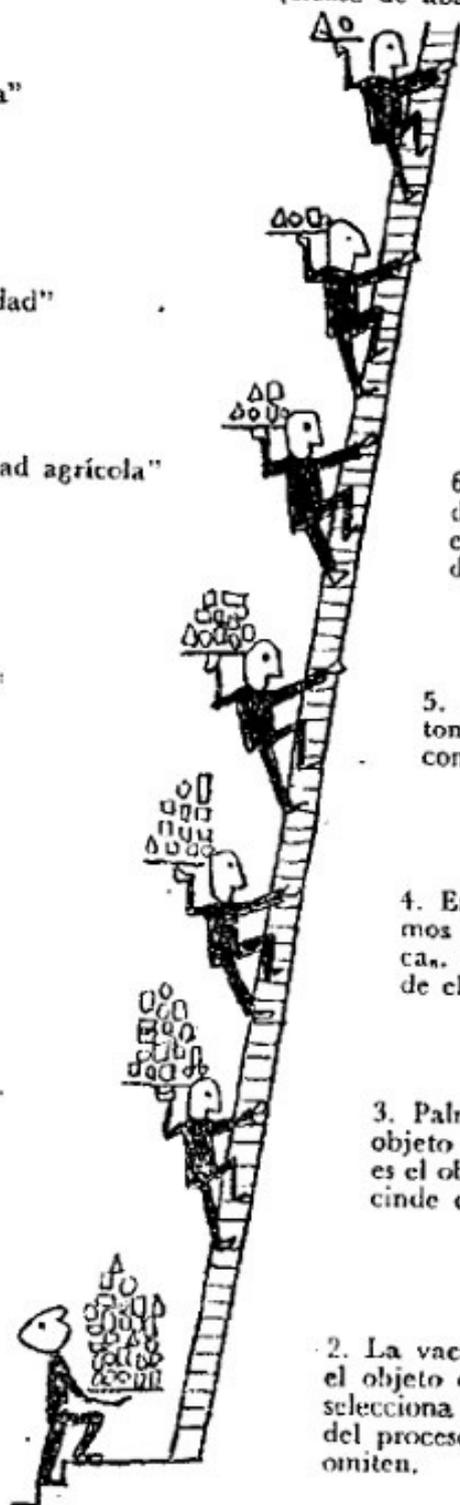
4. Esta palabra representa los factores que hemos abstraído a la vaca₁, vaca₂, vaca₃... vaca_n. Se omiten las peculiaridades de cada una de ellas.

3. "Palmira"

3. Palmira (vaca₁) es el nombre que damos al objeto de percepción del nivel 2. El nombre no es el objeto, sino que representa al objeto y prescinde de muchas de sus características.

2.

2. La vaca que percibimos no es la palabra, sino el objeto de nuestra experiencia, lo que abstrae o selecciona nuestro sistema nervioso de la totalidad del proceso-vaca. Muchas características de éste se omiten.



1. La vaca que conoce la ciencia consta en último término de átomos, electrones, etc., según las conclusiones científicas de nuestros días. Sus características, representadas por figurillas geométricas, son infinitas en este primer nivel y están en perpetuo cambio. Este es el nivel de proceso.

Así, pues, cuando decimos que “Palmira es una vaca”, sólo notamos sus semejanzas con otras vacas y pasamos por alto las diferencias. Más aún: saltamos por encima de un inmenso abismo: del proceso dinámico que llamamos Palmira, torbellino de actividades electro-químicas-nerviosas, a la idea relativamente estática que representa la palabra “vaca”. Invitamos al lector a que estudie la gráfica de este capítulo titulada “La escala de la abstracción^[1]”.

Como se observa en la gráfica, el objeto que vemos es una abstracción en su nivel más bajo, pero abstracción al fin, porque prescinde de muchas características del proceso que es la verdadera Palmira. Este nombre es el nivel verbal inferior de abstracción, porque omite otras características, como las diferencias entre la Palmira de ayer, de hoy y mañana, y sólo selecciona la semejanza. La palabra “vaca” sólo selecciona las semejanzas entre Palmira (vaca₁) y las vacas 2, 3, 4, y así sucesivamente, y por tanto, pasa por alto más peculiaridades de Palmira. La palabra “ganado” abstrae sólo los elementos comunes entre Palmira, las ovejas, los cerdos, cabras, etc. La expresión “propiedad agrícola” sólo selecciona los factores que Palmira tiene en común con las dependencias, vallados, muebles, ganado, tractores, etc., de una granja, por lo que está a un alto nivel de abstracción.

Quizá parezca extraño y fuera de lugar lo que estamos diciendo sobre el proceso de abstracción, porque el estudio del lenguaje suele limitarse a cuestiones de pronunciación, ortografía, vocabulario, gramática y estructura de las frases. Los métodos de enseñanza de composición y oratoria según sistemas anticuados tienen en gran parte la culpa de esta idea tan extendida, de que el estudio del lenguaje debe ceñirse exclusivamente a las palabras.

Pero nuestra experiencia cotidiana nos dice que la enseñanza del lenguaje no es sólo cuestión de palabras, sino de relacionarlas con los objetos o hechos que representan. Aprendemos el lenguaje del béisbol jugándolo o presenciándolo y estudiando cómo se desarrolla. No basta con que el niño aprenda a decir “papá” o “perro”, sino que debe usar estas palabras aplicándoselas a sus objetos. Como ha dicho Wendell Johnson: “El estudio del lenguaje comienza con el estudio de su significado”.

En cuanto empezamos a considerar lo que significa el lenguaje, estamos frente al problema de cómo funciona el sistema nervioso humano.

Cuando llamamos perro, lo mismo a un pastor alemán que a un chihuahuero o a un pachón, tan distintos en tamaño, aspecto y reacciones, es que nuestro sistema nervioso ha abstraído lo que es común a todos ellos, prescindiendo de sus diferencias.

Por qué hay que abstraer

Este proceso de abstracción, de seleccionar unas características y dejar otras, es indispensable. Supongamos que vivimos en una aldea aislada e integrada por cuatro familias, cada una de las cuales tiene su casa, con su nombre particular. Necesitamos una expresión general, en un nivel más alto de abstracción, que tome en cuenta las características comunes de las cuatro casas; pero como sería muy complicado (y prolijo) repetir esa expresión-síntesis cada vez, hay que inventar un sonido abreviado, y así elegimos la palabra “casa”. De necesidades así surgen nuestras palabras, que vienen a ser expresiones taquigráficas. El invento de una nueva abstracción constituye un gran paso adelante, porque hace posible la discusión, ya no de una posible quinta casa, sino de cuantas puedan construirse o verse de viaje o en sueños.

Un productor de películas educativas dijo en cierta ocasión al autor de este libro, que no puede filmarse el “trabajo”. Podrá filmarse el sinnúmero de actividades laborales que es capaz de desarrollar el hombre, pero el trabajo en sí es una palabra taquigráfica, perteneciente a un nivel superior de abstracción, imposible de llevar a la pantalla. En cuanto al “trabajo” que estudia la física, se deriva evidentemente de la abstracción de características comunes a muchos tipos de trabajo.

Puede comprenderse lo indispensable de este proceso de abstracción, estudiando qué es lo que hacemos cuando “calculamos”. Esta palabra procede del latín *calculus*, que significa china, o guijarro. Los antiguos solían echar en un recipiente una de estas piedrecillas por cada oveja que salía del redil, y así, cuando volvían por la noche, podían comprobar si se había perdido alguna. Será todo lo primitivo que se quiera este ejemplo, pero muestra cómo operan las matemáticas. Cada guijarro es una abstracción que representa la “unidad” de cada oveja; es decir: su valor numérico. Y como abstraemos de los hechos extensionales principios claros y uniformes, los hechos numéricos de las piedrecitas son, salvo circunstancias imprevistas, hechos numéricos sobre las ovejas. Nuestras x , nuestras y y demás símbolos matemáticos son abstracciones de otras abstracciones numéricas, y las hay de nivel superior todavía. Valen para predecir hechos y realizar operaciones matemáticas, porque son abstracciones deducidas exacta y uniformemente del mundo extensional y, por tanto, las relaciones reveladas por esos símbolos serán, salvo circunstancias imprevistas, repetimos, relaciones existentes en el mundo extensional.

Las definiciones

Contra lo que cree la gente, las definiciones no nos indican nada de las cosas. Sólo describen nuestros hábitos lingüísticos, los fonemas que emitimos en distintas circunstancias. Las definiciones son declaraciones sobre el lenguaje.

Casa. Esta palabra puede sustituirse en el nivel inmediatamente superior de abstracción, por la siguiente expresión: “Algo que tiene características comunes con la residencia de Mengano, con la morada de Zutano, con la choza de Perengano...”

Rojo. Se abstrae una característica común a los rubíes, a las rosas, a los tomates maduros, al pechuelo de los petirrojos, a la carne cruda y a la barra de labios, y esta palabra expresa esa abstracción.

Canguro. Los biólogos lo definen “mamífero hervíboro, marsupial de la familia de los macropódidas”, pero la gente lo llama “canguro” a secas.

Se observará que mientras la definición de casa y de rojo indica bajos niveles de abstracción, la de canguro sigue en el mismo nivel. Es decir: podemos ir a ver las viviendas de Mengano, Zutano y Perengano, deduciendo qué características tienen en común; así empezaremos a comprender cuándo debemos usar la palabra “casa”. Pero lo único que sabemos del canguro es que unos lo llaman de una manera y otros de otra. O sea: cuando nos quedamos en el mismo nivel de abstracción, no definimos nada ni damos dato alguno nuevo. Para no extenderse demasiado, los diccionarios tienen que dar por supuestos en muchos casos que el lector ya sabe de qué se trata. Consultamos en él la palabra “indiferencia”, y si se trata de un diccionario de bolsillo, lo llamará “apatía”; y a la “apatía” la definirá como “indiferencia”.

Pero son más inútiles aún las definiciones que suben a niveles más altos de abstracción por la escalera citada, a lo cual tendemos automáticamente. Pregúntele de sopetón a algún amigo:

—¿Qué significa la palabra *rojo*?

—Pues, un color.

—¿Y qué es *color*?

—Es una cualidad que tienen las cosas.

—¿Y qué es *cualidad*?

—Bueno... ¿se puede saber a qué viene todo esto?

Lo ha metido usted en un mar de confusiones. Está perdido.

Pero si, por lo contrario, adquirimos la costumbre de bajar a niveles inferiores de abstracción cuando se nos pregunta el significado de una palabra, nos perderemos menos en los laberintos verbales, nos apegaremos a lo real y sabremos de qué

estamos hablando. He aquí un ejemplo:

—¿Qué quiere decir *rojo*?

—Cuando veas detenerse la circulación en un cruce, mira al semáforo. También puedes ir al departamento de incendios y ver el color de los camiones.

“Definamos nuestros términos”

Ejemplo corrientísimo de la actitud desprovista de realismo (supersticiosa, a fin de cuentas) respecto a las definiciones, es el consejo manido académico: “Definamos nuestros términos para que sepamos de qué estamos hablando”. Como vimos en el Capítulo 4, no saber definir un partido de fútbol no quiere decir que no se entienda el significado de su nomenclatura. Y viceversa, poder definir muchas palabras no quiere decir que se sepan los objetos o acciones que representan concretamente. Al definir una palabra, la gente cree que se ha producido cierto tipo de comprensión, sin saber que los términos de una definición muchas veces encierran mayores confusiones y ambigüedades. Si lo entendemos así y queremos remediarlo definiendo los términos de la definición sin salir de nuestra confusión, continuaremos tratando de definir las palabras definidoras, y pronto nos habremos armado el gran lío. Lo mejor es reducir al mínimo las definiciones e indicar los niveles extensionales cuando sea necesario; es decir: poner ejemplos concretos de lo que estamos diciendo.

Definiciones operativas

Otra manera de no perder de vista los niveles extensionales en las definiciones, es echar mano de las que llama el físico P. W. Bridgman “definiciones operativas”. Según él:

Para averiguar la longitud de un objeto, tenemos que realizar ciertas operaciones físicas. Por tanto, se establece el concepto de longitud cuando se realizan las operaciones por las cuales se mide la longitud... En general, no entendemos por un concepto más que determinada serie de operaciones; el concepto es sinónimo de su correspondiente serie de operaciones^[2].

Así, pues, como explica Anatol Rapoport, definición operativa es la que indica “qué hay que hacer y observar para traer al campo de la experiencia el objeto definido o sus efectos”. Pone este sencillo ejemplo de definición de “peso”: vaya usted a una estación de ferrocarril o a una farmacia, busque una báscula, súbase a ella, meta una moneda por la ranura y lea el número que indica la aguja al detenerse; ese es su peso. Pero ¿si la cifra no es igual en básculas distintas? Pues entonces, su peso estará, por ejemplo, entre 70 o 75 kilos, según lo que marque cada báscula. Pero no hay peso que constituya una propiedad separada de las operaciones para medirlo. “Si la única manera que tenemos para averiguar el peso es la báscula, la definición del peso tendrá que hacerse en función de ésta”, dice Rapoport^[3].

Este es el punto de vista científico sobre las definiciones operativas: excluye absolutamente las declaraciones no extensionales y sin sentido. Lo mismo ocurre en los problemas diarios de la vida y del pensamiento. De la misma manera que no hay longitud ni peso fuera de las operaciones que lo miden, no hay “democracia” fuera de la suma total de prácticas democráticas, como el sufragio universal, la libertad de expresión, la igualdad ante la ley, etc.; ni “hermandad” ni “caridad”, separadas de las acciones fraternales o caritativas.

Los ejemplos mejores de definiciones operativas corrientes, son las fórmulas de los libros de cocina en que se describen las operaciones por medio de las cuales puede experimentarse extensionalmente la entidad definida. He aquí una muestra: “Las alcachofas bien lavadas se colocan en la olla exprés sobre la parrilla de la misma. Previamente se habrá puesto media taza de agua en la olla...” No estaría nada mal que los escritores y oradores leyesen de cuando en cuando algún libro de cocina para aclarar y precisar sus definiciones.

Círculos viciosos normales

En consecuencia, lo que más debemos evitar en el terreno del pensamiento, es no

descender de los niveles superiores verbales de abstracción, para llegar al mundo extensional:

—¿Qué entiende usted por *democracia*?

—La defensa de los derechos humanos.

—Y ¿qué entiende usted por *derechos*?

—Los privilegios que Dios nos otorga... bueno, los privilegios intrínsecos del ser humano.

—¿Como por ejemplo?...

—La libertad.

—Y ¿qué entiende usted por *libertad*?

—Pues... la libertad religiosa y política.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Pues la que disfrutamos en una democracia.

Claro está que se puede hablar sabiamente sobre democracia, como hablaron Jefferson y Lincoln, como habla Frederick Jackson Turner en *The Frontier in American History* (1950), Karl R. Popper en *The Open Society and Its Enemies* (1950), T. V. Smith y Eduard Lindeman en *The Democratic Way of Life* (1939), para no citar más que unos cuantos ejemplos. Cuando un orador no se apea de los niveles superiores de abstracción, el auditorio no sabe a qué se refiere, y él mismo pierde su capacidad discriminatoria. Al no posar los pies sobre la tierra, se pierde en círculos viciosos verbales, sin caer en la cuenta de que está profiriendo sonidos carentes de significado.

Esto no quiere decir que nunca podamos emitir fonemas sin significación extensional. Muchas veces los proferimos en el lenguaje directivo, al hablar sobre el futuro, en los rituales y en la conversación social. No debe olvidarse que nuestros altos poderes discursivos e imaginativos derivan de que los símbolos son independientes de las cosas simbolizadas, de modo que no sólo podemos pasar rápidamente de unos niveles bajos de abstracción a otros sumamente altos (de las zanahorias a su riego, de este a la prosperidad nacional, y de ésta a mejores generaciones humanas para el futuro) y a símbolos de cosas que no existen (“Si todos los camiones de carga existentes en el país se pusiesen en fila...”), sino que podemos manufacturar símbolos a capricho, aunque sólo representen abstracciones de abstracciones, sin contacto con el mundo extensional. Por ejemplo: los matemáticos hacen juegos malabares con símbolos sin contenido extensional, para averiguar nada más qué puede hacerse con ellos: a esto se llama “matemáticas puras”, que no son mero pasatiempo inútil, porque, aunque los sistemas matemáticos se elaboren sin pensar en sus aplicaciones extensionales, suelen resultar después aplicables de forma útil e imprevista. Pero generalmente los matemáticos saben lo que hacen al manipular símbolos no extensionales. También nosotros tenemos que saberlo.

Sin embargo, todos, hasta los matemáticos, hacemos ruidos involuntarios sin sentido en el lenguaje de la vida cotidiana. Ya hemos visto a qué confusiones se presta esto. El objeto fundamental de la escala de abstracción, es enunciar el proceso de la abstracción.

La desconfianza de las abstracciones

Utilizando nuestra escala de abstracción, podemos situar afirmaciones y palabras en diferentes niveles de la misma. “La señora Banuet hace buenas tartas”; he aquí una expresión en un nivel bastante bajo de abstracción, aunque omite muchos elementos, como qué quiere decir “buenas”, y las ocasiones raras en que no le salen bien las tartas. “La señora Banuet es una buena cocinera” constituye una abstracción más elevada, porque no sólo se refiere a su buena mano para las tartas, sino a su competencia para preparar asados, macarrones, ensaladas, etc., aunque no hace mención concreta de lo que es capaz de guisar. “Las mexicanas son buenas cocineras” es una afirmación de nivel aún más alto de abstracción: puede formularse con sólo consultar las estadísticas. “El arte culinario ha llegado a gran altura en América” estaría todavía en un nivel de abstracción más elevado, porque podía referirse a todo el continente y supone la observación de las comidas servidas en hoteles y restaurantes, el conocimiento de lo que libros y revistas americanos dicen sobre el arte culinario, lo que se enseña al respecto en los centros docentes y de educación doméstica, etc.

Por desgracia, aunque se comprende, en nuestros tiempos hay una tendencia a hablar con desprecio de las “meras abstracciones”. La capacidad de subir más y más peldaños en la escala de la abstracción es una virtud positivamente humana, sin la cual no serían posibles nuestros estudios filosóficos y científicos. Para tener una ciencia química, se ha necesitado alguien que arbitrara la fórmula del agua H_2O , prescindiendo de su humedad, dureza en estado gélido o fragmentación en estado de rocío, y demás características extensionales del agua en el terreno objetivo. Para llegar a formular una “ética”, ha habido que pensar en los elementos comunes de la conducta en las distintas civilizaciones y circunstancias, abstraer lo que es común a la conducta del carpintero, del político, del industrial, del soldado, a lo que tienen de común las leyes que regulan la conducta budista, confuciana, judía y cristiana. La fórmula más abstracta puede ser también la más general. La famosa máxima de Jesús: “Haced a los demás lo que quisierais que ellos os hiciesen”, es en este sentido una

brillante generalización de directrices más concretas, una generalización a un nivel tan alto de abstracción, que resulta aplicable a todos los hombres de todas las culturas.

Pero las abstracciones elevadas se desprestigian al emplearlas consciente o inconscientemente, como tantas veces ocurre, para confundir y desorientar a la gente. La resistencia a pagar las cuotas del seguro social puede calificarse de “defensa del sistema de libre empresa”; negar al negro norteamericano el derecho a votar, violando la Constitución, puede interpretarse como “defensa de los derechos de los estados”. La consecuencia de estos abusos de la abstracción en los asuntos públicos, es que el pueblo los va mirando con ojos escépticos, del tipo que sean.

Pero, como ha mostrado la escala de la abstracción, no conocemos sino abstracciones. Lo que sabe usted de la silla en que está sentado es una abstracción del total de la silla. Al comer un trozo de pan, no puede decir por su sabor si tiene o no vitamina B, lo que da por supuesto.

Lo que sabe usted de su esposa, aunque hayan estado casados desde hace treinta años, es también una abstracción. No puede desconfiarse sistemáticamente de todas las abstracciones.

Por eso, la prueba de las abstracciones no es si pertenecen a un nivel alto o bajo, sino si pueden referirse a niveles inferiores. Cuando uno habla de las artes culinarias americanas, debe estar en posesión de datos inferiores en la escala de abstracción, sobre restaurantes, cocinas hogareñas, técnicas, etc., hasta llegar a la señora Banuct. El profesor, predicador, periodista o político cuyas elevadas abstracciones pueden descender sistemática y seguramente a niveles inferiores de abstracción, no sólo está hablando, sino que dice algo, algo más que meras palabras.

La abstracción a niveles fijos

El profesor de la Universidad de Iowa, Wendell Johnson, explica en su obra *People in Quandaries* (1946) un fenómeno lingüístico, que llama “abstracción a un nivel muerto” o fijo. Sin duda, hay individuos que se mantienen más o menos permanentemente en determinados niveles de la escala de abstracción, unos a niveles bajos y otros a niveles muy altos. Hay quienes, por ejemplo, se aferran a un persistente nivel bajo:

Todos conocemos a ese tipo de personas que charlan y charlan por los codos sin llegar a una conclusión general. Hay conversaciones interminables que se reducen a él dijo y yo dije y ella dijo y yo dije y él dijo, para terminar, ya entrada la tarde, con un “¡ Bueno, pues eso es precisamente lo que le dije!” A este genero pertenecen muchas cartas en que se describen las excursiones y viajes turísticos: se da todo tipo de detalles minuciosos sobre los lugares que se han visto, las horas de salida y llegada, lo que se ha comido, los precios pagados, lo duro o blando de las camas, etc.

Se caracteriza especialmente por su vaguedad, ambigüedad y hasta falta total de sentido. Con sólo recoger unas cuantas circulares, libros baratos, ejemplares de revistas de la “nueva idea”, etc., puede acumularse en poco tiempo un fichero considerable de material ilustrativo. Naturalmente, encuéntrase mucho más en las librerías, en los puestos de periódicos y en los programas de radio. Las conversaciones corrientes, las clases académicas los discursos políticos, las alocuciones de inauguración y los foros y discusiones de mesa redonda proporcionan abundantes ejemplos de palabra que han cortado las amarras y se desbordan a sus anchas.

(Hablaron una vez al autor de estas líneas, de cierto curso de estética, dado en una gran universidad del Oeste Medio, en que durante todo un semestre se daban clases de arte, de belleza y de los principios en que se basaban. Pues bien; el profesor se resistió tenazmente, aunque se lo pedían los estudiantes, a citar cuadros, sinfonías, esculturas u objetos bellos concretos, que acreditasen sus principios. Respondía invariablemente: “A nosotros sólo nos interesan los principios, no los casos concretos”).

Hay también aspectos siquiátricos en la abstracción muerta en los niveles superiores, porque, cuando proliferan exageradamente los mapas sin referencia a territorio alguno, el efecto es el engaño. Pero en cualquier nivel, la abstracción muerta siempre se queda a mitad de camino y es inexpresiva:

El que habla en un nivel bajo lo exaspera a uno porque no sabe qué hacer con la información que ha recibido. Y el aficionado a los altos niveles, porque, sencillamente, no sabe uno de qué está hablando... Lo mejor que puede hacer uno en ese estado molesto, que intensifican más las reglas de la cortesía (o de la asistencia a clase), es seguir tranquilamente sentado hasta que el que habla haya concluido, distrayéndose con sus propios pensamientos, no prestándole atención o echándose un sueñecillo.

Por tanto, el buen hablar y el buen escribir, lo mismo que el pensamiento claro y

el bienestar psicológico, requieren una combinación constante de abstracciones de distinta altura y un juego constante de niveles verbales con niveles no verbales. En la ciencia, esto ocurre constantemente, las hipótesis se comprueban con las observaciones, y las predicciones con los resultados extensionales. (Sin embargo, el estilo científico de algunas publicaciones técnicas presenta ejemplos torturantes de abstracción casi muerta, por lo cual resulta tan difícil leerlas. No obstante, continúa la combinación de niveles verbales y no verbales experimentales, porque de otra manera no habría ciencia).

También se observa así en las obras de los buenos novelistas y poetas, cuyo mensaje es de gran utilidad general por los aspectos que descubre sobre la vida. Pero el novelista o el poeta dan a sus generalizaciones vigor y carácter persuasivo, porque saben observar y describir las situaciones sociales objetivas y los estados mentales. George F. Babbitt, el memorable personaje literario de Sinclair Lewis, tiene valor descriptivo (en un bajo nivel de abstracción) como retrato de un individuo, y valor general como descripción de un hombre de negocios norteamericano “típico” de su tiempo. Igualmente, el líder político sabe combinar los altos y bajos niveles de abstracción. Un politicastro sólo conoce los niveles inferiores, las promesas con que puede arrancar los votos, la fidelidad, no a los principios, sino a las personas (por ejemplo, a los personajes del gobierno), y las ventajas inmediatas. En cambio, el teorizante político sólo sabe de abstracciones elevadas (democracia, derechos civiles, justicia social), pero no conoce bien los hechos concretos ni los tejemanejes de intriga para ser elegido. El gran líder político, a quien estarán eternamente reconocidos los estados y las naciones, o por lo menos, su estado y su nación, es el que sabe combinar las altas metas de libertad, unidad nacional, justicia, con fines tangibles de nivel inferior, como mejores precios para el maíz, salarios mayores para los obreros de la industria textil, etc.

El buen escritor, el informador escrupuloso, el pensador profundo y el individuo cuerdo actúan en todos los niveles de la escala de abstracción, trasladándose elegante y ordenadamente de los altos a los bajos, y viceversa, con la agilidad y gracia de los simios en un árbol.

APLICACIONES

I

Empezando por una de las afirmaciones que tengan nivel más bajo de abstracción, ordene las siguientes de inferior a superior.

1. Prefiero el automóvil al avión.
 2. Me gustan los Ford.
 3. Prefiero los coches alemanes a los norteamericanos.
 4. Me gusta mi Chevrolet sedán de cuatro puertas.
 5. Me encanta viajar.
-
1. Pepe conserva siempre en buen estado todos los aparatos de su casa.
 2. Pepe es un genio mecánico.
 3. Maneja muy bien Pepe las herramientas.
 4. Pepe es un muchacho de palabra.
 5. Ayer cambió Pepe un condensador quemado de la radio.
 6. Pepe es de lo más servicial y útil que yo he visto.
 7. Pepe se las arregla para hacer funcionar esa radio.

II

Según lo explicado en este capítulo, sobre todo respecto a las “definiciones operativas”, aplique las palabras cuya lista va a continuación, a hechos del mundo extensional; es decir: vaya bajando por la escala de la abstracción e indique “qué hay que hacer y observar para traer al campo de la experiencia la cosa definida o sus efectos”. Si puede traducir en definiciones operativas las frases que acompañan a las palabras de la lista, hágalo. Si no, construya las definiciones operativas que se le ocurran.

1. ARTE: “El arte es una necesidad espiritual para todos los hombres”.
2. TELEVISIÓN: “La televisión proporciona al público ocasión de elevarse por encima de lo mundano y experimentar la liberación del corazón y del entendimiento”.

3. RAZA: “Somos miembros de la raza superior”.

4. FILOSOFÍA: “¡Hay algo más en el cielo y en la tierra, Horacio, de lo que ha soñado tu filosofía!”

—*Hamlet*, Acto I, Escena 5

5. LIBERAL: “El liberal se compadece vehementemente (aunque a veces caprichosamente también) de la gente en abstracto y de la masa; su respeto se cifra esencialmente en el pueblo común”.

—WILLIAM S. WHITE, *Harper's*

6. CONSERVADOR: “El conservador siente cálida e inalterable compasión por el individuo; su respeto se polariza más bien hacia el hombre que hacia la Humanidad”.

—*Ibíd.*

7. LA BATALLA DE GETTYSBURG: “La batalla de Gettysburg se libró en las cercanías de Gettysburg, Pensilvania, durante la Guerra Civil”.

8. HONOR:

“Al Rey la hacienda y la vida
se ha de dar, pero el honor
es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios”.

—LOPE DE VEGA, *El Alcalde de Zalamea* (Escena XVIII de la 1ª Jornada)

9. NOBLEZA: “El campeón boxeó durante todos los asaltos con la nobleza que le caracteriza”.

10. LIBERTAD: “La libertad es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos”.

—CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha* Parte II, Cap. 58

11. ARMAS NUCLEARES: “Para preservar la paz, es preciso disponer de la fuerza disuasiva de las armas nucleares”.

12. RAZÓN: “La razón es la sustancia, el poder infinito que anima toda la vida natural y espiritual; es, además, la forma infinita que pone en movimiento lo material. La razón es la sustancia de la cual procede el ser de todas las cosas”.

—HEGEL

III

Analícnese los siguientes pasajes según sus niveles de abstracción :

1. Fobia es el temor persistente y repetido de un objeto o situación concreta que no representa peligro en la realidad objetiva, aunque el paciente perciba un peligro simbólico abrumador. Las fobias proceden de temores relacionados con determinada situación, y difieren de éstos únicamente por su “racionalidad”, aspecto simbólico y generalización en cuanto a los aspectos remotos de la situación. Por ejemplo: se comprende el miedo a un tigre rampante, pero pueden considerarse anormales las reacciones del paciente que tiene miedo a la distancia de un kilómetro y en un parque zoológico bien protegido... y se asusta ante un gato común en una película. Ni en el caso normal ni en el anormal, adviértase, es preciso que el miedo se base en una experiencia directa del objeto temido, aunque en los dos, naturalmente, el tigre se identifica simbólicamente con el peligro físico. La diferencia consiste en que la fobia, a diferencia del miedo, no se basa en razones conscientes, sino en experiencias profundamente reprimidas y no siempre relacionadas con un ataque directo de felino grande o pequeño alguno en toda la vida del paciente. Por ejemplo:

Caso 7: Ana A..., muchacha de dieciocho años, fue llevada a la clínica siquiátrica por su...

—JULES MASSERMAN, *Principles of Dynamic Psychiatry*

EJEMPLO DE ANÁLISIS: El autor comienza con una definición de fobia, explicando las condiciones generales en que puede llamarse fobia al miedo. También es general la frase segunda, que aporta información sobre el origen de las fobias y muestra cómo se diferencian de los “temores relacionados con situaciones determinadas”. Hasta ahora, parece que el autor escribe a un alto nivel de abstracción, sin subir ni bajar gran cosa de la escala. Pero en la frase siguiente desciende por ella hasta un ejemplo concreto, capaz de ser visualizado por el lector (“tigre rampante”) y poner casos particulares de fobias, como el del parque zoológico y el de la película. Después de otras explicaciones más generales, desciende a niveles más bajos todavía (descriptivos) de abstracción, con los datos concretos de Ana A. Podrán estar o no de acuerdo con el doctor Masserman otros especialistas, pero sabemos por lo menos que cuando aplica la palabra fobia a este caso se refiere a él. Desde el punto de vista de la relación entre niveles altos y bajos de abstracción, este pasaje es una buena definición de fobia, orientada extensionalmente.

2. Función... es una tabla que muestra la relación entre dos cantidades variables, cuando el cambio de una supone cambio también en la otra. El precio

de una cantidad de carne es función de su peso; la velocidad de un tren, función de la cantidad de carbón consumido; el volumen del sudor, función de la temperatura. En cada uno de estos ejemplos, el cambio en la segunda variable — peso, cantidad de carbón y temperatura— está en relación con el cambio de la primera: precio, velocidad y cantidad de sudor. El simbolismo de la matemática permite que las relaciones funcionales se expresen sencilla y concisamente. He aquí ejemplos de funciones expresadas formulariamente: $y = x$, $y = x^2$, $y = \sin x$, $y = \cos x$, $y = e^x$.

—EDWARD KASNER y J. R. NEWMAN, *Mathematics and the Imagination*

3. ISLAS Alonso, Pedro, Reforma 406
ISLAS Álvarez, Antonio, Ave. Olmos 67
ISLAS Gutiérrez, María, Calz. Guadalupe 142
ISLAS Llanos, Andrés, Peña Redonda 279
ISUNZA Morales, Félix, Paseo Cipreses 13

—Fichero comercial

4. —Muy bien —le dije—; explíqueme qué entiende usted por recurrencia... ¿Sólo vivimos esta vida y luego desaparecemos, o todo se repite una y otra vez, quizá infinitamente, aunque nosotros no lo sepamos ni lo recordemos?

—Esta idea de la repetición —replicó Gurdjieff— no es la verdad plena y absoluta, sino lo que más se aproxima a ella. En este caso, la verdad no puede expresarse con palabras. Pero lo que usted dice se acerca mucho a ella. Y si comprende por qué no hablo de esto, se acercará más todavía. ¿De qué vale que el hombre sepa lo que es recurrencia si no es consciente de ello y no cambia? Podría inclusive decirse que, si el hombre no cambia, la repetición no existe para él. Háblele de repetición, y lo único que logrará con ello es que duerma mejor. ¿A qué viene esforzarse hoy cuando hay por delante tanto tiempo y tantas posibilidades... la eternidad entera? ¿A qué molestarse hoy? Por eso es por lo que el sistema [del pensamiento, de Gurdjieff] no dice nada de repetición y sólo toma en cuenta esta vida que conocemos. El sistema no tiene sentido ni razón de ser sin esforzarse en el propio cambio. Y ese esfuerzo tiene que empezar hoy, inmediatamente. Todas las leyes pueden verse en una vida. El saber a través de la repetición de vidas no añadirá nada al caudal del hombre si no ve cómo todo se repite en una vida, o sea, en esta vida, y si no se esfuerza por cambiar para escapar de esta repetición. Pero si cambia algo esencial suyo, es decir, si logra algo, no puede perderse.

—P.D. OUSPENSKY, *In Search of the Miraculous*

5. Y Sem vivió después de engendrar a Arfacsad quinientos años, y engendró hijas e hijas. Vivió Arfacsad cincuenta años, y engendró a Sale; vivió después de

engendrar a Sale trescientos años, y engendró hijos e hijas. Vivió Sale treinta años, y engendró a Heber; vivió después de engendrar a Heber cuatrocientos tres años, y engendró hijos e hijas. Vivió Heber treinta y cuatro años, y engendró a Paleg.

—*Génesis*, 11:11-18

6. Los pedagogos han hecho bastante menos de lo que pudiera haberse esperado razonablemente de ellos, por explicar a la juventud la naturaleza, las limitaciones y las enormes posibilidades para bien y para mal del más trascendental de los inventos humanos: el lenguaje. Debería enseñarse a los niños que las palabras son indispensables, pero que también pueden ser fatales, que son los únicos orígenes de la civilización, de la ciencia, de la perseverancia en los buenos propósitos, de la bondad angélica, y también de la superstición, de la locura y estupidez colectiva, del satanismo peor que bestial, de la serie histórica de crímenes perpetrados en nombre de Dios, del Rey, de la Nación, del Partido, del Dogma.

Jamás ha habido, gracias a los medios de difusión, tantos oyentes tan completamente a merced de unos cuantos locutores. Jamás se ha abusado tanto y tan desastrosamente como hoy de las palabras, esos instrumentos terriblemente eficientes de todos los tiranos, beligerantes, perseguidores y quemadores de herejes. Los generales, eclesiásticos, anunciadores y gobernantes de los estados totalitarios tienen razones más que sobradas para aborrecer la idea de la educación universal en el uso racional del lenguaje. Para los militares, clérigos, propagandistas y autoritarios, esta enseñanza resulta (y se explica) profundamente subversiva.

A quienes estén convencidos de que la libertad es algo bueno... parece indispensable una educación a fondo sobre la naturaleza del lenguaje, con sus usos y abusos. Pero no sabemos todavía si las presiones cada vez más graves de la superpoblación y superorganización de un mundo entregado aún con tanto entusiasmo a la idolatría nacionalista permitirán que se adopte esta educación subversiva lingüística ni en las naciones más democráticas.

—ALDOUS HUXLEY, “Education on the Nonverbal Level”, *Perspective*, septiembre de 1962.

7. Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más astuto nacen canas.

El que no las limare o las rompiere,
ni el nombre de varón ha merecido,
ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido
elija, en sus intentos temeroso,
primero estar suspenso que caído;
que el corazón entero y generoso
al caso adverso inclinará la frente
antes que la rodilla al poderoso.

Epístola moral a Favio

8. Es el momento de hablar de estos
Que hicieron a ultramar el viaje extraño y largo,
Que cayeron en llamas por el aire.
Mas son muchos sus nombres. No nombraré sus nombres Aunque algunos
de ellos eran mis conocidos;
Después de algunos años también muere el fantasma,
Y ese es el retrato de mi hijo en el muro Pero su novia ha tiempo que se
casó. Eso es todo.
Murieron en el lodo, o murieron de gripe en los campos de concentración.
Muertos están, y eso es cuanto hay.

—STEPHEN VINCENT BENÉT, “*Oda Breve*”

(Trad. de Jaime Tello, *Cien Años de Poesía Norteamericana*, 1965)

9. Lo que ha dado gloria a la literatura inglesa es la descripción; la descripción
sencilla y concentrada, no de lo que sucedió ni de lo que se cree o sueña, sino de
lo que existe y constituye la vida, la vida aislada, la vida aislada de cada día. Es
natural que una vida aislada sea eso. ¿Qué podría interesar a una isla tanto como
la vida aislada, la vida diaria completamente aislada...?

Y luego tenemos la poesía que procede de la vida aislada diaria, porque,
suponiendo que una vida diaria de la isla es lo que es, y la vida diaria inglesa de
isla ha sido siempre completamente lo que es, hace falta que la poesía no sea lo
que pierden ni lo que sienten, sino las cosas en que se han encerrado, lo que se
ha encerrado en la vida aislada diaria, en la vida diaria de isla sencillamente. Y
así, la poesía de Inglaterra es lo que es, es la poesía de las cosas con que todas
ellas se encierran en su vida diaria, en su vida de isla completamente diaria. Esto
hace una poesía muy bella, porque cuanto está encerrado en ella puede cantar...

Es fácil comprender todo esto.

—GERTRUDE STEIN, *Lectures in America*

10. He aquí que salió el sembrador a sembrar.
Y al sembrar él, una parte cayó a la vera del camino,
y viniendo los pájaros se la comieron.

Otra parte cayó en los peñascales,
donde no tenía mucha tierra,
y luego brotó por no tener profundidad de terreno;
y en saliendo el sol, se quemó,
y por no tener raigambre se secó.
Otra cayó entre espinos,
y subieron los espinos y la ahogaron.
Mas otra cayó en la tierra buena, y daba fruto,
de a ciento, de a sesenta y de a treinta.
El que tenga oídos para oír, que oiga.

—Mateo, 13:3-9

IV

Alfred Korzybski dice, en *Science and Sanity* (1933), que la conciencia de abstraer nos permite, entre otras cosas, enterarnos de lo que ocurre cuando, con una sola palabra, pasamos de los inferiores a los superiores niveles de abstracción. Por ejemplo: preocuparse porque uno se preocupa o tener miedo al miedo puede conducir a reacciones morbosas; pero, con otro grupo de palabras, el nivel superior de abstracción cambia o anula los efectos del nivel inferior, como en el “odio al odio”. Examine las reacciones que pueden producirse cuando usted

1. siente curiosidad por la curiosidad;
2. duda de sus dudas;
3. está nervioso por su nerviosidad;
4. razona sobre el razonamiento;
5. trata de conocer lo relativo al conocimiento;
6. se irrita con su irritación;
7. no tolera la intolerancia;
8. se enamora del amor.

V

V. Si queremos evitar errores de valoración, nuestra conciencia de abstraer debe ser permanente o habitual.

Sabemos que cada palabra es una abstracción, pero se nos olvida. Sabemos que toda palabra es una palabra de clase, que sólo abstrae (escoge del objeto nombrado) las semejanzas de la clase a la que pertenece el objeto, y prescinde de las diferencias. Pero se nos olvida.

—BESS SONDEL, *The Humanity of Words*

Escriba una nota de trescientas palabras con los ejemplos que recuerde de este olvido en su experiencia personal. ¿Cuáles fueron las consecuencias prácticas de esa falta de memoria?

11. EL HOMBRECILLO INEXISTENTE

*Al subir por la escalera,
vi un hombre, que no era tal.
Ojalá el hombre se fuera:
hoy tampoco estaba allá.*

—HUGHES MEARNS

Todo el mundo sabe que el hombre ordinario no ve las cosas tal como son, sino sólo ciertos tipos fijos... El señor Walter Sickert suele repetir a sus discípulos que no son capaces de dibujar un brazo concreto, porque lo consideran como un brazo; y como lo consideran así, se imaginan saber cómo tiene que ser.

—T. E. HULMK

Cómo no debe ponerse en marcha un automóvil

Publico el siguiente suelto periodístico con la esperanza de que el lector lo encuentre tan instructivo (y deprimente) como el autor:

Más de un conductor ha deseado para sus adentros hacer lo que Samuel Ríos, de 30 años, acusado de lo siguiente: Ayer, a las 12:30 de la noche, al pasar por Williamsburg, dio un encontronazo accidental a otro coche estacionado a la vuelta de una esquina, frente al número 141 de la calle Hopkins. Furioso, según dice la policía, detuvo su vehículo, agarró la manivela de la cajuela y la emprendió a golpes con el obstáculo que se puso en su camino, haciendo añicos desde el parabrisas hasta los faros de estacionamiento.

—*Post*, de Nueva York

Estudiemos el mecanismo de la reacción de este hombre. Se enfadó con el coche estacionado, como pudiera haberse irritado contra una persona, un caballo o una mula que se hubiesen desmandado. Por eso, decidió dar una lección al vehículo. Aunque la reacción fue irreflexiva y automática, tuvo su complejidad, porque supuso una

abstracción respecto al coche (que le pareció dotado de malas intenciones), y entonces él reaccionó a esta su abstracción más bien que al vehículo molesto.

Los individuos de las sociedades primitivas suelen proceder de manera parecida. Cuando viene una mala cosecha o los elementos se abaten sobre ella, hacen un trato —o sea, ofrecen sacrificios— con los espíritus del campo o de los elementos, para que en adelante los traten mejor. También nosotros tenemos algunas reacciones por el estilo: a veces, al tropezar con una silla, le sacudimos un puntapié y la insultamos; hay personas que se enojan con el cartero porque no reciben carta. Estamos confundiendo la abstracción que se desarrolla dentro de nuestra cabeza, con lo que hay fuera, y obramos como si la abstracción fuese el mundo exterior. Creamos una silla imaginaria que se pone en nuestro camino y castigamos a la silla extensional que no tiene la culpa de nada; creamos un cartero imaginario y nos metemos con el real, porque “nos está reteniendo el correo”, siendo así que tendría mucho gusto en traernos la carta esperada.

En función de esta idea, Sigmund Freud trató de explicar el origen de la religión: nuestros antepasados primitivos, atemorizados por fenómenos naturales que no podían comprender, proyectaban sus temores y zozobras sobre el mundo, las personalizaban en un Ser maléfico y luego trataban de aplacarlo con sacrificios de diversos tipos. Tomaban sus abstracciones por realidad.

Confusión de los niveles de abstracción

Pero, en un sentido más amplio, estamos constantemente confundiendo los niveles de abstracción, tomando lo que está dentro de nuestra cabeza por lo que hay fuera. Por ejemplo, hablamos del color amarillo de nuestro lápiz como si fuese una propiedad suya, y no un producto de la interacción, como hemos visto, de algo extrínseco a nuestro cuerpo con nuestro sistema nervioso. Es decir, confundimos los dos niveles inferiores de la escala de abstracción, cuya gráfica va en el capítulo anterior, y los tratamos como si fuesen uno solo. Hablando con propiedad, no deberíamos decir “el lápiz es amarillo”, lo cual constituye una declaración que atribuye el color amarillo al lápiz, sino algo por el estilo de esto: “Lo que produce en mí el efecto de inducirme a decir ‘lápiz’ igualmente produce en mí el efecto de inducirme a decir ‘amarillo’”. Claro está que no precisa tanta minuciosidad para nuestro lenguaje corriente, pero en la última expresión se toma en cuenta la parte que desempeña nuestro sistema nervioso en la creación de nuestras imágenes de la realidad, cosa que no ocurre con la

primera frase.

Esta costumbre de confundir lo que ocurre dentro de nosotros con lo que pasa fuera es esencialmente una reliquia de nuestro pensamiento precientífico. Cuanto más avanza la civilización, más conscientes tenemos que ser de que nuestro sistema nervioso prescinde automáticamente de algunas características de los hechos. Si no lo entendemos así, si no comprendemos el proceso de la abstracción, confundimos el ver con el creer. Si confunde usted, por ejemplo, la serpiente cascabel número veintidós que ha visto en su vida con la abstracción que se ha formado de las veintiuna anteriores, no irá muy lejos en sus reacciones. Pero la vida civilizada plantea a nuestro sistema nervioso problemas más complicados que estos reptiles.

Korzybski cita, en *Science and Sanity*, el caso de un hombre que contraía la fiebre del heno en cuanto llevaban rosas a su habitación. En plan de experimento, se le presentó de sopetón un ramillete de rosas, e inmediatamente hubo un ataque violento de ese tipo de fiebre, aunque las rosas eran de papel. Es decir, creer y ver era lo mismo para su sistema nervioso.

Pero las palabras, como hemos visto en la escala de la abstracción, están a un nivel superior al de los objetos reales. Cuantas más palabras tengamos en los altos niveles de abstracción, más conscientes seremos de este proceso abstractivo. Por ejemplo, la palabra “serpiente cascabel” omite todos los factores importantes de este reptil. Pero, si se recuerda vividamente la palabra como parte de todo un complejo de experiencias aterradoras con una de estas culebras, la palabra puede provocar las mismas sensaciones que una real. Por eso, hay quienes palidecen al oír esta palabra.

Es interesante la anécdota que refiere el profesor Leo Hamalian sobre los soldados de Marina a quienes se dijo que terminarían su trabajo de a bordo al día siguiente, cuando estuviesen en alta mar. Muchos de ellos vomitaron y mostraron todos los síntomas del mareo. Pero el barco no se había movido del puerto al día siguiente.

Este es, pues, el origen de la magia verbal. Se toma la palabra “serpiente cascabel” por el reptil en sí, y provoca las mismas reacciones. Esto parece un disparate, claro está, y lo es. Pero desde el punto de vista de la lógica precientífica se explica. Como dice Lévy-Bruhl en *How Natives Think* (1926), la lógica primitiva se basa en eso: como la palabra y el objeto nos asustan, son una sola cosa, o por lo menos, hay una “relación mística” o misteriosa entre las dos. Este sentimiento de relación misteriosa es el que explicamos en el Capítulo 2 al tratar de las actitudes ingenuas respecto a los símbolos; lo llamamos “conexión necesaria”. En consecuencia, se atribuye “poder misterioso” a las palabras que son “terribles, prohibidas, impronunciables”, y se apropian así las características de los objetos que representan. Antaño se llamó “gramático” al individuo que poseía poderes mágicos, es decir, versado en el “grimorio”, que, por tanto, podía manipular el poder místico de las palabras.

La idea de que la repetición de las palabras de la fórmula produce los efectos

deseados sigue en boga, pese al orgullo de nuestra cultura científica. Durante el decenio de 1930, políticos, industriales y periódicos repetían, como un encantamiento, las palabras “¡La prosperidad nos espera!” Los fanáticos del fútbol vociferan interminablemente el nombre de su equipo, como si tuviera poder mágico, etc. Con estos y otros vítores por el estilo, repetidos, los espectadores quieren empujar el balón hacia la red contraria.

Los judíos

Pero pongamos un ejemplo, lleno de prejuicios para mucha gente: “El señor Toledano es judío”. Al oír este gentilicio, algunos cristianos reaccionan en el acto hostilmente, poniéndose en guardia contra sus tramposos manejos financieros, reales o supuestos. Este “cristiano” confunde sus altos niveles de abstracción sobre la palabra “judío” con el Toledano extensional, con el cual se comporta como si fuese idéntico a su abstracción. La de judío es una de las muchísimas abstracciones que pudieran aplicarse al señor Toledano, como, por ejemplo, “padre”, “zurdo”, “jugador de golf”, “maestro de historia”, etc. Pero el hombre lleno de prejuicios se concentra en sólo una abstracción, “judío”, que acaso sea la menos importante de todas.

Además, da la casualidad de que la palabra “judío” es la más difícil de situar en la escala de la abstracción. ¿Se refiere a una raza, a una religión, a una nacionalidad, a un tipo físico, a un estado mental o a una casta? Si no entra en ninguna de estas clasificaciones, ¿cuál es la que le corresponde? En muchas conferencias y congresos de judíos norteamericanos, celebrados últimamente, ha habido sesiones para dilucidar qué quiere decir ser judío. El primer ministro de Israel y la mayor parte de los miembros de su gabinete no ponen el pie en una sinagoga más que en contadas ocasiones de tipo político o patriótico. ¿Son judíos? ¿Qué decir de la fanática secta de Jerusalén, Neturai Karta, que además de tres servicios religiosos diarios recita una plegaria de medianoche y celebra una vigilia por la venida del Mesías, y se niega a reconocer al Estado judío y empuñar las armas por él? El Gobierno de Israel, ante la inundación de refugiados “judíos” de muchas partes de Europa, Oriente Medio y Asia, desistió hace mucho tiempo de definir el adjetivo “judío”; hoy, la regla general es que quien se llame así lo es, definición operativa difícil de mejorar.

Pero esta palabra tiene poderosas connotaciones afectivas en la cultura cristiana por los numerosos accidentes históricos que han asociado a los judíos con el dinero. Así, lleva una connotación peyorativa: “Tiene uñas de judío”, “es más tacaño que un

judío”, “eso se lo habrá vendido a usted cualquier judío”, “eso es una judiada”... En algunas comarcas campesinas norteamericanas, rondadas en otros tiempos por chararileros y buhoneros judíos, las madres metían miedo a sus hijos traviesos con esta amenaza: “¡Voy a venderte al viejo judío!”

Pero volvamos al señor Toledano. Para quien confunda habitualmente la idea que tiene en la cabeza con la realidad exterior, el ser judío significa que el señor Toledano no es de fiar. Si le va bien en los negocios, es que los judíos son listos. Si le va mal, ya tendrá colocado dinero en otra parte. Si tiene costumbres de extranjero, es que los judíos son duros de asimilar; pero si es igual que los demás conterráneos, es que “trata de pasar por uno de nosotros”. No da limosna, porque los judíos son miserables; la da, y es que trata de sobornar a la gente para entrar en la sociedad. ¿Que vive el señor Toledano en el barrio judío de la ciudad? Ah, es que los judíos se cubren y protegen unos a otros. ¿Que se traslada a una localidad donde no hay paisanos suyos? Es que esa gente hace su nido en cualquier parte. En síntesis: El pobre Toledano está condenado haga lo que haga, automáticamente.

Pero él puede ser lo mismo rico que pobre, santo que réprobo, coleccionista de sellos, violinista, jardinero, físico, pulidor de lentes o director de orquesta. Si, guiados de nuestras reacciones automáticas, retiramos nuestro dinero al conocer al señor Toledano, acaso ofendamos a un hombre que nos podría haber sido sumamente útil moral, espiritual o hasta financieramente si se quiere, es decir, habremos cometido un grave error. Él no está identificado con nuestra ideica personal del judío, sea cual fuere esa ideica.

Decir que la gente está cegada por los prejuicios es algo más que una metáfora. Ralph Ellison llama “hombre invisible” al negro protagonista de su novela titulada así: “The Invisible Man”. La mayor parte de los blancos que se encuentran con un negro no ven en él más que la abstracción que tienen de él en la mollera; obcecados por dar con “el hombrecillo inexistente”, el que no estaba en la escalera, no se fijan en el negro que tienen delante.

Algo parecido pasa en Occidente con los árabes. Mucha gente se quedaría de una pieza al saber que no todos los árabes son musulmanes (hay millares y millares de cristianos en Líbano y Siria), que los árabes de Siria aborrecen a los de Egipto, y que los del Líbano no hacen buenas migas con los de Siria y los de Irak y que no es raro que los árabes sean altos, rubios y de ojos azules. El occidental ignorante o lleno de prejuicios considera algunas veces al árabe como hermano del judío. Esto no quiere decir que haya que prescindir de la palabra “árabe”, sino que hay que usarla con mayor precisión. Según Edward Atiyah, especialista en el mundo árabe, esta palabra puede tener tres significados: el pueblo nómada que mora en los desiertos de Jordania, Arabia, Siria y Africa septentrional, llamado *beduino*; el pueblo de la península arábiga (llamado comúnmente “árabe”), tanto el nómada como el que vive en las ciudades, en cuyo sentido denota un grupo étnico, los actuales sauditas, yemenitas, kuwaitas y otros descendientes de la tierra árabe primitiva; y finalmente,

un grupo cultural, un *bloque* de comunidades de habla árabe que ocupan desde el golfo Pérsico al Este hasta el Atlántico al Oeste. En este vasto territorio, es muy reducido el porcentaje de nómadas; la mayoría son *fellahin* (labradores) y habitantes de las antiguas y célebres ciudades Aleppo, Damasco, Beirut, Latakia, El Cairo, Alejandría, Bagdad, Jerusalén, Túnez y Argel, en otro tiempo focos de la civilización mundial. Por eso, si queremos hablar con precisión y sin ofender a un grupo humano cuya importancia en el mundo crece de día en día, debemos distinguir por lo menos entre estas distintas abstracciones, y no emplear la palabra “árabe” como si sólo significase la idea estereotipada que las películas de aventuras nos han comunicado de la Legión Extranjera.

X. X., el “Criminal”

He aquí otro ejemplo de confusión abstractiva. Supongamos que nos presentan a X. X. como “individuo que acaba de salir de la cárcel donde ha estado tres años”. Ya de por sí, esto pertenece a un nivel bastante elevado de abstracción, pero es un *informe*... Sin embargo, mucha gente pasa inmediata e inconscientemente a niveles más altos de abstracción: “Si es un licenciado de presidio, ¡es un criminal!” Ahora bien, la palabra “criminal” no sólo está mucho más alta en la escala abstractiva que “el hombre que pasó tres años en la cárcel”, sino que, como vimos en el Capítulo 3, constituye un juicio, en el cual va implícita la deducción: “Ha cometido un crimen antes, pues cometerá más después”. En consecuencia, si X. X. solicita un empleo y tiene que declarar que ha pasado tres años en la cárcel, sus futuros jefes, confundiendo automáticamente los niveles abstractivos, acaso digan, sin molestarse en hacer más averiguaciones: “¡Cómo voy a dar trabajo a criminales!”

Y el caso es que, a lo mejor, el hombre estuvo en la cárcel por una injusticia o, si fue justa su sentencia, ha podido reformarse. Inútil. Al no encontrar trabajo, acaso se diga, desesperado: “Puesto que todos me tratan como a un criminal, voy a hacerme un criminal de verdad”, y se entrega al robo y a la delincuencia. La culpa no ha sido totalmente suya.

Todos conocemos cómo corren los rumores, exagerándose cada vez más, al ascender en la escala de la abstracción —de deducciones a juicio— y al confundir, por si esto fuera poco, los niveles. He aquí cómo suele razonarse en estos casos:

Informe. “María López no volvió a casa hasta las tres de la madrugada del sábado”.

Deducción. “Habrá andado por ahí en malos pasos, vaya usted a saber”.

Juicio. “Es una pérdida. Nunca me gustó su facha. Me dio mala espina desde que la vi por primera vez”.

Si nos dejamos arrastrar por estos juicios temerarios, de abstracción tan precipitada, muchas veces haremos desdichada la vida de los demás y la nuestra.

Para terminar con un ejemplo de este tipo de confusión, obsérvese la diferencia entre estas dos frases: “He fracasado tres veces”, y “¡Soy un fracaso!”

Mundos engañosos

El hábito de la abstracción nos pone en guardia respecto a las cosas que parecen iguales y no lo son, a las que llevan el mismo nombre, pero no son lo mismo, y a los juicios basados en informes, pero que no son estos informes. En una palabra: nos impide hacer el tonto. Sin el hábito de abstraer, o mejor dicho, de frenar nuestras reacciones, que es la consecuencia de no confundir el ver con el creer, estamos completamente impreparados para distinguir las rosas auténticas de las de papel, el judío apriorístico del Toledano extensional, el supuesto criminal del X. X. concreto.

Moderar estas reacciones es señal de madurez. Pero, por nuestra mala educación o instrucción, por experiencias que nos asustaron en la niñez, por las creencias tradicionales, la propaganda y otros factores que influyen en nuestra vida, todos tenemos “áreas de insanidad” o, mejor quizá, “áreas de infantilismo”, en que estamos a merced de reacciones semánticas equivocadas y profundamente arraigadas en nosotros. Por algún susto que le dieron de niño, fulano se atemoriza irremediablemente al ver a un guardia, el que sea: el “policía” que lleva en la cabeza, “es” el guardia del mundo extensional exterior, quien, probablemente, es el hombre mejor del mundo. Algunos palidecen a la vista de una araña, del tipo que sea, aunque esté metida dentro de un frasco. Otros reaccionan automáticamente en plan hostil al oír las palabras “comunista”, “rojo”, “conservador”, “beaturrón”, etc.

El doctor G. Brock Chisholm, exdirector general de la Organización Mundial de la Salud (1948-1953) y presidente de la Federación Mundial para la Salud Mental, ha comentado con elocuencia la tiranía de las palabras preñadas de prejuicios:

El poder que estas palabras tienen... es pasmoso... Son cadenas que aherrojan al hombre a su pasado miserable y a su presente desalentador. Son las premisas que le cargaron... cuando era demasiado joven e impotente para defenderse usando su inteligencia. Vemos que pocas veces puede hablarse inteligentemente, sin los prejuicios arraigados que se nos imbuyeron en la niñez, de temas tan corrientes como la salud, la ropa, los negros, la política, el patriotismo, la conciencia, los judíos, las supersticiones, la guerra y la paz, el dinero, el sexo, la propiedad, el matrimonio, la religión, algunas enfermedades, la India, las escalas de sueldos, el socialismo, el comunismo, los sindicatos, los partidos políticos, etc., según una lista prolija que varía de lugar en lugar, de época en época y de familia en familia. Muy poca gente es capaz de pensar con claridad y honradez de estas cosas; y sin embargo ellas, y otras como ellas, son las que constituyen la vida del hombre y las que han producido la mayor parte del pavor y la miseria que hay en el mundo, por no ser comprendidas, por enfocarlo mal y por combatirlos^[1].

Desde luego, el doctor Chisholm no quiere decir que no debemos aprender nada de nuestros mayores. Aprendemos dos cosas de nuestros maestros: un cuerpo de ideas y creencias, y *la manera de sostenerlas y utilizarlas*. Si las acompaña la conciencia abstractiva, pueden cambiarse cuando son inexactas o erróneas. En otro caso —o sea, si confundimos nuestros mapas mentales con el territorio objetivo— son prejuicios. Como maestros y padres, no podemos menos de transmitir algún error informativo a los pequeños, por mucho cuidado que pongamos. Pero, si les enseñamos además a ser habitualmente conscientes del proceso abstractivo, les daremos los medios para liberarse de cualquiera idea errónea que les hayamos sugerido. Por tanto, nuestros esfuerzos pedagógicos no los “aherrojarán a un pasado miserable”, sino los ayudarán a crecer al aumentar los años y la experiencia.

La imagen de la realidad que nos formamos al faltarnos la conciencia abstractiva no es mapa de territorio alguno existente. Es un mundo falaz. En esa tierra ilusoria, todos los judíos tratan de engañarle a uno, todos los capitalistas son obesos tiranos que fuman puros caros y enseñan los dientes a los sindicatos; todas las culebras son venenosas; los automóviles, punibles a golpes de barra, y los extranjeros, espías comunistas. Algunos de los que se pasan demasiado tiempo en estos mundos engañosos, terminan en el manicomio; pero, claro, “ni son todos los que están ni están todos los que son”.

¿Cómo reducir estas áreas mentales de infantilismo? En primer lugar, llegando a la convicción profunda de que no hay “relación necesaria” entre las palabras y lo que significan. Por este motivo, el estudio de un idioma extranjero siempre es útil, aparte de otras ventajas. Ya hemos indicado otros medios: conocer el proceso abstractivo y *comprender de verdad que las palabras nunca dicen todo sobre las cosas*. La escala de abstracción, adaptación de un diagrama de Alfred Korzybski para presentar

gráficamente la relación entre palabras, objetos y hechos, tiene por objeto ayudarnos a entender y no olvidar jamás el proceso abstractivo.

APLICACIONES

I

Indicamos al fin del Capítulo 2 que debían recogerse ejemplos del lenguaje en un libro de recortes o en fichas. Ya hemos estudiado suficientes principios generales sobre la relación entre lenguaje y conducta para aumentar la colección. He aquí unos títulos orientadores:

Informes escuetos.

Artículos con deducciones e inferencias explícitas.

Artículos con deducciones que puedan tomarse por informes.

Reacciones a los juicios como si fuesen informes.

Cambios de sentido a consecuencia de cambios de contexto.

Palabras-gruñidos y palabras-arrullos tomadas por informes.

Indirectas,

Discusiones sobre temas absurdos.

Conversación social.

Reacciones excesivas a las connotaciones afectivas.

Directrices tomadas por informes.

Desencanto por directrices imperfectamente entendidas.

Abstracción en un nivel muerto.

Uso sin sentido de abstracciones de alto nivel.

Abstracciones de niveles superiores e inferiores bien relacionadas.

Ver y crear.

El hombrecillo inexistente.

Cuándo se lean los capítulos siguientes, surgirán nuevos títulos. En cualquier tiempo y lugar pueden estudiarse las relaciones entre lenguaje y conducta: en una oficina, en la escuela, en la iglesia, tras un mostrador comercial o delante de él, en las fiestas sociales, en las asambleas, en todo lo que se lee y en la vida íntima familiar o en las relaciones personales. Hasta una colección desordenada de ejemplos valdrá al lector para comprender lo que dice al autor en este libro *y a qué viene lo que dice*. Entonces, quizá quiera aquilatar, ampliar o corregir alguna de sus afirmaciones, con lo cual progresará en el estudio científico de las relaciones entre lenguaje y conducta. Invito a todas veras al lector a que coopere conmigo.

II

¿Es cierto que algunas personas castigan a los niños que sueltan palabrotas, haciéndoles lavarse la boca con jabón? Coméntense las reacciones semánticas o los procesos mentales de quienes quieren corregir así el lenguaje de sus hijos.

III

Los académicos de Lagado, en los *Viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift, hablan por el siguiente procedimiento, conscientes quizá de las deficiencias del lenguaje:

Como las palabras sólo son los nombres de las cosas, estiman conveniente que todos lleven consigo los objetos necesarios para expresar el asunto particular que quieren tratar... Varias veces he observado a dos de estos sabios, derrengados casi bajo el peso de sus bultos, como quincalleros de los nuestros; cuando se encuentran en la calle, dejan sus fardos, abren los sacos y

se ponen a hablar... Otra gran ventaja que se proponían obtener con este invento, era que podía servir de lenguaje universal para todas las naciones civilizadas.

Antes de reírse de los filósofos de Lagado, piense en los casos en que resulta conveniente enseñar objetos en lugar de hablar, para comunicar algo. ¿Puede usted señalar, utilizando los niveles de abstracción expuestos en este y el anterior capítulo, qué es lo que está equivocado en el plan de dichos filósofos?

IV

Publicamos un fragmento del ensayo de John Kenneth Galbraith, titulado “La Edad del Hecho Verbal” (*The Age of the Wordfact*). Redacte un comentario de 500 palabras sobre el “hecho verbal”, con ejemplos de su experiencia o lecturas personales.

En junio de 1960, volvió el presidente Eisenhower de un viaje al Pacífico que, superficialmente, parecía un desastre sin paralelo en este tipo de cosas. El Japón, objeto principal de la excursión presidencial, agitado por violentos alborotos provocados por la visita, hubo de decirle que no fuese. Pero, gracias a su secretario de prensa, el Presidente logró informar que el viaje había sido un éxito...

El hecho verbal sirve para que las palabras substituyan a la realidad, lo cual es una ventaja enorme. Significa que decir que algo existe equivale a su existencia, y que algo va a ocurrir; al hecho en sí...

Por si alguien cree que esto es exageración... recordemos algunos triunfos del hecho verbal durante los últimos años... Echando mano audazmente del hecho verbal, logramos convertir a los dictadores sudamericanos en baluartes del mundo libre... Aunque los campesinos están despoblando el campo a un ritmo sin precedente, el secretario de Agricultura ha explicado esto... en un libro que lleva el sugestivo título de *Libertad para Labrar la Tierra (Freedom to Farm)*.. Durante los días que inmediatamente siguieron al último lanzamiento de los U-2, el hecho verbal, empleado profusamente, hizo cambiar todas las circunstancias. Los aviones que volaban sobre otras naciones se convirtieron en una especie de quinta libertad... Suspendiéronse después los vuelos, y esto se alabó como un acto de sabia moderación...

He aquí el servicio que presta el hecho verbal al transformar la desgracia en ventura.

—*Atlantic*

V

Defínanse las siguientes palabras:

vampiro criminal obscenidad
platillo volador presión política jueves
radiactividad música popular semántica

Aplique a cada palabra uno o todos los tipos de definiciones que van a continuación. (Para mayor claridad, puede consultarse *Science and the Goals of Man*, de Anatol Rapoport, 1950, Gap. 7) :

1. Definición por sinónimos: “*Alcanzar* significa conseguir”.
2. Definición por clasificación y diferenciación (aristotélica): “*Autocracia* es una forma de gobierno en que la autoridad es ejercida por una sola persona”.
3. Definición por enumeración de objetos contenidos en ella: “*Espicias* son la canela, el clavo, el jengibre, la pimienta, etc”.
4. Definición extensional: señalando o presentando lo que se define (véase el Capítulo 4).

Indíquense los términos anteriores que no son susceptibles de definición operativa.

VI

En relación claro con este capítulo, está la lectura, discusión y redacción de trabajos sobre los prejuicios raciales y religiosos. La literatura antisemítica es abundante y lo ha sido durante siglos. En los Estados Unidos constituye un ejemplo curioso *The Iron Curtain Over America* (1951), de John Beaty, en el que no sólo se echa la culpa de todas las calamidades norteamericanas (las dos guerras mundiales y lo que ha venido después) a los judíos, sino que se los acusa de ocultar la verdad al público merced al control que ejercen sobre las casas editoras, los periódicos y otros medios de difusión. Adolfo Hitler arremetió furiosamente contra los judíos (Norman H. Baynes, rec., *The Speeches of Adolf Hitler*, 2 vols., 1942), lo mismo que sus colegas del Tercer Reich. El intento de Hitler de acabar totalmente con la raza judía constituirá un ejemplo eterno de vesania racial. Véase William Sliirer, *The Rise and Fall of the Third Reich* (1960), y Gerald Reitlinger, *The Final Solution: The Attempt to Exterminate the Jews of Europe, 1939-1945* (1953).

Consideramos de especial interés para los estudiantes de semántica los siguientes libros, de los publicados sobre los prejuicios raciales:

Harold Isaacs, *Scratches on Our Minds: American Images of China and India* (1958). Este libro interesantísimo enseña cómo las películas, las historietas cómicas, las guías de viajes y los estereotipos ficcionales contribuyen a nuestras ideas sobre la gente de China e India. No estaría mal que fuésemos corrigiendo esas ideas equivocadas, en estos días de grandes cambios en las relaciones mundiales.

Morton Grodzins, *Americans Betrayed: Politics and the Japanese Evacuation* (1949). Este volumen tiene importancia especial porque descubre la contribución de los grupos de presión, de los líderes políticos y de la prensa a la atmósfera que terminó por llenar de japoneses-norteamericanos, unos ciudadanos y otros extranjeros, los campos de concentración de la costa occidental norteamericana, durante la segunda Guerra Mundial.

Harry y David Rosen, *But Not Next Door* (1962). Informe extraordinariamente extensional sobre lo que ocurrió en un fraccionamiento particular destinado a viviendas familiares en Deerfield, Illinois, cuando se supo que iban a habitar allí familias de negros. A base de entrevistas, reportazgos periodísticos y sentencias judiciales, describe el libro tres familias imaginarias para explicar los sentimientos y acciones de los pobladores de dicha localidad. Pese a sus protestas de que no tenían sentimientos antirraciales, no permitieron que el proyecto se convirtiese en realidad.

Julia Abrahamson, *A Neighborhood Finds Itself* (1959), y Herbert A. Thelen, *The Dynamics of Groups at Work* (1954). Ambos libros son reflejo en la experiencia de sus autores en un movimiento comunitario del distrito Hyde Park-Kenwood, de Chicago. Se combatió el mal estado del barrio y se inició su urbanización, al establecer, entre otras cosas, la comunicación entre vecinos, sobre todo, blancos y negros, lo cual contribuyó notablemente a limar asperezas y aliviar tiranteces. La

señora Abrahamson expone más bien los hechos; el doctor Thelen explica, como indica el título de su obra, las consecuencias teóricas de la experiencia.

12. LA CLASIFICACIÓN

Cuando se establece una diferencia legal... entre el día y la noche, entre la niñez y la madurez o cualesquiera otros extremos, hay que trazar una línea divisoria, o irla marcando poco a poco merced a decisiones sucesivas, para indicar dónde empieza el cambio. Considerada en sí misma, sin la necesidad que la dictó, esta línea puede parecer arbitraria. Quizá debería caer un poco más a la derecha o un poco más a la izquierda. Pero al comprender que es necesaria y que no hay procedimiento matemático ni lógico de trazarla con exactitud, la decisión de la legislatura debe ser aceptada, excepto cuando no quepa duda de que está muy lejos de donde debería pasar.

OLIVER WENDELL HOMES

Porque, naturalmente, el verdadero significado de una palabra se averigua observando cómo se emplea, no lo que se dice sobre ella.

—P. W. BRIDGMAN

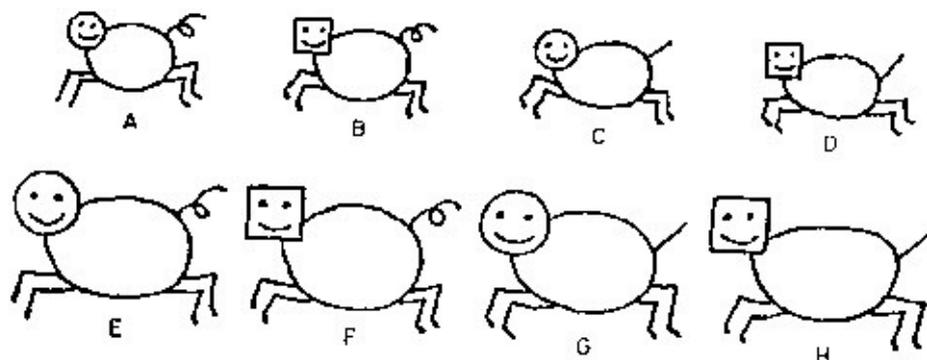
Poniendo nombre a las cosas

En la figura que va a continuación, se ven ocho objetos, llamémoslos animales: cuatro grandes y cuatro pequeños, cuatro con cabeza redonda y otros cuatro con cabeza cuadrada, cuatro de cola retorcida y cuatro de cola derecha. Andan rondando por el pueblo, pero como no se les da importancia, nadie se fija en ellos y ni les ponen nombre.

Pero un día descubre usted que los pequeños devoran su trigo, y los mayores no. Inmediatamente surge una diferenciación: a los A, B, C y D, les pone un nombre arbitrario, y a los E, F, G y H, otro. Echa a los primeros y deja en paz a los segundos. Pero su vecino ha tenido otra experiencia distinta: los de cabeza cuadrada muerden; los otros, no. A unos y a otros pone nombres distintos. Otro vecino se entera de que los de rabo retorcido matan las culebras, los otros no. E igualmente, los diferencia con su abstracción y con sus nombres.

Está usted reunido con sus dos vecinos mencionados, cuando pasa el animal E. Los tres sueltan una exclamación, pero cada uno le llama por el nombre que

caprichosa y personalmente le ha puesto. ¿Cuál es el nombre acertado? Discuten violentamente sobre ello, cuando se presenta otro aldeano, que lo llama de otra manera: para él no es más que un animal comestible, y le ha aplicado el nombre de cualquiera de los que tiene en su corral.



Como se ve, la pregunta de cuál debe ser el nombre apropiado carece de sentido, es decir, no puede contestarse. Sólo habiendo una relación necesaria entre los símbolos y los objetos simbolizados —relación que ya sabemos que no existe— habría nombres apropiados. La línea que tracemos entre las cosas que juzgamos distintas depende de nuestro interés y de los fines de la clasificación. Así, por ejemplo, los animales se clasifican de una manera por la industria de la carne, y de otra u otras por las del cuero o de la piel, o por el biólogo. Ninguna de estas clasificaciones es definitiva; sólo sirven cada una a su propósito.

Y lo mismo debe decirse de cuanto percibimos. Una mesa es mesa, porque comprendemos su relación con nuestra conducta e intereses; comemos, trabajamos y ponemos objetos sobre ella. Pero para una persona que viva en alguna cultura donde no se usan mesas, puede significar un asiento muy grande, una plataforma pequeña o una estructura caprichosa. Es decir, si nuestra cultura y nuestra educación fuesen distintas, nuestro mundo no nos parecería el mismo.

Muchos, por ejemplo, no distinguimos verbalmente entre salmones, siluros, bonitos, meros, guachinangos, robalos, etc.; decimos: son pescados, y a mí no me gusta el pescado. Pero, para un conocedor, estas palabras significan la diferencia que hay entre una buena y una mala comida.

El zólogo estima muy importantes otras distinciones más complicadas, porque tiene diferentes puntos de vista. Cuando se nos dice que “este pescado es un pámpano, *trachinotus carolinus*”, lo aceptamos como cierto, no porque sea su nombre apropiado, sino porque así lo clasifican en su sistema completo y más genérico quienes tienen profundo interés en los peces.

Así, pues, cuando ponemos nombre a algo, lo estamos clasificando. Un objeto o un hecho no tienen nombre por sí ni pertenecen a una clase hasta que lo incluimos en ella. Supongamos que vamos a dar significado extensional a la palabra “coreano”. Comprenderíamos a todos los coreanos existentes en un momento determinado y

diríamos: “La palabra ‘coreano’ representa de momento a las personas A, B, C... X”. Pero entre ellos nace Z. El sentido extensional de la palabra “coreano” no ha incluido al Z, no pertenece a clasificación alguna. Entonces, ¿por qué es también coreano? Porque así le llamamos. Y al llamarle así, al fijar su clasificación, hemos determinado un número considerable de actitudes futuras hacia Z: tendrá determinados derechos en Corea, será tenido por extranjero en otras naciones y sometido a sus leyes para los extranjeros.

En cuestiones de raza y nacionalidad, se ve particularmente claro cómo se hacen las clasificaciones. Por ejemplo: el autor de este libro es canadiense por nacimiento, japonés por raza, y actualmente norteamericano. Aunque fue legalmente admitido con pasaporte canadiense en los Estados Unidos en calidad de “inmigrante fuera de cuota”, no pudo solicitar la ciudadanía norteamericana hasta 1952. Según la ley estadounidense de inmigración, anterior y posterior a 1952, todo canadiense tiene derecho a ser, sin dificultades, residente permanente de los Estados Unidos, siempre que no sea de origen oriental, en cuyo caso sólo importa su raza y no se toma en cuenta su nacionalidad. Si está llena la cuota, o cupo, de su raza —japonesa, por ejemplo—, como suele estar siempre, y no puede clasificarse como inmigrante fuera de cuota, no puede entrar en el país. ¿Son reales todas estas clasificaciones? Ya lo creo que lo son; y si no, que lo digan los efectos que acarrearán al interesado.

El que esto escribe ha pasado toda su vida en Canadá y los Estados Unidos, salvo breves visitas al extranjero. Habla torpemente el japonés, con un léxico infantil y con acento norteamericano; ni lo lee ni lo escribe. Sin embargo, debido a ese poder hipnótico que las clasificaciones ejercen sobre cierta gente, se le atribuye (o se le acusa) de cuando en cuando, “mente oriental”. Como lo mismo Buda que Confucio o el general Tojo, Mao Tse-tung, Pandit Nehru, Syngman Rhee y el dueño del restaurante chino “El Faisán de Oro”, tienen mente oriental, no sabe uno si sentirse halagado o insultado.

¿Cuándo es negra una persona? Según la definición aceptada en Estados Unidos, por exigua que sea la cantidad de sangre negra que lleve uno en las venas, es “negro”. Tanto valdría como decir que, por exigua que sea la cantidad de sangre blanca que lleva uno en las venas, es “blanco”. ¿Por qué no vale este raciocinio? Pues porque el sistema de clasificación primero conviene a los fines de quienes hacen la clasificación. Con ella no se trata de identificar esencias, como tantos creen, sino de satisfacer una comodidad o necesidad social, y las distintas necesidades siempre dan lugar a distintas clasificaciones.

Pocas son las complicaciones para clasificar perros, gatos, cuchillos, tenedores, cigarrillos y caramelos; pero cuando se trata de clasificaciones a altos niveles de abstracción —la conducta, las instituciones sociales, los problemas filosóficos y morales—, surgen dificultades serias. Cuando una persona mata a otra, ¿se trata de un asesinato, de un arrebato de locura pasajero, de un homicidio, de un accidente o de un acto heroico? En cuanto termina el proceso clasificador, nuestras actitudes y nuestra

conducta quedan decididas en grado considerable. Ahorcamos al asesino, internamos al loco o prendemos una condecoración en el pecho del héroe.

La mente “bloqueada”

Pero lo malo es que la gente no siempre cae en la cuenta de cómo llega a sus clasificaciones. Sin descender más a detalles, dice la palabra definitiva sobre el señor Toledano cuando exclama: “Bueno, ¡un judío es un judío! ¡No hay que darle vueltas!”

No es éste lugar para ocuparnos de las injusticias que se han cometido en virtud de estos juicios precipitados, contra judíos, católicos, rojos, coristas, ricachones, sureños, maestrillos, etc. Pensando más sensatamente, se habrían evitado; aunque quizá no sea este el remedio, porque hay gente que piensa cachazudamente y no se corrige. Lo que nos interesa es cómo dificultamos nuestro desarrollo mental con estas reacciones irreflexivas.

En el ejemplo que hemos puesto, la gente confunde su juicio mental con el extensional. Podría recordársele que ha habido judíos gloriosos, pero ellos dirán que son excepciones. Y exclamarán en tono de triunfo: “¡Pero, claro, la excepción confirma la regla^[1]!”, manera muy bonita de decir que los hechos no interesan.

El autor de estas líneas, que vive en el condado californiano de Marín, asistió en cierta ocasión a las sesiones del tribunal del condado, donde se trataba de un proyecto de prohibición de discriminación racial para la venta y alquiler de viviendas. (El objeto de esta discriminación en Marín es principalmente el negro). Me impresionó que la mayoría de los que hablaron se pronunciasen a favor del proyecto de ordenanza, pero no dejó de impresionarme igualmente que bastantes con amigos negros, a quienes querían e inclusive admiraban, atacasen una ley que iba a permitirles vivir en cualquier parte del condado: serían “excepciones”, y su estereotipo mental del negro seguía en su cabeza, pese a su experiencia personal.

Esta gente es refractaria, indudablemente, a una nueva información. Siguen votando por la candidatura de su partido, por muchos errores que haya cometido, y oponiéndose a los “socialistas” aunque hagan maravillas, y considerando sagradas a las madres, sin distinguir entre unas y otras. Un comité estudió el caso de internar en una casa de salud a una mujer, considerada loca sin esperanzas por médicos y siquiátras. De pronto se levantó un sujeto que, con el mayor respeto y reverencia, dijo: “Señores, tengan ustedes presente que, después de todo, esta mujer es una

madre^[2]”. Igualmente, algunos católicos siguen aborreciendo a los protestantes, sin distinguir de colores. Y en política, el apasionamiento no tiene límites.

La vaca núm. 1 no es la vaca núm. 2

¿Cómo evitar quedar atrapados en estos callejones intelectuales sin salida, o cómo escapar de ellos si ya estamos atrapados? Lo primero que hay que hacer es tener presente que casi todas las frases hechas de la conversación corriente, como “el negocio es el negocio”, o “los judíos son judíos”, o “los chicos siempre serán chicos”, no son exactas. Por ejemplo:

- No creo que debamos hacer esto, socio.
- ¡Bah! ¡El negocio es el negocio!

Aunque parece una declaración sobre un hecho, ni es tal declaración ni tan simple. El sujeto denota la transacción que se discute; el predicado se refiere a sus connotaciones. Se trata de una frase *directiva*, como si dijese: “Vamos a tratar de esta transacción sin preocuparnos más que de la ganancia”. Y el padre que dice para disculpar a sus hijos: “Los muchachos siempre serán muchachos”, quiere expresar: “Consideremos las acciones de mis hijos con la tolerancia indulgente que se merecen los muchachos”, aunque el vecino se quede refunfuñando.

Hay una técnica sencilla para evitar que estas directrices perjudiquen a nuestro pensamiento. Consiste en numerar las palabras, según sugiere Korzybski: inglés₁, inglés₂, inglés₃...; vaca₁, vaca₂, vaca₃...; comunista₁, comunista₂, comunista₃... La palabra nos indica lo que tienen en común los individuos consignados; el número, lo que tienen de peculiar. De aquí el título de este párrafo, que debe servir de norma general para nuestros pensamientos y nuestras lecturas: la vaca₁ no es la vaca₂; el judío₁ no es el judío₂... Esta regla evita la confusión de los niveles de abstracción e impide que deduzcamos conclusiones precipitadas de que más tarde tengamos que arrepentimos.

La verdad

La mayor parte de los problemas intelectuales se reducen, en fin de cuentas, a cuestiones de clasificación y nomenclatura.

Por ejemplo: ¿puede ser considerado como músico un tocador de armónica en los Estados Unidos? La Federación Norteamericana de Músicos dispuso hasta 1948 que la armónica era un juguete. Por tanto, quienes la tocaban profesionalmente solían pertenecer al Gremio Norteamericano de Artistas de Variedad. Pero en 1948, al ver la Federación que este género se estaba haciendo popular y que quienes se dedicaban a él hacían la competencia a los miembros de dicha unión laboral, resolvió que eran músicos también, lo cual pareció mal al presidente del gremio, quien inmediatamente declaró una guerra jurisdiccional a la Federación.

Thurman Arnold refiere otro caso de problema clasificador:

Cierta empresa de la construcción estaba sacando yeso a flor de tierra. Si aquello se consideraba como una mina, pagaba un impuesto; si como una empresa manufacturera, pagaba otro. Se citó a especialistas, quienes casi llegaron a las manos; tanto les irritó la estupidez de quienes no comprendían que aquello era esencialmente una mina, o una manufactura. La consecuencia fue un extenso informe que tuvo que estudiar la Suprema Corte del estado sobre este problema importante de “hecho^[3]”.

¿Es la aspirina una droga, o no? En algunos estados norteamericanos está conceptuada legalmente como droga y, por tanto, sólo pueden venderla farmacéuticos con licencia. Si la gente quisiera comprarla en tiendas de comestibles, cafeterías, etc., como en otros estados, habría que volver a clasificarla como “no droga”.

¿Es la medicina una profesión o un oficio? ¿Es músico el tocador de armónica, o la aspirina es droga? Suele contestarse a estas preguntas consultando el diccionario o posibles fallos legales anteriores, con cuantos tratados estudian el tema; pero la decisión final no depende de la autoridad o jurisprudencia asentada anteriormente, sino de lo que quiere la gente. Harán que la Suprema Corte, o el sindicato, o la federación o el gremio definan las cosas como quiere el público. Si a éste no le interesa la decisión de si es músico o no el tocador de armónica, la adoptará el sindicato o la unión más fuerte. La cuestión de si la aspirina es droga no se elucidará diccionario en mano, sino a base de dónde y en qué condiciones quiere el pueblo comprarla.

Siempre es la sociedad la que clasifica las cosas como quiere, aunque tenga que esperar a que se hayan muerto todos los magistrados de la Suprema Corte, y a que se designe otro grupo judicial totalmente nuevo.

Y al lograrse la decisión deseada, la gente dice: “¡La verdad ha triunfado!” En

suma: la sociedad considera verdaderos los sistemas de clasificación que producen los resultados apetecidos.

La prueba científica de la verdad es estrictamente práctica, lo mismo que la prueba social, sólo que los “resultados apetecidos” se limitan más severamente. Los resultados que desea la sociedad pueden ser irracionales, supersticiosos o egoístas, pero los que desean los científicos se reducen a que nuestros sistemas clasificadores produzcan resultados previsibles. Como ya hemos repetido, las clasificaciones determinan nuestras actitudes y nuestra conducta respecto al objeto o hecho clasificado. Cuando se consideraba el rayo como “señal de la cólera divina”, sólo se apelaba a la plegaria para impedir ser herido por la exhalación. Pero en cuanto se clasificó como un fenómeno de “electricidad”, Benjamín Franklin frustró los efectos del rayo con su invento del pararrayos. Antiguamente se clasificaban ciertos trastornos físicos bajo la etiqueta de “posesión diabólica”, idea de la que salió el “expulsar los demonios” con hechicerías o exorcismos. Los resultados no eran seguros. Pero cuando se clasificaron estos trastornos entre las “infecciones bacilares”, se arbitraron cursos de acción cuya aplicación condujo a resultados más previsibles y positivos.

La ciencia sólo busca los sistemas de clasificación más útiles en general; y de momento los considera como “verdaderos”, hasta que se crean clasificaciones más útiles.

APLICACIONES

I

Deténgase a estudiar un poco la página de chistes de cualquier revista popular, y los que encuentre en un espectáculo de variedad, en una comedia o en una película, y analice los casos en que el humorismo depende de cambios súbitos e inesperados de

clasificación. Así, el que toca el bombo en una orquesta, al golpear con su pequeño mazo a otro individuo en la cabeza, está reclasificando ésta, al convertirla en instrumento musical. He aquí algunos ejemplos:

1. Ocurrió en una pequeña ciudad del sur de los Estados Unidos. Entraron en una “fuente de sodas” dos mozalbetes blancos y uno negro. Se treparon a los taburetes y pidieron sendos helados. El dueño los observa tras el mostrador y les dice de repente:

—Lo siento, muchachos, pero ya saben que aquí hay segregación racial.

—Sí —contestó el más decidido de los dos muchachos blancos—, pero ya le tenemos segregado a éste. ¿No ve que lo hemos sentado entre los dos?

—*Reader's Digest*

2. Miró por la ventana y dijo a su mujer:

—Ahí va ésa de quien está enamorado nuestro vecino.

Ella dejó sobre la musita la taza de café y se abalanzó hacia el cristal, estirando bien el cuello.

—¿Dónde? —preguntó, nerviosa.

—Ahí la tienes —le indicó él—, esa que está en la esquina, de vestido azul.

—Eres tonto —repuso ella—. Si es su esposa...

—Ya lo sé —dijo él.

—*Wall Street Journal*

3. Khrushchev entrega un cohete a un general ruso, en una caricatura, diciéndole:

—Y no lo olvide; los nuestros se llaman factores de paz; los suyos, instrumentos de agresión.

—*Settimana* (Roma)

4. Un sordo se encuentra con otro sordo que lleva utensilios de pesca, y entre ellos se cruza esta breve conversación:

—¿Qué, vas de pesca?

—No; voy de pesca.

—Ah, creí que ibas de pesca.

5. El gitano condenado a muerte está en capilla. Va a ser ejecutado al amanecer. Se le acerca el director del penal y le dice:

—Ya sabe el sentenciado que tiene derecho a pedir lo que quiera en esta última noche de su vida. ¿Qué es lo que desea?

—Aprender inglés, señor director.

II

Léanse con cuidado y coméntense los siguientes sueltos de prensa:

1. Escribo en nombre de un grupo de chinos, a quienes se está haciendo objeto en los Estados Unidos de una grave injusticia. Ha expirado su derecho de permanencia en el país, pero no pueden volver a China por temor a la persecución física... Según tengo entendido, más de 500 van a ser enviados a Holanda, sin más motivo que el haber llegado a Estados Unidos a bordo de barcos holandeses. Nunca han estado allí, sino que, sencillamente, arribaron en naves registradas en Holanda... Es un caso análogo al de un marinero chino de un barco norteamericano, que desertase en otro país. ¿Aceptarían los Estados Unidos la petición de este país de que fuese deportado el marinero a los Estados Unidos?

—Carta de Pearl Buck, *Post* de Nueva York

2. WASHINGTON, 29 de agosto. La vaca se convirtió en caballo, y ahora puede dispararse contra ella... Un corpulento animal salvaje de la familia de los antílopes, llamado “Nehil Gae”, estaba haciendo estragos en las cosechas, pero los labradores no eran capaces de molestarlo, porque “Nehil Gae” significa “Vaca Azul”, y la vaca es sagrada en la India. Pero ahora el gobierno le ha cambiado el nombre por el de “Nehil Goa”, que quiere decir “Caballo Azul”... Y como los caballos no son sagrados, ahora puede acribillarse a tiros al animal para proteger las cosechas.

—Associated Press

3. La Suprema Corte de Israel falló la semana pasada que un católico no puede ser judío. Se había estudiado el caso del padre Daniel, judío polaco, que se había convertido al catolicismo y se había hecho carmelita. Alegó ciudadanía israelita según lo dispuesto en la Ley de Retorno del país, que estipula: “Todos los judíos tendrán derecho a venir a Israel como inmigrante”... Pero el juez dictaminó: “... No puede considerarse a un apóstata como perteneciente al pueblo judío”.

—*Time*

4. La entrevista es con Malcolm X, líder del movimiento de los “Musulmanes Negros”. Lo primero que se le pregunta es por qué lleva en lugar de apellido una X. Sonríe y contesta:

—Durante los tiempos de la esclavitud, los hombres de mi color recibían el nombre de su amo, como marca de ganadería. Smith, Jones y Williams no son apellidos africanos, sino anglosajones, que pusieron a la fuerza al llamado “negro”. Antes que llevar la marca de la esclavitud y de un amo, los

musulmanes nos ponemos de apellido X, símbolo arábigo de lo desconocido. Con eso nos borramos el estigma del blanco.

Se le pregunta por qué ha dicho “el llamado negro”.

—Es que —replica Malcolm— no contento con despojarnos de nuestros nombres, el blanco nos despojó además de nuestra humanidad; a eso llegó su maldad... y creó un nombre especial para su animal esclavo: “negro”. Es un nombre sintético que significa bestia inmundada y vil. Y eso no va con nosotros.

—*Saga*

III

Hay una prueba psicológica que puede convertirse en la base de un ejercicio interesante en su propia casa, sobre todo si hay niños. Tire sobre una mesa una serie de objetos heterogéneos: un martillo, un destornillador, una manguera, algo de equipo de cocina, cucharas de metal, cucharas de plástico, piezas eléctricas, juguetes, tijeras, equipo de pesca o deportivo... hasta veinticinco objetos, o más. Diga a sus amigos que hagan con ellos dos grupos según distintos sistemas de clasificación, y que lo repitan por lo menos cinco veces, cambiando de sistema, por iniciativa propia sin indicación alguna por parte de usted. Tome nota de esos sistemas y del orden en que son utilizados (por ejemplo: pintados y sin pintar; de metal y de otras sustancias; juguetes y no juguetes). Observe también dónde hubo indecisión por parte de los que realizan la clasificación (¿pertenecen los martillos de juguete a las herramientas? ¿es de plástico un objeto de goma dura?) y qué objetos parecen no clasificables. Si no entiende usted alguna clasificación, pregúnteselo. Si quieren hacer más de dos categorías, formando una tercera o cuarta pila, tome nota de las razones que alegan. Escriba los resultados y deduzca las conclusiones que se le ocurran.

Salvatore Russo y Howard Jaques son autores de un trabajo titulado “Semantic Play Therapy^[4]”, acerca de un muchacho de once años con trastornos emocionales, que “se aferró tan rígidamente a sus categorías que quedó esclavizado por ellas... Cuando su uso obstinado le resultaba molesto y hasta doloroso, tenía crisis de depresión, llanto o cólera”. Los autores del trabajo explican el tratamiento a que se le sometió: se reducía casi a dejarle jugar con montones de objetos diversos. Este trabajo es instructivo para esta aplicación.

IV

He aquí unos cuantos problemas difíciles de clasificar:

1. ¿Cuál puede ser la intención del individuo que dice: “Lo que la gente llama conejos con liebres, y lo que llama liebres son conejos”?
2. Cuando se llama persona legal a una corporación, ¿qué características personales se le atribuyen, y cuáles se omiten?
3. ¿En qué circunstancias se puede llamar “fruta” a los tomates, y en qué circunstancias, “hortaliza”? ¿De qué otra manera pueden clasificarse?
4. ¿Cuándo es “amateur” un atleta? Investigue las normas del “amateurismo” en tres o cuatro deportes (fútbol, boxeo, tenis, etc.) y las compensaciones económicas que perciben. En Inglaterra, hasta 1962 se distinguía entre “gentlemen” (amateurs) y “jugadores” (profesionales); se vestían en diferentes cabinas y comían en diferentes mesas, aunque jugasen en el mismo equipo de *cricket*. ¿A qué se debía esta diferencia, y por qué se abolió? ¿Por qué no se paga a los atletas universitarios norteamericanos un salario de profesionales, o, por lo contrario, no se les considera completamente “amateurs”, sin compensación económica alguna?
5. ¿Es la maternidad un “acto de Dios”? Esto haría pensar a cualquiera, por culto que fuese, con sus honduras metafísicas, religiosas y fisiológicas. La contestación afirmativa no sería admitida por ateos ni por agnósticos. La negativa sentaría mal a la gente de creencias. Hace una semana se puso sobre el tapete el problema, cuya solución esperaba el público.

La actriz Helen Hayes, esposa del comediógrafo Charles MacArthur, se retiró hace poco de la representación de *Coquette*, porque “iba a tener un niño”. El productor Jed Harris dio órdenes de que se diese por terminada la representación sin previo aviso. Cinco miembros de la compañía solicitaron sueldo extra, alegando que se habían violado las ordenanzas de la Actor’s Equity Association. Se discutía la cláusula del contrato que decía: “La administración no responde de incendios, huelgas o de ‘un acto de Dios’”. Y Harris dijo que lo del niño era, sin duda alguna, “un acto de Dios”. Los actores sostenían que no.

Entonces, se reunieron los consultores de la Equity a discutir a Dios y sus actos. Abrumados por las dimensiones cósmicas del problema, disolvieron la asamblea, sin saber qué decir.

—*Time* (1929)

¿Qué aconsejaría usted a los consultores de la Equity?

V

Dicen que Suecia es la primera nación del mundo en porcentaje de suicidios. Pero hay quien alega que muchas de las muertes clasificadas de otra manera en los demás países se consideran suicidios en Suecia. Quizá interese a algunos lectores investigar este problema: ¿Hay mayor proporción de suicidios en Suecia que en el resto del mundo? Expónganse algunos significados de la palabra “suicidio”.

No estaría mal advertir, a propósito de esto, que el doctor F. G. Crookshank atribuye el alto número de algunas enfermedades o incidencias morbosas que los médicos creen que es la misma; por tanto, se trata de diagnóstico, no de estadística: puede consultarse “The Importance of a Theory of Signs and a Critique of Language in the Study of Medicine”, Suplemento II, en *The Meaning of Meaning*, de C. K. Ogden e J. A. Richards.

VI

Según un autor por lo menos, los números-índice de que hemos hablado en este capítulo no tienen la importancia que les atribuimos, sino que son un engorro para la acción social. Hágase un comentario sobre esta opinión, atacada enérgicamente en el siguiente pasaje:

Imaginémonos un semántico en Polonia, Francia, Noruega, Grecia o cualquier país ocupado por los nazis... Allí, donde la resistencia revolucionaria al yugo extranjero cía la única terapéutica constructiva, se verían claramente los efectos contraproducentes del culto a la semántica. Claro que el nazi₁ no era el nazi₂ ni el nazi₃, pero lo importante para sus víctimas era que todos observaban la misma conducta destructiva y antihumana. En el período que se avecina... habrá, sin duda alguna, más acciones destructivas de grupo, que deben contrarrestarse con luchas positivas y heroicas de carácter constructivo. Las enconadas rivalidades imperialistas amenazan aciagamente nuestros esfuerzos por la paz mundial. Nos vemos en situaciones más críticas que las que hasta ahora conozca la historia humana. En estos tiempos, aferrarse al culto semántico equivale a... exponernos sin defensa a todos los tiros mientras nos dedicamos a juegos privados. Por eso creo que esto no debe considerarse como otro pasatiempo curioso, sin importancia, de los que presumen de

intelectuales. Debe denunciarse como una amenaza para la acción social constructiva, que tan urgentemente necesitamos.

—MARGARET SCHLAUCH, “The Cult of the Proper Word”, *New Masses*

13. LA ORIENTACIÓN DILEMÁTICA

Los que han pasado por la universidad, dijo el estudiante, saben más y, por tanto, son mejores jueces del pueblo. ¿Pero no está usted dando por supuesto, le pregunté, que la universidad no sólo enseña lo que solemos llamar “saber”, sino además lo que entendemos por “discreción” o “prudencia”? Oh, replicó, usted cree que de nada vale estudiar en un centro universitario.

—FRANGÍS P. CHISHOLM

En cuanto atribuimos a otro grupo categoría de enemigo, ya sabemos que no puede uno fiarse de él... que quienes lo integran son la maldad personificada. Y tergiversamos cuanto dicen para hacerlo encajar en nuestra idea.

—JEROME D. FRANK

Cuando decimos: “Hay que escuchar a las dos partes”, suponemos, sin más, que en toda cuestión hay dos partes, y sólo dos. Tendemos a pensar en plan de términos opuestos: lo que no es bueno tiene que ser forzosamente malo, y lo que no es malo es bueno. De niños, siempre preguntábamos si el rey tal o cual era bueno o malo. Las masas políticas consideran al mundo dividido entre buenos y malos, como en las películas del Oeste; entre derechistas o izquierdistas, rojos o conservadores. Otro tanto ocurre con los que no quieren creer en las naciones “neutralistas”: a la fuerza han de estar con nosotros o con los rusos. A esta propensión simplista a repartir el mundo en dos mitades opuestas, sin posición inedia alguna, la llamamos *orientación dilemática*.

En una situación de lucha física, esta orientación es inevitable y necesaria: todo se reduce, en el ardor del combate, a dos objetos: yo y el enemigo. Ayuda a esta actitud a rajatabla del mundo, la hipertensión cardiaca, la aceleración de la circulación sanguínea, la mayor tensión muscular y la descarga de hormonas de las glándulas suprarrenales en nuestra sangre, contrayendo nuestras arterias y haciendo más lento el fluir de la corriente sanguínea en caso de daño corporal. Esta capacidad para movilizar todos los recursos mentales y físicos individuales ante el peligro —que el fisiólogo Walter B. Cannon llamó mecanismo de lucha o huida— ha sido necesaria para la supervivencia de la raza humana a lo largo de la mayor parte de su historia, y probablemente sigue siéndolo.

Sin embargo, no valen para la vida en un alto nivel de desarrollo cultural los recursos primitivos del temor, del odio y de la ira. Aunque alguna vez sintamos deseos de arremeter contra nuestros contrincantes, y hasta de matarlos, casi siempre tenemos que contentarnos con ataques verbales: ponerles mote, criticarlos, acusarlos al jefe, elevar quejas y hasta, en casos raros, entablarles pleitos legales. Los insultos

no quebrantan huesos ni hacen brotar la sangre por sí solos, por brutales que sean. De aquí que algunos individuos —sobre todos quienes pierden fácilmente los estribos y tardan en recuperar su temple y serenidad—, están sometidos a un estímulo excesivo casi constante, bajo la influencia de una concentración exagerada de adrenalina en su organismo. Para estos individuos, la orientación dilemática viene a constituir un modo de vida.

La orientación dilemática en la política

En el sistema político bipartidista norteamericano, como ha observado personalmente el autor de este libro, no se da ni un adarme de razón al adversario: el republicano no deja caer ni por descuido una alabanza para el demócrata, y viceversa. Se lo hice saber, extrañado, en cierta ocasión, a un candidato, el cual me contestó: “Entre nosotros, las delicadezas salen sobrando”.

Pero cuando las tradiciones (o falta de tradiciones) de una nación permiten a un partido político creerse tan bueno que no debe haber ningún otro, y ese partido llega al poder, declara que su filosofía es la manera oficial de pensar de toda la nación y que representa los intereses del pueblo en su totalidad. “El enemigo del partido nacional-socialista es enemigo de Alemania”, decían los nazis. Aunque sintiese un gran afecto por Alemania, era perseguido si no estaba de acuerdo con el nacional-socialismo. En el sistema de partido único, la orientación dilemática se convierte en la actitud oficial nacional, en su forma más primitiva.

Como los nazis la hacían llegar a extremos de ridiculez y de barbarie, vale la pena estudiar desde nuestro punto de vista semántico algunas de las técnicas que desplegaron. Ante todo, la idea dilemática y exclusivista se repetía explícitamente una y mil veces:

Tiene que cesar absolutamente la discusión de los asuntos que afectan a nuestra existencia y a la de la nación. El que ose poner en tela de juicio la legalidad del nacional-socialismo será considerado traidor.

—*HERR SAUCKEL*, gobernador nazi de Turingia, 20 de junio de 1933

Todos son en Alemania nacional-socialistas: los pocos que no pertenecen al partido están locos o son idiotas.

—ADOLFO HITLER, en Klagenfurt, Austria, 4 de abril de 1938 (Citado por el *Times*, New York, 5 de abril de 1938).

Quien no emplee el saludo “Heil Hitler”, o lo emplee rara vez y de mala gana, es enemigo del Führer... El único saludo del pueblo alemán es “Heil Hitler”. Al que no lo emplee se le considerará extraño a la comunidad de la nación alemana.

—Los jefes del Frente del Trabajo en Sajonia, 5 de diciembre de 1937

Los nacional-socialistas dicen: Legalidad es lo que beneficia al pueblo alemán; ilegalidad es lo que le perjudica.

—DR. FRICK, Ministro del Interior

El que se oponía a Hitler era un judío, un degenerado, un decadente, o un “no ario”, el colmo de los insultos. En cambio el “ario” era por definición noble, virtuoso, heroico y glorioso. El valor, la disciplina, el honor, todo lo grande, era ario. Cuando encarecía algo a la gente, era para “responder a su tradición o patrimonio ario”.

A esta orientación dilemática se sometían las artes, los libros, el pueblo, la calistenia, las matemáticas, la física, los perros y los gatos, la arquitectura, la moral, la culinaria, la religión. Lo que Hitler aprobaba era ario; lo que reprobaba era enemigo de la raza aria y estaba dominado por los judíos.

Encarecemos que cada gallina ponga de 130 a 140 huevos al año. Este aumento no podrá conseguirse con las gallinas bastardas (no arias) que pueblan actualmente los corrales alemanes. Maten a estas indeseables y substitúyanlas...

—Agencia Informativa del Partido Nazi, 3 de abril de 1937

Podemos asegurar que el conejo no es un animal alemán, aunque sólo sea por su ridícula timidez. Es un inmigrante que goza de los privilegios de un huésped. En cambio, se observan indiscutiblemente en el león características fundamentales alemanas. Por eso, puede considerársele como un alemán en el extranjero.

—GENERAL LUDENDORFF, en *Am Quell Deutscher Kraft*

Respirar bien contribuye a adquirir mentalidad nacional heroica. Antiguamente el arte de respirar fue típico del verdadero arianismo, y conocido de todos los líderes arios... Pues que el pueblo vuelva a practicar la vieja sabiduría aria.

—WELTPOLITISCHE RUNDSCHAU, de Berlín, citado en *La Nación*

Las vacas o el ganado comprado directa o indirectamente a los judíos no deben pastar con el toro de la comunidad.

—El alcalde de la Comunidad de Koenigsdorf, Baviera *Tegernseerzeitung*, órgano del partido nazi, 1 de octubre de 1935

Heinrich Heine no puede entrar en ninguna colección de obras de poetas alemanes... Si rechazamos a Heine, no es porque creamos malos todos sus versos. El factor decisivo es que era judío. Por eso, no hay lugar para él en la literatura alemana.

—*Schwarze Korps*

Como los japoneses fueron amigos de la Alemania de Hitler antes y durante la segunda Guerra Mundial, se los clasificó como arios. Cuando Alemania esperaba, en determinada etapa de la guerra, que México se aliase con ella, el embajador alemán en esta nación anunció que los mexicanos pertenecían a la raza nórdica, que habían emigrado por el estrecho de Bering y avanzado hacia el Sur. Pero el mayor error de los nazis en cuestiones de clasificación fue el calificar de “no arias” ciertas teorías físicas de Albert Einstein, y confiscar a éste su propiedad, quitándole además su puesto y su ciudadanía. Bien lejos estaba Hitler de sospechar que esas teorías iban a tener consecuencias militares que rebasaban sus sueños más frenéticos.

La relación entre la orientación dilemática y la lucha se observa claramente en la historia del nazismo. Desde que Hitler subió al poder, estuvo diciendo al pueblo alemán que se hallaba rodeado de enemigos. Mucho antes de la segunda Guerra Mundial, arengó al pueblo alemán a proceder como si estuviese en guerra. Todos, hasta las mujeres y los niños, fueron obligados a prestar servicios de guerra de uno u otro tipo.

Y para mantener su espíritu belicoso sin enemigos exteriores, mantuvieron una constante lucha interior principalmente contra los judíos, pero también contra todos los desafectos al régimen nazi. La educación se puso al servicio de la guerra:

No existe el saber por el saber. La ciencia sólo puede ser el adiestramiento militar de nuestra mente en servicio de la nación. La universidad tiene que ser el campo de batalla para la organización del intelecto. ¡Heil Adolfo Hitler y su Reich eterno!

—El rector de la Universidad de Jena

La misión de las universidades no es enseñar la ciencia objetiva, sino la militante, la belicosa, la heroica.

—DR DRIECK, director de las escuelas públicas de Mannheim^[1]

La orientación oficial nacional-socialista profesó siempre la convicción dilemática de que o se es muy bueno o se es muy malo, sin términos medios: “El que no está con nosotros está contra nosotros”.

La inhumanidad humana para el hombre

Las crueldades nazis con los judíos y otros “enemigos”, las ejecuciones en masa, las cámaras de gas, los experimentos científicos, las muertes por hambre y la vivisección practicada en los presos políticos, han parecido muchas veces increíbles al mundo; todavía son consideradas por muchos como patrañas antinazis.

Pero son creíbles para los que estudian las orientaciones dilemáticas. Si lo bueno es absolutamente bueno, y lo malo absolutamente malo, según la lógica primitiva de la posición dilemática, hay que exterminar al mal por todos los medios posibles: en consecuencia, es un deber moral asesinar sistemáticamente y a conciencia a los judíos. A juzgar por los hechos que se revelaron en los procesos de Nuremberg y por el de Eichmann, así fue como lo hicieron los nazis: sin ira ni espíritu de crueldad, como cuestión de deber nada más. Aldous Huxley ha dicho que la propaganda logra realizar a sangre fría lo que de otra manera habría que hacer con ferocidad. Y así ocurre, particularmente con la propaganda dilemática.

La orientación dilemática marxista

Para los rusos, el mundo está dividido en “socialistas materialistas, que aman la paz, son progresistas y científicos”, como ellos, es decir, los comunistas, y “burgueses reaccionarios, capitalistas imperialistas, ávidos de sangre y guerra”, como nosotros o cuantos no estén de acuerdo con ellos. Pero no suelen hablar como los nazis, de sangre, instinto y alma, sino que su ideología prefiere referirse a la “lucha de clases”, “realidad objetiva”, “necesidad histórica”, y a la “naturaleza de la explotación y del

colonialismo capitalista”. En la Alemania nazi, la orientación dilemática se manifiesta a través de la oratoria mitinesca popular; pero en la Rusia comunista son los teorizantes, los filósofos y los intelectuales quienes más adoptan esta orientación.

Lenin hizo una arma política de la ideología de Carlos Marx, y el ardor combativo de su revolución ha sido desde entonces uno de los factores principales de la oratoria y programación comunista. Como ha dicho Anatol Rapoport, Lenin “tenía una intensa inclinación a considerar irreconciliables las diferencias de opiniones”.

Si alguien a quien él tuviese por enemigo expresaba un punto de vista aceptable para él, se empeñaba en demostrar que o era una veleta o tenía la cabeza a pájaros o estaba mintiendo (su explicación favorita). Si algún partidario suyo declaraba algo inaceptable para él, lo acusaba igualmente de poco seso, o bien decía que con el tiempo pasaría a la posición del enemigo. Como escribió Lenin: “Enreda una sola garra al pájaro y lo habrás atrapado... No puede eliminarse una idea fundamental, una parte importante de esta filosofía del marxismo (que es como un bloque de acero), sin abandonar la verdad objetiva, sin caer en la falsedad burguesa y reaccionaria^[2]”.

En una palabra: o se acepta completamente a Lenin (o a quien lleve las riendas del partido) o es uno un proscrito.

Hay una curiosa preocupación por las etiquetas y los títulos en las polémicas marxistas; necesitan calificar con un epíteto la posición ideológica de un individuo o de una escuela. Para analizar la idea de un autor, una tendencia filosófica o una teoría científica, la crítica marxista tiene que decidir ante todo “qué es”. ¿Idealismo o materialismo? ¿Agnosticismo, charlatanismo burgués, fideísmo, formalismo, inmanentismo o revisionismo? ¿Será trotskismo, kautskismo, machismo, kantismo o berkeleyanismo?... Algunos de estos ismos son buenos; otros, malos. Cuando los polemistas marxistas tildan a una doctrina de mala, arremeten furiosamente contra ella. Así, B. Bykhovsky aseveró en 1947 que “la filosofía semántica no era sino... neonominalismo”, que trataba de implantar otra vez el desacreditado “idealismo subjetivo”. Y aquí viene la andanada:

La chaladura semántica de la filosofía anglo-norteamericana es una de las pruebas de la descomposición y degeneración características de la filosofía idealista del imperialismo... Las muecas de los oscurantistas semánticos, es decir, la Noche de Walpurgis, se celebra en las tinieblas que invaden la vida espiritual de la burguesía moderna... Como todas las corrientes de la moderna filosofía idealista, el idealismo semántico es una arma espiritual del imperialismo en su lucha con las ideas progresistas de nuestro tiempo. Al envenenar la conciencia de los intelectuales con la ponzoña del escepticismo,

del nihilismo y del agnosticismo científico, moral y político, los semánticos son los enemigos más malévolos de las ideas progresistas^[3].

Ejemplo irónico del carácter dilemático del pensamiento soviético es la carrera de Stalin. Después de haber sido unido y de haber personificado la fuerza, la sabiduría y la virtud comunista, a su muerte fue acusado de crímenes innumerables, entre ellos de haber inventado el “culto a la personalidad” para engrandecerse y asegurar su poder personal. Las calles y las ciudades que recibieron su nombre lo perdieron para adquirir otro, y su cadáver fue retirado de su glorioso panteón para ser enterrado en la obscuridad. Por lo visto, la ideología oficial no encontró término medio entre el héroe glorioso y el villano.

La actual generación soviética no está consagrada, como la anterior, a crear un nuevo orden social. Triunfante la revolución, ya está de más el espíritu revolucionario, hasta el punto de que uno de los problemas de los directivos soviéticos es la apatía del público respecto a los lemas belicosos y las polémicas enardecidas de otros tiempos. Para galvanizarla, provocan crisis que unan al pueblo en la campaña contra las amenazas a la paz, técnica practicada también en otras partes del mundo. Hay indicios de que cada día es mayor el número de jóvenes que en lugar de reaccionar con fervor patriótico a esta propaganda, se aburren y asquean de ella.

Pero la ideología oficial continúa en plan tan dilemático como siempre. Maurice Hindus, que estudió durante muchos años el desarrollo de la Unión Soviética, da cuenta de esta entrevista con un profesor soviético de filosofía:

—¿Y si algún estudiante —le pregunté— pone en duda el valor del materialismo dialéctico?

—Debe tenerse presente —le contestó el profesor— que durante sus cinco años de universidad, nuestro estudiante recibe clases de materialismo dialéctico y otros temas relacionados con él. Además, el estudio de todas nuestras disciplinas está impregnado de esta filosofía. No hay posibilidad de que el estudiante la ponga en tela de juicio.

—¿Y si no está de acuerdo con el profesor en que no hay más verdad que la del materialismo dialéctico? En los Estados Unidos, los estudiantes pueden disentir de sus profesores.

—Entonces traemos a cuentas al estudiante. Al terminar la clase, se dedican diez o quince minutos a preguntas, y el estudiante puede presentar cuantas objeciones se le ocurran. El profesor contesta una por una a todas ellas y demuestra su falsedad...

—Einstein —le dije— fue uno de los mayores sabios de todos los tiempos y, que yo sepa, nunca aceptó la filosofía del materialismo dialéctico.

—Hemos traducido el libro que Einstein escribió con Enfield [Infeld], Estudiamos el libro porque sus autores son grandes científicos. Pero rechazamos sus doctrinas

idealistas.

—¿Y si el estudiante las encuentra aceptables?

—Lo disuadimos.

—¿Y si no logran convencerlo?

—Imposible. Tenemos el tiempo para preguntas y los seminarios, y terminamos por derrotar a nuestros enemigos ideológicos.

—Pero ¿si el estudiante insiste en llevar la contraria al profesor?

—Eso no ocurre nunca. No puede ocurrir. Nuestros argumentos son irrefutables.

—¿Y si no lo fuesen?

Esta vez el profesor replicó en tono solemne:

—Entonces, el estudiante se colocaría fuera de nuestra sociedad soviética^[4].

La lógica dilemática

La expresión “orientación dilemática” se debe a Alfred Korzybski, a quien principalmente interesaban las orientaciones que determinan la cordura o el trastorno mental de las reacciones semánticas humanas. Aunque afirmó que la orientación dilemática era característica de un intelecto primitivo p emocionalmente trastornado, no se pronunció contra la lógica dilemática. La lógica corriente, por ejemplo, la que empleamos en aritmética, es rigurosamente dilemática. En el plano de la aritmética ordinaria, dos más dos son cuatro. Esta es la verdad, y cualquiera otra fórmula está equivocada. Muchas demostraciones geométricas se basan en la llamada “prueba indirecta”; es decir: para demostrar algo, se supone lo contrario, hasta que, en el desarrollo del teorema, se advierte una contradicción evidente: ésta resulta falsa, con lo cual se considera verdadera la proposición original. Aquí también se aplica la lógica dilemática. Korzybski no se metía con la aritmética ni con la geometría; tampoco el autor de este libro.

La lógica es un conjunto de normas que regulan la armonía o el acuerdo en el uso del lenguaje. Cuando hablamos lógicamente, nuestras frases están de acuerdo y en armonía entre sí; serán mapas exactos o no de territorios reales, pero esto cae fuera del campo de la lógica. La lógica es el lenguaje sobre el lenguaje, no sobre las cosas o los hechos. Dos y dos son cuatro, aunque se trate de cosas distintas, porque lo único que se dice con esa proporción es que “cuatro” es el nombre de “la suma de dos más dos”. Sobre ella, puede preguntarse dilemáticamente: “¿Es verdadera o falsa?” Es decir: “¿Está o no en armonía con el resto de nuestro sistema? Si decimos que sí, ¿no

llegará un momento en que nos contradigamos?” La lógica dilemática, conjunto de reglas para establecer el raciocinio, es uno de los instrumentos que pueden poner en orden el caos lingüístico. Es indispensable, naturalmente, en la mayor parte de las matemáticas.

Al tratar de ciertos temas con algunos grupos especiales de gente, puede “pulirse” el lenguaje, es decir, disciplinar las locuciones para que tengan la claridad tan necesaria en las matemáticas. En esos casos, puede acordarse llamar “gatos” a determinados animales, “democracia” a ciertas formas de gobierno, y “helio” a un gas. También habría que determinar claramente qué no eran estas tres cosas. La regla dilemática de la lógica tradicional (aristotélica): “Esto es un gato o no lo es”, y su “ley de identidad”, a saber: “Un gato es un gato”, prestan un gran servicio cuando entendemos estos principios como medios para crear y mantener el orden en el vocabulario. Podrían interpretarse así: “Para entendernos, tenemos que acordar si vamos a llamar o no gato a este animal”. Y “una vez acordado esto, mantengámonos fieles a ello”.

Desde luego, estos acuerdos no solucionan del todo el problema de qué nombres deben ponerse a las cosas, ni garantizan la certeza de las declaraciones lógicamente deducidas. En otras palabras, como se dijo en el Capítulo 10: las definiciones no describen las cosas, sino los hábitos lingüísticos, y muchas veces los prescriben. Por tanto, aun con los acuerdos más estrictos respecto a qué animales llamar gatos, las deducciones lógicas que saquemos acerca de los gatos pueden no ser verdaderas al examinar extensionalmente al Gato₁, ...₂ y ...₃.

Por ejemplo:

Los gatos son animales que mayan;
es así que A₁, A₂, y A₃ son gatos,
luego mayan.

Pero ¿si A₃ está ronco y no puede mayar? El gato pensado no es el gato real. Cada gato es distinto, es un proceso en cambio constante, como la vaca Palmira. Por tanto, la única manera de garantizar la verdad de las deducciones lógicas es hablar del gato *intencional*, no de los gatos *extensionales*: los primeros siempre mayan.

Este principio se entiende perfectamente en matemáticas. El punto matemático — que no ocupa espacio alguno— y el círculo matemático —figura cerrada, en que todos los puntos equidistan del centro— sólo existen en su definición; cualquier punto real ocupa espacio, y cualquier círculo real carece de circularidad. De aquí que, según dice Einstein, “las leyes matemáticas no son ciertas en cuanto se refieren a la realidad; y en lo que son ciertas, no se refieren a ella”. Por eso, hasta en la química, cuyo vocabulario es estricto y está perfectamente “disciplinado”, las deducciones lógicas deben comprobarse con la observación extensional. Este es otro motivo de la

importancia que tiene la regla de la orientación extensional: A_1 no es A_2 . Por mucho cuidado que se ponga en la definición de la palabra “gato”, y por muy lógicamente que se razone, habrá que examinar a los gatos extensionales.

Se cree sin motivo que la lógica reducirá considerablemente la incompreensión, aunque todos sabemos que con quienes es más difícil convivir es con los que se jactan de su lógica. Esta sólo puede conciliar a la gente cuando hay acuerdos previos y severos sobre lo que significan las palabras, como en las matemáticas o en las ciencias. Pero sólo existen vagos acuerdos lingüísticos entre católicos y protestantes, entre científicos y místicos, entre deportistas y gente a quien sólo interesa el dinero. Por eso, tenemos que aprender en la conversación corriente con las personas, su vocabulario: eso es lo que hacen sin querer cuantos tienen sensibilidad y tacto.

Por tanto, no es de recomendar, excepto en matemáticas y en los campos en que haya claros acuerdos lingüísticos, la lógica dilemática tradicional^[5], porque no tardará en convertirse en orientación dilemática, cuyos resultados ya nos son conocidos.

Rara vez interesó a Korzybski el contenido concreto de las ideas de la gente, religiosa o irreligiosa, liberal o conservadora. Le interesó más bien cómo sostenían sus creencias y convicciones, a base de una orientación dilemática (“yo tengo razón y todos los demás están equivocados”) o a base de una orientación polifacética o multilateral (“no sé... veamos”). Korzybski atribuía la orientación dilemática a la “internalización” de las leyes de la lógica aristotélica:

A es A (ley de identidad);

Todo es A o no A (ley del “medio excluido”);

Nada es A y no A (ley de no contradicción).

Él consideraba su propio sistema como internalización de la lógica moderna multilateral y de infinitos valores. Por eso, llamaba a la semántica general “sistema no aristotélico”. Esto ha hecho pensar a algunos que se pronunciaba contra Aristóteles, pero no era así. Sólo se pronunciaba contra la locura individual y nacional. Aristóteles fue, sin duda, uno de los hombres más cuerdos de su tiempo; pero el que se limite, en los nuestros, al saber y al pensamiento de Aristóteles, difícilmente se conducirá con cordura.

Resultados contraproducentes

Es evidente que con orientaciones dilemáticas no se logran los fines propuestos. Las turbas que durante la primera Guerra Mundial obligaban a besar la bandera a los pacifistas o a los grupos religiosos disidentes, no servían a la causa nacional, sino que la debilitaban con los resentimientos enconados que creaban. Los linchamientos del sur de los Estados Unidos no solucionaron el problema negro, sino lo intensificaron. Los criminales se empeñan más en el crimen ante la manera como los trata la sociedad y la policía dilemáticas. En una palabra: esta orientación de sí o no reactiva la agresividad, pero reduce considerablemente la capacidad para valorar al mundo. Cuando se utiliza para efectos distintos de la lucha, casi siempre se obtienen resultados contraproducentes.

Sin embargo, algunos oradores y editorialistas se dejan arrastrar con extraordinaria frecuencia por rudas actitudes dilemáticas, aunque dicen que es en aras de la paz, de la prosperidad, del buen gobierno, etc. ¿Es que no conocen otro estilo? ¿O tan bajo concepto tienen de su público, que creen que “sale sobrando la delicadeza”? Acaso se deba a que son sinceros, o a que su furor dilemático contribuye a distraer la atención pública de otros problemas urgentes y prácticos, lo cual es una explicación poco agradable, pero sumamente probable en muchos casos. Al levantar una polvareda sobre el “ateísmo en la universidad”, “los comunistas que se infiltran en el gobierno”, o “la guerra en el sudeste Asiático”, impiden que la gente se fije en la desmoralización administrativa o en las terribles desigualdades sociales.

APLICACIONES

I

Es muy importante distinguir entre frases dilemáticas y orientación dilemática. Casi

todos pronunciamos las primeras en algún momento:

“Si no voy en avión, no voy”. Pero ¿cuándo podemos decir que la orientación es dilemática? ¿Ha incurrido en ella el autor de este libro al hacer alguna declaración? Repase la obra y vea en cuántos casos ha ocurrido esto. ¿Puede decirse, en consecuencia, que hay orientación dilemática?

Redacte un trabajo de 500 palabras, haciendo un esbozo de la mentalidad dilemática que encuentre usted en su vida diaria.

II

Esta orientación existe acusada o débilmente, fina o violentamente, en los fragmentos que reproducimos a continuación. Analícelos con cuidado, reflexionando: “¿Hasta qué punto puedo fiarme del criterio del autor? ¿O no puedo fiarme en absoluto? ¿Es una orientación dilemática meramente literaria y estética?”

1. La generosa musa de Quevedo
desbordóse una vez como un torrente
y exclamó llena de viril denuedo:
“No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando los labios, ya la frente,
silencio avises o amenazas miedo...
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?”

* * *

Pero hoy ¿dónde mirar? Un golpe mismo
hiere al César y a Dios. Sorda carcoma
prepara el misterioso cataclismo,
y como en tiempo de la antigua Roma,
todo cruje, vacila y se desploma
en el ciclo, en la tierra, en el abismo.

* * *

¡Libertad, libertad! No eres aquella
virgen, de blanca túnica ceñida,
que vi en mis sueños pudibunda y bella.
No eres, no, la deidad esclarecida
que alumbra con su luz, como una estrella,
los oscuros abismos de la vida.

* * *

No eres la vaga aparición que sigo
con hondo afán desde mi edad primera,
sin alcanzarla nunca... Mas ¿qué digo?
No eres la libertad, disfraces fuera,
¡licencia desgreñada, vil ramera
del motín, te conozco y te maldigo!

—GASPAR NÚÑEZ DE ARCE, “Estrofas”

2. Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis;

si con ansia sin igual
solicitáis, su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

* * *

Queréis con presunción necia
hallar a la que buscáis;
para pretendida, Thais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro,
que el que falto de consejo,
él mismo empaña el espejo
y siente que no está claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos si os tratan mal,
burlándoos si os quieren bien.

* * *

¿Pues para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis,
o hacedlas cual las buscáis.

—SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, “Redondillas”

3. La política, la vacilación, la tensión eterna que hay tras la sagacidad, una mente “asombrosamente abierta”, como dijera H. G. Wells refiriéndose al Presidente [Franklin Roosevelt], abierta por ambos extremos, a través de la cual fluye todo tipo de ideas a medio fraguar, la afición a lo espectacular, la preocupación por los problemas de la guerra y los asuntos de Europa, con una borrosa percepción en cambio de los problemas profundos de la economía y de las finanzas, que dominan en nuestra escena, buenas intenciones mezcladas con confusos conceptos étnicos; son los factores que han llevado al Presidente al punto trágico en que lo único que puede salvar a su régimen es arrastrar al país al histerismo de la guerra.

Siete años después de haber tomado posesión, hay once millones de desocupados, está muerta la inversión privada, el problema agrario sigue donde él lo encontró, exactamente. Introdujo algunas reformas sociales que estaba anhelando el país, pero ha habido que modificarlas casi completamente. En cuanto a la recuperación, el Presidente no tiene ningún plan. Todo esto ha costado veintidós mil millones de dólares, que aún no se han pagado.

Si todo ha ocurrido así, es porque Franklin D. Roosevelt es así.

—JOHN T. FLYNN, *Country Squire in the White House*

4. Nehru, primer ministro de la India, niega, con razones un poco forzadas, que su país sea neutral. Pero ¿quién de esta parte del mundo creyó que lo fuese?... Nehru asegura que el marbete de “neutral” refleja una mentalidad de guerra en quienes lo aplican a la India. Y trata de corroborar esta débil idea con otra igualmente inconsistente. Dice que la gente cree que todas las naciones deben tomar partido por uno de los dos grandes grupos de países que se suponen “ser más o menos enemigos”.

¿Qué tiene de malo este concepto? El bloque rojo y las naciones libres están

divididos por un gran principio: el de la libertad, el de la dignidad de la humanidad... Y sin embargo, afirma que la India debería considerarse como “no comprometida” o, mejor, “independiente”. Si la actitud de la India es la idea de independencia de Nehru, ha limitado lamentablemente el sentido de esta palabra.

—Editorial del *Democrat*, de Arkansas

5. Repito: los conflictos sobre el capitalismo (y sobre cualquier cosa) proceden de los dos puntos de vista opuestos de la naturaleza humana. La cuestión fundamental es: ¿Están dotados todos los hombres por su Creador de libertad inalienable? ¿O están todas las personas dominadas, como el viento y el agua, por fuerzas exteriores?

Si todo el mundo contestase positivamente a esto, y en ello basase todo su pensamiento lógicamente, no habría confusión, por lo menos, en los asuntos humanos. Las líneas divisorias estarían claramente trazadas, los enemigos formarían en ejércitos distintos y el problema quedaría decidido para siempre quizá...

Ahora bien; el punto de vista pagano de que los seres humanos no son individuos libres lleva directamente a algún tipo de esclavitud. Porque si los hombres no se controlan a sí mismos, algo deberá controlarlos, y este elemento tendría en la sociedad humana algún tipo de hombre: sería un dios viviente, como el Mikado; un autócrata, llámase emperador, rey, líder o dictador; o bien, algún grupo de personas, una clase gobernante, un partido, un parlamento o una mayoría...

En todos estos casos, la economía estaría controlada... y como nuestras necesidades primordiales son la comida, el vestido y la vivienda, la mayor parte de las actividades humanas serán la agricultura, la industria, el comercio... hoy, a eso lo llaman economía “planeada”. Pero una economía controlada es una tiranía, y una tiranía es una economía controlada... de diversas formas, que se llaman feudalismo, comunismo, fascismo, sindicalismo y socialismo nacional o internacional. En cualquier caso, la economía controlada es una forma de tiranía que esclaviza a cuantos dependen de ella.

—ROSE WILDER LAÑE, *Courier*, de Pittsburgh

6. La negativa insensata del hombre blanco a reconocer la importancia fundamental de la RAZA sólo puede conducir a su extinción. Está siendo explotado, y sus IMPUESTOS se destinan a apoyar y fomentar el BIENESTAR DE LOS NEGROS en beneficio de esta raza, que está multiplicándose rápidamente más que los BLANCOS principalmente a expensas suyas. El negro gasta el dinero en divertirse, paga unos impuestos mínimos y ni da de comer a sus mal nacidos hijos.

¡AYUDANOS!

Nuestra naturaleza norteamericana,
Nuestra tradición cristiana y nuestro modo norteamericano de vida necesitan tu
activa defensa.

USA Y DISTRIBUYE
sellos de

“GUERRA AL COMUNISMO”

200 por \$1; 1000 por \$2

El uso de estos sellos es una forma fácil y barata de apoyarnos y ser tomados en cuenta. A nadie hace daño más que a... los comunistas, anticomunistas, traidores, siervos de dos señores, compañeros de viaje, defensores de un mundo unificado, papanatas crédulos (entre ellos, los educadores y los eclesiásticos, varones y mujeres), “expertos” y contemporizadores por profesión...

SAQUEMOS A LOS EE. UU. DE LA ONU, Y A LA ONU DE LOS EE. UU.

—Octavilla del American Birthright Committee, Los Angeles, California

7. Misisipí sigue sin las palabras que fomentan el amor y la compasión de los hombres y la claridad de su pensamiento. Pero no tiene por qué ser así. Acabó la conspiración del silencio que imperara antaño en todo el sur. Los sureños se han pronunciado a millares contra la segregación, porque es un modo de vida intolerable e injurioso para negros y blancos. Millones más de sureños han dado un paso gigantesco hacia la realidad, aferrándose a la roca incommovible de su lealtad principal: el país y sus leyes. O somos norteamericanos o no lo somos: no hay términos medios en que se acepten los privilegios y se pasen por alto las obligaciones.

—LILIAN SMITH, *Life*

8. Es inútil, señor, andarse con paños calientes. Gritarán los caballeros paz, paz, pero no hay paz. La guerra ya ha empezado. El próximo huracán que se desencadene desde el norte traerá a nuestros oídos el retumbar de las armas. Nuestros hermanos están ya en el campo de batalla. ¿ Por qué nos quedamos aquí de brazos cruzados? ¿Qué quieren los caballeros? ¿Qué desean? ¿Es tan dulce la vida o tan deliciosa la paz, que no importa comprarla a costa de cadenas y esclavitud? ¡ No lo permitas, Dios Todopoderoso! No sé lo que otros querrán, ¡ pero a mí, dame la libertad o dame la muerte!

—PATRICK HENRY, en la Segunda Convención Revolucionaria, Richmond,
Virginia

III

Stuart Chase, versado en la semántica aristotélica y en la que no lo es, y siempre autor interesante y ameno, expone muchos ejemplos útiles y divertidos de errores cometidos en el proceso de pensar, en su obra *Guides to Straight Thinking* (1956). Otro libro útil es *How to Think Straight*, de Robert H. Thouless (1950), especialmente interesante a propósito del entimema, o silogismo de una premisa nada más. Véase también Richard D. Altick, *Preface to Critical Reading* (1951), y Harold F. Graves y Bernard S. Oldsey, *From Fact to Judgment* (1957).

14. LA ORIENTACIÓN MULTILATERAL

La fe en la razón no consiste únicamente en creer en nuestra razón, sino más todavía en la de los demás. Así, aunque el racionalista se cree intelectualmente superior a los demás, no quiere presumir de autoridad porque sabe que si su inteligencia es superior a la de los otros (cosa difícil para él de calibrar), sólo lo es en tanto que puede aprender de las críticas y de las equivocaciones propias y ajenas, y que esto sólo es posible tomando en serio a los demás y sus argumentos. Por tanto, el racionalismo tiene que admitir que los demás tienen derecho a ser oídos y a sostener sus argumentos.

—KARL. R. POPPER

Cuestión de grados

El lenguaje cotidiano se caracteriza, salvo en las discusiones y controversias violentas, por la que pudiera llamarse orientación multilateral o polifacética. Tenemos nuestras escalas de juicios: no basta el “bueno” y el “malo”, sino que además tenemos el “muy malo”, “no está mal”, “regular”, “muy bueno”, “sobresaliente”, “excepcional”; además formulamos juicios mixtos: tal o cual cosa es en parte buena y en parte mala. En lugar de “ cuerdo” y “loco”, hay grados apreciativos de “completamente cuerdo”, “bastante equilibrado”, “ligeramente neurótico”, “cuerdo en la mayor parte de los casos y temas”, “neurótico”, “sumamente neurótico”, “sicótico”. Cuanto más distingamos, más acciones posibles se presentan ante nosotros. Esto quiere decir que se intensifica nuestra capacidad para reaccionar debidamente a las múltiples situaciones complejas de la vida. El médico no establece dos categorías de “sanos” y “enfermos”, en que quepan todos, sino que distingue numerosos estados que pueden calificarse de “enfermedad”, y aplica un número indefinido de tratamientos o combinaciones de tratamientos.

La orientación dilemática se basa, como hemos visto, en sólo un interés. Pero a los seres humanos les interesan muchas cosas: comer, dormir, tener amigos, publicar libros, vender fincas, construir puentes, oír música, mantener la paz, dominar la enfermedad... Algunos de estos deseos son más fuertes que los otros, y la vida presenta el problema perpetuo de comparar un conjunto de deseos con otro y de tomar decisiones: “Desearía quedarme con el dinero, pero me parece que es mejor

que compre ese automóvil”. “No me gusta el sabor de la medicina, pero quiero y necesito tomarla”. “Quisiera ser abstemio, pero me gusta tanto el vino...” Para equilibrar los distintos y complicados deseos que la civilización provoca en nosotros, necesitamos una escala cada vez más finamente graduada de valores, y además, previsión, no sea que al satisfacer un deseo dejemos fallidos otros más importantes. A esta capacidad de ver las cosas en función de más de dos valores, la llamaremos orientación multilateral.

La orientación multilateral y la democracia

En casi todos los estudios inteligentes y discusiones públicas de algún interés, se observa una orientación multilateral. Los directores de los periódicos de altura y los colaboradores de las revistas serias evitan casi invariablemente la orientación dilemática. Condenarán el comunismo, pero buscarán sus razones; denunciarán el proceder de alguna potencia extranjera, pero no escurrirán el bulto de las responsabilidades nacionales; atacarán a un gobierno, pero sin perder de vista sus realizaciones positivas. Será por nobleza o por timidez, pero hay escritores que nunca hablan de lo completamente bueno ni de lo completamente malo, con lo cual abren la puerta a la conciliación de las diferencias e intereses en conflicto. Quienes se oponen a estas medias tintas e insisten en el sí o el no, son los que quieren cortar el nudo gordiano: quizá lo deshagan, pero acaban con la cuerda.

El proceso democrático presupone en muchos aspectos una orientación multilateral. Ni siquiera el antiquísimo procedimiento judicial del jurado, que tiene que dictaminar si el acusado es culpable o no, no es tan dilemático como parece, porque en la misma selección del cargo se escoge entre muchas posibilidades, y además, frecuentemente el veredicto reconoce “circunstancias atenuantes”.

Poniendo otro ejemplo, pocos proyectos de ley son aprobados en una legislatura democrática en la forma en que fueron propuestos: hay sus tira y afloja, sus negociaciones y concesiones mutuas, con objeto de llegar a decisiones que se ajusten mejor a las necesidades de la comunidad. Cuanto más desarrollada esté una democracia, más flexibilidad habrá en sus orientaciones y mejor conciliará las diferencias del pueblo.

Más multilateral es aún el lenguaje de la ciencia. En lugar de decir “caliente” o “frío”, damos la temperatura en grados de una escala previamente acordada: 20° F., 37° G., etc. La fuerza se mide en caballos de fuerza o voltios, la velocidad en

kilómetros por hora, o metros por segundo. Ya no tenemos dos o varias soluciones, sino infinitas, gracias a estos métodos numéricos. Por eso puede afamarse que el lenguaje de la ciencia tiene una orientación infinita de valores. Como dispone de medios para acomodar la acción a un número infinito de situaciones, logra rápidamente sus fines investigadores y prácticos.

Los peligros del debate

A pesar de cuanto hemos dicho, debe reconocerse que la orientación dilemática es casi inevitable en la expresión de los sentimientos. Hay una profunda verdad emocional en dicha orientación, a la que se deben las expresiones fuertes del sentimiento, especialmente de la compasión o piedad, como cuando se pide ayuda para la lucha en campañas sociales, sanitarias o políticas. Entonces se graban más honda y eficazmente los dilemas, presentando un notable contraste entre lo que es bueno y lo que es malo.

Quien quiera promover una causa por escrito, apela igualmente al dilema. Y se concibe cuando se trata conscientemente de presentar lo que se cree verdadero, aunque se indican a veces los peros que pueden oponerse a lo bueno y las partes buenas que pueda tener lo malo, con lo cual ya se introduce en el texto algo de orientación multilateral de los problemas.

Aunque todos nos consideramos seres racionales, son muy pocos los que no manifiestan una orientación dilemática en el calor de la controversia. Cuando en el curso de un debate, una de las partes adopta una actitud exagerada o extremista respecto a lo que se discute, sin caer en la cuenta fuerza al adversario a una actitud igualmente radical hacia el extremo contrario. En ese caso, corremos el peligro de desorbitar tanto la cuestión como nuestro contrincante. Oliver Wendell Holmes lo expone perfectamente en su obra *Autocrat of the Breakfast-Table*, cuando habla de la “paradoja hidrostática de la controversia”:

¿No sabe usted lo que quiere decir esto? Pues yo se lo explicaré. Comuniqué usted dos vasos por un tubo: uno de ellos es de tamaño corriente; el otro, tan grande como el mar. Pues bien; el agua quedaría al mismo nivel en ambos. Así ocurre con la discusión: iguala a los sabios con los tontos... y los tontos lo saben.

Naturalmente, cuando esto ocurre, se está perdiendo el tiempo en la discusión. La *reductio ad absurdum* se practica frecuentemente en las controversias de los centros superiores y universitarios de enseñanza, tal como todavía se practica en algunas localidades. Como ambas partes exagerarán indudablemente su razón y desdeñarán la del contrario, apenas saldrá nada limpio de allí si los maestros no orientan la polémica multilateralmente y llaman la atención sobre los procesos de abstracción a que debe someterse la cuestión debatida. En los parlamentos y en los congresos no suele tratarse de entablar ninguna discusión a fondo: los discursos van destinados principalmente a los electores, no a los compañeros de cámara. La labor fundamental del Gobierno se desarrolla en el seno de los comités, donde ya no impera la atmósfera tradicional del debate. Sin necesidad de adoptar posiciones dilemáticas de afirmación o negación, los legisladores pueden allí ventilar los problemas, investigar los hechos y llegar a conclusiones viables, entre posibles extremos. Creemos que, mejor que discutir para triunfar en la polémica, según se hacía en las escuelas medievales, convendría adiestrar a los estudiantes que aspiren a ser ciudadanos de una democracia, en la práctica de atestiguar ante comités de investigación y tomar parte en sus actividades.

En nuestra conversación diaria tenemos que evitar todas las actitudes dilemáticas. En nuestra sociedad en competencia, la conversación suele convertirse en inadvertido campo de batalla donde constante e inconscientemente tratamos de triunfar, poniendo en evidencia los errores del interlocutor, o su falta de información, apabullándolo ante todos con la superioridad de nuestra erudición y lógica. Este afán de conquistar prestigio está tan arraigado en casi todos, principalmente en los pertenecientes a los círculos profesionales y universitarios, que cualquier junta de intelectuales se presta a este tipo de reyertas verbales^[1]. Y el caso es que, por fuerza de la costumbre, ya nadie se molesta por las observaciones del adversario; pero, eso sí, se gasta un tiempo precioso que podría aprovecharse en un intercambio de información o de puntos de vista. Los aficionados a estos encuentros suelen partir de la idea de que las afirmaciones del interlocutor son verdaderas o falsas.

Una forma muy eficaz para que la conversación sea fructífera, es aplicar sistemáticamente la orientación polifacética. En lugar de suponer que una afirmación es verdadera o falsa, debiera pensarse que en ella hay un valor de verdad, de 0 a 100 por ciento. Por ejemplo: supongamos que nos gusta el sindicalismo y alguien nos espeta: “Los sindicatos son una guarida de ladrones”. Si replicamos en el acto: “Mentira”, ya estamos enzarzados en una discusión. Pero ¿no habrá algo de verdad en lo que dijo el otro, entre 0 por 100 (“en ningún sindicato hay negocios sucios”) y 100 por ciento (“todos los sindicatos son antros de pillos”)? Pues concedámosle de momento 1 por ciento de verdad (“en 1% de los sindicatos hay algún negocio sucio”) y digámosle: “¿Sí? Cuénteme más de esto”. Si no tiene gran motivo para declarar lo que declaró, empezará a disculparse, y ahí terminará la cosa; pero si lo sabe por propia experiencia, aunque sea muy remota, nos lo referirá todo; entonces le

escucharemos con atención, y puede ocurrir algo de lo siguiente:

1. Podemos enterarnos de algo que no conocíamos y, sin renunciar a nuestras ideas sindicales, modificarlas un poco en función de sus defectos y de sus ventajas también.
2. El afirmante puede reconocer que “no ha tenido gran experiencia directa con los sindicatos”, y referir lo que acaso pasó a alguien que él conocía, rectificando la dureza de la palabra “ladrones” o “pillos”. De esta manera, moderará sus declaraciones y las irá ajustando a la verdad.
3. Al invitarle a que nos hable con franqueza, establecemos líneas de comunicación con él, lo cual nos prepara el camino para decirle algo que esté dispuesto a escuchar.
4. Ambos aprovecharemos la conversación.

Al hacerlo así, todos nuestros contactos sociales pueden contribuir a formar “el depósito de saber” a que antes nos referimos. Si sabemos escuchar y no sólo hablar, habremos aprendido más cosas al ir viviendo, sin seguir aferrados eternamente a los mismos prejuicios, a nuestros sesenta y cinco años, que a los veinticinco, como hay tantas personas.

Lo que hablamos en nuestra conversación corriente siempre suele tener algo de verdad, aunque se base en deducciones fugaces y en generalizaciones precipitadas. Buscando la aguja de la verdad en el pajar de lo que dice el otro es aprender algo, aunque nuestro interlocutor esté lleno de prejuicios o no ande bien documentado. Y lo mismo le pasará a él con lo que le digamos nosotros. A fin de cuentas, toda la vida civilizada depende de nuestra disposición a aprender, no sólo a enseñar. Frenar un poco nuestras reacciones y animar a hablar al otro, escuchando antes de reaccionar, constituye la aplicación práctica de los principios teóricos expuestos en este libro: ninguna afirmación, ni siquiera las nuestras, lo dicen todo sobre el tema de que se trate; las deducciones e inferencias —por ejemplo, que nuestro interlocutor antisindicalista es un reaccionario enemigo del obrero— deben ser comprobadas antes de hablar u obrar en consecuencia; la orientación multilateral es necesaria para la discusión democrática y para la cooperación humana.

La mente abierta y la mente cerrada

En *The Open and Closed Mind* (1960), obra de Milton Rokeach, de la Universidad del Estado de Michigan, se contienen valiosos puntos de vista sobre la orientación multilateral. En primer lugar, dice el autor que deben distinguirse dos elementos en toda comunicación: el que habla y su afirmación. El oyente puede aceptar o rechazar al que habla (o lo que es lo mismo, puede gustarle o no gustarle; y otro tanto ocurre con lo que dice, puede estar o no de acuerdo con ello).

He aquí las cuatro maneras posibles en que puede reaccionar a lo que oye:

1. Puede aceptar al declarante y su declaración;
2. Puede aceptar al declarante, pero no su declaración;
3. Puede rechazar al declarante, aceptando su declaración;
4. Puede rechazar al declarante y su declaración.

El individuo a quien Rokeach llama “de mente cerrada” sólo reaccionará de la primera y cuarta manera: o acepta al declarante y su declaración, o rechaza a uno y otra. En cambio, el “de mente abierta” puede reaccionar, además, de las maneras más complejas, señaladas con los números 2 y 3.

En verdad, la persona de mente cerrada tiene miedo a la vida. Si no está de acuerdo con el que habla o con lo que dice, rechaza a los dos. Según recordará el lector, esto era lo que solía ocurrir con Lenin: el partidario suyo que decía algo inaceptable para él era un atontado o estaba sin querer de parte del enemigo; y el “enemigo” que afirmase algo aceptable para él, también era un atolondrado o estaba disimulando. En una palabra: la mente cerril está presa en su orientación dilemática: o se acepta al declarante y su declaración, o se rechaza a uno y otra.

Sicológicamente, según Rokeach, todos los seres humanos tratan de averiguar más cosas sobre el mundo y, al mismo tiempo, quieren protegerse de él, principalmente de cuanta información pueda resultarles molesta. Cuanto mayor sea la necesidad de protegerse de ésta, menor será la curiosidad del individuo respecto al mundo. (“Estará abierto a la información en lo posible, y la rechazará, filtrándola o alterándola, si es necesario”).

Rokeach llama al conjunto de cosas que uno cree “sistema de creencias”, y al conjunto de ideas en que no se cree, “sistema de descreencias”. (Para el católico, su sistema de creencias será el catolicismo, y su sistema de descreencias será el protestantismo, el judaísmo, el budismo, etc). Al individuo seguro y bien organizado le gusta su sistema, pero tiene la mente abierta para el sistema contrario, el de sus descreencias. (Si es católico, estará dispuesto a oír el punto de vista del protestantismo, etc., para ver las diferencias entre ambos sistemas). Eso es tener la mente abierta.

Pero el crónicamente inseguro, el miedoso, el atemorizado, se aferra desesperadamente a su sistema de creencias para defenderse del contrario, y no quiere ni oír hablar de él. Es decir: si, por ejemplo, el comunismo y el socialismo

constituyen parte de su sistema de descreencias, cuanto más miedo tenga usted menos podrá distinguirlos entre sí, por falta deliberada de información.

La palabra “socialismo” tiene numerosas acepciones: el capitalismo del Estado, por el estilo de la URSS; el “socialismo democrático” (de Suecia e Inglaterra), en que se adoptan medidas socialistas respecto a la salud pública, el bienestar, pensiones de desempleo, etc., por procedimientos democráticos y parlamentarios; medidas socialistas también impuestas por dictaduras armadas con la ayuda de informadores y de la policía secreta, como la colectivización agrícola rusa y china; los adversarios también llaman medidas socialistas a la atención médica pagada, al seguro social, a la ayuda a los hijos dependientes de sus padres, etc. El individuo que tiene miedo considera iguales todas estas medidas, son a cual peores, son socialismo, lo cual equivale a “comunismo”. También se tildan de comunistas otras áreas molestas, como la “fluoración” del servicio público de agua, el arte abstracto o la petición de igualdad de derechos para los negros. Esta incapacidad de distinguir de colores y de matices demuestra, según Rokeach, una mente cerrada, que pudiéramos llamar también “cerril”.

El que piensa así, mira a todas partes con ojos asustados y ve comunismo por doquier (no cae en la cuenta de los retrocesos comunistas). De ahí pasa a la consecuencia de que todos esos comunistas forman una conspiración secreta, que triunfa siempre. Los comunistas son extraordinariamente fieles a la causa y satánicamente astutos, se han infiltrado en el Gobierno, donde tienen sus quintas columnas y sus simpatizadores, por lo cual hay que limpiar de ellos las alturas, especialmente las gubernamentales y las educativas: “¡Los más graves peligros de los Estados Unidos, o de cualquier país, son interiores!”

Robert Welch, quien dijo que “Dwight Eisenhower es agente leal y consciente de la conjura comunista”, y que aseguró en su obra principal, *The Blue Book of the John Birch Society*, que Roosevelt y el general George C. Marshall eran culpables de “traición descarada y sin paliativos” (pág. 99^[2]), constituye un ejemplo sin par de esta orientación dilemática y de sus consecuencias lógicas. Asegura que los comunistas controlan o están a punto de controlar a todas las naciones musulmanas del Mediterráneo, además de la Europa oriental. Pero la mayor parte de la occidental está también en manos comunistas: “Para mí... carece de realismo la idea de que Noruega no esté en manos comunistas para todos los efectos prácticos, o de que Islandia y Finlandia no lo están también completamente” (págs. 18-19). Los comunistas han dominado la mayor parte de Asia “con la plena ayuda de nuestro Gobierno, desorientado completamente por la influencia comunista” (pág. 14). Nehru es comunista, lo mismo que Nasser. Los comunistas se han impuesto en la mayor parte de la América Latina. “Dominan absolutamente la vida económica de Hawaii... hasta el punto de que ejercen un control político virtual” (págs. 20-21). Están perfectamente atornillados y atrincherados en el Departamento de Estado norteamericano; ejercen una enorme influencia en la prensa, la radio y la televisión

(pág. 21). Hay “por lo menos treinta enormes circuitos comunistas de espionaje operando hoy en los Estados Unidos”. “En virtud de las decisiones de la Suprema Corte, son montones los simpatizantes comunistas comprobados que han vuelto a sus anteriores cargos en nuestro Gobierno federal” (pág. 24).

La conspiración [comunista] está increíblemente bien organizada. Está tan bien financiada, que dedica miles de millones de dólares al año a la propaganda. Cuenta con decenios de experiencia victoriosa... Y está dirigida por hombres que han necesitado la mayor astucia y carencia de escrúpulos para llegar a los altos puestos que ocupan en la conjura.

Este pulpo es tan descomunal, que sus tentáculos llegan hoy a todas las cámaras legislativas, a todos los sindicatos y uniones laborales, a la mayoría de las colectividades religiosas y a la mayor parte de los centros docentes del mundo entero. Su sistema nervioso central puede hacer que se encojan o se estiren simultáneamente todos los tentáculos que tiene en los sindicatos de Bolivia, en las cooperativas agrícolas de Saskatchewan, en las reuniones partidistas de los demócratas sociales de Alemania occidental, en las aulas de la Facultad de Derecho de Yale. Puede mover hacia la derecha o hacia la izquierda todos estos tentáculos vibrátiles, o mover parte a la derecha y parte a la izquierda al mismo tiempo, según las intenciones de su cerebro central de Moscú o Ust-Kamenogorsk. El género humano no ha visto jamás un monstruo de tanto poder, decidido a esclavizarlo (págs. 72-73).

Hace una generación, cuando liberales y conservadores estaban preocupados (y con razón) por el auge del fascismo alemán e italiano, los liberales más doctrinarios (y los comunistas) veían fascistas en cuantos sitios ven hoy comunistas el señor Welch y sus partidarios. Es que la orientación dilemática saca de quicio a cuantos sucumben a ella, bien sea hacia la derecha, bien hacia la izquierda.

El autor de este libro no niega el peligro del nacionalismo agresivo y belicoso de la URSS, ni que unos miembros del partido comunista y agentes del espionaje ruso hayan conspirado, junto con sus equivocados simpatizantes norteamericanos, contra los mejores intereses de los Estados Unidos. Lo único que quiero es evitar que la preocupación justificada por el auténtico peligro comunista dentro de nuestras fronteras o en el extranjero, se convierta en miedo pánico a cualquiera que piense de manera distinta que nosotros.

APLICACIONES

I

Considere las ventajas de la orientación dilemática y polifacética en las siguientes situaciones, exponiendo sus razones en cada caso:

1. Discusión sobre la preferencia del arte abstracto o del representativo.
2. Decisión, en unión con los otros miembros de la familia, respecto al lugar en que van a pasar las vacaciones de verano.
3. Preparación de un discurso solicitando el apoyo de la ONU.
4. Acuerdo con Rusia sobre inspección de armas nucleares.
5. Estudio de la “segregación” en los autobuses, restaurantes, etc., del sur.
6. Decidir si debe concederse libertad de expresión a los: miembros del Partido Nazi norteamericano o del Partido Comunista norteamericano.
7. Redactar el texto de una transmisión por radio a una nación enemiga en tiempos de guerra.
8. Mandar una unidad de infantería en el frente.
9. Elegir alcalde de su municipio o ciudad. (No conteste a base de generalizaciones sobre política, sino estudie extensionalmente las condiciones concretas de la elección a ese cargo en su localidad.)
10. Aumentar la eficiencia y levantar el espíritu del departamento, oficina, tienda o fábrica en que trabaje usted.
11. Supóngase que es alcalde de su municipio o ciudad y tiene que resolver el problema del congestionamiento de vehículos en las calles principales.
12. Recabar el consentimiento de sus padres para casarse con alguien que no pertenece a su grupo religioso o racial.
13. Convencer a sus hijos de que coman los alimentos que les convienen de la manera que estime usted oportuno.

II

Korzybski dice que la estructura idiomática indoeuropea contribuyó considerablemente a nuestra tendencia a la orientación dilemática con su acusado sentido del sí y del no. Benjamín Lee Whorf también reconoce la influencia del lenguaje en el pensamiento; hablando el *hopi* o el *thai*, costaría trabajo pensar como los que hablan inglés. (Véase *Science and Sanity*, de Korzybski, especialmente los capítulos 4, 5 y 7; y *The Selected Writings of Benjamín Lee Whorf*, rec. John B. Carroll).

Stuart Chase aplica de la siguiente manera, en su obra *Power of Words* (1954), las teorías de Korzybski y Whorf sobre la relación de lenguaje y pensamiento. Léase detenidamente y hágase un comentario sobre lo que cada uno sepa o conjeture respecto a la China comunista de nuestros días:

Los lingüistas han indicado que el chino es un idioma multilateral, no principalmente dilemático como el inglés y las lenguas de Occidente en general. Nosotros decimos que las cosas tienen que ser buenas o malas, verdaderas o falsas, limpias o sucias, negras o blancas, sin matices grises. Cuando un economista habla de un término medio entre socialismo y capitalismo, estos dos campos se abalanzan contra él para aniquilarlo. (Yo he sido ese desgraciado economista).

Los chinos no son aficionados a estos extremismos: para ellos, la mayor parte de las situaciones tienen matices grises, y reconocen fácilmente muchas soluciones intermedias. Por eso, las ideologías chinas han sido tolerantes tradicionalmente, sin el fanatismo occidental... Esta afortunada carencia de actitudes dilemáticas plantea un interesante problema. El comunismo, tal como lo formuló Marx y lo desarrolló Lenin, es rigurosamente dilemático. El heroico obrero se enfrenta con el perverso capitalista, y uno u otro tiene que salir derrotado. No hay margen para matices o tonalidades, ni tampoco para espectadores inocentes. Los que no están con nosotros están contra nosotros. ¿De qué lado está usted?

El idioma ruso es indo-europeo, y el pensamiento dilemático es fácilmente aceptado por sus oradores. Lo mismo ocurre con los altos líderes del comunismo chino, porque fueron adoctrinados en Moscú y aprendieron el ruso. Pero hay cuatrocientos millones de chinos que no han ido a Moscú ni han aprendido el ruso... y son pocas las probabilidades de que lo hagan. Entonces, ¿cómo podrá el pueblo chino llegar a ser buen comunista ideológico, puesto que le resulta tan difícil, si no imposible, tomar en serio la dialéctica esencial del marxismo? La estructura de su idioma parece excluir la idea.

III

Una de las maneras mejores para entender y aplicar algunas de las principales ideas de este capítulo, es hacer experimentos sobre la eficiencia de dichas ideas con otros que lo hayan leído.

Por ejemplo: selecciónese algún tema discutible de interés verdadero para el grupo conocedor de las distinciones que hemos hecho, como la censura de las películas o de la televisión, el gobierno mundial, el seguro de salud para todos los miembros de la nación, el pacifismo o la necesidad de sindicarse para trabajar. Invítese a dos miembros del grupo a que presenten una discusión del tema con una persona que haya pensado sistemáticamente de forma dilemática sobre él (“todas las censuras son detestables”, “el gobierno mundial acabaría con la libertad”); es decir: uno de los polemistas será de pensamiento dilemático y el otro adoptará una orientación multilateral.

Después, organícese otra discusión sobre el mismo tema con dos miembros distintos del grupo, adoptando uno de ellos la orientación dilemática, y el otro la actitud de “explíquese usted... hábleme más de esto... veamos”, que indicamos en el capítulo.

No hace falta que dure mucho; con tres o cinco minutos puede bastar. Un comentario sobre la demostración, seguida quizá por otra, será suficiente para apreciar lo que es una justa verbal, en comparación con la aplicación sistemática de la orientación multilateral. Es conveniente que el primer comentario crítico corra a cargo del que más haya intervenido en la organización. Después deberá hablar su colaborador, y luego los demás presentes.

15. POESIA Y PUBLICIDAD

El anuncio es una de las formas literarias modernas más interesantes y difíciles.

—ALDOUS HUXLEY

*Tabaco y rapé vendo, con pepitas,
relojes y navajas y tijeras;
vendo encajes y cintas muy bonitas
para esposas y novias casaderas.*

—W. S. GILBERT

Función del poeta

No se menciona muchas veces en el mismo título la poesía y la publicidad, y menos aún, la publicidad de los anuncios. Todo el mundo sabe que la poesía es la más sublime de las artes verbales. En cambio, la publicidad no llega siquiera a la categoría de arte autónoma; no es sino criada del comercio. Comprende verdades a medias, engaños y hasta fraudes descarados; halaga la vanidad o provoca el temor, el falso orgullo o el deseo de ponerse a la vanguardia de la moda; sus programas de radio y de televisión son a veces horribles y llenos de voces chillonas y estridentes.

Pero hay muchos más contrastes entre la poesía y la publicidad. Sólo unos cuantos parecen apreciar la buena poesía, que se les escapa a los más. En cambio, los anuncios son celebrados, reídos y asimilados por las muchedumbres. La poesía suele ser algo especial, típico de las aulas y de la minoría culta, que se lee en ocasiones solemnes nada más. El anuncio es parte de la vida diaria.

Y sin embargo, la poesía y la publicidad tienen muchas cosas en común. En primer lugar, ambas usan la rima y el ritmo (“Es un ron que alegra el corazón”). Ambas emplean palabras de valor afectivo y connotativo, más bien que denotativo (“Auras primaverales refrescan la sien, cuando se perfuman con...”). William Empson, crítico inglés dijo en su obra *Seven Types of Ambiguity*, que los mejores poemas son ambiguos; es decir: tienen una inspiración más profunda cuando pueden interpretarse de dos, tres o más maneras. La publicidad también explota, aunque en nivel mucho más primitivo, las ambigüedades y juegos de palabras: “Mejor Mejora

Mejoral”.

Pero en lo que más se parecen la poesía y la publicidad, es en que ambas tratan de dar significado a los hechos de la experiencia diaria, a hacer que los objetos de la experiencia simbolicen algo trascendental. Poesía y anuncio comercial se combinan cuando el jabón deja de ser un mero artículo químico de limpieza para convertirse en ondas oceánicas de nacarada espuma, con caricias embalsamadas de céfiro. Lo mismo si se trata de neumáticos que de un dentífrico, de galletas o de camiones, la misión del anunciador es poetizar los bienes más prosaicos de consumo, llamando “Pétalo”, por ejemplo, al vulgar papel higiénico.

Arte y vida

Como vimos en el Capítulo 8, para que el lector disfrute de la literatura y del teatro tiene que identificarse con sus situaciones y personajes. El mismo principio vale, naturalmente, para la poesía y la publicidad. Al leer versos, nos identificamos con los paisajes exteriores o interiores creados por el poeta, o con él mismo. El anunciador nos invita también a beber su refresco, a probar su aceite en un sabroso pollo frito, o a sentarnos al volante del último modelo de automóvil.

La identificación poética supone en el lector gran atención y poder imaginativo; no todos logran identificarse con el protagonista de *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez, o con el enamorado de Teresa, de Espronceda. En cambio, la identificación con el anuncio es fácil y agradable: le entran a uno ganas de ponerse aquella flamante camisa o de adornar su cuello con aquellas perlas maravillosas. Dejándose llevar por el clima de los anuncios, la vida es alegre, llena de venturas... “¡Goce la vida a sorbos de esta cerveza!”

Poesía y publicidad se apoderan de nuestra imaginación y contribuyen a que nos formemos las ideas que van a determinar en gran parte nuestra conducta. Como dijo Oscar Wilde, “la vida es una imitación del arte”. Igual pasa con la poesía y la publicidad: por eso son verdaderamente “creadoras” las dos. Los profanos en el campo de la publicidad suelen extrañarse, y a veces bromear, al enterarse de que se llaman “departamentos creadores” a aquellos en que se confeccionan los anuncios, y su jefe recibe el título de “director de creaciones”. Pero, pensándolo bien, el título es adecuado, aunque a uno no le guste lo que allí se crea.

Llamemos poesía a esta magia (o treta) verbal, puesto que se propone dar una dimensión imaginativa, simbólica o ideal a la vida y a cuanto hay en ella. Si

hablamos por separado de lo que ordinariamente llamamos poesía y publicidad, califiquemos a la segunda de “poesía pagada”.

Entendiéndolo así, veremos que nuestra edad no está horra de poesía, porque la metemos hasta en los bienes de consumo. Estamos más en contacto con la poesía (o quizá mejor, la poesía viene a buscarnos más) que en ninguna otra época de la historia. No puede uno oír cinco minutos de música por la radio ni gozar diez de un programa de televisión, sin que nos espeten un panegírico de la cerveza, o de determinado desodorante u hoja de afeitar. La mayor parte de las revistas norteamericanas de gran circulación están pletóricas de poesía pagada sobre repuestos eléctricos, prendas de vestir, licores, automóviles, artículos de limpieza, etc., poesía vistosamente ilustrada a todo color y sin escatimar el dinero, de modo que leer artículos o ensayos en medio de aquella profusión abigarrada de anuncios llamativos es como estudiar álgebra en plena Times Square la noche de Año Nuevo.

La miñón del poeta cortesano o protegido

El que la poesía esté pagada no quiere decir necesariamente que sea mala. En todos los tiempos ha habido poetas protegidos por mecenas, aunque no propiamente pagados. El poeta cortesano o laureado es ejemplo típico de ello. El emperador, el rey o el noble le pasaba una pensión para que escribiese odas, elegías o epopeyas en determinadas ocasiones, y cantaba la grandeza y el poder de aquel a cuyo servicio estaba, celebrando la ventura del pueblo que tenía la suerte de estar bajo su cetro benigno, justo y paternal. Los buenos poetas protegidos se elevaron sobre el nivel de la lisonja personal y dieron a veces expresión a los más altos ideales de su tiempo y de su patria. Virgilio fue protegido por el emperador Augusto. Cuando escribió la *Eneida*, “lo que tenía que hacer era escribir una obra de arte con gran escala, que representase una acción gloriosa de la edad heroica, y al mismo tiempo expresase las ideas y sentimientos esenciales de la época actual, lo que redundaría en gloria de Roma y loor a su gobernante” (*Enciclopedia Británica*, 11ª edición). En suma: Virgilio tenía un Mecenas y una pensión. Sin embargo, debido al carácter de Virgilio como poeta y como hombre y a la consagración auténtica a su tarea, de allí salió un ilustre poema; según muchos, el más glorioso de su tiempo.

En la poesía española, Garcilaso de la Vega, poeta cortesano, aunque no precisamente a sueldo, si bien, como *contino* de la casa del rey, gozaba de 49.000 maravedíes de salario, fue prez y lustre de las letras castellanas. Así lo atestiguan sus

Eglogas inmortales, dedicadas al virrey de Nápoles, que comienzan:

El dulce lamentar de dos pastores,
Salido juntamente y Nemoroso,
he de cantar, sus quejas imitando;
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas, escuchando.

Muchos antes de él, en la Edad Media, cuando los monarcas tenían sus cronistas, y después de él, Cervantes, por ejemplo, protegido del duque de Sessa, entre otros poetas ilustres que pudiéramos citar, honraron la literatura española, sin vender su musa. *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, novela de Cervantes, fue dedicada, por su autor al conde de Lemos cuatro días antes de morir.

A veces, el pendón patrio o las glorias nacionales dan pie también a anuncios de tipo comercial, como el de la compañía de seguros, publicado en los periódicos de Boston y en las revistas nacionales norteamericanas, tras un solemne epitafio al Soldado Desconocido de la segunda Guerra Mundial. Helo aquí:

Ese desconocido es mi hermano

Esta es la historia de un hombre, a quien no conocí, aunque sé toda su vida.

Murió y está enterrado en una tumba de pulido mármol, cuyo esplendor le causaría sorpresa a él mismo. La gente viene de todas partes para inclinar ante él la cabeza, con la mirada grave y los corazones anegados de tristeza por este hombre a quien no conocieron.

Como vestía uniforme cuando murió, le llaman el Soldado Desconocido. Creo que fue un buen soldado, aunque su oficio no fue nunca pelear. No me lo dijo, pero estoy seguro de que era un hombre de paz.

Nació en un rancho de los Dakotas... ¿o no sería en la casilla de un minero de Pensilvania, en una vivienda del Bronx, en una casa de campo de Texas o en un apartamento de Park Avenue? No sé qué decir, pero ahora estoy ante su tumba, sombrero en mano, rindiendo honores a este hombre a quien no conocí.

¿Sería un poeta, un tenedor de libros, un chofer de camión, un cirujano, un leñador, un recadero, un estudiante? Cuando lo hirió el proyectil, ¿estaba contando un chiste, maldiciendo a su sargento o escribiendo a su familia?

No sé. Porque cuando escogieron a este hombre entre todos los que murieron ignorados, lo encerraron en silencio en un ataúd, y sólo Dios sabe quién era.

Pero me consta que es acreedor a nuestro respeto y a nuestros honores. Porque, fuera quien fuese, estoy seguro de que creyó, como yo, en la igualdad de los hombres, en la promesa de los hombres, en el deber de los hombres a vivir justamente unos con

otros, y consigo mismo.

Por eso estoy aquí, sombrero en mano, en actitud reverente ante el sepulcro de un extraño que es mi hermano, mi padre, mi hijo, mi paisano y mi amigo.

—John Hancock Mutual Life Insurance Company,
Boston, Massachusetts

El autor de este anuncio desempeñó la misión de poeta laureado de una nación que no tiene poetas laureados.

Los problemas del poeta libre

Pero pasemos al poeta libre, a los que no escriben para satisfacer demanda alguna exterior, sino para satisfacción de sí mismo. Desde hace varias decenas de años, se ha venido lamentando el triste estado de la poesía moderna norteamericana. Robert Hillyer, poeta, habla en un artículo publicado en la *Saturday Review*, con el título de “Modern Poetry vs the Common Reader”, de la confusión y frustración de los poetas de hoy. Se queja de la obscuridad de su estilo, de “la fuga de la claridad”; como la llama. Está seguro de que esto y el tono melancólico de tantos versos modernos se deben a los defectos morales de los poetas. “Su confusión es indicio de afeminamiento artístico y de egoísmo”, escribe.

Es cierto que muchos poetas modernos, desde T. S. Eliot hasta Ezra Pound, Wallace Stevens, Delmore Schwartz y Robert Lowell, no son fáciles de comprender a la primera, ni quizá a la segunda o tercera lectura. Pero creemos que Hillyer está equivocado al atribuir las dificultades de la poesía moderna a defectos morales de los poetas. No toma en cuenta el ambiente —contexto, lo llamamos nosotros— en que tiene que escribir el poeta contemporáneo: es un medio semántico en que la poesía que oye y lee la gente a todas horas es la pagada y servil de los bienes de consumo. El lenguaje poético se usa constante y tozudamente para vender, hasta el punto de que es casi imposible decir nada con entusiasmo, brío o convicción sin correr el peligro de que parezca que se trata de vender algo.

Ese comercialismo de la poesía no caracteriza de manera especial a la de habla española. Pero también la literatura castellana, como las bellas artes universales, ha pasado y está pasando por su etapa de ininteligibilidad, como si fuese menester una iniciación esotérica para entender esas manifestaciones artísticas:

Hay vaivenes que sienten profundidades evidentes y concretas,
y dulzones dibujos de niños sin cabeza.

Pero no importa:

el agua rinde purísimas líneas como el papel secante,
y estas agrietadas, tímidas manos, que hieden a cordera madre... etc.

Aprovechemos este instante como si alas
de Iodo y yodo a manchas o quejidos
son nuestras alas...

Fue inútil que el cabello
se buscara la huida
por la fresca maraña de los sesos;
y que las secas órbitas
rechinaran los goznes como espadas
amarillas...

Aunque parezca mentira, éstos son versos de poetas más o menos laureados.

Permita el lector al traductor y adaptador de este libro (y permítalo el autor también) recordar una anécdota rigurosamente histórica, en que intervino indirectamente. En la redacción de un ilustre diario madrileño se jugó a un famoso sonetista de la generación de la posguerra civil española la broma de pergeñar un soneto nuevo con versos tomados de catorce sonetos suyos.

Cada redactor seleccionó y aportó el suyo, guardando todas las leyes de ritmo y rima del soneto. A decir verdad, no “sonaba” mal. Al leerlo el autor, no reconoció las piezas distintas, y le pareció loable y brillantemente parnasiano su conjunto, diciendo: “Quisiera yo ser capaz de escribir un soneto así”.

Permítaseme también omitir nombres y títulos, por elegancia.

Nuestros símbolos

Repitémoslo: la publicidad es una actividad de manejo de símbolos. Se utilizan los de la moda y la estética para anunciar prendas de vestir y perfumes; los de la alegría juvenil para meter por los ojos los refrescos y los dulces; los de la aventura y el deporte para promover la venta de cigarrillos y licores; los del amor maternal para vender pañales, leches y alimentos infantiles. La publicidad es una creadora y

devoradora tremenda de símbolos, incluso los patrióticos: es muy norteamericano, o muy mexicano, o muy argentino, comprar determinados artículos. Hasta los símbolos religiosos se explotan para las ventas navideñas y de Pascua de Resurrección. Ha habido temporadas en que se ha puesto de moda, con fines benéficos o de construcción o embellecimiento de alguna iglesia, el anuncio y la rifa de misas... “Y buenas misas”, comentó zumbonamente una vez cierto feligrés con ribetes volterianos. Los vendedores no tienen inconveniente en vender también “la causa de Dios” y su “casa”. Por algo Jesús los arrojó del templo a latigazos.

Así, pues, se comprende que los problemas del poeta libre sean graves en este clima dominado por la publicidad y el anuncio. También los poetas necesitan los símbolos de la cultura en que se mueven, aparte de los nuevos que vayan creando. Casi todos los símbolos de la vida cotidiana —especialmente los que expresan felicidad y alegría— han sido utilizados por los anunciadores. Si los poetas parecen fundirse en actitudes negativas de desesperación, escepticismo y desengaño, es en parte porque, las actitudes positivas huelen demasiado a mercantilismo. Durante una generación por lo menos, no ha habido en los Estados Unidos, o, mejor dicho, en la literatura inglesa y norteamericana, autores que arrastrasen al público, como Tennyson y Longfellow en su tiempo, ni siquiera Robert Frost o Carl Sandburg. Es que, a nuestro entender, los símbolos familiares del amor, de la madre, de la patria y de la Naturaleza se han mercantilizado tanto, que el poeta ya no quiere utilizarlos. Se ve prácticamente obligado a acogerse a los símbolos oscuros de los Upanishads o del Budismo Zen, para no recaer en los tópicos ya manidos de los anuncios.

Símbolos de los tiempos presentes

“Los poetas son los legisladores anónimos del mundo”, dijo Shelley. Al crear nuevas formas de sentimiento y percepción, los poetas contribuyen a crear también nuevos modos de pensar de acuerdo con los cambios que va experimentando el mundo. Toda época arbitra sus símbolos propios. En los tiempos medievales, las imágenes religiosas significaban lo que la gente creía y vivía: Dios, los ángeles y los santos. Durante el Renacimiento, la imagen predominante era la del cuerpo humano, que se empleaba profusamente para simbolizar las ideas humanísticas del tiempo.

¿Qué símbolos deberá emplear el poeta para armonizarnos con las realidades de nuestra época? Las ciencias, la electrónica, la astrofísica, la microbiología, la fotoelasticidad, el estudio de las proteínas nucleares y el papel que desempeñan en la

genética, las investigaciones sobre la radiactividad y la física nuclear, han abierto nuevas áreas de pensamiento y exploración durante los últimos decenios. No pasan muchos meses sin que una nación recién constituida solicite su ingreso en la Organización de las Naciones Unidas, y partes del mundo a las que jamás prestáramos atención, se convierten de repente en objeto de preocupación para todos. Los astronautas han invadido el espacio sideral, por lo cual los límites del planeta en que vivimos ya no son los límites de nuestra exploración. Podemos describir y explicar en el lenguaje de la ciencia estos progresos, y así lo hacemos; pero ¿cómo vamos a llevar al fondo de nuestros corazones y de nuestras mentes estas nuevas y apremiantes realidades, si los poetas no nos proporcionan nuevas imágenes con que experimentarlas?

APLICACIONES

I

¿Hasta qué punto confirman los siguientes anuncios nuestra idea de que, cualquiera que sea el objeto cuya venta se propone, el publicista debe darle, como hace el poeta, un significado simbólico de algo superior a él? Desde luego, es evidente la falta de información que hay en los anuncios y el diluvio de connotaciones afectivas que los inunda. Sin embargo, es muy conveniente analizar a fondo ejemplos como los que exponemos a continuación, separando la información comprobable sobre el producto de sus significados afectivos y simbólicos. ¿De qué se hacen simbólicos los productos de estos anuncios? Recomendamos al lector que consigne en sendas columnas separadas los valores informativos, por una parte, y afectivos y simbólicos, por otra:

1. Verá cómo encuentra *diferente* el jugo de tomate extraído de tomates *aristócratas*.

EJEMPLO DE ANÁLISIS

Valores informativos:

El jugo de tomate se hace de tomates.

Valores afectivos y simbólicos:

Como usted es de gustos finos y sabe distinguir, preferirá el jugo de tomate hecho de tomates superiores y excepcionales, al de tomates ordinarios y comunes. La persona corriente no notará la diferencia, pero usted sí. Tomar nuestro jugo de tomate equivale a simbolizar sus personales gustos aristocráticos y su modo aristocrático de vida.

2. ¡Ha llegado la hora de la Pepsi... para la gente de gusto joven! ¡Para quienes piensan en joven! Las reuniones son ahora más informales, más divertidas. Reflejan el nuevo modo de vida. A esto se llama pensar en joven. Vale la pena de vivir con Pepsi, con su sabor ligero, limpio, vigorizante. Piense en joven. Diga: “Yo, Pepsi, por favor”.

—Anuncio

3. ¡Se acabó la guerra de Vietnam! Pero es porque nuestros diplomáticos ya no se sientan en cojines y alfombras medievales, sino en los modernísimos muebles JÚPITER, ¡dignos de ser el trono del dios del Olimpo! Pruébelos, visítelos, compre...

—Anuncio imaginario

4. ESTANCIA DE EJECUTIVOS... Su aspecto irradia confianza en sí mismo, talento decisivo, capacidad para delegar su autoridad, sabiduría para administrar el tiempo... y para gozar también de la vida. Todo esto se encierra en el puro de categoría que le ofrecemos. Fume usted EMBAJADORES.

—Anuncio imaginario

5. Al comprar una de nuestras sillas, adquiere usted veinticinco a la vez. Porque hemos estudiado las ventajas de las 25 marcas de sillas que hay en el mercado, y todas las hemos concentrado en el modelo SIESTA que le regalamos.

—Anuncio imaginario

6. ¡INCENDIO, BOMBEROS! Está ardiendo la esquina de la calle Tantos y Cuantos... Son nuestras grandes sederías N. N., donde hemos organizado una peligrosísima quema de precios. ¡Aprovéchela! ¡Y traiga su escalera para el salvamento! ¡Porque estamos tirando la casa por la ventana!

—Anuncio imaginario

7. Si Rock Hudson viste la línea de nuestras camisas y playeras SAGITARIO, ¿por qué no va a emular usted al gran astro de la pantalla, visitando nuestra exposición, sin dinero?... Su crédito es bueno para nosotros.

—Anuncio imaginario

8. ¡GRAN ROBO DE JOYAS! CUTEX roba la iridiscencia de las piedras preciosas para sus uñas. ¡Qué suerte tiene usted! Cutex le pone en la punta de los dedos una fortuna en perlas, amatistas y rubíes. Pero no necesita asaltar un banco para tener estas joyas. Lo que más se parece a ellas es el brillo luminoso de diamante que va a llevar a sus uñas Cutex.

—Anuncio

9. Cuando usted se siente al volante de un flamante Cadillac, hasta los amigos lo van a ver a una nueva luz. Sobre todo si el Cadillac es nuestro modelo 1967... Cuando lo rodeen todos para curiosar, prepárese a escuchar la explosión de “¡Oh!” y “¡Ah!”, que les va a arrancar la elegancia, el lujo y la distinción de su despampanante Cadillac. Dese prisa. No se pierda usted esta sorpresa que va a dar a todos. Haga cómplice de ella a su agente vendedor de Cadillac.

—Anuncio

10. ¡MÁS POESÍA EN SU VIDA! ¿Quién que es no es romántico? Cantó Rubén Darío. Amaneceres, arboledas, brisas, savias primaverales, alegría fáustica del paisaje... todo será suyo, desde las ventanas de la NUEVA CASA que le brindamos en el fraccionamiento Planeta. El paraíso será suyo en aquel rincón delicioso...

—Anuncio imaginario

11. Complacemos a todos los gustos a la altura de todos los bolsillos... No trabajamos sólo para los magnates multimillonarios, sino también para el último obrero no calificado... Todos necesitan vestirse desde que Adán dejó su ceñidor de hojas de higuera... ¡ Pasen a visitar nuestras Galerías PERFIL, Adanes y Evas modernos!...

—Anuncio imaginario

III

En los siguientes anuncios no se hace publicidad de un artículo concreto ni de un establecimiento comercial: tienen un objeto más general. Tratan de modificar o confirmar ciertas opiniones y actitudes, sin el propósito de que el lector salga a comprar un producto específico. ¿Cuáles son los hábitos y actitudes que intentan fomentar los modelos de anuncios que ponemos a continuación? ¿Son estos modos de pensar y proceder los suyos? Haga un comentario a favor o en contra del contenido de estos anuncios, y exponga las razones que tenga para ello.

1. ¿Quiere usted ver a sus pequeñuelos con rosetones de salud en las mejillas? ¿Quiere que sus músculos sean fuertes, su mirada clara, su pensamiento noble, su conducta de hombre de verdad?

Pues aliméntelos con PAN, con PAN DE TRIGO... En el PAN, el alimento más completo del hombre, y el más antiguo desde que pasó de la cultura de la caza a la del pastoreo y la agricultura, se contienen el calcio, las proteínas, las féculas y las vitaminas que necesitan los huesos de sus hijos, los tejidos todos de su cuerpo... y mente sana en cuerpo sano fue el lema de los antiguos y deberá volver a ser el de las generaciones futuras.

¡ALIMENTE CON PAN A SUS HIJOS!

—Anuncio imaginario

2. ¡CONSERVE LIMPIA NUESTRA CIUDAD! La limpieza del cuerpo es trasunto de la limpieza del alma y del pensamiento. Un cuerpo limpio necesita una casa limpia. Una casa limpia necesita una calle limpia. La limpieza de la calle es la limpieza de la ciudad. ¡ Ayúdenos a conservar limpia nuestra ciudad! ¡Es la morada de todos! ¡ En una ciudad limpia, el ciudadano se siente más limpio, el crimen no encuentra arraigo, la delincuencia desaparece y la salud vuelve por sus fueros en jardines, plazas y vías de comunicación! No arroje en ellos desperdicios ni basura, ni siquiera este volante que acabamos de poner en su mano.

¡CONSERVE LIMPIA NUESTRA CIUDAD!

—Anuncio imaginario

3. ¡VACÚNESE! Un niño enfermo es una pesadilla para el porvenir de su hogar, de su localidad, de su nación, del mundo entero. ¡ Un niño sano es garantía de triunfo y felicidad para su hogar, para su localidad, para su nación y para el mundo entero!

¡VACÚNESE... Y VACUNE CONSIGO A TODOS SUS HIJOS!

Así contribuirá a aumentar el caudal común de la felicidad humana, tan

menguado en los tiempos críticos que corremos.

VACÚNESE Y VACÚNELOS.

No le cuesta NADA.

Es un servicio gratis de nuestra CRUZADA CONTRA LA ENFERMEDAD Y LA MISERIA.

—Anuncio imaginario

16. SINFONOLAS HUMANAS

La costumbre de hablar a todas horas sin ton ni son es indicio de deficiencia mental.

—WALTER BAGEHOT

La lengua es la estructura más móvil del cuerpo humano.

—WENDELL JOHNSON

Más de un conferenciante y clérigo práctico ha descubierto el principio de que, cuando alguna persona del auditorio le hace una pregunta que no sabe cómo contestar, lo mejor es empezar a soltar una sarta de fonemas y locuciones sin sentido, porque son pocos los que caen en la cuenta de que la pregunta sigue sin contestar. Unas veces adrede, y otras sin querer, las palabras sirven de cortinas de humo para disimular la ignorancia.

Cuando, hace tiempo, el gobernador de Wisconsin obligó a dimitir al entonces rector de la Universidad del estado, todos los periódicos discutieron acaloradamente el caso. El autor de estas líneas daba entonces clases en dicho centro docente, y la gente conocida y desconocida le preguntaba: “Pero, doctor, ¿qué pasa en Madison? Todo es politiquería, ¿no?” Nunca logré averiguar eso de “politiquería”, pero contestaba evasivamente: “Sí, así lo creo”. Casi siempre el curioso se quedaba tan satisfecho, comentando: “Ya decía yo...” En una palabra: “politiquería” era un vocablo que venía como anillo al dedo en aquella situación, sin que nadie preguntase si el gobernador había abusado de sus poderes políticos o se había extralimitado.

La orientación intencional

En capítulos anteriores hemos analizado ciertos tipos de valoración equivocada, que podemos sintetizar aquí con la expresión de *orientación intencional*, o sea, el hábito de guiarnos únicamente por las palabras, no por los hechos a que debieran conducirnos las palabras. Sin querer, damos por supuesto que cuando hay profesores, escritores, políticos u otros individuos indudablemente responsables que abren la boca, es para decir algo interesante. Y cuando somos nosotros quienes la abrimos, lo

damos más por supuesto todavía. Como dice Wendell Johnson: “Cada uno es su oyente más interesado y apasionado”. Consecuencia de este no distinguir entre expresiones con sentido y sin sentido, es que van acumulándose los “mapas” sin “territorio” al que correspondan. Y a lo largo de nuestra vida, podemos archivar sistemas enteros de sonidos sin significado, muy ajenos y sin relación alguna con la realidad.

Bajo el título de “orientación intencional” pueden cobijarse multitud de errores concretos, ya indicados: la ignorancia de los contextos, la tendencia a las reacciones automáticas, la confusión de los niveles de abstracción (tomando por realidad la idea que tenemos en la cabeza), advertir las semejanzas y no las diferencias, explicar las palabras con definiciones, o sea, con más palabras. Cuando nuestra orientación es intencional, “capitalistas”, “burócratas” y “líderes obreristas” son lo que decimos que son. La gente de los países comunistas tiene que ser desgraciada porque está gobernada por comunistas, y los comunistas intencionales piensan lo mismo de los que viven en países capitalistas. Los ateos son forzosamente individuos inmorales, porque sin Dios no hay motivo para proceder bien, y los políticos son todos politicastos; es decir: viven de sucios juegos políticos.

La verborrea

La gente llama “beaturrón” al que reza mucho y va mucho a la iglesia. Sin embargo, intencionalmente esta palabra significa una cosa muy distinta de sus connotaciones extensionales. Quiere decir hombre que reza mucho y es aficionado a ir a la iglesia, pero no indica que sean un buen cristiano, que cumpla con los deberes de fidelidad a su esposa y a su hogar, siendo bueno con sus hijos, honrado en los negocios, sobrio en su vida, etc. En cambio, si por “beaturrón” entendemos “buen cristiano”, hablamos dilemáticamente: los que no lo sean no tendrán estas cualidades.

Por tanto, podemos crear verbalmente con nuestras orientaciones intencionales todo un sistema de valores, clasificando a los hombres en ovejas y cabritos, según la parábola de Jesús, unos a la derecha y otros a la izquierda. Es decir: de connotación en connotación podemos seguir hasta el infinito. Como el mapa es independiente de todo territorio, podemos añadirle montañas y más montañas, ríos y más ríos, enhebrando sermones, prédicas, ensayos, libros y hasta sistemas filosóficos en torno a una sola palabra.

No hay manera de detener el proceso, porque una palabra tira de la otra en

verborrea interminable. Así es como muchos oradores, periodistas, charlatanes, políticos y sacamuelas de secundaria son capaces de hilvanar una perorata sobre cualquier tema en un santiamén. Muchos cursos sobre “desarrollo de la personalidad” o “venta dinámica comercial”, y algunos sobre castellano y redacción, no son sino didáctica barata de esta técnica de charlar y charlar por los codos en tono solemne, sin tener nada que decir.

Esta manera de hablar, producto de la orientación intencional, puede llamarse circular, porque, como todas las conclusiones posibles están ya contenidas en las connotaciones de la palabra, hay que volver al punto de partida por muchas vueltas que le demos. En realidad, ni siquiera nos hemos alejado del punto de partida. Claro está, en cuanto nos enfrentamos con un hecho tenemos que callar o poner otro disco. Por eso es de tan mal gusto sacar a relucir datos concretos en las reuniones y conversaciones: se echa a perder la fiesta^[1].

Ahora bien; supongamos que los beaturrónes 1, 2, 3, etc., son gente irreprochable, pero que el 17 resulta ser infiel a su mujer y amante de lo ajeno. Algunas personas no le entienden y se desorientan: ¿cómo puede un rezador ser al mismo tiempo un bribón? Incapaces de separar los valores intencionales de los extensionales cuando se pronuncia la palabra “beaturrón” o “rezador”, tienen que aceptar una de estas tres absurdas conclusiones:

1. “Este es un caso excepcional”. Con lo cual quiere decirse que no por eso debe cambiarse la idea que uno tenga de los que rezan mucho, los cuales seguirán siendo buenas personas, por muchas excepciones que haya.
2. “Bueno, no es un hombre tan perverso. ¡No puede serlo!” Es decir: se niegan los hechos para no tener que admitir sus consecuencias.
3. “Ya no se puede creer en nada. ¡ No voy a fiarme más en mi vida de ningún beaturrón!”

Quizá la consecuencia más grave de la orientación intencional sea una complacencia infundada, a la que puede seguir fácilmente el desengaño. Y, como hemos visto, todos tenemos orientaciones intencionales respecto de algo. En el decenio de 1930, el Gobierno federal norteamericano creó, para remediar el paro, la llamada Works Progress Administration, organismo que contrataba a hombres y mujeres, cuyos servicios se empleaban en proyectos y obras públicas. Estos empleos eran vistos con desprecio por los enemigos de dicho organismo, quienes creían que las “obras verdaderas” eran las de la industria privada, que entonces estaba en crisis. Y acabaron por decir en tono tolerante que “los trabajadores de la WPA no trabajaban realmente”. A tal grado llega la autointoxicación verbal que muchos de los que así se expresaban pasaban diariamente ante brigadas enteras de obreros de la WPA, bregando afanosamente en la construcción de puentes y carreteras, y seguían

afirmando con toda sinceridad: “Todavía no he visto que trabaje decentemente un obrero de la WPA”. Otro ejemplo de esta ceguera inducida por las palabras, es la opinión que se tiene de las mujeres conductoras de vehículos. Hay centenares y millares de coches manejados impecablemente por mujeres, lo cual no es obstáculo para que muchos hombres aseguren completamente convencidos: “No he visto en mi vida una mujer que sepa llevar un coche”. *Por definición*, conducir es cosa de hombres, y las mujeres son tímidas, nerviosas, asustadizas, por lo cual no valen para el volante. Si quienes así hablan conocen a mujeres que vienen conduciendo sus autos desde hace muchos años sin percance alguno, dicen que es casualidad, o que no “manejan” como mujeres^[2].

Lo que queremos hacer resaltar en estos ejemplos es que las actitudes descritas no son producto de la ignorancia, porque la ignorancia genuina no adopta actitudes, sino de un falso conocimiento, al cual contribuimos en parte con nuestra confusión de niveles de abstracción y con otros errores de valoración, a los cuales nos hemos referido en capítulos anteriores. Pero gran parte de ello se debe sencillamente a nuestro hábito universal de hablar demasiado.

Realmente, son muchos los que se mueven eternamente dentro de un círculo vicioso. Con su orientación intencional, charlan por los codos, y esta misma verborrea intensifica su orientación intencional. Funcionan automáticamente, como las sinfonolas: se les pone una moneda en la ranura, y ya está: rompen a charlar. No es extraño que haya tanta gente que eche la lengua a pacer, como dice el viejo refrán, no sólo contra las mujeres al volante, los judíos, los capitalistas, los banqueros, los comunistas y los sindicalistas, sino a propósito también de sus problemas personales, de su madre, de sus parientes, dinero, éxito, fracaso, simpatía... y, sobre todo, de “amor” y “sexo”.

La publicidad y la orientación intencional

Entre las fuerzas de nuestra cultura que contribuyen a la orientación intencional, la publicidad es una de las más importantes. Su principal objeto, anunciar productos, precios, nuevos inventos o ventas especiales, tiene que lograrse a base de información concreta sobre ellos, cosa que nos parece muy bien. Pero es el caso que, en los anuncios de carácter nacional dirigidos al consumidor, rara vez son informativas las técnicas de la persuasión. Como dijimos en el capítulo anterior, lo que se proponen por encima de todo es poetizar los objetos que quieren vender, con nombres

sugestivos o epítetos pictóricos de connotaciones afectivas, en las cuales vayan sugerencias relativas a la salud, riqueza, atractivo para el otro sexo, prestigio social, ventura familiar, moda, elegancia, etc. Así se van creando orientaciones intencionales hacia nombres sugestivos:

Si quiere usted ser amada apasionadamente, pruebe este exquisito perfume... ¡Es irresistible! ¡Es femenino! ¡Es fascinador!... No hay efluvios tan finos como los de este aroma enervante... Es la fragancia que adoran los hombres. Frótese el cuerpo suavemente todos los días con este etéreo perfume... ¡Todos sus sentidos se estremecerán de delicia a su contacto! ¡Irá usted irradiando por todas partes un aura celeste!

Además, los anunciadores estimulan los hábitos mentales intencionales con superlativos abundantes y partículas hiperbólicas, como “súper”, “extra”, etc., sin escatimar apreciaciones lexicológicamente discutibles, cursis o delicuescentes.

Otra manera hábil de estimular con los anuncios los hábitos intencionales, es multiplicar frases hechas sobre cualquier cosa, aunque puedan aplicarse lo mismo a cualquier otro producto de la competencia: “Nuestros envases son de cristal” (como los de cualquier otra cerveza), “purifica la dentadura” (como cualquier otro dentífrico), “acaba con el mal olor” (como cualquier otro desodorante^[3]).

Cuando el hipnotismo verbal de los anuncios provoca estas orientaciones intencionales, lavarse con determinado jabón o limpiarse la dentadura con determinado dentífrico se convierte en nuestra mente en una experiencia refrescante y venusina. Los cigarrillos de tal o cual marca dejan sabores de néctar en nuestro paladar y hasta la aspirina es una manera de gozar los deleites de la vida. Se nos venden paraísos de ensueño en cada frasco de aceite de ricino y gustos de elegancia suprema en cada escoba para el suelo.

Como se ve, la publicidad se ha convertido principalmente en el arte de saturarnos con connotaciones afectivas agradables. Cuando el consumidor solicita que, para no dejarse arrastrar por la sugestión de las marcas, ciertos productos lleven etiquetas informativas y el marbete clasificador del Gobierno, la industria de la publicidad pone el grito en el cielo por “la interferencia gubernamental en los negocios^[4]”. Y, sin embargo, las firmas mercantiles, tanto al por mayor como al por menor, se guían en sus compras por las normas establecidas gubernamentalmente.

En otras palabras: muchos anunciadores prefieren que sigamos automáticamente nuestras reacciones a las marcas, sin fijarnos en los méritos de sus productos. Eso se debe en buena parte a la mecánica moderna de la distribución al por menor. Por ejemplo: los comestibles suelen comprarse en supermercados, donde el ama de casa tiene que escoger entre enormes cantidades de artículos envasados, sin que ningún empleado le explique las ventajas de cada marca. Así que ya tiene hecha la elección

antes de salir de compras, influida por la repetición machacona por radio y televisión de los títulos comerciales, sin pensar más.

Lo último que desean la mayor parte de los comerciantes es que se hagan las compras *pensando*, porque, una vez que el comprador tiene metida determinada marca en la cabeza, es pan comido para ellos, quienes pueden hacerlo víctima de trucos como disminuir legalmente el peso de la mercancía, el cual, desde luego, consta en letras microscópicas en alguna parte diminuta del envase^[5].

En los últimos años, la publicidad ha alcanzado un alto nivel de abstracción, porque ya no se anuncian sólo productos concretos, sino que se hace publicidad del anuncio en sí, cada día más. Se da por supuesto que cuando se nos mete en la cabeza una marca, el producto tiene que ser bueno. No puede imaginarse una más equivocada.

A veces parecen inexpugnables los fines que se proponen el anunciante y el pedagogo. Cuando éste dice: “Sepa lo que compra”, se refiere a que hay que comprar para satisfacer las propias necesidades y después de enterarse bien de los méritos del producto. Pero cuando lo dice el anunciador, significa: “¡Compre nuestro producto, aunque no lo necesite y a ciegas, porque le valdrá para todo!” El primero quiere que pensemos; el segundo, que compremos al buen tuntún.

Sin embargo, creemos que este conflicto entre ambos puede arreglarse. Cuando la publicidad es informativa, ingeniosa, educativa y con imaginación, puede desempeñar su función comercial y contribuir a nuestra satisfacción en la vida, sin hacernos esclavos de la tiranía de las palabras afectivas. Pero si, por lo contrario, quieren venderse los productos a base de connotaciones afectivas, el anuncio intensifica más las orientaciones intencionales, ya de por sí profundas, que predominan en la masa del público. El esquizofrénico atribuye más realidad a las palabras, a las fantasías, al soñar despierto y a los “mundos privados”, que a los valores objetivos que lo rodean. Creemos que es posible una publicidad eficaz sin agravar más todavía nuestra verbomanía habitual. ¿No les parece?

Enseñanza superior, jerga culta y garrulería científica

La cultura mal entendida contribuye también tremendamente a nuestras orientaciones intencionales. Hay gente que cree que la cultura consiste principalmente en dominar un vocabulario interesante (al cual pertenecería también la expresión “orientación intencional”), sin que se les dé un ardite lo que ese vocabulario significa.

Para aprender, los estudiantes tienen que leer muchos libros difíciles, algunos de ellos particularmente confusos por su terminología extraordinariamente complicada. Y se preguntan si no sería posible escribir libros más claros.

Se puede contestar a esto con dos razones. La primera es que la dificultad de algunas obras, de química o economía, por ejemplo, radica en lo abstruso de sus ideas, que requieren determinada formación teórica en el lector. Pero hay otro motivo de la dificultad de algunos libros: su vocabulario.

El léxico culto tiene la función de dar expresión a las ideas por difíciles que sean, y además, la función social de dar importancia y prestigio al que lo emplea. (“¡Cuánto debe de saber este individuo! No le entiendo ni palabra”). Puede asegurarse en general que, cuando la función social del léxico culto se impone a la comunicativa, o sea, a la de dar expresión a las ideas, la comunicación se deteriora y la jerigonza o germanía verbal aumenta. Así lo confirma el pasaje siguiente de uno de los últimos números del *American Journal of Sociology*:

Los objetivos de toda organización formal, reflejados en el sistema de diferenciación funcional, dan por resultado un tipo distintivo de la diferenciación de actividades. Y, a su vez, la diferenciación de actividades, lo mismo si se consideran jerárquica que horizontalmente, conduce al “pensar perspectivístico”, como dijera Mannheim; o sea: el pertenecer a una categoría particular induce un conjunto peculiar de percepciones, actitudes y valores. En cualquier organización, como en la sociedad en general, los miembros de determinada categoría tienden a dedicarse a metas y tareas subordinadas, dedicación que pudiera ser “disfuncional” desde el punto de vista de los objetivos generales de la organización. En otras palabras: “el pensar perspectivístico” puede obstaculizar la coordinación de los esfuerzos conducentes a la realización de los objetivos generales de la organización, produciendo así presiones orgánicas para garantizar niveles adecuados de eficiencia.

En este pintoresco pasaje, lo único que dice el autor es que, en toda organización formal, los miembros desarrollan distintas actividades; que a veces la gente se entrega tan exclusivamente a sus tareas especiales, que estorba la realización de los fines generales de la misma; y por tanto, que ésta tiene que frenarlos en aras de los fines generales. Lo único que está claro en este párrafo es que su autor es un pozo de ciencia tan hondo que ni le importa ser entendido. Y los pobres estudiantes tienen que hacer frente a lo abstruso de sus ideas y a la maraña de su exposición confusa.

Pero, por lo menos, puede descifrarse lo que intenta decir. En cambio, hay autores cuyos conceptos el estudiante casi no puede desentrañar, por lo menos con visos de acierto. Por ejemplo:

El ser que existe es el hombre. Sólo el hombre existe. Las piedras son, pero no existen. Los árboles son, pero no existen. Los caballos son, pero no existen. Los ángeles son, pero no existen. Dios es, pero no existe. La proposición, “sólo el hombre existe”, no quiere decir, ni mucho menos, que sea el único ser real y que todos los demás son irreales, y meras apariencias o ideas humanas. La proposición, “el hombre existe”, significa: el hombre es el ser cuyo Ser se distingue por el estar manifiesto, por el estar incluido en la inocultabilidad del Ser, desde el Ser, en el Ser. La naturaleza existencial del hombre es el motivo de que no pueda representar las cosas como tales, y de que pueda ser consciente de ellas. Toda conciencia presupone la existencia estáticamente entendida como *essentia* del hombre; y *essentia* significa aquello por lo cual el hombre está presente en tanto que hombre. Pero la conciencia no crea la apertura de los seres, ni es la que hace posible que el hombre esté abierto a los seres. ¿Adónde y de dónde y en qué dimensión libre podría moverse la intencionalidad de la conciencia, si, sobre todo, la existencia no constituyese la esencia del hombre^[6]?

Hemos puesto dos ejemplos nada más entre los numerosos que podrían seleccionarse, del tipo de obras abstrusas que tiene que estudiar todos los días el alumno universitario, principalmente. A veces, el mismo profesor, quien suponemos está versado en las tareas que asigna a sus discípulos, habla en los mismos elevados planos de abstracción en sus clases, y el estudiante se queda a la luna de Valencia, aun después de terminado el curso. ¿Qué consecuencia saca en limpio? Pues, sin duda alguna, se queda con la impresión de que la sencillez y claridad de estilo no lo llevarán a ninguna parte en su vida intelectual, y que la idea más chabacana adquirirá bordoncillos académicos si se expresa en un galimatías verbal incomprensible.

Quizá el estudiante confunda los símbolos de la cultura o de la sabiduría, es decir, la terminología gárrula, con la sabiduría misma, incurriendo en el error que tanto hemos tratado de desarraigar en este libro. Y al no ser capaz de entender los libros que estudia, y echándose de ello la culpa, aprende de carretilla las tareas que se le asignan hasta familiarizarse con la jerga científica, porque, sin contenido, ya no puede llamarse *vocabulario*, y da gallarda muestra de su bachillería verborreica en el examen escrito final. Si el maestro no es muy avisado, a lo mejor se traga el anzuelo y aprueba al charlatán.

APLICACIONES

I

Como este capítulo se presta a interpretaciones erróneas, no estaría mal que el lector calificase las afirmaciones siguientes de “verdaderas” o “falsas”, entendiendo por verdaderas las que deja asentadas el autor en este capítulo, y por falsas las que no están en este caso. (Ver [\[contestación\]](#))

1. “Orientación intencional” quiere decir que el que habla está lleno de buenas intenciones.
2. La población de los países comunistas no es feliz porque está gobernada por comunistas.
3. Para ser simpático y hacer amigos, es muy importante saber conversar fácilmente sobre cualquier tema.
4. Lo más seguro es comprar siempre productos y marcas bien conocidos.
5. Los anuncios de marcas comerciales deberían ser prohibidos por la ley, y todas las mercancías deberían ser clasificadas por el Gobierno.
6. No hay que fiarse de los que rezan mucho, si está de por medio la mujer o el dinero del prójimo.
7. No son compatibles los propósitos de la publicidad y los de la educación.

II

En los anuncios modernos no suele haber ya los errores y exageraciones de bulto, característicos de la publicidad de otros tiempos. Pero es muy común la que pretende dar información sobre un producto, sin darla de hecho. Ejemplo de ello es la que

pudiéramos llamar “comparación no comparativa”; es decir: sin “término de comparación”, como se decía en la retórica y en la filosofía clásica: “Coca-Cola grande refresca mejor”, “Mejor Mejora Mejoral”... Sí, pero ¿mejor que qué?

Lo mismo ocurre cuando, por ejemplo, se anuncia un remedio contra el catarro, que contiene “no uno, ni dos, ni tres, sino cuatro ingredientes tan preciosos para aliviar las molestias de un resfriado, que los médicos lo recetan a todas horas”. Hay camelos anunciadores, como el de determinado cosmético que “texturiza al limpiar”, o el cigarrillo “de sabor entero”, o la cerveza “de barril embotellada”... Tienen su chiste. Como el título del folleto sanitario de aquel charlatán que decía así: “Baños gratuitos a precios económicos”.

III

Redacte en lenguaje académico las siguientes sentencias:

1. De tal palo tal astilla.

EJEMPLO DE REDACCIÓN: Puede asegurarse más o menos que la descendencia se parece a los progenitores, o tiene tendencia a parecerse a ellos, en el aspecto exterior, en el sistema de actitudes, en la configuración caracteriológica, en las normas de conducta o en todas estas dimensiones de la estructura de la personalidad.

2. Ve despacio, que tengo prisa.
3. Va a la iglesia para lucir sus vestidos, nada más.
4. Agua que no has de beber, déjala correr.

IV

Algunos de los pasajes siguientes muestran una marcada orientación intencional (o sea, una tendencia a dejarse arrastrar por las palabras, propias o ajenas), y otros manifiestan una clara orientación extensional (o sea, preocupación por las cosas o hechos reales, representados por las palabras). Estúdielos y señale cuáles son principalmente intencionales y cuáles extensionales, alegando las razones de su distinción.

1. Quizá el más glorioso discurso norteamericano de nuestro siglo sea el del general Douglas MacArthur ante el Congreso cuando volvió de Corea. Examine todos los demás, lea luego éste, y verá si tengo razón. Muchos hablan maravillosamente... pero un discurso verdaderamente grande requiere no sólo estilo grandilocuente, sino profunda sabiduría y verdad, un gran corazón, un gran hombre y un gran momento...

El general MacArthur escribió esta alocución mientras volaba a bordo del “Bataan” de San Francisco a Washington... y de su puño y letra, como, según dicen, escribió Lincoln la Alocución de Gettysburg en un sobre a bordo del tren que lo llevaba hacia la inmortalidad. Pudo redactarlo porque entendía de qué hablaba. Expresaba la verdad porque la sabía... Este orador hizo un gran llamamiento a la libertad. Estaba rodeado de sucesos tristes y espantables. Este hombre recordó a sus paisanos algo que era menester tener presente: que todos los hombres que tomaron parte en esta guerra eran hombres nuestros, hombres que ennoblecen los enhiestos y escarpados murallones coreanos... y mueren allí todos los días.

En sus palabras había una profecía tan reveladora como un fanal de luz... había esperanza: la de que íbamos a vivir en un mundo del que podemos sentirnos orgullosos los norteamericanos... En estas palabras había historia que resonaba como una vieja campana solemne: la poderosa advertencia de que los poderosos Estados Unidos, una vez entregados a esta guerra trascendental, no deben dejarla estancarse...

El discurso duró sólo 30 minutos. Contenía 3074 palabras.

—HENRY J. TAYLOR, *News*, de San Francisco

2. Pero ¿qué son las facultades? Hablamos de las facultades como si fuesen algo distinto y separable; como si el entendimiento, la imaginación, la fantasía, etc., se tuviesen igual que se tienen las manos, los pies y los brazos. Este es un error capital. También oímos hablar de las naturalezas “moral” e “intelectual” del hombre, como si fuesen divisibles y estuviesen separadas. Las necesidades del lenguaje no prescriben quizá esas formas de expresión; ya sé que tenemos que hablar así, si queremos hablar. Pero las palabras no deben adquirir para nosotros la dureza de las cosas. Creo que nuestra idea de esto está radicalmente falsificada en su mayor parte por eso. Debemos saber además, y no olvidarlo

nunca, que estas divisiones no son en el fondo más que nombres; que la naturaleza espiritual del hombre, la fuerza vital que mora en él, es esencialmente una e indivisible; que lo que llamamos imaginación, fantasía, entendimiento, etc., no son sino figuras distintas del mismo poder de penetración, indisolublemente unidas entre sí y fisonómicamente relacionadas; que si conocemos una de ellas, podemos conocerlas todas.

—THOMAS CARLYLE., *Heroes and Hero Worship*

3. Durante las dos horas de Clase se trató de llegar a un acuerdo sobre el significado genuino de la palabra “paz”. Al comenzar la clase, todos los asistentes creían saberlo; pero cuando terminó, ya nadie estaba seguro. ¿Es la paz únicamente la ausencia de todo conflicto armado? Entonces, la esclavitud sena paz. ¿Es la ausencia de conflicto “físico”? Entonces, ¿qué decir de la guerra psicológica, que subyuga a un pueblo sin disparar un solo tiro?

¿Puede haber paz sin justicia? ¿Sin gobierno? ¿Sin amor? ¿Sin religión? ¿Podrá haber paz entre naciones que no acatan una autoridad común, o será sólo una tregua precaria? ¿Está la selva virgen en paz cuando los animales no luchan, o siempre está en un estado de guerra potencial?...

—SIDNEY J. HARRIS, *Daily News*, de Chicago

4. He aquí una pregunta que se formuló para hombres solos: ¿Qué es lo que más le molesta, a usted de las mujeres al volante?

Un cartero: Lo peor es que nunca sabe uno lo que van a hacer. Cuando saca una mujer la mano, de lo único que puede estar uno seguro es de que el cristal está bajado...

Un camionero: La mayoría son demasiado nerviosas. Frenan demasiadas veces de repente. Apartan los ojos de la carretera. Si va otra mujer en el coche, es más importante charlar que conducir.

Un empleado de cierta compañía de transportes: ... Parece que siempre tiene prisa. Se pasa una hora acicalándose, y luego quiere romper la barrera del sonido para llegar adonde va...

Un inversionista retirado: O no conocen los reglamentos, o son de lo más desconsiderado...

Un almacenista: De una cosa puede usted estar seguro: de que en la marcha atrás se arman un lío. No sé por qué será, pero se vuelven tarumba al dar marcha atrás.

Un empleado de oficina: Las mujeres son incapaces de adaptarse a una situación extraña. Se asustan a lo loco...

Un ingeniero cafetalero: No ceden el carril a nadie. Se meten en él y es suyo exclusivamente... Creen que el espejo retrovisor es para atusarse el pelo.

—*Chronicle*, de San Francisco

5. La educación supone enseñanza. La enseñanza supone saber. El saber es la verdad. La verdad es en todas partes la misma; por eso la educación debe serlo también.

—ROBERT M. HUTCHINS, *The Higher Education in America*

6. Pregunté a los maestros que enseñan el significado de la vida qué es felicidad. Y consulté con directivos famosos, que gobiernan el trabajo de millares de hombres.

Todos menearon la cabeza y me sonrieron, como si les estuviera jugando una broma.

Hasta que, una tarde de domingo, paseando a la orilla del río Desplaines, vi a un grupo de húngaros bajo los árboles, con sus mujeres e hijos, con un barril de cerveza y un acordeón.

—CARL SANDBURO

17. RATAS Y HOMBRES

Los reactores que producen, por ejemplo, cinco millones de kilovatios son demasiado grandes para nuestras actuales unidades económicas y políticas. La escala de la nueva fuente de energía determinada por la lógica de la economía y por la índole de la técnica, es mayor que la determinada por nuestras fragmentadas estructuras políticas y económicas tradicionales. Pero no es sólo la energía nuclear para fines pacíficos la que hace anticuado nuestro dividido mundo. Como indicó John von Neumann hace unos diez años, la bomba nuclear y los proyectiles intercontinentales contribuyen a dejar anticuadas también nuestras fronteras geográficas. El imperativo unificador, resultante del volumen enorme de la tecnología moderna, no se limita a la energía nuclear. Nuestros sistemas de comunicaciones y transportes, la posibilidad de utilizar cables de gran capacidad para la transmisión eléctrica, y otros muchos progresos técnicos, señalan acusadamente la desproporción entre la magnitud de nuestras unidades políticas o económicas y nuestras técnicas. Creo que cuantos en ellas estamos interesados sólo podemos esperar que, antes de que nos destruyan, nuestros instrumentos políticos se acomoden a la lógica del volumen, y que el fruto principal de esas nuevas técnicas sea un mundo unificado y en paz.

—ALVIN M. WEINBERG

Problemas “insolubles”

N. R. F. Maier, profesor de la Universidad de Michigan, realizó hace unos años una serie de experimentos en torno de la inducción de la neurosis en las ratas. Primero se las enseña a saltar desde el borde de una plataforma a dos puertas. Saltando a la de la derecha, se cierra fuertemente, y el animal cae de nariz en una red; saltando a la de la izquierda, se abre y la rata se encuentra con un plato lleno de comida. Una vez adiestradas las ratas en esta reacción, se cambia la situación: colócase la comida tras la otra puerta, por lo cual tienen ahora que saltar hacia la derecha. (Pueden introducirse otros cambios, como marcar de manera distinta las dos puertas). Si el animal tarda en aprender el nuevo sistema y no sabe si le espera la comida o el golpe a cada salto, desiste y ya no brinca más. “Muchas ratas prefieren morir de hambre a decidirse por una de las puertas”, dice el doctor Maier.

Luego se obliga a las ratas a decidirse por corrientes de aire o por un choque eléctrico. “Los animales forzados a responder en esta situación insoluble —afirma el doctor Maier— se atienen a una sola reacción específica, saltando, por ejemplo, únicamente hacia la puerta de la izquierda, y así siguen, cualesquiera que sean las consecuencias... Esta reacción se fija... En cuanto aparece la fijación, el animal es incapaz de aprender una reacción que no se adapte a esta situación”. Cuando queda fijada su reacción de preferencia por la puerta de la izquierda, puede abrirse la de la derecha, de forma que la rata vea perfectamente el alimento, pero seguirá saltando hacia la izquierda, más asustada cada vez. Si el experimentador insiste en obligar al animal a decidirse, puede llegar a ser víctima de convulsiones, a correr furiosamente por todas partes, a hacerse daño en las uñas, a saltar por sillas y mesas y a quedar en un estado de violento temblor, hasta que termina por caer en coma. En este estado pasivo, se niega a comer y no siente interés por nada: puede rodársela como una pelota o colgarla por las patas, porque ya no le importa nada. Está totalmente postrada por un “colapso nervioso^[1]”.

Se lo ha producido lo “insoluble” del problema. Pues bien; como ha demostrado el doctor Maier con sus estudios de niños y adultos trastornados, ratas y seres humanos parecen pasar por etapas análogas. Primero, se les enseña a decidirse de manera determinada frente a un problema concreto; segundo, experimentan un choque terrible cuando cambian las condiciones y su decisión no produce los resultados esperados; tercero, insisten en la decisión primera, bien sea por el susto, la ansiedad o la frustración, y siguen aferrados a ella sin reparar en las consecuencias; cuarto, se niegan sombríamente a todo; quinto, cuando se les fuerza por medio de una coacción externa a decidirse, vuelven a la reacción original; y finalmente, aunque ven sin lugar a dudas que con sólo cambiar de reacción pueden conseguir lo que se les ofrece, se desesperan al no lograrlo, dan vueltas alocadas, se acurrucan en los rincones, negándose a comer, y, desengañados, cabizbajos y mohínos, terminan por desinteresarse de cuanto pueda ocurrirles.

¿Exagero? No lo creo. El proceso se repite a lo largo de la vida humana, desde las pequeñas tragedias domésticas hasta las internacionales que sacuden al mundo. Para que el marido se corrija de sus faltas, la mujer lo reprende. El insiste en ellas, por lo mismo, y ella lo reprende más, y más y más. Pero hace como la rata: su reacción a las faltas de su marido es fija, y no sabe más que una cantinela: machaca tozudamente, la situación empeora y los dos terminan con los nervios deshechos.

Así ocurre con el problema negro. Los blancos, molestos por la incultura y el elevado índice de delincuencia de los negros, los “segregan”, los persiguen (la policía suele tratar peor a los negros que a los blancos) y les niegan oportunidades de trabajar y progresar. Con eso se perpetúa su incultura y su delincuencia, lo cual hace que se intensifique la persecución en un tremendo círculo vicioso que está dando quebraderos de cabeza a pedagogos, planificadores urbanos, organizaciones negras y a la administración local y nacional.

Pongamos otro ejemplo: para mejorar la deficiente reacción de sus discípulos, el maestro decide enseñarles gramática, ortografía y puntuación. Pero no tiene en cuenta las ideas personales del estudiante, con lo que destruye su interés por escribir bien. El discípulo empeora, en lugar de perfeccionarse. El maestro insiste en su rutina, y entonces el discípulo termina por aburrirse y adoptar una actitud rebelde.

Lo mismo ocurre en el plano nacional. Un país cree que la única manera de garantizar la paz y la dignidad es armarse hasta los dientes y se lanza a una desafortunada carrera de armamentos. Las naciones vecinas recelan y empiezan a armarse también. Crecen la zozobra y la tensión. El primer país estima que debe duplicar su potencial armado en vista de ello, con lo que las naciones vecinas aceleran más sus programas militares. Y se triplica el potencial armado por una y otra parte^[2]...

Claro que estos ejemplos son excesivamente simplistas; pero, por no caer en la cuenta de estos círculos viciosos, es por lo que muchas veces el mundo se encuentra al borde del desastre. Frecuentemente el objetivo es bien visible, y lo único que hay que hacer para lograrlo es cambiar de método. Pero, víctimas de reacciones fijas, como la rata, la esposa y los negros o el maestro de redacción, las naciones no son capaces de detener su carrera frenética de armamentos tan mortíferos, que no pueden usarse sin arrasar la civilización.

Pero hay una diferencia importante entre lo insoluble del problema de las ratas y de los humanos. Los de las ratas son inducidos, y los humanos suelen ser creados por los mismos hombres: son problemas religiosos y étnicos, problemas de dinero, crédito, hipotecas y fluctuaciones en el mercado de valores, problemas legales, de costumbres y organización social.

No es extraño que las ratas sean incapaces de solucionar los problemas que les crea el doctor Maier; sus poderes de abstracción son limitados. Pero no hay límites para la capacidad abstractiva humana y para sus facultades organizadoras de dichas abstracciones. Por eso, cuando sus problemas son insolubles porque sus reacciones son fijas y sólo saben una solución, a la cual se aferran obcecadamente, están operando por debajo del nivel humano. Están “copiando a los animales”, según la frase interesante de Korzybski. Wendell Johnson supo sintetizar esta idea cuando dijo: “Para el ratón, el queso es queso; por eso funcionan las ratoneras”. ¿De qué forma se dan estas fijaciones en los seres humanos?

El rezago cultural

La razón principal de los problemas “insolubles” de nuestra sociedad, es la que pudiera llamarse “inercia institucional”. Institución, en el sentido sociológico, es “un tipo organizado de conducta de grupo, arraigado y aceptado como parte fundamental de una cultura” (*American College Dictionary*). Los seres humanos están constituidos de tal manera que inevitablemente organizan sus energías y actividades en tipos de conducta más o menos uniformes en todo grupo social. Por eso, los individuos identificados con las instituciones tienen su manera peculiar de ver las cosas: la población de una sociedad comunista o capitalista acepta y perpetúa los hábitos comunistas o capitalistas de conducta económica; el soldado mira al mundo con ojos de soldado y abstrae de él lo que se ha enseñado al soldado a abstraer; igual es el caso del banquero, del líder sindicalista o del agente de cambios y bolsa. Y a fuerza de ver así el mundo, tienden a creer que sus abstracciones de la realidad, sus mapas de los distintos territorios, son realidad: la defensa es defensa; el déficit es déficit; la huelga es huelga.

De ahí deriva el hecho peculiar de que, una vez habituado el hombre a las instituciones, llega a creer que son las únicas que hacen bien las cosas. La institución de la esclavitud y el sistema de castas de la India se creyeron “ordenados divinamente”, y los ataques de que fueron objeto se consideraban ataques a la ley natural, a la razón y a la voluntad de Dios. Y viceversa: los que tenían instituciones contrarias creían que su sistema de trabajo libre estaba “divinamente ordenado”, y que la esclavitud iba contra la ley natural, contra la razón y contra la voluntad de Dios. Hoy ocurre lo mismo: los que creen en la empresa capitalista la consideran como la única manera de organizar la distribución de bienes, en tanto que los comunistas se aforran con apasionamiento a sus convicciones. Se comprende esta lealtad a las instituciones propias; casi todos piensan que son los fundamentos únicos de una vida razonable, y la amenaza a esas instituciones constituye un peligro para toda existencia ordenada.

En consecuencia, las instituciones sociales tienden a cambiar lentamente; más aún: tienden a continuar existiendo aun después de no ser necesarias, y a veces, aunque constituyan un estorbo y un peligro. Esto no quiere decir, naturalmente, que todas las instituciones contemporáneas estén anticuadas. Muchas cambian con la rapidez necesaria para amoldarse a los cambios de las circunstancias. Pero otras muchas, no. A esto, a la continuación de hábitos y formas institucionales trasnochadas, llaman los sociólogos “rezago cultural”.

El miedo al cambio

Por tanto, los problemas más apremiantes de nuestro mundo son los de rezago cultural, los que surgen de organizar un mundo atómico, supersónico, electrónico, de motores de reacción, con instituciones anticuadas. El ritmo del progreso técnico durante casi dos centurias ha sido más rápido que el del cambio de nuestras instituciones y de las ideologías y lealtades que las acompañan; y está aumentando más bien que disminuyendo esta distancia. Consecuencia de eso es que, en todas las culturas contemporáneas técnicamente avanzadas, se estudia la disparidad de las instituciones del siglo XIX (o del XVIII, de la Edad Media y hasta del Paleolítico) con las circunstancias características del siglo XX. Cada vez son más alarmantes los peligros de un nacionalismo a ultranza en nuestro mundo que se ha hecho uno técnicamente; cada vez parece más imposible lograr un buen orden económico mundial con los instrumentos del capitalismo o del socialismo del siglo XIX. Dondequiera que se produzcan cambios técnicos sin que se modifiquen también las instituciones sociales, el hombre padece y la Humanidad experimenta tensiones.

Algunos países reaccionan a ellas de la única manera razonable: esforzándose por cambiar o modificar las instituciones trasnochadas, substituyéndolas por otras nuevas. Constantemente están introduciéndose cambios en la enseñanza, en la organización gubernamental, en las responsabilidades de los sindicatos, en la estructura de las corporaciones, en las técnicas del mercado y de la agricultura, etc. Ejemplo particularmente beneficioso de adaptación institucional es la Federal Deposit Insurance Corporation. Antes de 1934, cuando los bancos quebraban, sus depositantes perdían todos o casi todos sus ahorros: en cuanto surgía el pánico, era casi imposible de frenar. Pero desde que se estableció esa Corporación, los pánicos han desaparecido, son muy raras las bancarrotas y, aunque se produjesen, los depositantes no perderían sus fondos. Hoy, el pueblo norteamericano cuenta con la estabilidad de sus bancos y no siente la menor inquietud. Otro ejemplo más reciente son los llamados Cuerpos de Paz: combinación ingeniosa de elementos militares, de los “cuerpos civiles de conservación de los tiempos de la depresión”, del Ejército de Salvación y de las organizaciones misioneras de las iglesias cristianas. El mercomún, o Mercado Común Europeo, muestra esplendorosamente lo que puede hacerse con un espíritu realista y decidido a modificar las viejas instituciones sociales en aras de un orden económico más viable.

Pero hay quienes, convencidos de que hay que realizar cambios, apelan a remedios que son peores que la enfermedad, o absolutamente imposibles. En algunas de las áreas más importantes de la vida humana, sobre todo en las internacionales y en las relativas a un orden mundial económicamente justo, estamos en el globo entero en un estado de rezago cultural y nuestra incapacidad para arbitrar soluciones amenaza el futuro de la civilización misma.

¿Cuáles son las causas de este rezago cultural? En muchos grupos, sin duda alguna, la ignorancia. No conocen las realidades del mundo moderno. Sus mapas representan territorios que dejaron de existir hace mucho tiempo. En otros casos, el rezago se debe a intereses económicos o políticos “fijos”. Muchos individuos tienen poder y prestigio dentro de la estructura de instituciones anticuadas; y como los apoya la inercia institucional, creen, encantados, que esas instituciones son algo maravilloso. No cabe duda que el deseo de los ricos de conservar su riqueza y poder contribuye considerablemente al rezago cultural de cualquier sociedad. Ante la amenaza del cambio social, proceden con una miopía y un heroísmo suicida, y no tienen inconveniente en destruir la civilización con tal de conservar sus prerrogativas.

Pero esto no quiere decir que el rezago cultural acompañe siempre a la existencia de una clase poderosa y rica, porque ha habido poderosos que han patrocinado y hasta organizado los cambios, manteniendo así su posición privilegiada y salvando también a la sociedad del desastre social. Cuando esto ocurre, se procura que el rezago cultural sea pequeño para poder administrarlo. En algunos países latinoamericanos se fluctúa entre reforma social y revolución, y el resultado dependerá en gran parte de la disposición de las clases privilegiadas a aceptar y asimilar el cambio.

Pero hasta la miopía e irresponsabilidad de los poderosos debe ir apoyada por quienes no lo son, para conservar las viejas instituciones y oponerse a los cambios. Por eso, hay también miopía en el ciudadano corriente, y sólo así puede comprenderse el rezago cultural. Además de la inercia institucional, fuerza tremenda que retiene a los seres humanos desarrollando actividades que deberían haber desaparecido hace mucho tiempo, el miedo es otra fuerza considerable del anquilosamiento institucional. Quizá tengan la culpa, en fin de cuentas, del rezago cultural todas aquellas personas, de cualesquiera clases sociales, a quienes ha metido miedo el cambio.

La revisión de los hábitos de grupo

Proceda el rezago cultural de la inercia, de la miopía egoísta, del miedo al cambio o de todas estas y otras razones, la solución de los problemas sociales estriba en adaptar las instituciones a las nuevas circunstancias.

Uno de los aspectos más dramáticos de la conducta humana es que muchos problemas institucionales considerados “insolubles” se resuelvan en cuanto estalla la guerra. La guerra se impone, por lo menos en la cultura moderna, a todas las demás

necesidades. Antes de la segunda Guerra Mundial habría sido “imposible” mandar al campo por motivos de salud a los chicuelos de los suburbios londineses; pero en cuanto empezaron los bombardeos de Londres, todos ellos fueron evacuados en dos días. Los teorizantes demostraron una y otra vez que Alemania y Japón no podían entrar en la guerra sin un depósito adecuado de oro, pero lucharon denodadamente, contra todas las predicciones de editorialistas y economistas de prestigio. El Gobierno norteamericano organizó casi de la noche a la mañana, después de terminar la guerra, dos grandes universidades para excombatientes, en Sydenham, Inglaterra, y en Biarritz, Francia. Se mandaron libros y equipo por avión, se construyeron dependencias elegantes para millares de estudiantes, y de las principales universidades norteamericanas se contrataron, con sueldos magníficos, los servicios de profesores famosos, para deparar una fugaz utopía docente a los soldados norteamericanos fatigados por la guerra. ¿Hubiera podido imaginarse el establecimiento de una universidad parecida, por ejemplo, en el estado de Misisipí, el más necesitado de una institución así, por lo bajo de su presupuesto docente? Una de las lecciones de la guerra es que hasta las instituciones más poderosas y antiguas dejan de ser rígidas si la necesidad apremia.

Por eso, lo que necesita el mundo es comprender esa necesidad —en las relaciones internacionales, en los conflictos raciales, en la explosión demográfica y en muchas otras áreas— para proceder a abandonar o modificar algunas de nuestras instituciones. Una vez comprendida esa necesidad, hay que buscar medios realistas y rápidos, con el mínimo de padecimiento humano y el máximo de beneficios para la Humanidad en general, con que abordar las reformas.

El enfoque extensional

Cualquier problema público que requiera un amplio debate —los cambios en las leyes laborales o en los métodos para distribuir la atención médica, la unificación de los servicios armados bajo un solo mando, el establecimiento de normas nuevas para resolver los conflictos internacionales— se reduce, por tanto, a una cuestión de adaptación institucional. Si nos empeñamos en seguir discutiendo nuestros sistemas sociales en función de la lucha de la justicia contra la injusticia, de la ley natural, de la razón y de la voluntad de Dios contra las hordas de la anarquía y el caos, las reacciones de miedo y cólera se generalizan en ambos bandos, paralizando las mentes e imposibilitando una decisión inteligente. Para escapar a esta cerrazón dilemática,

hay que considerar los problemas sociales como cuestiones de adaptación institucional. Empezaremos automáticamente a pensar con ideas más extensionales, ya no preguntaremos si esto o aquello es bueno o malo, progresista o reaccionario, sino a tener en cuenta los resultados: “¿A quién va a beneficiar el cambio y en qué grado? ¿Quién saldrá perjudicado y hasta qué punto? ¿Qué garantías hay de que no va a producirse un daño mayor? ¿Está el pueblo preparado para estas innovaciones? ¿Cuál será su efecto en los precios, en la mano de obra, en la salud pública, etc.? ¿Qué investigación ha precedido a esta propuesta; qué especialistas la han estudiado?” Las decisiones empezarán a surgir de las contestaciones extensionales a estas preguntas extensionalmente formuladas. Y no será de derecha ni de izquierda. Se ajustarán, sencillamente, a las realidades.

Supongamos que se propone por el municipio el paso de vehículos pesados por tal o cual puente. Lo que tenemos que preguntarnos es si la estructura del puente resistirá, si crecerá el peligro de accidentes callejeros de circulación, cuál será el efecto en la de las vías adyacentes, si padecerá la belleza de la ciudad, etc., sin tener en cuenta exclusivamente las ventajas que la innovación va a producir a las compañías transportistas. Estudiados estos puntos, cada votante podrá decidir con responsabilidad en interés propio y, sobre todo, en interés de la comunidad.

Supongamos ahora que la medida en cuestión sólo beneficia a las compañías transportistas. Estas tratarán de evitar que se discuta extensionalmente el problema y procurarán inmediatamente enfocarlo desde niveles superiores de abstracción, hablando de las “restricciones excesivas a los negocios”, de que hay que proteger “la libre empresa”, y de que, si la cosa ocurre en los Estados Unidos, “el modo norteamericano de vida” debe prevalecer contra las intrigas de los políticos, de los paniaguados y de los covachuelistas, elevando así una polémica local a la categoría de la defensa de las libertades.

Lo malo no es que los incautos nos traguemos todo esto, sino que los periódicos de muchas comunidades no nos proporcionan materiales extensionales de discusión. Prefieren divertir al lector con historietas amenas o sensacionales^[3]. Y la televisión, en manos de quienes no quieren líos ni controversias, muchas veces tampoco proporciona datos concretos.

Así las cosas, y así la opinión pública, ¿qué posibilidades hay para la adaptación institucional con respecto a algunos de nuestros problemas más urgentes? Lo más probable es que se quiera corregir un desajuste con otro desajuste, o que continúen los viejos errores con nombres nuevos.

El resultado fatal

Cuando, tras un debate prolijo y estéril, pasan los años sin que se lleven al cabo las reformas institucionales, se intensifica el rezago cultural. Al ser más graves las dislocaciones sociales, se agravan también el pánico y la confusión, y los individuos se desesperan al no hallar solución a sus problemas. Sin el conocimiento y la confianza suficientes para intentar nuevos procedimientos, y temerosas al mismo tiempo de que no den ya resultado sus métodos tradicionales, las sociedades vienen a parecerse a las ratas del doctor Maier, que no saben más que un camino y una solución estereotipada. La única manera de aplacar a los dioses irritados es arrojar más niños todavía a los cocodrilos; la única manera de proteger el orden social es cazar y quemar más brujas; la única manera de fomentar la prosperidad es reducir los presupuestos; y la única manera de garantizar la paz es acumular más y mayores armamentos todavía.

Estos son los bloqueos mentales, la conducta obstinada, que nos impide aplicar a nuestros problemas el modo extensional, que es el único que puede resolverlos, porque no podemos hacer una mejor distribución de bienes, alimentar a la gente o establecer una cooperación con nuestros vecinos a base de definiciones intencionales y abstracciones de alto nivel. En el mundo extensional hay que proceder con medios extensionales. Si, a fuer de ciudadanos de una democracia, queremos contribuir a decisiones tan importantes como los problemas de la paz y un orden mundial económicamente justo, tenemos que prepararnos a descender de las nubes de las abstracciones y a enfocar los problemas de esta tierra, en el plano local, estatal, nacional e internacional, con la misma extensionalidad que si se tratase de nuestro alimento, vestido o vivienda.

Pero si, por lo contrario, nos aferramos a fijaciones de orientación intencional y dilemática, estamos condenados al triste destino de las ratas del doctor Maier. Seguiremos incapacitados patológicamente para modificar nuestros módulos de conducta y seguiremos condenados a las mismas eternas soluciones erróneas. No es extraño que terminemos postrados por un “colapso nervioso” político, desilusionados de la democracia y en manos de dictadores.

La actitud científica

La característica más notable de la ciencia ha sido su éxito constante para resolver problemas “insolubles”. Antes se consideraba imposible viajar a más de treinta kilómetros por hora y volar por la atmósfera; pero hoy el hombre se ha lanzado a velocidades vertiginosas a la conquista del espacio. Creíamos que la liberación de la energía atómica era mera teoría, pero para la ciencia no hay imposibles, porque el científico está orientado extensionalmente. Se comportará intencionalmente en el campo no científico, como en los problemas políticos, sociales y familiares; pero su orientación como científico es siempre extensional.

Como hemos visto, elaboran mapas certeros de territorios reales, con los cuales pueden predecir hechos y fenómenos futuros. Si no funcionan, los descartan y elaboran otros nuevos; es decir: organizan nuevos sistemas de hipótesis que marcan nuevos cursos de acción^[4]. Y vuelven a confrontar los mapas con sus territorios, descartando los que no respondan a la realidad y elaborando nuevas hipótesis, a las que se atienen de momento, siempre dispuestos a descartarlas y a estudiar de nuevo el mundo extensional.

Cuando los científicos obran sin interferencias políticas o financieras, es decir, cuando son libres para intercambiar sus descubrimientos con los del mundo entero, comprobando la veracidad de sus mapas, comparándolos con los de sus colaboradores mundiales, hacen progresos rápidos. Como sus orientaciones son multilaterales y extensionales, están menos paralizados que otros hombres con dogmas inmutables y cuestiones absurdas. Por eso, sus conversaciones y sus escritos están llenos de reconocimientos de errores y de declaraciones sinceras de ignorancia. “Según el último trabajo de Henderson, aunque quizá luego haya que rectificar sus conclusiones...” “No sabemos exactamente qué es lo que pasa, pero sospechamos...” “Lo que digo quizá esté equivocado, pero es la única teoría razonable que hemos podido hilvanar...” He aquí el estilo de los sabios: el conocimiento más importante es el de las propias limitaciones.

Lo que no haría jamás un científico es atenerse a un mapa porque lo heredase de su abuelo o porque lo utilizaron Washington o Lincoln. Si su orientación fuese intencional, diría: “Fue bueno para Washington y Lincoln, luego también es bueno para mí”. Pero llevado por su orientación extensional, dice: “Todavía no lo sabemos hasta que lo hayamos comprobado”.

Otra vez la puerta de la izquierda

Obsérvense las diferencias entre las actitudes científicas que tenemos hacia algunas cosas, y las intencionales que nos dominan hacia otras. Cuando queremos que reparen nuestro automóvil, pensamos en función de los resultados prácticos. No preguntamos: “¿Está la solución que usted propone de acuerdo con los principios de la termodinámica? ¿Qué harían Faraday y Newton en este caso? ¿Está usted seguro de que esa solución no representa una tendencia desviacionista o derrotista en las tradiciones tecnológicas de nuestra nación? ¿Qué pasaría si hiciésemos otro tanto a todos los automóviles? ¿Qué dice Aristóteles de esto?” Son preguntas tontas. La única que vale es: “¿Quedaría bien la reparación?”

Pero es distinto cuando la reparación afecta a la sociedad. Pocos son los que consideran a las sociedades como mecanismos, como colecciones de instituciones en marcha. Habitados a reaccionar a los problemas sociales con explosiones de indignación moral, denunciemos la perversidad de los sindicatos o del capitalismo, condenamos a los que defienden o persiguen a los negros, a Rusia si somos norteamericanos, o al imperialismo norteamericano si somos rusos. Estamos saltándonos con eso el requisito fundamental de hacer mapas de los problemas sociales; o sea: no cumplimos la tarea inicial de describir las normas establecidas de la conducta de grupo (expresadas en las instituciones) que constituyen una sociedad y crean sus problemas. En nuestras protestas contra lo que no nos parece bien, no nos preocupamos por el cambio institucional ni por sus resultados. Nos interesa más castigar a los culpables. Y los remedios sociales que proponemos se contienen casi siempre en preguntas a las que no puede darse contestación comprobable: “¿Están esas ideas de acuerdo con una política económica sana? ¿O con los principios del verdadero liberalismo? ¿Qué dirían de ello Alexander Hamilton, Thomas Jefferson o Abraham Lincoln? ¿Iríamos con ello hacia el comunismo o hacia el fascismo?, etc...”

Y perdemos el tiempo discutiendo cosas baladíes, sin ir al grano del problema.

Hasta que alguien, cansado de tantas divagaciones, termina por proponer: “Volvamos a la normalidad... apeguémonos a los principios ya comprobados y acreditados... a la economía sana y fuerte... Tenemos que volver a lo que ya conocemos, a lo antiguo y auténtico”. La mayor parte de estas actitudes rutinarias no son sino invitaciones a seguir saltando hacia la puerta de la izquierda, hasta que nos volvamos locos. Y es tanta nuestra confusión, que aceptamos esas invitaciones, con los mismos resultados de siempre.

APLICACIONES

I

Anote los problemas de rezago cultural que tenga alguna sociedad bien conocida por usted. Observe si hay alguno no mencionado en este capítulo. ¿Qué preguntas haría una persona extensionalmente orientada, a la que se pidiese ayuda para resolver estos problemas? ¿A qué grupos o individuos consultaría?

II

Suponga usted que dos amigos suyos, no muy bien informados, pero apasionados, uno a favor y otro en contra de la “medicina socializada” (entendida a su manera), van a ir esta noche a su casa para sostener una conversación sobre el tema. Prepare algunos comentarios y preguntas que les hagan ver el problema de la atención médica como una cuestión de ajuste institucional (sin emplear expresiones tan altisonantes como esta), con lo cual la discusión tomará un sesgo más extensional. Una cosa le advierto: no empiece por hacerles definir lo que es “medicina socializada”, y recuerde lo que en el Capítulo 10 dijimos sobre las definiciones.

III

Los éxitos científicos del laboratorio se han debido en parte a que los sabios tienen orientaciones extensionales y sumamente multilaterales, sin las trabas de los dogmas fijos de otras personas. ¿Debe adoptar el Gobierno federal norteamericano una actitud dilemática en los problemas de la integración escolar en el Sur? ¿Cuáles serían las ventajas de dicha actitud y cuáles las de una orientación multilateral? ¿No convendría que el Gobierno adoptase una actitud dilemática para algunas cosas (donde haya una resistencia tenaz a la ley) y multilateral en otras (donde la integración se va realizando pacíficamente)? En este último caso, ¿la actitud gubernamental se

parecería a la del científico?

IV

Supongamos que va a haber elecciones y son cuatro los candidatos. Todos sienten sinceramente los intereses nacionales, todos creen en la justicia social y en la democracia, aunque difieren en cuanto a los medios para realizar los ideales democráticos. Supongamos que usted no quiere votar ni con la etiqueta de liberal ni con la de conservador, sino, sencillamente, a favor del candidato que sea más realista y extensional, porque será quien mejor reconozca los aspectos reales de la situación y, por tanto, quien mejor va a servir a sus ideales.

A continuación van fragmentos de los discursos pronunciados por los cuatro candidatos. A base exclusivamente de su contenido, establezca un orden de preferencia entre ellos, exponiendo las razones... y sin dejarse influir por los nombres de los candidatos, claro está.

Candidato 1

Por tanto, el socialismo no es para mí únicamente la doctrina económica mejor, sino el credo fundamental que profeso con mi cerebro y con mi corazón. Laboro por la independencia hindú, porque el nacionalista que late en mí no puede tolerar el *yugo* extranjero; más aún: porque es el paso inevitable para nuestro cambio social y económico. Quisiera que el Congreso se transformase en organización socialista y se incorporase a las demás fuerzas del inundo que trabajan en pro de la nueva civilización. Pero comprendo que acaso no esté preparada la mayoría del Congreso, tal como hoy está constituido, para ir tan lejos. Somos una organización nacionalista y pensamos y obramos en el plano nacionalista...

Por vehementes que sean mis deseos de que el socialismo prospere en este país, no quiero obligar ni condicionar al Congreso, porque crearía dificultades para la lucha que tenemos entablada por nuestra independencia. Estoy dispuesto a cooperar de mil amores y con cuantas fuerzas tengo, con cuantos laboran por nuestra independencia, aunque no estén de acuerdo con la solución socialista. Pero lo haré, defendiendo francamente mi posición y esperando convencer de ella, con el tiempo, al Congreso y a la nación, porque sólo así creo que pueda lograr su independencia. Tenemos que apretar nuestras filas cuantos creemos en la independencia, aunque

nuestras ideas sean distintas en lo referente al problema social...

¿Cómo encaja la doctrina del socialismo con la ideología actual del Congreso?
No creo que encaje...

—JAWAHARLAL NEHRU, discurso presidencial, Congreso Nacional Hindú, Lucknow,
abril de 1936

Candidato 2

Opino que el comunismo debería enseñarse en el sistema educativo, pero con una orientación moral, de la misma manera que se enseña al estudiante de medicina que el cáncer y la tuberculosis son enfermedades que hay que desarraigar y extirpar. Creo que sin una orientación moral, la enseñanza del comunismo puede ser sumamente peligrosa. En cambio, enseñándolo con una orientación moral, se estudiarían a fondo los fundamentos básicos de la civilización norteamericana, desenmascarando al enemigo que amenaza destruirla y exponiendo las ideas erróneas que impulsan a los comunistas a tratar de destruir la libertad, los métodos que para ello proponen, y lo que debe hacerse para contrarrestarlos. Si esto se explica sin dirección moral, sólo parecerá un sistema económico más con algunas virtudes superiores. Así se ha hecho frecuentemente en épocas anteriores, y en lugar de combatir el comunismo, tiende a hacer prosélitos para el comunismo.

Creo que el pueblo norteamericano tiene ante sí un gran problema: imprimir a la educación una dinámica moral que presente al comunismo como programa de asesinato, mentira y destrucción de la libertad. Es totalmente inmoral, y hay que levantar en las mentes juveniles barreras mentales y emocionales contra él.

—DR. FREDERICK SCHWARZ, en su testimonio ante el Comité de Actividades
Antiamericanas del Congreso, 29 de mayo de 1957

Candidato 3

La exposición de los conflictos e injusticias raciales es importante en un estudio que verse sobre la posición del negro y el estado de la cultura norteamericana. Pero las fricciones son un indicio sano. Indican un contacto de múltiples aspectos entre las dos razas. Las fricciones son señal de que el negro y el blanco viven en la misma comunidad y pugnan por los mismos valores. Mientras las dos razas se afanan y disientan respecto a los múltiples problemas de la convivencia en la misma cultura, están pasando por el doloroso proceso de su acomodación recíproca y con el mundo. El verdadero peligro sería que el negro viviese en un vacío donde no hubiese fricción alguna con sus vecinos blancos; entonces sí que se correría el peligro grave de desarrollar un sistema perpetuo de castas... Es conveniente que nada haya estático hasta que los problemas planteados por la fricción hayan dejado de inquietar y molestar a los blancos o a los negros. Aspirar a la paz, cuando los contrastes son tan

acusados, es como soñar con un mundo irreal. Esperar que la comunidad blanca o la negra no sientan odio e indignación, y que no den muestras de violencia o de temor cuando sus valores corren tanto peligro y sus aspiraciones quedan tan fallidas, es pedir lo imposible... [La fricción] indica que estos males están vivos, duelen y punzan. Obligan a los hombres a hacer algo por remediarlos. Cometerán muchas equivocaciones en esta empresa, pero también tendrán muchos aciertos.

—FRANK TANNENBAUM, “An American Dilemma”

Political Science Quarterly, septiembre de 1944

Candidato 4

Algunos miran las constituciones con reverencia religiosa y las consideran como el Arca de la Alianza, demasiado sagradas para poderlas tocar. Atribuyen una sabiduría sobrehumana a los hombres de tiempos anteriores, y creen que lo que hicieron está por encima de toda enmienda... Indudablemente, no me inclino a introducir cambios frecuentes y no probados antes, en las leyes y en las constituciones... Pero también sé que las leyes y las instituciones deben ir a la par con el progreso de la mente humana... A medida que se realizan nuevos descubrimientos, que se descubren nuevas verdades y cambian las opiniones y los modos de pensar al cambiar las circunstancias, también deben avanzar las instituciones para amoldarse al ritmo de los tiempos. Retener a la sociedad civilizada sometida al régimen de sus incultos antepasados sería como obligar a un hombre a llevar siempre la chaqueta que le venía bien de chico... Cada generación... tiene derecho a procurarse la forma de gobierno que considere más conducente a su felicidad.

—THOMAS JEFFERSON

18. HACIA EL ORDEN INTERNO Y EXTERNO

Pero yo os digo que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres, darán razón en el día del juicio. Porque por tus palabras serás absuelto como justo y por tus palabras serás condenado.

—Mateo, 12:36-37

Reglas de la orientación extensional

Lo mismo que el mecánico lleva consigo unos alicates y un destornillador para un caso de urgencia —y nosotros llevamos en la cabeza la tabla de multiplicar para usarla en cualquier momento—, podemos aprendernos y grabarnos en la memoria las reglas de la orientación extensional. No tienen por qué ser complicadas; basta con unas cuantas fórmulas generales y sencillas. Su objeto principal es evitar que empecemos a dar vueltas a ideas intencionales, que nuestras reacciones sean automáticas, nuestros errores los mismos de siempre y nuestras preguntas incontestables. No nos enseñarán mágicamente las mejores soluciones, pero nos impulsarán a optar por mejores cursos de acción. En consecuencia, las reglas siguientes constituyen un breve resumen de las partes de este libro que directamente se refieren a problemas de valoración. Hay que aprender de memoria estas reglas.

1. El mapa no es el territorio que representa: las palabras no son los objetos.
Un mapa no representa todo el territorio: las palabras nunca lo dicen todo.
Pueden construirse mapas de mapas y mapas de mapas de mapas, y así sucesivamente, hasta el infinito, con relación o sin ella a un territorio. (Capítulos 2 y 10).
2. Los significados de las palabras no están en ellas, sino en nosotros. (Capítulos 2 y 11.)
3. Los contextos determinan los significados. (Capítulo 4):

Me gusta el pescado.
Fue pescado por la policía.

Ha pescado una gripe.
Lo ha pescado una mujer ambiciosa.

4. Debe distinguirse perfectamente entre “ser” y “estar”, si no quieren cometerse errores de valoración.

La hierba es verde. (Pero téngase presente que nuestro sentido de la vista es el que da color a las cosas. Capítulos 10 y 11).

El señor Sánchez es viejo. Lo cual no tiene la misma significación que “el señor Sánchez está viejo”. (No confunda los niveles de abstracción. Capítulos 11 y 12).

El territorio es cálido.

La tarde está calurosa.

Una cosa es lo que es. (Pero téngase presente que todo está en proceso perpetuo de cambio. Capítulos 10, 12, 13 y 17).

5. No quiera cruzar puentes que todavía no se han construido. No abra el paraguas antes de que llueva. Distinga entre proposiciones directivas e informativas. (Capítulo 7.)
6. Distinga siempre todos los posibles sentidos de una palabra. Por ejemplo:

Verdad, en su sentido moral, contrario a mentira; en su sentido lógico, contrario a falsedad; en su sentido ontológico, contrario a irreal; en su sentido dogmático y didáctico de principio o dogma; etc.

“Vela” puede ser sustantivo (con significaciones totalmente distintas), presente de indicativo del verbo velar, compuesto del verbo ver y el pronombre la (el verbo ver en imperativo y en indicativo), etc.

7. Cuando quiera combatir el fuego con el fuego, recuerde que el departamento de incendios suele utilizar agua. (Capítulo 14.)
8. La orientación dilemática es la puesta en marcha del aparato, no del volante. (Capítulo 14.)
9. Cuidado con las definiciones que no son más que palabras sobre palabras. Siempre que pueda, piense con ejemplos mejor que con definiciones. (Capítulo 10.)
10. Emplee números y fechas, para que no olvide que una palabra jamás tiene exactamente el mismo significado dos veces.

El hombre₁ no es el hombre₂ ni el hombre₃ ni el hombre₄, etc. (En una palabra: deben evitarse las generalizaciones fáciles, que en el libro se han llamado “altos niveles de abstracción”).

He aquí un decálogo de lo más sencillo y genérico de reglas para lograr una orientación extensional en nuestro pensamiento y en nuestro lenguaje. También valdrá para adoptar más de una decisión o curso de acción en la vida práctica.

Síntomas de desorden mental

Si no se observan, consciente o subconscientemente, estos principios de interpretación, se piensa y se reacciona infantil y primitivamente. Hay muchos indicios de reacciones anormales en nosotros mismos. Una de las más corrientes es la ira súbita. Cuando se altera la presión sanguínea, cuando hay discusiones enconadas y en carne viva, cuando terminan en insultos e interjecciones, es que algo no se ha valorado debidamente.

Otro síntoma manifiesto es la preocupación, cuando le damos vueltas y más vueltas a la misma cosa. “La quiero... la quiero... ¡Si pudiese quitarme de la cabeza que no es más que una camarera!” Pero la camarera₁ no es la 2 ni la 3. “¡ Qué gobernador más duro nos ha tocado...! ¡No es más que un político!” Pero el político₁ no es el 2 ni el 3. En cuanto rompamos estos círculos que aprisionan nuestros pensamientos y nos dejemos de palabras para atender a los hechos, se proyectará una luz nueva sobre nuestros problemas.

Otro síntoma es la susceptibilidad, la sensibilidad excesiva, y por tanto, la vulnerabilidad a los juicios o a las palabras. La persona así se siente insultada y ofendida por la cosa más baladí e inocente. Antiguamente se desenvainaba la espada “por un quítame allá esas pajas”, como diría don Quijote, o se desenfundaba la pistola, o se organizaba un duelo solemne, muchas veces suicida. Se mataba “por un puntillo de honra”, sin más escrúpulo.

También hemos indicado que la tendencia a charlar por los codos, sin ton ni son, no es buen síntoma de sanidad mental. Tampoco debemos “pensar demasiado”. Es un error creer que los creadores se “calientan los cascos” más que los demás. Lo que pasa es que piensan más eficientemente. “Pensar demasiado” o “tener quebraderos de cabeza” significa muchas veces que en el fondo de la mente tenemos una “certeza”,

algún dato incontrovertible, o ley inalterable, o principio eterno, que encierra toda la verdad sobre algo. Y, sin embargo, la vida nos está mostrando a cada momento algo que hace cuartearse esas nuestras interiores “certezas incontrovertibles”. Vemos políticos que son honrados, amigos que nos traicionan, sociedades benéficas que a nadie benefician. Pero, antes de apearnos de nuestro principio incommovible, preferimos dar vueltas y más vueltas en la cabeza a lo que nos entra por los ojos.

Y caemos en la actitud dilemática, tan reprobable, de negar totalmente los hechos o negar totalmente el principio, lo cual se traduce en reacciones infantiles: “No volveré a fiarme de una compañía de seguros... ni de una mujer... ni de un político... ni de un abogado... ¡Todos son unos bribones!”

En cambio, una mente madura sabe que las palabras nunca lo expresan todo, por lo que el sabio prefiere la incertidumbre y la cautela. Por muy bien que conozca la carretera, el motor y todos los detalles de su automóvil, el buen conductor prefiere la cautela, lo cual no quiere decir que se sienta inseguro, porque conduce su vehículo con absoluta serenidad y perfecta confianza en sí mismo. Tampoco se siente inseguro el individuo maduro intelectualmente porque no sepa todo: su seguridad procede de la infinita flexibilidad de su mente, de su orientación “infinilateral”, por decirlo así. Conociendo cómo actúa el lenguaje en nosotros y en los demás, ahorramos tiempo y esfuerzo, porque evitamos dar vueltas en nuestra misma jaula verbal. Con una orientación extensional, nos ajustamos a las incertidumbres inevitables de toda nuestra ciencia y sabiduría. Y escaparemos, por lo menos, a los problemas que nos creamos, ya que no a todos los que nos plantea el mundo.

Los hijos perdidos en busca de padre

Existen también personas infelices porque no lo saben todo y quisieran saberlo. Están en un estado crónico de ansiedad por no conocer todas las soluciones y andan eternamente buscando la única. La única, la que los tranquilice definitivamente. Van de iglesia en iglesia, de partido en partido, de ideología en ideología, de siquiatra en siquiatra o de vidente en vidente, según sea su cultura. Cuando encuentran a uno que “les acierta”, se llenan de alegría y van contándoselo a todos.

Los siquiátras han estudiado el caso de estas personas. El hombre emocionalmente maduro es capaz de resolver todos sus problemas y de comprender que no hay una sola solución para ellos. Pero si no hemos adquirido nuestra independencia interior, si seguimos necesitando el cariño y el cuidado de nuestros

padres, cuando ya pasamos la edad para ello, maduramos física, pero no emocionalmente. Seguimos necesitando el símbolo paternal de una autoridad a la que acudir en busca de solución a todos nuestros problemas. Y buscaremos un símbolo parental tras otro, que puede ser un maestro bondadoso, un sacerdote o director espiritual que nos inspire confianza y respeto, un jefe paternal y protector, y hasta un líder político.

Desde nuestro punto de vista de estudiantes del lenguaje humano, los aspectos verbales de esta busca de símbolos paternos merece que nos detengamos un poco. Los que, por el motivo que fuere, no pueden aceptar como símbolo paternal a un sacerdote, a un maestro o a un líder político, acaso lo encuentren en una colección sistemática de palabras; por ejemplo: en una voluminosa y oscura obra filosófica, en una filosofía político-económica o en un sistema ideológico nuevo. Allí, afirman, está la solución de todos los problemas. Esto es indicio de falta de madurez emocional y de candidez en el proceso simbólico, a la que nos hemos referido anteriormente. Sin embargo, se rodean con ello de cierta respetabilidad por el vocabulario impresionantemente complicado y abstruso que sacan a relucir a las primeras de cambio, y sabido es cuánto se respeta en nuestra cultura al que sabe hablar, sobre todo en altos niveles de abstracción. Pero incurren en la candidez, ya indicada, de suponer que un mapa verbal es capaz de consignar todo el territorio de la experiencia.

Pero esto no quiere decir, huelga indicarlo, que sea señal de falta de madurez sentir entusiasmo por algún “gran libro” o por un centenar de ellos. Sin embargo, hay un abismo entre el entusiasmo de la persona madura y de la inmadura. Esta, al encontrarse con un nuevo sistema intelectual o con una filosofía que se ajusta a sus necesidades, tiende a adoptarla sin pero alguno, a repetir a todas horas sus fórmulas verbales y a cerrarse en banda, sin admitir que podría leerse algo más. En cambio, el hombre maduro quiere someter a prueba el libro que tanto le ha entusiasmado. ¿Son estos principios nuevos tan eficientes como parecen? ¿Tienen valor en diferentes culturas o contextos históricos? ¿No necesitarán alguna revisión o retoque? ¿Responderán a los distintos casos y condiciones? Al plantearse estas preguntas confirmará su primera impresión, pero, con su profundo sentido común, comprenderá que hay mucho más que aprender.

De hecho, cuanto mejor y más útil sea una nueva síntesis científica o filosófica, más problemas planteará. Las soluciones que dio Darwin en su *Origen de las especies* a las arduas cuestiones objeto de su estudio, no agotaron la investigación biológica, sino que estimularon otras en los tiempos modernos. Lo mismo ocurrió con Freud en el campo de la psicología: abrió áreas totalmente nuevas al estudio^[1]. Grandes libros son los que plantean grandes cuestiones nuevas. No están bien leídos cuando imprimen un alto a la investigación.

En otras palabras: cuanto más sabio sea el hombre, lo mismo en ciencia que en religión, política o arte, menos dogmático se irá haciendo. Es indudable que cuanto mejor conozcamos el territorio de la experiencia humana, mejor comprenderemos las

limitaciones de los mapas verbales que podemos trazar de ella. En el Capítulo II llamamos a este conocimiento “consciencia abstractiva”. La persona madura utiliza esta consciencia o conciencia aun en el estudio de las filosofías o ideologías que le producen el mayor entusiasmo.

“Conócete a ti mismo”

Hay otro campo en que necesitamos la conciencia abstractiva: en lo que nos decimos de nosotros mismos. Somos mucho más complejos que la vaca Palmira, y cambiamos constantemente mucho más que ella (Capítulo 10). Además, todos nos describimos con determinado lenguaje, “cuadros mentales”, “idealizaciones” o imágenes. Vienen a ser de este tenor, más o menos claros: “Soy amante del hogar”, “Soy hermosa”, “O terriblemente fea”, “Creo en lo práctico”, “Soy de buen corazón... no me entran en la cabeza las matemáticas... tengo talento natural para la música... amo a los oprimidos... no soy ese tipo de mujer...” etcétera. Todos estos juicios son mapas más o menos exactos del territorio de nuestra persona. Unos saben levantar esos mapas internos mejor que otros. Entonces decimos que ése “se conoce a sí mismo”, que cae en la cuenta de sus defectos y virtudes, de sus facultades y carencias emotivas. El sicólogo Carl R. Rogers llama a este mapa “idea de sí mismo”, la cual puede ser realista o carente de realidad. Lo que hacemos, la forma en que nos *vestimos*, nuestro estilo, las empresas que iniciamos o descartamos, la sociedad que buscamos, etc., son valores que están menos determinados por nuestras limitaciones y facultades reales que por la idea que tenemos de ella^[2].

Cuanto hemos dicho en este libro sobre mapas y territorios se aplica de manera particular a la idea que tenemos de nosotros mismos. El mapa no es el territorio, repetimos: la idea que tenemos de nosotros mismos no somos nosotros. Un mapa no representa todo el territorio: la idea de nosotros mismos omite una enorme cantidad de datos personales; nunca nos conocemos completamente. Podemos hacer mapas de mapas de mapas de nosotros mismos y deducir numerosas inferencias y generalizaciones en más altos niveles de abstracción. Pero corremos el mismo peligro de equivocarnos en nuestra propia valoración que cuando tratamos de valorar a otros individuos o cualquier hecho exterior. En realidad, cuanto mejor nos conozcamos a nosotros mismos, más probable es que conozcamos y valoremos mejor a lo extrínseco a nosotros. ¿Qué clase de mapas elaboramos de nosotros mismos?

Hay individuos que tienen ideas completamente desprovistas de realidad sobre su

persona. El que se cree en condiciones de ser un buen gerente y luego resulta un fracaso, porque no tenía talento para ello, se lleva el gran desengaño y se lo produce a los demás. Igualmente, el que se cree bueno para nada y lo toma en serio, puede disipar y destrozar por un motivo completamente distinto, toda su vida y todos sus talentos. La mujer ya madura y entrada en años que, como ocurre no pocas veces, se viste y se conduce como si tuviese dieciocho, está también en las nubes; es decir: tiene una idea peligrosamente irreal de sí misma.

Hay estudiantes que se cierran a sí mismos el camino, al empeñarse en que no valen para las matemáticas o en que son incapaces de escribir con buena ortografía. No lograrán avanzar en estos estudios, precisamente por esta idea que tienen de sí mismos, no porque carezcan de capacidad.

Otros no parecen caer en la cuenta de que en la idea que tienen de sí mismos no están todos los datos importantes de su persona. Como nos han repetido los siquiátras, todos nos arreglamos para ocultarnos a nosotros y a los demás las razones profundas de lo que hacemos, y apelamos para justificar nuestros actos, a “racionalizaciones” más o menos elaboradas. Supongamos, por ejemplo, que un crítico ataca a una obra por su “contenido sin altura y por un pésimo estilo”. Supongamos también que sus verdaderas razones son completamente distintas, como envidia profesional, miedo a las ideas revolucionarias del libro, o el recuerdo de la discusión personal que tuvo con el autor diez años antes. Si el crítico cree que la idea que tiene de sí mismo es completa, la razón que a sí mismo se dé de que le disguste el libro es que se imagina como “persona que cree en la lógica rigurosa y en los méritos del estilo literario”. En otras palabras: el efecto más común de no comprender que el concepto que se tiene de uno mismo no abarca todos sus detalles, es creerse sus propias racionalizaciones. Hay quienes tan aferrados están a la idea que tienen de sí mismos a fuerza de hábiles racionalizaciones, que son incapaces de conocerse realmente.

El propio conocimiento es molesto muchas veces, claro está: cuesta trabajo admitir que este o aquel libro no me gusta porque tengo envidia al autor, o que no saco buenas calificaciones porque soy menos inteligente que mis colegas. Por eso, sentimos frecuentemente la necesidad de creer nuestras racionalizaciones: “Mis compañeros están contra mí”, “Este libro es una lata”. Y quizá lleguemos a cerrar los ojos adrede a cualquier razón sensata en contra.

¿Cómo evitar ser víctimas de esta confusión emocional? Los que ya han caído en ella, quizá necesiten un consejero profesionalmente preparado o un siquiátra. Los demás pueden aprender con los problemas diarios de acción y toma de decisiones: cuanto más realista sea la idea que tienen de sí mismos, más acertadas serán éstas. Entonces, ¿podremos hacer algo por adquirir un realismo mayor sobre nosotros mismos? Es muy importante que lo adquiramos, porque quienes no son realistas en cuanto a su persona generalmente no lo son tampoco en sus relaciones con los demás.

Informes y juicios

Por lo menos en un aspecto, las personas capaces de estudiarse a sí mismas más o menos pueden hacer por su bienestar lo que hacen los directores psicológicos y los psiquiatras. Como hemos indicado, elaboramos conceptos falsos de nosotros mismos porque no soportamos otros más objetivos; es decir: los juicios de nuestros amigos y vecinos, sean reales o imaginarios. Al emplear la palabra “juicio”, obsérvese, como dijimos en el Capítulo 3, la diferencia que hay entre, por ejemplo, “Soy un chofer” (lo cual es un informe), y “No soy más que un chofer”, lo cual supone el juicio de que debería ser algo más, y de que es una vergüenza que sólo sea eso.

Uno de los aspectos más importantes de la actividad profesional del psiquiatra, es que no formula juicio alguno acerca de su paciente. Cuando le oye decir que no es más que un chofer, le contesta de palabra o con un ademán que, aunque comprende su caso, no le reprocha el que lo sea, o el que haya hecho tal o cual cosa. En otras palabras: ayuda al paciente a cambiar su juicio de que no es más que un chofer y, por tanto, no vale gran cosa en el informe de “Soy un chofer^[3]”. Al ver la actitud de su psiquiatra, el paciente tiende a mejorar la idea derogatoria o peyorativa que tenía de sí mismo.

Nuestra receptividad de los juicios de los demás (reales o imaginarios), es decir, el dejarnos influir por lo que piensen o creemos que piensan, es uno de los motivos más comunes de nuestros sentimientos de inferioridad, culpa e inseguridad. El negro que acepte el juicio que de los negros tienen algunos blancos, se pasará la vida en una actitud desventurada de susceptibilidad y defensa. Si el que gana cinco mil pesos al mes acepta el juicio real o imaginario de quienes lo rodean, de que podría ganar diez mil si valiese para algo, se considerará desgraciado con ese sueldo decente. Lo que dijimos en el Capítulo 3 de que había que redactar los informes despojándolos de todo juicio personal, se aplica también a los que escribimos acerca de nosotros mismos. Debemos hacerlo con imparcialidad y sin orientaciones intencionales.

Es bueno este ejercicio de consignar por escrito los hechos escuetos relativos a nosotros mismos, especialmente si nos producen cierta vergüenza, y preguntarnos a propósito de cada uno de ellos: “¿Es necesario que lo juzgue?” “El que lo juzguen los demás ¿quiere decir que tenga yo que juzgarlo también?” “¿No es posible ver las cosas de otra manera?” “¿Qué tiene que ver el juicio que me merezcan mis acciones pasadas con lo que soy hoy?” He aquí la forma práctica de aplicarnos estas valoraciones; va entre paréntesis:

Soy chofer. (Algunos creen que es vergonzoso ser un simple chofer. ¿Tengo yo que pensar también de esa manera?)

Me arruiné. (¡Pero eso fue hace diez años! Desde entonces he adquirido mucha más experiencia en los negocios. ¿Por qué va a volverme a ocurrir si monto otro

nuevo, o en otra localidad distinta?)

Volví de la guerra neurasténico. (Ya sé que hay quien me señala con el dedo. Pero ¿estuvieron ellos en Corea? ¿Pasaron lo que yo pasé? Otros resultaron heridos físicamente, yo lo fui psicológicamente. ¿Por qué no condecoran a las víctimas siquiátricas?)

Soy ama de casa. (¿Y qué?)

Naturalmente, si tiene uno muy hondamente arraigadas las racionalizaciones, esta técnica es difícil de practicar. Por ejemplo:

La razón verdadera de que no me guste este libro, es mi envidia profesional. (¡Pero no! ¡Es un libro insoportable de estilo mazorrall!)

Pero, al irnos sobreponiendo extensionalmente cada día más a nuestros sentimientos, es decir, al aceptarnos a nosotros mismos sin hacer caso de los juicios buenos o malos de los demás, necesitaremos engañarnos menos. En el conocimiento de sí mismo, como en la ciencia, la conquista de pequeñas áreas lleva a la de otras áreas mayores y más difíciles. A medida que se van haciendo realistas las ideas que tenemos de nosotros mismos, nuestras acciones y decisiones serán más acertadas, puesto que se basan en un mapa más exacto del complejo territorio de nuestra personalidad.

Actitudes institucionalizadas

Otra forma de adquirir mayor orientación extensional, es distinguir entre actitudes adoptadas institucional y extensionalmente. Como vimos en el capítulo anterior, todos somos miembros de instituciones y nos asimilamos determinadas actitudes exigidas por ellas. Si somos demócratas, apoyaremos a todos los candidatos demócratas. Si somos montescos, adoptaremos una actitud hostil a los capuletos.

El error valorador que suponen esas actitudes estriba en que se generaliza a un alto nivel de abstracción, cuando las cosas ocurren en un plano extensional. Muchas personas, por inseguridad emocional y por falta de orientación extensional, no pueden desviarse de las actitudes institucionales, adoptan su punto de vista oficial y sus ideas y emociones corrientes. Se creen en la obligación de sentir al unísono con su partido

político, su iglesia, su grupo social o su familia. Les resulta más fácil y más seguro no tomarse la molestia de examinar extensionalmente por su cuenta al candidato demócrata o al capuleto en cuestión, porque eso podría conducirlos a valorar las cosas de manera distinta.

Pero no tener más que actitudes institucionalizadas acaba con la propia personalidad y termina por hacer al hombre incapaz de iniciativa alguna en bien de su institución. Y además existe el peligro de acostumbrarse a la vaguedad de las generalizaciones de alto nivel, perdiendo el contacto con las realidades.

La regla indicada para evitar actitudes excesivamente intencionales ayuda a su vez a evitar las excesivamente institucionalizadas, porque las primeras son consecuencia de las segundas. Al comprobar que el demócrata¹ o el capuleto¹ difieren del demócrata o capuleto número 2, acaso averigüemos que la actitud institucional primera era la acertada, o también puede ser que estimemos necesario separarnos de ella, como hicieron Romeo y Julieta^[4]. Pero cualesquiera que sean las conclusiones a que lleguemos, lo importante es que son nuestras, resultado de nuestro examen extensional personal.

Quienes no están acostumbrados a distinguir entre actitudes institucionales y extensionales se exponen a engañarse de medio a medio, porque no saben distinguir lo que se les ha repetido como un disco o como una cotorra, y lo que es resultado de su propia experiencia. En consecuencia, no son capaces de formarse una idea real de sí mismos; no pueden elaborar un mapa exacto del territorio de sus ideas y actitudes.

Por la lectura, hacia la cordura

Finalmente, debemos hacer algunas observaciones acerca de la lectura como medio para lograr una orientación extensional. A veces, el estudio produce excesiva orientación intencional, sobre todo el de la literatura, cuando el estudio de las palabras —novelas, comedias, poemas, ensayos— se convierte en un fin de por sí. Pero cuando se emprende como guía de la vida, su efecto es extensional en el mejor sentido del vocablo.

La literatura obra por medios intencionales; o sea: mediante el manejo de las connotaciones informativas y afectivas de las palabras. De esta forma no sólo atrae nuestra atención a hechos desconocidos, sino que nos provoca sentimientos nuevos, que, a su vez, vuelven a atraer nuestra atención a otros hechos desconocidos. Estos nuevos sentimientos y estos nuevos hechos van, por tanto, acabando con nuestras

orientaciones intencionales y con nuestra ceguera.

Repetidas veces hemos dicho que la persona orientada extensionalmente no se guía sólo por palabras, sino por los hechos que éstas indican. Pero ¿qué ocurriría si no hubiese palabras? ¿Nos guiaríamos sólo por los hechos? En la inmensa mayoría de los casos, no. En primer lugar, nuestro sistema nervioso es sumamente imperfecto, y sólo vemos las cosas en función de nuestra preparación y de nuestros intereses: cuando éstos son limitados, vemos muy poco, como al colillero, que mira constantemente al suelo, se le escapa lo que ocurre en la calle. La experiencia también es una maestra sumamente imperfecta: no nos dice qué es lo que estamos experimentando; simplemente, las cosas ocurren porque sí. Y si no sabemos qué buscar en nuestra experiencia, los acontecimientos no significan nada para nosotros.

Hay mucha gente que concede gran valor a la experiencia por sí misma y respeta involuntariamente a la persona que ha “hecho cosas”. “No quiero pasarme la vida leyendo libros —dicen—; ¡ quiero correr mundo y hacer cosas, viajar, tener experiencias!” Pero muchas veces esas experiencias no les hacen ningún bien. Van a Londres, y lo único que recuerdan es su hotel y la agencia de viajes; van a México y sólo se les quedan en la memoria los trastornos gastrointestinales que padecieron. Así es cómo los que no han viajado saben muchas veces más del mundo que quienes lo han recorrido.

La gente necesita que le abran los ojos, y ésta es la función trascendental del lenguaje en su uso científico y afectivo. Los hechos triviales adquieren importancia en las abstractas generalizaciones científicas. Cuando hemos estudiado, por ejemplo, la tensión superficial, el posarse del zapatero o de la libélula sobre un remanso se convierte en tema de discusión científica. Los que no han leído a Wordsworth no entienden quizá la comarca lacustre inglesa, aunque hayan vivido allí; ni los que no conozcan las estrofas de Gabriel y Galán o de Machado entenderán a Castilla, con su misticismo escueto y su apertura al horizonte de la aventura. Con el sentimiento desplegado por la literatura, la experiencia humana se satura de esencias y contenidos profundos.

Las comunicaciones procedentes de los demás aumentan la eficiencia de nuestro sistema nervioso, si no se limitan a repetirnos los sentimientos y las ideas que ya conocemos. Se ha llamado a los poetas y a los científicos “lavadores de las ventanas de nuestra mente”, porque intensifican nuestros intereses y la sensibilidad de nuestras percepciones.

Como hemos repetido en estas páginas, el lenguaje es social. Al leer, al escuchar, al escribir, al hablar, desarrollamos constantes procesos de interacción social, provocados por el lenguaje. A veces, como hemos visto, de esta interacción social surge la participación del saber, el enriquecimiento de las simpatías y comprensiones, y la consolidación de la cooperación humana. Otras veces, la interacción social no produce tan opimos frutos, porque nos comportamos como dos borrachos en un bar o dos delegados hostiles del Consejo de Seguridad de la ONU, que toman las

observaciones del otro como muestras de la imposibilidad de colaborar con él.

Volvemos, por tanto, a los juicios a que explícitamente aludimos al comienzo de este libro —los juicios éticos en que se basa todo este tratado—: que la cooperación intraespecífica por medio del lenguaje es el mecanismo fundamental de la supervivencia humana, y que, cuando de la conversación surge el encono de los desacuerdos y los conflictos, algo no ha funcionado bien por parte del que habla, del que escucha, o de los dos. Esto, como hemos visto, es a veces consecuencia de la ignorancia del territorio, que se traduce en mapas inexactos; otras, de no querer mirar al territorio, sino insistir en hablar sin más ni más, en virtud de hábitos valoradores defectuosos; otras, de las mismas imperfecciones del lenguaje, que ni el que habla ni el que escucha se toman la molestia de corregir; y muchas veces, es consecuencia de emplear el lenguaje como arma, no como instrumento de unión social. El objeto de este libro ha sido exponer al lector algunas de las formas en que podemos utilizar los mecanismos de la comunicación lingüística, lo mismo al hablar que al escuchar. Del lector depende cómo quiera emplearlos.

EPÍLOGO

Aunque el propósito de los principios expuestos y razonados a lo largo de este libro es fomentar la armonía y evitar los conflictos, habrá algunos individuos que sientan la tentación de utilizarlos como armas para atizar la discordia y las discusiones, o como garrotes con que dar a la gente en la cabeza: “Lo que te pasa, Pepe, es que padeces un caso grave de orientación dilemática”. A lo que él replica: “Por Dios, Elsa, no hables con tan bajo nivel de abstracción”. Si esto es todo lo que han aprendido en las páginas precedentes, no pueden sentirse muy ufanos.

BIBLIOGRAFIA

Arnold, Thurman W. *The Symbols of Government*. New Haven, Conn.: Yale University Press, 1935.

—*The Folklore of Capitalism*. New Haven, Conn.: Yale University Press, 1937.

Ayer, A. J. *Language, Truth and Logic*. Nueva York: Oxford University Press, 1936.

Barnlund, Dean G., y Franklyn S. Haiman. *The Dynamics of Discussion*. Boston: Houghton Mifflin, 1960.

Bell, Eric Temple. *The Search for Truth*. Nueva York: Reynal and Hitchcock, 1934.

Benedict, Ruth. *Patterns of Culture*. Boston: Houghton Mifflin, 1934.

Bentley, Arthur F. *Linguistic Analysis of Mathematics*. Bloomington Ind.: The Principia Press, 1932.

Berrien, F. K., y Wendell II. Bash. *Human Relations: Comments and Cases*. Nueva York: Harper, 1957.

Bloomfield, Leonard. *Language*. Nueva York: Henry Holt, 1933.

Bois, J. Samuel. *Explorations in Awareness*. Nueva York: Harper, 1957.

Bridgman, P. W. *The Logic of Modern Physics*. Nueva York: Macmillan, 1927.

Burke, Kenneth. *The Philosophy of Literary Form*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1941.

—*A Grammar of Motives*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1945.

Burrow, Trigant. *The Social Basis of Consciousness*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1927.

Carnap, Rudolf. *Philosophy and Logical Syntax*. Londres, Psyche Miniatures, 1935.

Cassirer, Ernst. *An Essay on Man*. New Haven, Conn.: Yale University Press, 1944.

Chase, Stuart. *Roads to Agreement*. Nueva York: Harper, 1951.

—*Power of Words*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1954.

—*Cuides to Straight Thinking*. Nueva York: Harper, 1956.

Cherry, Colin. *On Human Communication*. Nueva York: Science Editions, 1957.
Chisholm, Francis P. *Introductory Lecture on General Semantics*. Lakeville, Conn.: Instituto of General Semantics, 1945.

Dantzig, Tobias. *Number: The Language of Science*. Nueva York: Macmillan, 1933.

Deutsch, Karl W. *Nationalism and Social Communication*. Nueva York: John Wiley, 1953.

Doob, Leonard W. *Public Opinión and Propaganda*. Nueva York: Henry Holt, 1948.

Empson, William. *Seven Types of Ambiguity*. Londres: Chatto and Windus, 1930. *ETC.: A Review of General Semantics* (trimestral); editado por S. I. Hayakawa. Publicada desde 1943 por la International Society for General Semantics, San Francisco State College, San Francisco, California.

Frank Jerome. *Law and the Modern Mind*. Nueva York: Brentano, 1930. Fromm, Erich. *Escape from Freedom*. Nueva York: Rinehart, 1941.

Garey Doris. *Putting Words in Their Places*. Chicago: Scott, Foresman, 1957. Gordon Thomas. *Group-Centered Leadership*. Boston: Houghton Mifflin, 1955. Gorman Margaret. *General Semantics and Contemporary Thomism*. Lincoln, Nebr.: University of Nebraska Press, 1962.

Haney, William V. *Communication: Patterns and Incidents*. Homewood, Ill.: Richard D. Irwin, 1960.

Hayakawa, S. I. (rec.). *Language, Meaning and Maturity: Selections from ETC.*, 1943-1953. Nueva York: Harper, 1954.

—(rec.). *Our Language and Our World: Selections from ETC.*, 1953. 1958. Nueva York: Harper, 1959.

—(rec.). *The Use and Misuse of Language*. Nueva York: Fawcett, 1962.

Fragmentos de *Language, Meaning and Maturity y Our Language and Our World*.

Hockett, C. F. *A Course in Modern Linguistics*. Nueva York: Macmillan, 1958.

Horney, Karen. *The Neurotic Personality of Our Time*. Nueva York: W. W. Norton, 1937.

Huse, H. R. *The Illiteracy of the Literate*. Nueva York: D. Appleton-Century, 1933.

Huxley, Aldous. *Words and Their Meanings*. Los Angeles: Jake Zeitlin, 1940.

Huxley, Julian. *Evolution: The Modern Synthesis*. Nueva York: Harper, 1942.

Isaacs, Harold R. *Images of Asia: American Views of China and India (Scratches on Our Minds)*. Nueva York: John Day, 1958.

Jacobs, Noah Jonathan. *Naming-Day in Eden*. Nueva York: Macmillan, 1958.

Johnson, Alexander Bryan. *A Treatise on Language* (1836); editado por David Rynin. Berkeley: University of California Press, 1947.

—*The Meaning of Words* (1854); con una introducción de Irving J. Lee. Milwaukee, Wis.: John W. Chamberlin, 1948.

Johnson, Wendell. *People in Quandaries: The Semantics of Personal Adjustment*. Nueva York: Harper, 1946.

—*Your Most Enchanted Listener*. Nueva York: Harper, 1956.

Kelley, Earl C. *Education for What Is Real*. Nueva York: Harper, 1947.

Kepes, Gyorgy. *Language of Vision*; con ensayos introductorios de Siegfried Giedion y S. I. Hayakawa. Chicago: Paul Theobald, 1944.

Keyes, Kenneth S., Jr. *How To Develop Your Thinking Ability*. Nueva York: McGraw-Hill, 1950.

Korzybski, Alfred. *The Manhood of Humanity*. Nueva York: E. P. Dutton, 1921

—*Science and Sanity: An Introduction to Non-Aristotelian Systems and General Semantics*. Lancaster, Pa.: Science Press Printing Company, 1933.

Kropotkin, Petr. *Mutual Aid. A Factor of Evolution*; con un prólogo de Ashley Montagu. Boston: Extending Horizons Books, 1955.

La Barre, Weston. *The Human Animal*. Chicago: University of Chicago Press, 1954.

Langer, Susanne K. *Philosophy in a New Key*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1942.

Lasswell, Harold D. *Psychopathology and Politics*. Chicago: University of Chicago Press, 1930.

Leavis, Q. D. *Fiction and the Reading Public*. Londres: Chatto and Windus, 1932.

Lecky, Prestcott. *Self-Consistency: A Theory of Personality*. Nueva York: Island Press, 1945.

Lee, Irving J. *Language Habits in Human Affairs*. Nueva York: Harper, 1941.

—*The Language of Wisdom and Folly*. Nueva York: Harper, 1949.

—*How to Talk with People*. Nueva York: Harper, 1952.

—*Handling Barriers to Communication*. Nueva York: Harper, 1957.

Lévy-Bruhl, Lucien. *How Natives Think*. Nueva York: Knopf, 1926.

Lewin, Kurt. *Principies of Topological Psychology*. Nueva York: McGraw-Hill, 1936.

Lieber, Lillian R. *The Einstein Theory of Relativity*. Nueva York: Farrar & Rinehart, 1945.

—*The Education of T. C. Mits*. Nueva York: W. W. Norton, 1944.

Maier, Norman R. F: *Frustration: The Study of Behavior Without a Goal*. Nueva York: McGraw-Hill, 1949.

Malinowski, Bronislaw. *The Problem of Meaning in Primitive Languages*; Suplemento I, en Ogden y Richards. *The Meaning of Meaning*.

Maslow, A. H. *Motivation and Personality*. Nueva York: Harper, 1954.

Masserman, Jules. *Behavior and Neurosis*. Chicago: University of Chicago Press, 1943.

Mayer, Martin. *Madison Avenue, U. S. A.* Nueva York: Harper, 1958.

Mead, Margaret (rec.). *Cooperation and Competition Among Primitive People*. Nueva York: McGraw-Hill, 1936.

Menninger, Karl. *Love Against Hate*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1942.

Miller, George A. *Language and Communication*. Nueva York: McGraw-Hill, 1951.

Minteer, Catherine. *Words and What They Do to You*. Evanston, Ill.: Row, Peterson, 1952.

Morris, Charles. *Signs, Language and Behavior*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1946.

Murphy, Gardner. *Personality: A Biosocial Approach to Origins and Structure*. Nueva York: Harper, 1947.

Newton, Norman. *An Approach to Design*. Cambridge, Mass.: Addison-Wesley, 1951.

Ogden, C. K., e I. A. Richards. *The Meaning of Meaning*, 3* ed., rev. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1930.

Osgood, Charles E.; G. J. Suci, y P. H. Tannenbrum. *The Measurement of Meaning*. Urbana, 111.: University of Illinois Press, 1957

Packard, Vanee. *The Hidden Persuaden*. Nueva York: David McKay, 1957.

Piaget, Jean. *The Language and Thought of the Child*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1926.

—*The Child's Conception of the World*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1929.

Pollock, Thomas Clark. *The Nature of Literature*. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1942.

- Popper, Karl R. *The Open Society and Its Enemies*. Londres: Hutchinson, 1950.
- Rapoport, Anatol. *Science and the Goals of Man*. Nueva York: Harper, 1950.
 —*Operational Philosophy*. Nueva York: Harper, 1953.
 —*Fights, Games, and Debates*. Nueva York: Harper, 1960.
- Richards, I. A. *Science and Poetry*. Nueva York: W. W. Norton, 1926.
 —*Practical Criticism, A Study of Literary Judgment*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1929.
 —*The Philosophy of Rhetoric*. Nueva York: Oxford University Press, 1936.
 —*Interpretation in Teaching*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1938.
- Rogers, Cari R. *Counseling and Psychotherapy*. Boston: Houghton Mifflin, 1942.
 —*Client-Centered Therapy*. Boston: Houghton Mifflin, 1951.
 —*On Becoming a Person*. Boston: Houghton Mifflin, 1961.
- Rokeach, Milton. *The Open and Closed Mind*. Nueva York: Basic Books, 1960.
- Ruesch, Jurgen. *Disturbed Communication*. Nueva York: W. W. Norton, 1951.
 —*Therapeutic Communication*. Nueva York: W. W. Norton, 1961.
 —, y Gregory Bateson. *Communication: The Social Matrix of Psychiatry*, Nueva York: W. W. Norton, 1951.
 —, y Weldon ICEes. *Nonverbal Communication*. Berkeley: University of California Press, 1956.
- Sapir, Edward. *Language: An Introduction to the Study of Speech*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1921.
- Schaff, Adam. *Introduction to Semantics*. Nueva York: Pergamon Press, 1962.
- Skinner, B. F. *Verbal Behavior*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts, 1957.
- Smith, Bruce L.; Harold D. Lasswell, y Ralph D. Casey. *Propaganda, Communication, and Public Opinion: A Comprehensive Reference Guide*. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1946.
- Snygg, Donald, y Arthur Combs. *Individual Behavior*. Nueva York: Harper, 1949.
- Stefansson, Vilhjalmur. *The Standardization of Error*. Nueva York; W. W. Norton, 1927.
- Szasz, Hans. *The Myth of Mental Illness*. Nueva York: Harper, 1961.
- Taylor, Edmond. *The Strategy of Terror*. Boston, Mass.: Houghton Mifflin, 1940.
- Tliurnian, Kelly. *Semantics*. Boston: Houghton Mifflin, 1960.
- Upward, Alien. *The New Word: An Open Letter Addressed to the Swedish Academy in Stockholm on the Meaning of the Word IDEALIST*. Nueva York: Mitchell Kennerley, 1910.

Vaihinger, Hans. *The Philosophy of "As If"*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1924.

Veblen, Thorstein. *The Theory of the Leisure Class*. Nueva York: Modern Library, 1934.

Vygotsky, L. S. *Thought and Language*. Nueva York: John Wiley, 1962.

Waipole, Hugh R. *Semantics*. Nueva York: W. W. Norton, 1941.

Weinberg, Harry L. *Levels of Knowing and Existence*. Nueva York: Harper, 1959.

Welby, V. *What Is Meaning?* Nueva York: Macmillan, 1903.

Whorf, Benjamín Lee. *Language, Thought and Reality: Selected Writings of B. L. Whorf*; editada por John B. Carroll. Nueva York: John Wiley, 1956.

Wiener, Norbert. *Human Use of Human Beings: Cybernetics and Society*. Boston: Houghton Mifflin, 1950.

Yerkes, Robert M. *Chimpanzees: A Laboratory Colony*. New Haven: Conn.: Yale University Press, 1943.

Young, J. Z. *Doubt and Certainty in Science: A Biologist's Reflections on the Brain*. Nueva York: Oxford University Press, 1951.



SAMUEL ICHIYE HAYAKAWA (18 de julio, 1906 - 27 de febrero, 1992) fue un lingüista y senador estadounidense. Escribió libros conocidos sobre Semántica General, "Language in Thought and Action" (El lenguaje en el pensamiento y en la acción) (1938). Junto al doctor John Tanton, HAYAKAWA fundó y dirigió la organización-movimiento «U.S. English», con el objetivo de convertir de que el inglés fuera la única lengua oficial de Estados Unidos.

Notas

[*] El mismo doctor Hayakawa reconoce la dificultad de traducir cualquier obra literaria, cuanto más una que trate precisamente del lenguaje y del estilo en el pensamiento y en la acción. Dice así en el Capítulo 8 de esta obra: “Por eso es tan difícil traducir literatura... porque la traducción de las connotaciones informativas falsificará frecuentemente las afectivas, y viceversa, de manera que los lectores que conozcan los dos idiomas quedarán descontentos casi siempre porque ‘se ha sacrificado el espíritu del original’, o bien, porque la traducción está ‘llena de inexactitudes’”. <<

1. LENGUAJE Y SUPERVIVENCIA

[1] “Por ejemplo: el cerebro del corpulento estegosaurio (animal de unas dos toneladas) no pesaba más de 70 gramos aproximadamente... En cambio, el cerebro de la oveja —animal que no tiene nada de brillante— pesa 130 gramos, siendo mayor en tamaño absoluto y más todavía en proporción a sus dimensiones corporales... En cuanto a fuerza, nada podía detener a los grandes dinosaurios cuando marchaban; pero, siendo tan importante poder ir adonde uno se dirige, son más importantes todavía las razones para ir y lo que se ve y entiende mientras se va”. Weston La Barre, *The Human Animal* (1954), págs. 24-25. <<

[2] Así es, aunque hay pueblos analfabetos que muestran una memoria fenomenal: recuerdan todas las señales y detalles de una jornada de hasta centenares de millas, o repiten al pie de la letra consejas y leyendas populares, que se necesitarían días para recitar. En cambio, los pueblos cultos, que manejan cuadernos de apuntes y libros de consulta, tienen relativamente mala memoria. <<

[3] El nombre de este personaje, “El famoso hombre de la calle”, se debe a Lillian y Hugh Lieber, de la Universidad de Long Island. La esposa de Mits se llama, como es sabido, Wits. Véase *The Education of T. C. Mits* (1944) y *Mits, Wits, and Logic* (1960). <<

[4] ¿Qué cabe decir de la influencia del lenguaje en los padres de dos niños, a quienes se puso el nombre de John Glenn al día siguiente de haber dado la vuelta al globo este astronauta? ¿Y de quienes ponen a sus hijos nombres ficticios de nobleza, como Duque, Barón y Señor? <<

2. LOS SÍMBOLOS

[1] El investigador J. B. Wolfe enseñó a unos chimpancés a meter fichas de póquer en una máquina expendedora (“chimpomat”) construida al efecto, de la cual sacaban manzanas, plátanos y otros alimentos. Los chimpancés llegaron a distinguir los distintos valores de las fichas (1 manzana, 2 plátanos, cero, etc.). y obraban en consecuencia, si los resultados eran más o menos inmediatos. Pero tendían a dejar de trabajar cuando acumulaban fichas. Indudablemente, su “sistema monetario” se limitaba a transacciones rudimentarias e inmediatas. Véase Robert M. Yerkes, *Chimpanzees: A Laboratory Colony* (1943)

Pudiéramos presentar otros ejemplos de animales que aprenden a entender las cosas por lo que representan, pero, por lo general, estas reacciones animales son extraordinariamente simples y limitadas en comparación con la capacidad humana. Así, parece probable que pudiera enseñarse a un chimpancé a conducir un vehículo sencillo, pero ocurriría, por ejemplo, que si se encendía la luz roja cuando estaba en pleno cruce de una calle, se detendría en el acto, y, al encenderse la verde cuando otro se le ponía por delante, seguiría su camino sin reparar en las consecuencias. En otras palabras: la luz roja no representa para el chimpancé la señal de parar: *es la misma parada <<*

[2] El autor de estas líneas tuvo un auto que venía funcionando en buenas condiciones desde hacía ocho años. Un mecánico, amigo mío, que conocía el estado del vehículo, insistía en que lo cambiase por un nuevo modelo. “Pero ¿por qué? —le pregunté—. Si está todavía en magníficas condiciones”. A lo que replicó él despectivamente: “Ya; pero ¡qué diablo! lo único que tiene usted es un medio de transporte”.

La expresión “auto de transporte” ha empezado a aparecer hace poco en los anuncios; por ejemplo: “Dodge del 48. Funciona perfectamente; auto de transporte. Me voy, tengo que venderlo. 100 dólares”. (Sección clasificada del *Pali Press*, Kaliua, Hawaii). Por lo visto, eso significa que el vehículo no tiene valor simbólico ni prestigio y sólo es bueno para ir y volver adonde uno quiere: ¡Qué automóvil tan miserable! <<

[3] Véase Hadley Cantril, *The Invasion from Mars* (1940); también, John Houseman, “The Men from Mars”, Harper's (diciembre, 1948). <<

[4] Recuérdese que lo que se reprochaba a los fariseos era su obsesión por los símbolos de la piedad a expensas de la preocupación que debería merecerles el espíritu piadoso. <<

3. INFORMES, DEDUCCIONES, JUICIOS

[1] Según la información proporcionada por la Asociación de Ferrocarriles Norteamericanos, “antes de 1883 había cerca de cien zonas horarias en Estados Unidos. Hasta el 18 de noviembre de dicho año... no se adoptó un sistema horario uniforme aquí y en Canadá. Antes de esa fecha no había más que la hora local o ‘solar’... El Ferrocarril de Pensilvania se guiaba en el Este por la hora de Filadelfia, cinco minutos atrasada con respecto a la de Nueva York y otros cinco adelantada con respecto a la de Baltimore. La Compañía Baltimore & Ohio se guiaba por la hora de Baltimore, para los trenes que salían de esta ciudad, por la de Columbas para los que partían de Ohio y por la de Vincennes (Indiana) para los que arrancaban de Cincinnati... A las 12 del día de Chicago, eran las 12:13 en Pittsburgh; las 12:24 en Cleveland; las 12:17 en Toledo; las 12:13 en Cincinnati; 12:9 en Louisville; 12:7 en Indianapolis; 11:50 en San Luis; 11:48 en Dubuque; 11:39 en St. Paul, y 11:27 en Omaha. Sólo en Michigan había 27 zonas horarias locales... si el viajero de Eastport, Maine. a San Francisco quería estar en hora constantemente con la del ferrocarril y salir al tiempo exacto, tenía que cambiar las manecillas de su reloj 20 veces durante el trayecto”. *Daily News* de Chicago, 29 de septiembre de 1948. <<

[2] “Brain Damage and the Process of Abstracting: A Problem in Language Learning”, ETC.: A Review of General Semantics, XVI (1959), 154-162 <<

4. LOS CONTEXTOS

[1] El período entre la segunda edición del Diccionario Webster (1934) y la tercera (1961) indica la tarea enorme de lectura y el trabajo extraordinario que supone la preparación de un diccionario concienzudo de un idioma que cambia tan rápidamente y se incorpora tantas palabras a su rico vocabulario, como el inglés. <<

5. EL LENGUAJE DE LA COMUNICACIÓN SOCIAL

[1] Este bromear recíproco tiene algo de rito de iniciación entre los norteamericanos. Durante la segunda Guerra Mundial, se incorporó como profesor de física al claustro de un colegio universitario del Medio Oeste, un investigador judío que venía huyendo de Alemania. Era profesor de química allí un individuo alegre, dicharachero y chancero, que siempre estaba tomando el pelo a los demás profesores en el comedor. Solía meterse con el recién llegado en forma que a muchos nos parecía grosera: “Oiga, Max, ¿qué hicieron los judíos para que los echasen de Alemania?” El profesor Max, herido aún en carne viva por la persecución nazi, no contestaba palabra y se quedaba abochornado. Pero un día se le ocurrió una buena idea, y preguntó al químico: “Oiga, profesor Schlemmer, ¿no tiene usted apellido alemán?” “Hombre, sí —le contestó Schlemmer—; mis abuelos llegaron aquí de Alemania por el año 1880 y tantos”. “Ah, vamos —replicó el profesor Max—, entonces, echaron de allí a su familia dos generaciones antes que a la mía”. Schlemmer soltó la carcajada y dio un abrazo a su compañero Max. <<

[2] No estaría mal añadir que no me puse a aplicar conscientemente los principios de este capítulo en aquel episodio. Fue después cuando caí en la cuenta. Lo único que me proponía, como hubiera hecho cualquier otro, era romper el hielo y acabar con lo tirante de la situación. <<

[3] El doctor Karl Menninger comenta esta anécdota en *Love Against Hate* (1942), y da la siguiente explicación psicológica de la intervención del desconocido: “Hola, veo que ha sufrido usted un percance. No nos conocemos, pero acaso pudiéramos ser amigos si yo tuviese la seguridad de que no le parecería mal mi amistad. ¿Es usted una persona con quien se puede hablar? ¿Es usted un individuo decente? ¿Tendría inconveniente en que le ayudase? Me gustaría hacerlo, pero no quiero ser mal recibido. Ya lo notará usted en el tono de mi voz. ¿Cómo suena la suya?” El joven debería haberse limitado a decir sin rodeos: “Quisiera ayudarle”. Y el doctor Menninger comenta: “Pero la gente es demasiado tímida y desconfiada para hablar con esa determinación. Quieren oír la voz del otro. Necesitan estar seguros de que los demás son como ellos”. <<

6. DOBLE MISIÓN DEL LENGUAJE

[1] Los adjetivos “emocional” y “emotivo”, que suponen distinciones confusas entre los “aspectos emocionales” y los “aspectos intelectuales” del lenguaje, deben evitarse en lo posible. Lo “emocional” siempre sugiere sentimientos muy fuertes. En cambio, la palabra “afectivo”, en expresiones como los “usos afectivos del lenguaje”, no sólo indica la manera en que éste puede despertar sentimientos fuertes, sino reacciones sumamente delicadas y a veces inconscientes. Además, el epíteto “afectivo” tiene la ventaja de no distinguir indebidamente entre reacciones físicas y mentales.<<

7. EL LENGUAJE DEL CONTROL SOCIAL

[1] He aquí unos cuantos párrafos de la reseña de la Convención Nacional Republicana, celebrada en 1948: “Sobre el escenario, una foto gigantesca del candidato, quizá con colores muy vividos, miraba fijamente a la multitud. Sobre los balcones colgaban otras fotografías: la familia Dewey, jugando con su gran danés; los Dewey en el circo; Dewey en el campo. La infantería de Dewey sirve refrescos y atiende a los papanatas, repartiendo premios a cada visitante número 200. William Horne, empleado bancario de Filadelfia, resultó ser el número 45.000 y recibió una pequeña escultura de plata”. *Time* (5 de julio de 1948). “Por los megáfonos del Bellevue-Stratford llegaba una serie ininterrumpida de advertencias oficiales para que la gente no se amontonase a la entrada de las oficinas de Dewey. Eran parte del juego, pero estaban justificadas. ¿Cómo no iba a haber amontonamientos, si se repartían con la prodigalidad de una sesión de acertijos por radio, premios que iban desde simples peines de bolsillo y goma de mascar hasta mantelerías de seda y vestidos? Los partidarios de Dewey llegaron a organizar un espectáculo de moda con ocho beldades nadando. Un corresponsal extranjero preguntó, despistado, a un compañero: ‘¿Cómo voy a explicar a los lectores franceses qué tiene que ver esto con la elección de un Presidente?’... Los representantes de Stassen parecían estar rerervando su talento circense para el salón de convenciones, donde se derrochó a raudales desde el jefe indio ataviado con todo su atuendo, hasta la curvilínea muchacha con pantalones de marinero, que bailó una rumba náutica en el proscenio”. *Nation* (3 de julio de 1948).

<<

8. EL LENGUAJE DE LA COMUNICACIÓN AFECTIVA

[1] La palabra “cliché” encierra otra metáfora. Puede verse su etimología en el *Webster's Third New International Dictionary*. <<

[2] ¿A qué edad empieza a observarse capacidad para la identificación imaginativa del individuo con los personajes o las situaciones literarias? El autor de estas líneas se inclina a creer, a base de una observación muy limitada, que comienza a los dos años, o antes. Léase, por ejemplo, a una nenita el cuento de los Tres Osos, o de Caperucita Roja, y verá cómo comienza a identificarse con el Osito, o Caperucita. <<

9. ARTE Y TENSIÓN

[1] Puede estudiarse la conducta “sustitutiva o simbólica” de los gatos sometidos a neurosis experimental en *Behavior and Neurosis*, de Jules Masseraan (1943). Ante los datos que aporta, no puede negarse que los gatos manifiestan en forma sumamente rudimentaria lo que podría llamarse conducta “prepoética”, análoga al hecho de guardar un bucle del pelo de la persona amada. Cuando tienen hambre, juegan con el botón que les valía para proporcionarles mecánicamente comida, aunque saben de sobra que ya no funciona (porque, después de oprimirlo, ya no van al cajón del alimento). <<

[2] En la investigación del doctor Charles W. Slack, de la Clínica Sicológica de Harvard, se advierte la importancia de desahogarse hablando. Se consiguió, a base de una remuneración modesta por horas, a unos cuantos mozalbetes de los que vagaban sin hacer nada por las calles de Cambridge, con objeto de investigar su comportamiento y estilo golfante. Lo único que tenían que hacer era despacharse a su gusto sobre sí mismos y sus problemas, para tomar sus declaraciones en cinta magnetofónica. La mayor parte de los muchachos mejoraron notablemente de conducta, se dedicaron a trabajar y disminuyó el número de detenciones entre ellos.

<<

[3] Véase Kenneth Burke, *Philosophy of Literary Form* (1941). <<

[4] El que afirme que un poema puede significar cosas distintas para los distintos lectores (y yo lo creo así), se expone a que se le reproche que no distingue entre buenas y malas lecturas de un poema, con su relativismo. Por eso, quizá haya que aclarar lo que decimos aquí: podrá significar cosas distintas, pero no cualquier cosa.

<<

[5] Wendell Johnson, de la Universidad de Iowa, dice que ver la televisión, leer los periódicos domingueros y otras diversiones por el estilo son “chuparse el pulgar semánticamente”: hace uno como que come, pero sin comer. <<

[6] En mi opinión, *The Jungle* está muy anticuada en muchos aspectos, aunque sigue teniendo garra en otros. Ya no se trata tan mal al obrero norteamericano, ni al de muchas otras partes del mundo, como se dice en esta novela, gracias a los sindicatos y a los progresos técnicos, así como al gran desarrollo de la conciencia pública. Pero desde que vio la luz esta obra, en 1906, la han leído las clases trabajadoras de todo el mundo: pocos libros de los Estados Unidos se han traducido a tantos idiomas.

Las tácticas simbólicas de las grandes obras literarias suelen ser, al contrario que *The Jungle*, demasiado complicadas y sutiles para el análisis elemental que hemos intentado hacer. Si hemos elegido esta obra, es porque libros así, tan lejos de ser obras maestras y, sin embargo, con tanta eficacia para calar hondo en la experiencia humana, son especialmente útiles para entender las teorías literarias expuestas en este capítulo. Como las tácticas no son demasiado delicadas, pueden apreciarse y describirse claramente. <<

10. CÓMO CONOCEMOS Y QUÉ CONOCEMOS

[1] La “escala de la abstracción” se basa en “el diferencial estructural”, diagrama elaborado por Alfred Korzybski para explicar el proceso de la abstracción. Puede estudiarse más detenidamente el diagrama y el proceso que ilustra en su obra *Science and Sanity: An Introduction to Non-Aristotelian Systems and General Semantics* (1933), especialmente el capítulo 25. <<

[2] *The Logic of Modern Physics* (1927), pág 5. <<

[3] *Operational Philosophy* (1953), pág 25. <<

11. EL HOMBRECILLO INEXISTENTE

[1] “Can Man Survive?” *ETC.*, IV (1947), pág. 107. <<

12. LA CLASIFICACIÓN

[1] Este aforismo se formuló al principio de esta manera: “*Exceptio probat regulam*”, o sea, “la prueba de una regla es la excepción”. <<

[2] No sabe uno qué pensaría este comité de Elizabeth Duncan, ejecutada por asesinato en San Quintín el año 1962: su amor posesivo de su hijo la impulsó a contratar asesinos para matar a su nuera en estado. <<

[3] *The Folklore of Capitalism* (1938), pág 182. <<

[4] ETC., XIII (1956), pags 265-271; reproducido en *Our Language and Our World*, rec. por Hayakawa (1959), pags 133-140. <<

13. LA ORIENTACIÓN DILEMÁTICA

[1] Tomamos las citas nacional-socialistas de este capítulo, de *Lunacy Become Us* (1939), recopilación de frases de Hitler y sus secuaces, por Clara Leiser. <<

[2] “Death of Communication with Russia?” *ETC.*, VIII (1950), pág. 89. <<

[3] B. Bykhovsky, “The Morass of Modern Bourgeois Philosophy” (trad. Anatol Rapoport), *ETC.*, VI (1948), págs. 13-15. Al pasar el tiempo y después de morir Stalin, se ha impuesto un criterio mucho más moderado sobre la semántica en los círculos marxistas. Véase *Introduction to Semantics*, del filósofo polaco Adam Schaff (1962); y *Teoría Poznaniya v Obschchei Semanlike* (Teoría del conocimiento de la semántica general), de G. Brutyan (Erevan: Academia de Ciencias de la R. S. S. Armenia, 1959). Rapoport estudia ambas obras en “Two Marxist Critiques of General Semantics”, *ETC.*, XVIII (1961), págs. 289-314. El capítulo de Schaff sobre “General Semantics” está traducido en *ETC.*, XIX (1962), págs. 401-418. <<

[4] Maurice Hindus, *House Without a Roof* (1961). <<

[5] Es interesante advertir que, aun en matemáticas, hoy se insiste en que la lógica dilemática sólo es un sistema más de lógica. La lógica de la probabilidad, a base de la cual fijan sus primas las compañías de seguros y los librereros sus cálculos, y con la cual predicen los físicos la actividad de los neutrones, puede considerarse de valor infinito. <<

14. LA ORIENTACIÓN MULTILATERAL

[1] Stephen Potter comenta amenamente en *Gamesmanship* (1948) y *Lifemanship* (1951), el empeño por “quedar encima” que caracteriza todas las controversias y manifestaciones de nuestra vida social. <<

[2] *The Blue Book* se basa, según dice su autor, en una serie de conferencias pronunciadas ante once oyentes en un hotel de Indianápolis, el 8 y 9 de diciembre de 1958. De allí data la fundación de la John Birch Society por Robert Welch y los once. La edición es privada; la referencia paginal es de la cuarta, 1961. El comentario que hace Welch sobre el presidente Eisenhower pertenece a su libro anterior, de edición privada también, *The Politician*. <<

16. SINFONOLAS HUMANAS

[1] “Cuando Harold Stassen dijo en un debate por radio que jamás había salido progreso alguno como la penicilina de un país en que hubiera seguro médico, Oscar Ewing replicó tranquilamente que la penicilina salió de Inglaterra”. <<

[2] Como todos saben, las estadísticas de las compañías de seguros indican sin lugar a dudas que las mujeres son más seguras conduciendo vehículos que los hombres. Las compañías aseguradoras no aumentan las primas a las familias con hijas en edad de “manejar”, sino a las que tienen hijos en esa edad. <<

[3] Rosser Reeves, *Reality in Advertising* (1961), págs. 55-57. <<

[4] Por ejemplo: en un folleto publicado por la “Brand Names Research Foundation” (sin dirección), titulado “Your Bread and Butter: A Salesman’s Handbook on the Subject of Brand Names”, se dice que la mayor parte de las mujeres pertenecientes a organizaciones femeninas del movimiento de consumo están “dedicadas de verdad a resolver los problemas eternos de las compras con sentido común”, pero que se han convertido en portavoces de todas, unas cuantas que “quieren normalizar la mayor parte de los bienes de consumo, eliminar las marcas en competencia de los anuncios, extender los controles gubernamentales a la producción, distribución y ganancias. Están convencidas de las ventajas de una economía planeada, en que un monopolio gubernamental de cerebros corra con la responsabilidad de toda la planificación”. <<

[5] Claro está que no todos los propietarios de marcas registradas lo hacen así. Prueba de ello son los siguientes comentarios de consumidores, publicados en *Consumer Reports*: “Siempre me ha gustado que las cajas del cereal X estén llenas hasta arriba, de forma que casi se derrama su contenido al abrirlas. ¡ Qué bonito es esto en el mundo comercial de hoy!” “Tengo sumo gusto en manifestar que el envase de las galletas X muestra en grandes caracteres por delante y por detrás el peso exacto de su contenido. Se le quita a una un peso de encima”. educación pública, porque la orientación intencional se eleva a categoría de principio guía en la vida del consumidor. <<

[6] Martin Heidegger, “The Way Back into the Ground of Metaphysics”, en *Existentialism from Dostoieusky to Sartre*. Traducimos, y queremos dejar constancia de ello, de la versión y recopilación de Walter Kaufmann (1957), páginas 214-215.

<<

[contestacion] Contestación a la Aplicación I: Todas las afirmaciones son “falsas” <<

17. RATAS Y HOMBRES

[1] Norman R. F. Maier, *Frustration: The Study of Behavior Without a Goal* (1949). Vcase especialmente el Cap. 2, “Experimental Evidence of Abnormal Behavior Reactions”, y el Cap. 6, “Comparison of Motivational and Frustration-Induced Behavior Problems in Children”. <<

[2] “Haciendo una gráfica representativa del poder explosivo... de la bomba que arrasó Hiroshima, tendría la altura del Empire State Building, y una bomba de 20 megatones alcanzaría la altura de la órbita del Sputnik I”. Después de que Harrison Brown y James Real escribieron esto en su folleto, *Community of Fear* (1960), el Gobierno de Khrushchev ha alardeado de tener una bomba de 100 megatones. En la reunión de la Asociación Norteamericana para el Progreso de la Ciencia, de diciembre de 1960, el doctor Ralph E. Lapp calculó que Estados Unidos tenía entonces un volumen igual a 50.000 bombas del tipo de la de Hiroshima, y que en tres años habría fabricado otras 30.000, o su equivalente. Esto significa, claro está, que la URSS está también almacenando un número parecido de armas atómicas y termonucleares. <<

[3] Véase Lester Markel, “The Real Sins of the Press”, *Harper's* (diciembre de 1962).

<<

[4] Alfred North Whitehead dice en su obra *Science and the Modern World*, que no es raro que el científico se alegre cuando se le demuestra que está equivocado, y que el progreso humano siempre ha dependido de “nuevas preguntas”, mas bien que de “nuevas respuestas a antiguas preguntas”. <<

18. HACIA EL ORDEN INTERNO Y EXTERNO

[1] Tengo la idea de que los comunistas no han sabido leer los libros de Marx, que en su tiempo contribuyeron considerablemente a la ciencia social. Los comunistas creen que todas las desviaciones de Marx (o de las interpretaciones que ellos hacen de Marx) son ataques a la “verdad”, con lo cual han hecho punto menos que imposible el progreso de la ciencia social en la Unión Soviética. Véase Anatol Rapoport, “Dialectical Materialism and General Semantics” *ETC.*, V (1948), págs. 01-104. <<

[2] Véase Carl R. Rogers, *Client-Centered Therapy* (1951) y *On Becoming a Person* (1961); también Prescott Lecky, *Self-Consistency: A Theory of Personality* (1945); Gardner Murphy, *Personality: A Biosocial Approach to Origins and Structure* (1947); Donald Snugg y Arthur Combs, *Individual Behavior* (1949). <<

[3] Tuve hace tiempo un alumno que tardó varias semanas en decir a sus condiscípulos que era bombero; pero desde aquel momento empezó a contribuir con el producto de sus experiencias personales a las discusiones del aula. <<

[4] Desde luego, Romeo y Julieta no fueron siempre tan extensionales como pudieran haber sido. De no haber tendido a confundir las deducciones con los hechos, habrían vivido ambos un poco más. <<